

Caballeros de Bath

Laura Barcali

Caballeros de Bath

Laura Barcali



ADVERTENCIA

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2025, Caballeros de Bath / 27/04/25
©2025, Laura Isabel Bartolomé Carpena
©2025, diseño de cubiertas/maquetación, Laura Barcali Art
©2025, ilustraciones interiores, Laura Barcali Art

Autora: laurabarcaliart@gmail.com
www.laurabarcaliart.es
IG: Laura_barcali_art

Agradecimientos a mis dos betas:
Sergio Plaza Vallejo y Marta Muñoz Barrero

Autopublicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.
Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.



Dedicado, como de costumbre y para siempre, a mi madre.
Creo que esta historia también te hubiera gustado.

Prólogo

La joven hija del enterrador escudriñó al elegante caballero de pelo rubio y ojos azules, mientras este se encaminaba hacia una sencilla y solitaria lápida a la sombra de un ciprés.

La primera ocasión en la que lo vio fue el día del entierro de la persona que yacía allí, hacía ya seis años. Aparte de su padre, el sacerdote y ese buen hombre, nadie más había acudido.

Por aquel entonces contaba con catorce primaveras y no comprendía nada sobre la vida y la muerte más allá del trabajo de su padre. Fue a raíz de aquellas visitas anuales cuando comenzó a ser consciente de lo qué significaba, y a esperar con ansia el momento en el que el galán apareciese.

Desde su escondite, tras un panteón cercano, le observó adecentar con sumo cuidado la tumba llena de rastrojos, hojas secas, enredaderas y molestas raíces. Ella solía llevar a cabo esas faenas durante el año para mantener limpio el camposanto. Sin embargo, dejaba crecer las malas hierbas alrededor de esa tumba, con cierto tiempo de antelación, para que él pudiera llevar a cabo su tarea.

Después de ello, siempre parecía rezar algún tipo de plegaria y acababa depositando un ramillete de flores junto con una carta sellada con lacre.

Lo vio hincar las rodillas sin importarle mancharse de barro, pues había llovido con fuerza, rozar delicadamente el nombre tallado en la lápida y esperar a que el sol comenzara a ponerse en algún punto del cielo opacado por el humo de las fábricas y el mal tiempo.

Aquel año no fue distinto a los cinco anteriores y la joven esperó con paciencia a que el hombre de aire melancólico decidiera que era el momento de despedirse, se pusiera en pie, se colocase su sombrero y partiera ya sin mirar atrás.

La muchacha se levantó las faldas y trotó hasta la tumba para tomar entre sus manos la epístola sellada. No era la primera vez que hurgaba en aquella intimidad. Tenía ocultas ya cuatro cartas como si de joyas se trataran, porque eso eran y merecían ser conservadas. Si las hubiera dejado allí a merced de las inclemencias del tiempo, estas habrían terminado

desapareciendo, marchitándose como las flores por el paso de los días y meses… Al igual que el cuerpo de la persona que su progenitor enterró un día de primavera.

Volvió con lentitud hasta la casa de sus padres, cerca del cementerio de *St. Anne's Church*, al lado de la iglesia al que pertenecía. La piedra oscura de esta, por culpa del hollín que las chimeneas de Mánchester desprendían, le devolvió una deprimente estampa.

Entró en el sencillo hogar en el que vivía con sus padres y seis hermanos, y se dirigió hacia la pequeña alcoba que compartía con sus dos hermanas menores. Tomó asiento en un pequeño escritorio y, con un abrecartas viejo, separó el lacre rojo del papel.

Leyó lo que había plasmado el caballero con esa letra pulcra y elegante:

Mánchester
20 de junio de 1816

Querido mío, un año más sin ti. A veces se me hace insoportable que ya no estés conmigo, que solo me quede el recuerdo de tus besos y abrazos, de esa sonrisa radiante cuando tocabas el piano... Sueño con tus melodías, pero despierto desolado…

Sigo en Bath y me va bien. Muchos pacientes confían en mis métodos. Creo que te sentirías orgulloso si vieras todo lo que he conseguido, por mucho que mis padres ignoren mi existencia. No es a ellos a los que pretendo impresionar, sino a ti.

Tengo asistente, Beth, una joven muy espabilada que es partera. Me ayuda en todo, no solo con las damas encinta.

Puedo confiar en ella, así que no te preocupes, no desvelará jamás nuestro secreto. El tuyo y el mío. Porque sí, le he hablado de ti. Me aporta cierta tranquilidad en mi día a día saber que no soy juzgado por algo tan inmoral.

Este pobre doctor lo puede curar casi todo menos su propio corazón. Por muchos años que pasen, mi afecto por ti permanece intacto. Siempre te lo digo, en cada carta que te escribo.

Y a la vez reconozco que anhelo volver a sentir que alguien me ofrezca su afecto sincero y poder corresponderlo. ¿Crees que algún día podré ser feliz sin que me ajusticien por ello?

Aun así, te lo prometo, Oscar, seguiré adelante intentando ser feliz a mi manera.

Adiós, querido mío.

Tu amado.

J. E

Unas lágrimas de tristeza cayeron sobre el papel, emborronando parte de la tinta. La joven fue incapaz de no sentir lástima una vez más. Pese a saber que una relación entre dos hombres era ilícita, las palabras del elegante caballero destilaban tanto amor, que pensar que este se consideraba antinatural ante la sociedad era algo que le hacía estremecerse de pena.

En cada carta que escribía el pobre enamorado, del que desconocía el nombre, plasmaba aquel afecto por el joven Oscar, que murió con tan solo veinticuatro años, en 1810.

Dobló de nuevo el papel humedecido y lo conservó en una caja especial, junto al resto de epístolas. No consideró que sustraerlas fuera un pecado, sino más bien una forma de conservar intacto aquel afecto clandestino.

Ojalá llegara el día en el que el doctor J. E pudiera volver a sentir la dicha del amor sin sufrir las consecuencias de un mundo injusto.



1816

Primera parte



1



Pasear por la deprimente Mánchester un día tan frío, le trajo a Joseph Edwards los amargos recuerdos de un pasado lúgubre e infeliz.

La estampa de aquel lugar no ayudó a que esas reminiscencias se aliviaran: cielos oscurecidos por culpa del carbón que las chimeneas humeantes expulsaban, gente empobrecida de cetrina tres que trabajaba de lunes a domingo por míseros salarios, niños demacrados y faltos de salud, arrastrado los pies en dirección a la zona industrial…

De camino a la mansión familiar, en pleno centro, repartió golosinas entre las pobres criaturas que iban a hacer la labor ateridas de frío. En sus apagados ojillos, durante unos segundos, brilló una ínfima luz de esperanza. Probablemente sería la única vez que probarían un dulce en la corta vida que les esperaba.

Aquel lugar era gris, sucio, vacío de sentimientos felices. Y cada año que volvía, lo encontraba peor. Mánchester ya no tenía remedio. El lugar seguía alimentando la esclavitud fuera de Inglaterra, pues toda la materia prima que llegaba la habían cultivado y recogido personas que no tenían derecho a decidir sobre sus vidas tan solo por el color de la piel con el que habían nacido.

Su padre siempre se había escandalizado de que su único hijo tuviera la indecencia de opinar que los negros de ultramar deberían ser libres, que no quisiera saber nada del rico legado familiar, de irse a estudiar medicina y, por si fuera poco, de que fuera un des…

Joseph mantuvo a raya ese pensamiento y apretó los dientes. No quería visitar a sus progenitores estando molesto. Con toda probabilidad, y como cada año que iba a verlos, no lo dejarían pasar al que una vez fue su hogar.

Joseph Edwards no era bienvenido en Mánchester, la localidad que le vio nacer, crecer y abandonar.

Anduvo por las adoquinadas calles bajo un sol de un junio apagado e inusualmente frío. Desde hacía un año, Inglaterra había sufrido un drástico descenso de las temperaturas debido a la erupción de un volcán en un país de oriente. El verano estaba a punto de comenzar y, no obstante, él iba bien abrigado con su capa, sombrero y guantes.

Al llegar a la casa que le vio nacer, un nudo en la garganta le hizo detenerse y dudar. Finalmente subió los escalones, sujetó la pesada aldaba y la golpeó con fuerza contra el enorme portón de madera maciza.

Echó la vista hacia arriba y notó que la piedra de la fachada estaba cada vez más ennegrecida por el hollín. En realidad toda la ciudad sufría ese efecto debido a las factorías.

El ama de llaves, la Sra. Norris, le abrió. No hubo ni un atisbo de sorpresa en sus ojillos negros y desdeñosos, pues cada año Joseph acudía a su antiguo hogar.

—Buenos días, Sra. Norris.

—Sr. Edwards, pase. —Se hizo a un lado, para asombro del visitante.

Con paso dubitativo, el doctor cruzó el umbral por primera vez en muchos años. Apenas encontró cambiado el hall. Las escaleras de madera bruñida seguían en su sitio, los jarrones chinos en sus estantes, los enormes cuadros de sus antepasados colgados de las amplias paredes, las sillas de estilo barroco en cada esquina o las cortinas de terciopelo rojo oscuro a sendos lados de una de las puertas principales, la que daba al salón.

La Sra. Norris tomó sus pertenencias y le indicó que pasara al salón sin dejar de mirarlo con una aversión imposible de disimular.

Joseph llamó antes de acceder a la estancia y, al adentrarse, se encontró con su madre y su hermana. Esta última ya era una mujer casada.

La chimenea estaba prendida. Fue raro verla así en la época estival, pero las circunstancias ambientales eran desfavorables y hacía frío fuera.

Miró primero a su madre, que le devolvió una mirada azulada neutra rodeada de profundas arrugas, y luego a su hermana Sandrine, que bajó la dorada cabeza.

Los tres se parecían tanto que era indudable los lazos de sangre que les unían.

—Siéntese —ordenó su madre sin un atisbo de cariño en el tono de su cascada voz.

Él lo hizo en un sillón orejero cercano a la chimenea.

—¿Desea un té? —le ofreció.

—No, no es necesario. Gracias, madre.

Ella se removió molesta en el elegante sofá.

—Llámeme Sra. Edwards, como le pedí en su momento —demandó tajante.

—¿Por qué esta vez sí me ha recibido, Sra. Edwards? —inquirió dolido por aquellas palabras tan duras.

—Porque deseo pedirle que no insista más en visitarnos. No vuelva ni siquiera cuando mi esposo muera. Usted ya sabe que está desheredado y nunca recibirá ni una sola libra o posesión. Todo pasará a mi sobrino Charles. —La voz le tembló.

Joseph se mantuvo en silencio un tiempo prudencial antes de dar una respuesta que no fuera venenosa. A pesar de ser un hombre cabal y pacífico, le enervó el modo en el que su madre se dirigió a él.

—Se equivoca si cree que he venido a mendigar libras y posesiones que no me interesan en absoluto. Tengo mi propia consulta y me va muy bien en Bath —expuso aguantando la rabia—. ¿Eso creía que venía a pedir cada año? En absoluto —añadió con una sonrisa acre.

Su madre pareció algo desconcertada.

—¿Y entonces para qué insiste cada veinte de junio? Ni siquiera viene por nosotros, sino para ir a la tumba de ese desdichado despojo. ¡Lo sé perfectamente!

—¡Basta! —Joseph se puso en pie, iracundo—. No se atreva a decir nada más. Solo quería ver a mi familia, constatar que mi hermana seguía cuerda, que mi padre estuviera bien… Que mi madre no se hubiera olvidado de que tenía un hijo.

—Mi hijo está muerto —interpeló ella apretando los dientes y llevando una de sus manos a la cabeza, mareada.

—Por favor, vete —le rogó Sandrine al ver que a su madre le daba un vahído y se recostaba sobre el respaldo del sofá, pálida por la aflicción.

—Haz llamar al doctor de inmediato y que atienda sus necesidades —pidió Joseph a su hermana a la par que se dirigía hacia la puerta.

Dicho aquello, tras constatar que seguía muerto para su familia, salió de la estancia y recogió su ropa de abrigo.

Detrás de él apareció Sandrine, temblando. Hizo el amago de tocarlo, pero contuvo el gesto y apretó el puño contra su pecho.

—No insistas, Joseph. Padre está muy, muy enfermo y madre sufre por ello… Apenas duerme de pura preocupación porque no sabe qué hará nuestro primo Charles con la herencia y si madre se verá obligada a abandonar esta casa...

—Lo lamento, pero duele que renieguen de un buen hijo por creer que no es más que un desviado.

—Es algo malo que… has de reprimir…

Joseph sonrió con tristeza y suspiró dejando caer la cabeza sobre el pecho, frustrado.

—Espero que nuestro padre no sufra... Ni siquiera le deseo mal, a pesar de cómo me repudió. Cuídate, Sandrine. Sé feliz... Si es que puedes con el marido que tienes y el suegro que te ha tocado.

Ella pareció dudar, querer transmitirle algo. No obstante, calló.

Joseph entonces salió por la puerta principal y desapareció para volver a Bath, el único lugar donde era apreciado.



2



Estar de vuelta en Bath fue todo un alivio para el doctor Edwards. No solo porque se respiraba aire puro y lucía el sol aunque hiciera frío, sino también porque en su hogar lo estaba esperando Hipócrates.

Cuando el carruaje lo dejó cerca de *Gay Street*[1], donde estaba ubicada la consulta médica —justo debajo de su casa— no perdió ni un segundo en entrar al edificio georgiano de piedra caliza, subir las escaleras y dejar el arcón para buscar a esa bola de pelo escurridiza.

Un gato gris y blanco de pelo largo, lo miró ladeando su cabeza y clavando los enormes ojos verdosos sobre él. Luego maulló y se frotó en las botas de Joseph. Este se agachó para estrujar al animalillo contra sí, pero se le escapó de los brazos y salió trotando hacia cualquier escondrijo.

—Ya veo lo mucho que me echas de menos. —Suspiró con una sonrisa tierna en el rostro.

Dejó las cosas en su sencilla estancia, se aseó y cambió sus vestiduras por otras más cómodas. El viaje había resultado largo e insoportable. Tampoco fue capaz de conciliar el sueño en la fonda en la que paró el carruaje de posta a medio camino, por lo que Joseph estaba agotado y con una imperiosa necesidad de caer como un muerto sobre el lecho.

Se deslizó entre las sábanas limpias y frescas que Beth había lavado y planchado, con la sugerente intención de caer rendido en menos de un minuto. Sin embargo, la campanilla de la consulta sonó de forma insistente por mucho que intentó ignorarla.

Hipócrates le recordó, al subirse sobre su espalda, que no podía dejar de lado sus obligaciones médicas. Ya lo decía el *Corpus Hippocraticu:*[2] tenía un compromiso ético con la práctica de su profesión.

—Por los clavos de Cristo, ya voyyy —se quejó saliendo del lecho para vestirse a toda prisa.

Abrochó sus mangas, se enfundó en el pantalón, se volvió a colocar las botas y bajó hasta la consulta por las escaleras traseras, unas que daban a un agradable jardín donde él mismo cultivaba diversas plantas medicinales.

Entró en el local que tenía arrendado y abrió la puerta a la persona que, de forma muy insistente, se empeñaba en darle a la maldita campanilla.

Al otro lado se encontró con un hombre alto, ancho de hombros, de cabello oscuro peinado a la moda y vestido de una forma que no dejaba lugar a dudas: era un noble.

Aquello impactó a Joseph, pues no solía tratar a personas de tan alto rango social, sino más bien a los pacientes ricos del *Royal Crescent* y *The Circus*, o bien a enfermos que acudían a Bath en busca de aliviar sus dolencias, así como asistir a personas de recursos limitados.

—Estaba a punto de desistir… —adujo el caballero con una bonita sonrisa—. ¿Es usted el doctor Joseph Edwards?

El noble lo miró de arriba abajo en dos ocasiones.

—Así es. Pero, pase... ¿En qué le puedo ayudar? —El galeno esperó a que el caballero se presentara mientras se hacía a un lado.

—Qué poca clase he demostrado tener. Lo lamento. Soy Lord Marcus Vane, hermano del Marqués de Bath —se presentó quitándose el sombrero y haciendo una leve reverencia.

—Lord Vane, discúlpeme usted a mí. Acabo de llegar de un largo viaje y me había dormido. Siento no tener la consulta cálida, ni haber prendido las velas… No esperaba visita ya que mis pacientes estaban al tanto de mi ausencia. Le ruego que me explique en qué puede ayudarle un simple médico de ciudad…

—Siento ser yo el que lo importune. —Sonó humilde para ser un noble —. Estamos en una delicada situación familiar. Mi hermano ha caído muy enfermo y ya lo han visitado todos los médicos conocidos en las altas esferas sociales. Algunos miembros acaudalados de la ciudad nos hablaron bien de usted, de su forma de tratar a los pacientes. Por favor, acompáñeme —rogó con la voz quebrada. A pesar de tenerla grave y profunda, sonó casi como un lamento.

—Faltaría más. Deme unos instantes para que me vista en condiciones y coja mi maletín.

—Es un viaje algo largo, añada muda a su equipaje —sugirió.

Joseph subió las escaleras de dos en dos, agotado pero resuelto a ayudar. No le importó el origen del convaleciente, aunque eso le reportara pingües beneficios o la visita de otros enfermos más pudientes. Ante todo era un médico comprometido.

Escribió una nota a su ayudante para que la viera al día siguiente al entrar en la consulta.

Hipócrates lo juzgó con la mirada al ver cómo recomponía el maletín de trabajo.

—Lo siento, he de irme… No me mires así. Beth vendrá mañana.

Con un maullido ofendido, el felino se dio la vuelta y le enseñó sus «melocotones» y lo que tenía debajo de estos, moviendo la corta cola con fuerza.

oOo

El lord se sintió aliviado al constatar que el atractivo galeno había aceptado. Decidió esperar fuera, al lado de un elegante landó[3] tirado por cuatro caballos y con las dos capotas cerradas.

—¿Va a acompañarnos ese médico nuevo, Lord Vane? —indagó el joven cochero que estaba al frente del carruaje, ataviado con una librea engalanada con el escudo familiar, un sombrero de copa negro y tamaño moderado, botas altas para montar y un fusta entre las enguantadas manos.

—Sí —afirmó el noble antes de subirse—. Sería tonto si no aceptara atender a un marqués.

—Pobre infeliz… —siseó el chófer.

—¿Qué has dicho, Alexandre?

—Nada importante, Lord Vane.

Este último se acomodó en uno de los laterales, al lado de la ventanilla. Oteó la calle tras apartar un poco la cortinilla de terciopelo azul. Casi se había puesto el sol y los transeúntes volvían a sus casas.

Llevaban un terrible año de frío que había mermado las cosechas. Por fortuna, la mayor parte de la riqueza del marquesado provenía de ultramar, por lo que no tenían de qué preocuparse.

En el exterior, a la espera, Alexandre observó al médico salir de su consulta portando un enorme maletín. Se apresuró a bajar para ayudarlo a ponerlo a buen recaudo.

—Se lo agradezco —dijo Joseph.

La sonrisa del galeno fue amigable, lo cual molestó bastante al cochero. Odiaba que lo trataran con condescendencia por ser un simple sirviente. Tampoco le hizo la menor gracia que fuese tan atractivo. Se esperaba un señor orondo, de bigotes y patillas espesas, o uno de esos hombrecillos ridículos que iban de aquí para allá sin saber qué hacer más que dar órdenes e imponer su opinión médica sobre el resto.

Sin embargo, el doctor Edwards era alto, delgado, de ojos azules y cabello rubio, con un rostro masculino y unos excelentes modales.

Le odió más por ello.

Ajeno a aquellos pensamientos por parte del joven, Joseph se subió al landó para sentarse frente al lord, acomodándose.

—Lamento mucho la tardanza, quise traer todo lo que tenía a mano ya que ignoro cuál es la dolencia del marqués.

—Ha sido usted más rápido que mis perros de caza, Dr. Edwards —bromeó Marcus—. Es de agradecer lo profesional que es, estoy gratamente sorprendido. Se le pagará por sus servicios de forma excelente.

—Bueno, espero entonces cazar rápido lo que enferma a su hermano —replicó intentando mantener un ambiente que no resultara tenso dada la gravedad de la situación.

La imponente presencia de Lord Vane lo puso nervioso. Era, de forma indudable, todo un ejemplar de masculinidad: guapo, ojos castaños, mandíbulas cuadradas, un hoyuelo en el mentón y una sonrisa perfecta.

—Me alegra que tenga sentido del humor. Los demás doctores han sido todos unos viejos agoreros e insoportables.

—Me temo que suele ser así siempre. Se dedican más a pelear a ver quién tiene razón, que a curar a sus pacientes —se sinceró.

—Me han dicho que es usted muy competente pese a su juventud.

—Yo no diría tanto… —Se sonrojó por el halago que creyó inmerecido —. Además, ya no soy tan joven como me gustaría...

Marcus dio unos golpecitos al techo del carruaje y Alexandre azuzó a los caballos para que se pusieran en marcha. Wiltshire, donde se hallaba la residencia de la familia Vane, estaba a unas treinta millas de distancia, por lo que tardarían unas seis horas en llegar.

Joseph suspiró con agotamiento pues venía de hacer un viaje aún más largo. Pese a ello, intentó disimular y poner buena cara.

—Verá, doctor, mi hermano lleva ya un tiempo con la salud quebradiza. Pero estos últimos meses ha empeorado muy rápido. Antes era tan robusto como yo y se ha quedado en un saco de huesos. Es descorazonador verlo en un estado tan lastimoso y ya no sabíamos qué más hacer por él. Cuando nos hablaron de usted y sus métodos más modernos pensamos que no teníamos nada que perder.

—¿Me puede adelantar qué síntomas sufre el marqués?

—Aparte de la pérdida de peso y apetito, padece numerosos dolores de cabeza, vómitos, dolor en el abdomen, convulsiones… Hasta se le ha ido cayendo el cabello. En ocasiones sufre delirios también y… Otras cosas desagradables que habrá visto en incontables ocasiones.

—Entiendo… —Joseph sacó un cuaderno y fue anotando todo cuanto relató Marcus o lo que le fue preguntando para ahondar más en las posibles causas.

A mitad de camino, el lord decidió parar en una fonda para reponer fuerzas. Había observado que Joseph parecía exhausto.

Cuando fueron a adentrarse en el animado lugar, Alexandre se quedó fuera cuidando del carruaje.

—¿El muchacho no viene? —preguntó Joseph al lord—. Lleva trabajando muchas horas entre la ida y la vuelta.

Marcus lo sopesó unos instantes y ordenó a su sirviente que dejara el landó al mozo de cuadras de la fonda y entrara con ellos.

Alexandre se quedó estupefacto y de nuevo odió que aquel maldito médico lo tratase con indulgencia. Él sabía muy bien cuál era su lugar y este no estaba dentro de la posada, sino a la intemperie y a la espera. Aun así, siguió las claras órdenes del lord ya que parecía querer complacer al galeno en todo. Y eso lo sulfuró todavía más.

A regañadientes se sentó junto al rubio, frente a Marcus. Les habían ofrecido la esquina más cálida, al lado de la crepitante chimenea.

—Lamento mi descortesía, Dr. Edwards. De haber sido consciente que estaba tan rendido, habría esperado hasta mañana en nuestra mansión de Bath —se disculpó el lord.

—¡No tiene importancia! —expresó con una sonrisa—. El único que se lo ha tomado a mal es mi gato.

—¡Un gato! —exclamó Marcus—. ¡Qué peculiar es usted! ¿No está casado entonces? —curioseó.

—No, no… —carraspeó el aludido—. Nunca me he prometido.

—Pero siendo usted tan buen partido, y tan buen galán, seguro que no le faltarán las atenciones de las damas. Puede elegir a su gusto en cada una de las temporadas. Bath está muy concurrido de señoritas hermosas.

Joseph se sonrojó tanto que ni la luz anaranjada que emanaba de la chimenea pudo disimular el tono púrpura de su piel.

«No puedo creer que esté diciéndole eso», pensó Alexandre, abochornado.

—Mi tiempo para la diversión es escaso y prefiero seguir estudiando los nuevos avances que se dan en mi campo —contestó el médico saliendo así del paso.

—Vaya, me vuelve a sorprender usted, Dr. Edwards.

Les trajeron las viandas y el vino junto a un poco de ron para que entraran en calor lo antes posible. Joseph no se percató de cuánta hambre tenía hasta que dio el primer bocado al guiso con puré de patatas. Reparó entonces en que el cochero apenas probó bocado.

—¿No come usted? —indagó dirigiéndose a él.

Este le devolvió una mirada de un verde musgo, enmarcada en unas pestañas largas. El color de su piel era más oscuro de lo habitual y el galeno notó que sus facciones no eran del todo caucásicas. Sobre todo por la forma gruesa de sus labios y el color chocolate de su ondulado cabello. Le resultó un joven mulato muy guapo.

Consciente del escrutinio del doctor, Alexandre se removió en su asiento, molesto por ello.

—Intento no comer demasiado cuando viajo porque hay muchos baches por los caminos y no me sienta nada bien —contestó.

—Tiene todo el sentido —admitió Joseph—. ¿Cuál es su nombre?

—Alexandre Lambert, señor. Estoy a su servicio en todo lo que necesite —prosiguió con voz suave, intentando parecer sumiso tal y como exigía supuesto. No estaba acostumbrado a que lo trataran de usted.

—Dale las gracias al doctor, fue él quien insistió en que cenaras con nosotros. No desperdicies la comida que tan amablemente ha querido que disfrutes —lo regañó Marcus.

Este había notado el hastío en su sirviente y lo conocía muy bien. Así que lo puso en su sitio frente al médico para que este le prestara más atención a él que a Alexandre.

—Sí, Lord Vane. Pido disculpas por haber sido tan descortés.

—No pasa nada, Sr. Lambert. Si le va a sentar mal la cena, prefiero que la deje donde está —añadió Joseph tocando el hombro del chico.

Una sonrisa limpia y generosa se ensanchó en el hermoso rostro del doctor. Marcus se fijó con más detalle y le agradó sobremanera. Se sonrió hacia un lado, satisfecho de haber conocido a aquel hombre tan interesante.

Alexandre, por su parte, se mordió la lengua y se tragó el veneno que le hervía en las entrañas.

oOo

Tardaron tres horas más en recorrer las quince millas que faltaban hasta la enorme casa de campo isabelina de la que eran dueños los Marqueses de Bath.

Durante ese periplo, Marcus observó dormitar al doctor y se recreó en su rostro y su figura. Había conocido a muchos hombres en su vida, pero nunca a uno que le resultase tan sugestivo. Los cabellos dorados le caían lánguidos sobre una frente ancha, el rostro apenas tenía rastro de vello, los labios entreabiertos eran carnosos, tras los párpados cerrados había unos ojos azules como el cielo de verano. Bajo la camisa y el chaleco se escondía un cuerpo bien moldeado. Además, sus manos terminaban en unos largos y finos dedos. Seguramente era muy sugerente al acariciar la piel de otra persona…

Se relamió el labio superior y suspiró. Aquel hombre era, sin duda, de los que a él le gustaban. Por lo que le había sonsacado, contaba con treinta y cuatro años de edad, cuatro menos que él, estaba licenciado en la prestigiosa Facultad de Medicina de Edimburgo, solo contaba con una partera como ayudante y su familia residía en Mánchester. Por lo visto su padre tenía unas cuantas fábricas algodoneras, lo que indicaba que eran adinerados aunque sin raíces nobles.

Y, a pesar de todo, se había ido a Bath a ejercer, vivía solo con su gato y no estaba prometido. Peculiar como poco, pero muy interesante el detalle de que no buscase esposa ni estuviera en sus planes formar una familia.

Cuántos había conocido así… Pero tendría que averiguar si era de los suyos o no, con mucho, mucho cuidado.

Adelantó una mano hacia el hombro de aquella bella durmiente para que despertase.

Joseph pegó un respingo y se recompuso.

—Deje de roncar, doctor. Ya hemos llegado —bromeó un poco al ver su cara de susto.

—Perdón, estoy avergonzado.

—No se preocupe. Es muy tarde, está agotado y, de todas formas, hoy no veremos a mi hermano. —Sacó un ornamentado reloj de bolsillo y lo consultó—: Son casi las dos de la madrugada.

—Vaya, preciosa pieza de oro. Me encantaría tener un reloj tan bonito. —El médico lo tomó entre sus manos para examinar la esfera. Fue cuando Marcus aprovechó y se inclinó hacia él de forma más íntima.

—¿Le agrada…? —susurró muy cerca de su frente.

Tener a un hombre tan imponente casi encima, hizo que Joseph soltara la pieza y se removiera en su asiento buscando la chaqueta para enfundarse en ella. El corazón le latió con rapidez pues no estaba acostumbrado a la cercanía de un caballero de aquellas características.

Sí, tenía amistades masculinas que había hecho años atrás en Derbyshire, pero a todos les agradaban las mujeres y estaban felizmente casados. Nunca los consideró hombres accesibles o que le pudiesen atraer. ¿Por qué entonces le ponía tan nervioso Lord Vane? Llegó a la conclusión de que su última visita a la tumba de Oscar lo había trastocado en demasía y la sensación de soledad lo alteraba.

Cuando el carruaje se detuvo del todo, Alexandre bajó el gran maletín del doctor, se lo llevó hasta la entrada y llamó a la gran puerta.

La casa *Longleat* apenas se distinguió en la oscuridad, sin embargo se adivinaba su magnitud.

De forma rápida apareció un lacayo en lo alto de la escalinata de piedra.

—Muchísimas gracias, Sr. Lambert. Qué descanse —susurró Joseph.

—Le deseo lo mismo, Dr. Edwards. —El joven se inclinó en señal de respeto y esperó órdenes del lord.

—Guarda el landó y los caballos —decretó tajante.

—Sí, Lord Vane.

—P-pero… —quiso interceder Joseph—. Debe estar agotado… —musitó mientras observaba al esbelto joven llevarse el carruaje hacia la zona de las caballerizas.

—Es su trabajo y se le paga por ello. No es la primera vez, ni será la última. Vamos, hace mucho frío fuera.

Con la palma abierta empujó levemente al doctor y así pudo constatar la firmeza de su espalda a la altura de la cintura.

—Richard, prepárale una de las habitaciones de invitados —indicó al lacayo y luego dirigió su mirada castaña hacia el doctor—. Buenas noches, Joseph —lo tuteó de pronto—. Me retiro, yo también estoy fatigado.

—Buenas noches, Lord Vane.

—Llámeme Marcus, se lo ruego. Buenas noches.

A continuación subió las enormes escaleras que daban al primer piso y desapareció de camino al ala oeste.

Debido a la oscuridad, Joseph no pudo fijarse bien en el interior de aquella tremenda mansión. Siguió al hombre, delgado y maduro, el cual llevaba un candelabro de plata con cuatro velas prendidas.

—Esta es su estancia, señor. Si necesita mudas limpias, me encargaré de traérselas…

—No es necesario, tengo ropa —lo cortó en tono afable—. Vaya a dormir, por favor.

El lacayo ignoró de forma deliberada sus palabras y prendió una lámpara de aceite. Luego preparó la chimenea hasta que ardió la madera con fuerza y dotó a la estancia de una temperatura agradable.

—Por la mañana tendrá preparado su baño, señor.

Sin hacer ruido, el hombre desapareció dejando solo al doctor.

Joseph se deshizo del pañuelo, la chaqueta, el chaleco, las botas y el pantalón para introducirse en el mullido lecho. Afortunadamente no sonó ninguna campanilla y por fin pudo dormirse pensando en Hipócrates y lo muy molesto que estaría porque le había vuelto a dejar solo.



3



No despertar con los pisotones de su gato asustó a Joseph. Se irguió de golpe, confundido, hasta que cayó en la cuenta de que no estaba en su cama ni en su casa. Suspiró aliviado y se levantó para mojarse el rostro en la pila de agua fresca.

Anduvo hasta el ventanal por el que se filtraban los primeros rayos de sol y observó el impresionante jardín. A pesar de que el verano era frío, el jardinero estaba haciendo un gran trabajo para conservar el paisaje de una hacienda tan imponente como aquella. El hogar de un marqués no era cosa de broma.

Se vistió con las mudas que había llevado y esperó a que el lacayo hiciera acto de presencia. Richard no tardó demasiado en picar a su puerta.

—Buenos días, Dr. Edwards. Le ruego que me acompañe. Después de que se asee le conduciré a la sala del desayuno.

El aludido no dudó en seguir sus instrucciones, solo que tomó el maletín médico para llevarlo con él y lo siguió escaleras abajo.

—¿Podría decirme cómo se encuentra esta mañana el marqués? —se interesó.

El rostro ensombrecido de Richard le hizo entrever que no había buenas noticias.

—Es mejor que eso lo trate con mi señor. Es aquí, pase.

Se hizo a un lado tras abrir una enorme puerta de madera bruñida con ornamentos muy trabajados que emulaban el estilo neoclásico, algo raro en una mansión isabelina.[4]

—¡Recórcholis! —exclamó asombrado. El lujo de aquella zona de aseo lo dejó estupefacto, pues tenía a su disposición un *caldarium*[5].

—En estas cestas encontrará todo lo necesario: jabón, toallas, perfumes… —Señaló las canastillas que había al lado de unos asientos de piedra—. Lo

dejo a solas para que pueda relajarse. Estaré fuera.

El lacayo cerró la puerta tras de sí y Joseph se quedó admirando la estancia. Habían reproducido un baño romano incluso con mosaicos en suelo y paredes, columnas jónicas, estatuas griegas, bustos tallados en mármol... Calentar aquello debía exigir alimentar las calderas constantemente.

«¡Qué extravagancia!», pensó con la boca abierta.

Se desvistió, depositó su ropa sobre un diván y, desnudo, se introdujo en las cálidas aguas del *alveus*[6]. Fue como estar en uno de los balnearios de Bath a los que iban sus pacientes, solo que completamente a solas y como Dios lo trajo al mundo. El cuerpo se le desentumeció de inmediato gracias a la calidez de las aguas.

De pronto escuchó la puerta abrirse y eso lo asustó.

Apareció Lord Vane, que sonrió ladino al ver a su huésped hundirse en el agua hasta la barbilla.

—Lamento la intromisión. ¿Le molesta que entre?

—E-está en su casa… —farfulló el médico, abochornado.

—¿Seguro? Sé que es un momento muy íntimo.

—Seguro —afirmó tapándose instintivamente sus zonas pudendas.

Marcus se deslizó en la sala y miró de soslayo al doctor, comprobando que la realidad superaba a su imaginación en cuanto al atractivo de aquel hombre.

Tenía la tez pálida, vello rubio en el pecho y en los antebrazos, además de un cuerpo bien formado.

—Temí que se hubiera relajado demasiado —musitó sentándose en el diván como si tal cosa y cruzando las piernas—, así que me acerqué a salvarlo por si se estaba ahogando —se mofó.

Joseph se echó a reír, nervioso.

—Estoy bien, aunque muy sorprendido por encontrar unos baños romanos en una mansión isabelina…

—Oh, mi padre era un entusiasta de la época del Imperio Romano, así que aprovechando que esto fue una villa romana en su día y que brotaba un manantial, mandó construir este lugar de descanso… Es agradable, ¿verdad? —preguntó mirando de forma directa al pudoroso doctor.

—Sin duda… Pero debería salir ya e ir a ver al marqués. ¿No le parece lo más cabal, Lord Vane...?

—Ayer le pedí que me llamase Marcus —interrumpió—. ¿Le puedo llamar Joseph?

—Como guste… —Este no supo si se estaba escaldando por la temperatura del agua o por pura turbación. Aquel lord no tuvo reparos en contemplarlo de forma directa, muy directa.

Marcus se puso en pie de pronto y le acercó una de las toallas de tela, la cual depositó en un borde de la piscina.

—Le espero en la sala del desayuno y después iremos a ver a mi hermano. Richard lo conducirá.

Dicho esto, con una sonrisa seductora, el noble salió de la sala de baños y dejó a solas, por fin, al pobre doctor.

Este hundió la cabeza en el agua caliente y emergió después aspirando el aire. Con rapidez salió, se secó y se vistió a toda prisa. Aún podía sentir la profunda mirada de su anfitrión recorrerle de arriba abajo, lo cual le turbó considerablemente.

No supo bien cómo interpretar aquella situación tan extraña. No le quedó claro si Lord Vane tenía gustos similares a los suyos y lo contemplaba con intenciones de seducirlo, aunque tal vez solo fueran conjeturas absurdas que nada tenían que ver con la realidad.

—Ha sido por el vapor, me ha dado una descompostura, solo eso... —intentó convencerse a sí mismo sin mucho éxito.

oOo

Joseph se adentró en la sala del desayuno junto con su inseparable maletín. Sobre la extensa mesa, jalonada por una gran cantidad de sillas vacías, estaban depositadas toda clase de viandas: leche fresca, té, pastas, pan recién hecho, bollos dulces, mantequilla, mermeladas de diversos gustos, panceta, salchichas, huevos fritos…

Sin embargo, allí solo estaba Marcus, sentado en un lateral, justo en una de las esquinas, al lado del que debería haber sido el lugar de su hermano mayor.

—¡Joseph! Siéntese a mi lado, la mesa es muy ancha —expuso Marcus con una de sus engalanadas sonrisas. Hasta le retiró la silla.

—Gracias, Lord… Marcus.

—Marcus a secas… —pidió haciendo un puchero.

—No me sentiría cómodo. —Se sentó donde le había indicado.

—Está bien. Lord Marcus es tolerable. Richard, sírvenos —ordenó al lacayo.

Este hizo su trabajo con diligencia. Al terminar con su quehacer, se fue sin necesidad de recibir un nuevo mandato.

Joseph se preguntó por qué razón había tantísima comida en la mesa si tan solo estaban ellos dos disfrutando de tan esplendoroso almuerzo.

—Las damas de esta mansión se levantan mucho más tarde —explicó Marcus como si adivinara los pensamientos del doctor—. Por esa razón hay infinidad de comida… La cual no se terminarán con tal de conservar sus siluetas... —Suspiró hastiado—. Las conocerá en breve, tras la visita a mi hermano.

—Creía que me quería engordar como a un pavo —bromeó el doctor.

—Y luego lo cazaría y me lo comería… —Marcus sonrió con desvergüenza, guiñándole un ojo.

Joseph carraspeó y se dispuso a desayunar sin decir ni pío. No pudo evitar sentirse halagado por las atenciones que le brindaba el lord.

—¿Conoceré a su esposa también? —indagó con toda la intención.

Marcus casi escupió el té y soltó una carcajada al aire.

—No hay ni esposa ni prometida a la vista, Joseph. —Por el tono de su voz tampoco parecía estar muy preocupado.

Era un hombre muy atractivo, sumamente rico, perteneciente a la nobleza, con una edad ya cercana a los cuarenta si el médico no calculaba mal, sano y libre. En realidad podría tener a quien él quisiera con tan solo chasquear los dedos y sin ningún tipo de atadura moral.

—Entiendo que prefiere gozar de la libertad que le otorga no ser el marqués.

—Sin lugar a dudas ha dado en el clavo, doctor. —Suspiró y bebió un poco de té—. Aprecio a mi hermano de todo corazón y lamento por lo que está pasando. Él es un hombre muy capaz, pero yo soy un inútil para los negocios, mucho me temo. Llevo una vida relajada, no voy a negar lo evidente.

—Afirmar que es un inútil para los negocios es un poco duro.

—Cuando vivía mi padre quería que Henry y yo fuéramos hombres versados que pudiéramos soportar el marquesado. Sin embargo, mi hermano se echó a la espalda toda la responsabilidad cuando pasó a ser el cuarto marqués, y no me dejó ayudarlo…

—Entiendo… —El galeno bebió un poco de leche y tomó un bollo con mantequilla mientras lo escuchaba explicarle su vida.

—Joseph, usted proviene de una familia pudiente. Pero quiso ser médico y se fue a Bath. ¿Por qué?

—Anhelaba curar la enfermedad de un amigo de la infancia, esa fue la razón que me impulsó a vivir en Edimburgo. En cuanto a Bath, simplemente es un lugar ideal para ser médico.

—¿Y curó a su amigo?

La expresión en el rostro del doctor se ensombreció y Marcus temió haber metido la pata.

—No, no lo curé. Murió hace años.

—¡Lo siento! No debí ser tan incisivo con mis preguntas —se disculpó.

—Considero que deberíamos ir a visitar a su hermano. Lo estamos demorando en demasía. —Cortó por lo sano.

—Por supuesto. Acompáñeme.

El lord temió haber sido demasiado descortés con su invitado, así que no esperó ni un minuto más para acompañarlo hasta las estancias privadas de Henry.

Richard los siguió como un perrito faldero.

—Dile a la Sra. Evans que despierte a las damas y al niño, que desayunen con tranquilidad y luego nos esperen en la salita principal. ¡Ah! Y no quiero que Lady Clemence nos interrumpa bajo ningún concepto.

—Sí, mi señor. —Hizo una reverencia enérgica y se fue.

—Cuando fallezca nuestro mayordomo, el Sr. Tinley, Richard ocupará su lugar. Por eso intento darle responsabilidades. Dadas las circunstancias, he de poner en práctica lo que mi padre esperaba de mí —explicó—. Por otro lado, Lady Clemence es mi cuñada y la actual marquesa. Está obsesionada con el estado de salud de Henry.

—Es natural que así sea. Debe estar sufriendo por su marido.

—Sin duda… —Sonó un poco sarcástico, o eso le pareció percibir a Joseph.

La amplia estancia donde se adentraron estaba oscura, olía a cerrado y a fetidez. Los enormes ventanales se hallaban opacados por tupidas cortinas, pero Joseph pudo adivinar que había una gran mesa de madera, un Chéster y una biblioteca personal.

—¿Los médicos decidieron aislarlo así? —susurró al interrogar a Marcus.

—Efectivamente. Todos los que vinieron.

—¿Confía en mí?

—Por completo —afirmó contundente.

—Entonces déjeme tomar el control de esta situación desde este preciso momento.

El lord asintió con la cabeza y lo condujo hasta la habitación anexa donde el marqués permanecía en penumbras.

—Hermano, este es el doctor Joseph Edwards, del que te hablé...

Un hombre consumido por la enfermedad, delgado, con calvas evidentes, ojos hundidos en sus cuencas y profundas ojeras oscuras, lo miró postrado desde su enorme lecho bajo un dosel impresionante.

—Marqués, soy el Dr. Edwards y vengo de Bath con la intención de ayudarlo y determinar qué padece.

Este le observó sin un solo brillo en sus pupilas oscuras. Medio sonrió casi sin fuerzas.

—Es usted muy joven y agraciado para ser médico… —apreció.

—Y por eso diría que caigo mal a la comunidad médica al completo —hizo una chanza que arrancó una risa ronca al marqués.

—No tengo nada que perder, haga lo que quiera conmigo.

—Bien, para empezar vamos a airear esto porque huele a cuadra. —Se acercó a los ventanales, ayudado por Marcus, corrieron las oscuras y pesadas cortinas de terciopelo para poder abrir.

La luz del sol incidió sobre el enfermo, así como el frescor de la mañana se coló en la estancia. Al contrario de lo que se pudiera esperar, al marqués lo imbuyó una sensación de alivio al respirar aire puro.

—A partir de ahora se acabó estar encerrado como un delincuente en una celda. La estancia ha de airearse mientras el día lo permita. Y hoy luce el sol —añadió el galeno con una sonrisa animada que deslumbró a Marcus por la determinación que transmitía.

Acto seguido, Joseph levantó las mangas del enfermo y revisó las zonas donde le habían hecho las malditas sangrías de las que él renegaba. Algunas de las incisiones estaban infectas.

Sacó de su maletín unas vendas y un recipiente de cristal con un tapón. Mojó la tela con el contenido y limpió a conciencia las heridas.

—Estoy completamente en contra de esta práctica absurda. Es inefectiva y no ha equilibrado los humores a nadie, jamás. ¿Qué pasa cuando alguien se va desangrando? ¿A caso revive? No, todo lo contrario. Me llaman loco por pensar así. —Sonrió al enfermo.

—Me alivia saber que no me va a rajar los brazos, estaba harto de ver mi sangre correr. Era como si mi energía se consumiera gota a gota.

Joseph lo auscultó a conciencia y sin pudor. El latido de su corazón iba muy despacio y la respiración reverberaba bajo un pecho al que se le notaban los huesos. Así mismo le tomó la temperatura y luego le aplicó en el rostro y en el pecho un paño limpio con agua fresca. Lo aseó con diligencia ya que hedía por haber estado tanto tiempo encerrado.

—Lord Marcus, su hermano está en un deplorable estado y puede empeorar por el sudor y las excreciones. Tienen un excelente balneario abajo y debería tomar las aguas.

—Los otros médicos insistieron en que no podía moverse bajo ningún concepto...

—Los otros médicos son unos botarates. Insisto en mi sugerencia.

—¿Quieres bañarte, Henry? —consultó Marcus.

Este afirmó con la cabeza, deseoso de asearse en condiciones.

—Pediré al Sr. Tinley que prepare lo necesario.

Marcus desapareció unos instantes y fue entonces cuando el marqués habló con claridad a su nuevo médico.

—Sé que me muero.

—Eso está por ver, marqués. Primero he de averiguar qué enfermedad tiene… No quiera irse al otro mundo con tanta facilidad —replicó Joseph.

A la luz del día pudo ver que esos ojos oscurecidos eran castaños como los de su hermano. No quedaba ni rastro del hombre que debió ser.

—Hablaré claro: me están envenenando.

Joseph se quedó estupefacto ante tal declaración.

—¿Por qué cree algo así? —interpeló con gravedad.

—Cualquier miembro de la familia, menos Marcus y el pequeño Percy, está deseando que me vaya al infierno de una vez —gruñó.

—¿Se lo ha contado a su hermano?

El doliente afirmó con la cabeza.

—Piensa que he perdido el raciocinio. —Se sonrió para sí.

—Marqués, no puedo determinar a la ligera que esté siendo envenenado. Pero haré todo lo que esté en mi mano para esclarecer qué le pasa. Por lo pronto, revisaré qué come, qué bebe y qué medicamentos le han convenido. Sin embargo, no puedo quedarme aquí por mucho tiempo… —Se sinceró.

—Le pagaré muy bien… —Sonó a súplica.

—Me alegra escuchar eso. Pero ha de entender que tengo pacientes a los que atender en Bath. No se trata de dinero.

—Veo que no es usted de los que se dejan tentar por el vil metal…

—No, no lo soy. Vivo con humildad y eso me basta.

—Un galeno honrado. Lo que me faltaba por ver —ironizó.

Joseph revisó todos los medicamentos que sus colegas habían pedido a los boticarios: aceites y bálsamos, azufre para los eccemas de la piel, mercurio por si padecía sífilis, quina para la fiebre y una gran cantidad de láudano. Aquello parecía una botica y casi todo estaba mal formulado.

—¿Ha estado con prostitutas? —indagó sin pudor.

El marqués abrió la boca, asombrado ante una pregunta tan directa.

—Jamás.

—Una cosa que he aprendido con los años es que los pacientes mienten. Dígame la verdad.

—Soy plenamente fiel a mi esposa, se lo aseguro.

Joseph le creyó, aunque algo más subyacía que no le estaba contando. Lo pudo notar en el temblor de su voz.

—Esto es para la sífilis. Así que esos galenos lo dieron por hecho suministrándole algo que no le hacía falta y ha podido empeorar su salud. Y todo por no importunar con preguntas molestas al marqués que les pagaba bien. —Le mostró el bote de cristal—. También veo purgantes para expulsar las inmundicias de su cuerpo y es la razón de que esté tan débil y desnutrido.

—Me paso los días y las noches muerto de sed y de hambre. Pero lo arrojo todo. Antes era tan corpulento como Marcus. —Suspiró con fuerza,

fatigado y adolorido.

—¿Sufre muchos malestares?

—Sí. Me han suministrado opiáceos para calmarlos.

—El opio es muy peligroso, por no decir que adictivo. Le seguiré administrando láudano, aunque en dosis cada vez más pequeñas. He visto lo que hace en hombres que vuelven de la guerra… Les alivia hasta matarlos —concluyó con dureza.

—Vero que no se anda por las ramas ni hablando con un marqués.

—Tengo una excelente educación, pero no estoy para necedades cuando se trata de la salud de mis pacientes.

—Me gusta su sinceridad, Dr. Edwards. Creo que puedo confiar en sus métodos y habilidades.

Justo en ese instante llegó un flemático Sr. Tinley, el anciano mayordomo, empujando una silla de ruedas, seguido por Richard y Marcus. Este último levantó a su hermano en brazos como si no pesara nada y lo sentó en la silla.

Le taparon con mantas y salieron de los aposentos privados seguidos del doctor, recorriendo el pasillo repleto de gruesos y viejos tapices de la época isabelina y enormes cuadros de los antepasados del marquesado hasta llegar a las escaleras sobre las que pendía una lámpara de araña descomunal.

Marcus volvió a tomar a su hermano en volandas y lo bajó dos pisos hasta la sala de baños, delegando el aseo de Henry a los sirvientes.

Cuando el doctor y el lord se quedaron a solas, este último se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Está muy mal? —quiso saber con un tono de voz aterrorizado.

—Lo está. De hecho, cree que lo envenenan.

El lord suspiró con cansancio e hizo rodar los ojos, hastiado.

—Ese mal suyo le ha nublado el juicio. Nadie quiere hacerle nada. Sin él todo el marquesado se tambalearía.

—Podría ser que los remedios con los cuales lo han estado tratando le hayan afectado al raciocinio.

—Por el amor de Dios, Joseph, haga algo —rogó con desespero.

Este se vio casi empujado contra la pared por el corpachón de Marcus, que lo miró con los ojos humedecidos. Al doctor le latió el corazón muy

rápido y le subió la temperatura debido a la cercanía y la vulnerabilidad del lord.

—H-haré lo que pueda, pero he de volver a Bath pronto. Tengo pacientes a los que…

Marcus le cogió con fuerza de la mano derecha, tomándola entre sus enormes dedos. Estaba temblando.

—Le pagaré lo que haga falta. Solo diga cuánto quiere y será rico.

—No es por eso. Me debo a mis pac…

—Por favor, Joseph… Por favor, se lo pido de rodillas.

Dicho y hecho, hincó una de ellas en el suelo, sin soltarle la extremidad.

—Levántese, Lord Marcus, por Dios… ¡Nos van a ver!

—Le ruego que me disculpe. Pierdo la compostura con usted. Es tan amable y bondadoso… No había conocido nunca a una persona así —se sinceró a la par que se ponía en pie, aunque acercándose más a Joseph.

—Me quedaré dos días para intentar saber qué le sucede al marqués. Después tengo que volver. Es imperativo.

—¿Le espera alguien allí? ¿Una enamorada? —indagó con agitación.

—¡No! Solo un buen número de ancianos quejosos y damas embarazadas a punto de parir, además de mi gato. —Lo último sonó ridículo.

Marcus no pudo evitar sonreír de alivio y a la vez de chufla por la mención del felino.

—Si es por su gato lo comprendo. Yo no podría dejar solo a mi viejo perro. Le daría un ataque de tristeza, me temo.

Joseph recordó algo de pronto y tuvo una idea brillante. Le centellearon las cerúleas pupilas.

—Dijo que poseían una casa en Bath.

—Sí, a las afueras, a media hora en carruaje. Aunque es modesta y no la pisamos desde hace años.

—Si consigo que su hermano mejore en estos dos días, y siguen mis instrucciones al pie de la letra, se me ocurre que pueden trasladarse a esa casa y entonces tendré la oportunidad de atender al marqués a menudo. Además, en Bath también podrá tomar las aguas.

A Marcus se le abrieron mucho los ojos. Todo su rostro resplandeció.

—¡Cómo puedo ser tan torpe! Es usted un genio, Joseph.

Lo abrazó contra sí con todo su corpachón ante el bochorno del médico, que fue incapaz de mover un dedo.

Hacía tanto que no sentía el calor del cuerpo de otro hombre, que cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones cálidas.

Marcus olió los cabellos del médico y aspiró su aroma masculino. Lo deseaba. Si iban a Bath estaría cerca de él, podría averiguar si ambos eran parejos. Entonces, si estaba en lo cierto, lo seduciría y le haría suyo.

Un ruido cercano hizo que Marcus saltara hacia atrás, sonrojado. Normalmente tenía cuidado. Sin embargo, Joseph lo atraía sobremanera.

Apareció entonces una mujer de una edad similar a la de Marcus y se dirigió hacia ellos a toda prisa y con el rostro desencajado. Era menuda, pálida y llevaba los cabellos oscuros recogidos en un moño alto, a la moda, con bucles que caían a sendos lados de su rostro.

Detrás de ella la seguían la que parecía ser el ama de llaves y otra mujer del servicio, probablemente la dama de compañía de aquella mujer.

—¿Y mi esposo? —inquirió nerviosa—. ¿Es usted el nuevo médico? —Se dirigió hacia Joseph.

—Clemence, te pedí que te mantuvieras al margen —intervino Marcus, muy molesto por la intromisión.

—¡Estoy en mi derecho de conocer al doctor que va a tratar a Henry! —lo increpó con inquina.

—No se preocupe, marquesa. Soy Joseph Edwards y estoy aquí para ayudar a su marido.

Ella lo miró de arriba abajo, nerviosa. Le tendió la mano para que él depositara un ósculo en ella.

Joseph lo hizo junto con una inclinación de respeto.

—Soy Lady Clemence, Marquesa de Bath.

—Es un honor, mi señora.

—¿Mi esposo está en la sala de baños? —preguntó ella a su cuñado.

—Sí, porque Joseph ha cambiado las directrices por completo. De hecho… Nos vamos a la casa de campo de Bath, así que ya puedes entretenerte con los preparativos.

—¿Cómo? ¿Y esa locura? —replicó histriónica.

—Le pido disculpas, he sido yo el que lo ha sugerido —intervino el médico—. Considero que le podré atender mejor allí. Ahora mismo estamos

muy lejos de Bath, donde tengo mi consulta y mis cosas.

—Bien —claudicó—. Si Henry está de acuerdo, nos iremos todos.

Marcus la miró con molestia.

A Joseph no le pasó desapercibido el hecho de que se llevaban bastante mal. Por esa razón el lord no quería que se inmiscuyese.

—Por amor de Dios, ve a desayunar con los demás, Clemence. Henry está en buenas manos por fin —pidió Marcus apretando los dientes para no sonar demasiado tirante.

—¿Ha desayunado, doctor? —indagó la dama mientras ignoraba a su cuñado de forma deliberada.

—Sí, no se preocupe. Me han tratado con total diligencia.

—Entonces le esperamos a la hora de la comida. De ese modo conocerá al resto de la familia.

—Por supuesto, les estoy muy agradecido por su esplendidez. —Hizo otra reverencia en señal de respeto.

Ella se sujetó las faldas, se dio la vuelta y acabó por marcharse seguida de las otras dos mujeres.

—No la soporto —se sinceró el lord—. Ni siquiera ha sido capaz de darle un heredero a mi hermano y a su edad ya ni sirve para ello.

—Lord Marcus —comentó en tono condescendiente—, eso puede deberse a diversas razones. No solo las mujeres son estériles como se cree popularmente —le aclaró.

—Da igual, nunca ha amado a mi hermano. Fue un matrimonio arreglado por mis padres y los suyos.

—Casarse por amor está peor visto que todo lo contrario. No obstante, conozco varias parejas que superaron los obstáculos que la sociedad les impuso. Y ahora todas ellas están felices... —Suspiró con una sensación de envidia sana y recuerdos bonitos.

La época en la que trabó amistad con la familia Stapleton fue buena, y le hizo imaginar que podía volver a sentir el afecto verdadero que perdió cuando Oscar se fue para siempre. Que podía formar una familia a su manera.

Marcus se dio cuenta de aquella expresión de añoranza en el hermoso rostro de Joseph y algo dentro de él se agitó: una poderosa sensación que nunca antes había experimentado y que no supo dilucidar.

4



El pequeño Percy tenía diez años y era el hijo menor del tercer marqués de Bath, casado en segundas nupcias con Lady Louisa. Esta le había dado otra hija más mayor llamada Frances.

La difunta marquesa parió cinco hijos, de los cuales solo habían sobrevivido a la niñez Henry y Marcus.

Las damas se quedaron sorprendidas ante la juventud y el atractivo del caballero que se había presentado como Joseph Edwards. Pero Percy, ajeno a las tribulaciones femeninas, corrió hacia el doctor y lo tomó de la mano para estrujarla con fuerza.

—¡Yo soy Percy! ¡Muchas gracias por venir! ¿Usted va a curar a Henry? —preguntó agitado.

Al igual que sus dos hermanos mayores, era alto ya para su edad y tenía el cabello oscuro y ojos castaños.

—Lo voy a intentar, Lord Percy, se lo prometo —respondió al jovencito con una sonrisa que obnubiló a las presentes.

Joseph fue dama por dama, mientras Marcus hacía las presentaciones, inclinando la cabeza y besando con diligencia el dorso de sus manos.

—Mi madrastra Lady Louisa. Mi hermana Frances. Y ya conoce a mi cuñada Clemence. Percy no tiene vergüenza y se ha presentado solo —bromeó despeinando al niño, que se echó a reír.

—Es un honor conocer a la familia del Marqués de Bath. Estoy muy agradecido por estar en presencia de todos y haré lo que esté en mi mano para que el enfermo recupere la salud. —Joseph fue encantador al expresarse. Nada en él denotaba petulancia.

—El honor en nuestro, doctor —expresó Lady Louisa, una mujer que rondaría los cuarenta y tantos años, rubia y pálida. Debió casarse muy joven con el tercer marqués, algo habitual en aquella sociedad elitista. De hecho,

aún conservaba su belleza y vestía con mucha elegancia, como si la marquesa fuese ella y no Clemence.

—Madre, el doctor es muy joven. No como los otros señores flatulentos y feos.

—¡Percy! —lo espetó ella—. Muestra un poco de respeto y educación.

—No se preocupe, así son los niños. Y se le ve muy sano, que es lo importante.

Joseph se dirigió entonces a Frances, una mujer muy parecida a su madre físicamente, también de cabellos claros y tez blanquecina, aunque su aspecto era la de una persona entristecida.

—Lady Frances, ¿se encuentra bien? Parece haber perdido el color en las mejillas —se interesó el doctor.

—Oh, se lo agradezco, pero es que no tomo mucho el sol… —A pesar de ser hija de una antigua marquesa, no se comportaba de forma vanidosa.

Joseph intuyó que debía padecer algún tipo de debilidad de espíritu.

—Dejemos las formalidades y comamos —la marquesa cortó las presentaciones con su carácter severo—. Richard, empezad a servir la comida, no se vaya a enfriar —ordenó al lacayo principal.

Este y otro sirviente comenzaron a repartir la sopa en cuanto los presentes se sentaron en sus sillas.

Marcus presidió la mesa como sustituto temporal del cabeza de familia. Hizo que Joseph se sentara a su lado, así que este tuvo enfrente a la marquesa.

La estudió un poco intentando dilucidar en qué estado mental se encontraba. Las arrugas en el entrecejo denotaron que siempre estaba ofuscada. Además, no se dignaba a hablar con Marcus y Lady Louisa.

—Doctor. —Percy llamó su atención al estar sentado a su vera—. Me ha dicho mi hermano que tiene un gato. ¿Es verdad? ¿Cómo es?

—Es gordito, parlador, gris y blanco.

—¡Oh! Me encantaría conocerlo. ¿Podré? —preguntó a Marcus.

—Si el doctor no tiene inconveniente.

—Claro que podrá verlo, Lord Percy. Si Hipócrates se digna a hacer acto de presencia…

—Me ha dicho Clemence que nos vamos a ir a la casa de Bath. Yo nunca he estado. ¿Vendrá Puppy? ¡No podemos dejarlo aquí, está muy viejito! —

El niño se puso nervioso.

—¿Puppy? —indagó el médico.

—Es nuestro perro de casa. Un cocker spaniel —explicó Marcus—. Y sí, nos lo llevaremos a Bath, no padezcas.

—¿Es necesario que vayamos todos a Bath, doctor? —preguntó Frances con aire melancólico.

—Eso no lo resuelve él, sino yo —expresó Lady Clemence—. Debemos estar unidos. ¿Qué pensarían de nosotros si no acompañáramos al marqués? ¡Menudo escándalo!

—Creo que yo debería ser el que decidiera eso, Clemence —la increpó Marcus, enfadado.

—Te sientas en el lugar de mi esposo, pero te recuerdo que aún no eres el Marqués de Bath.

Marcus la miró con un odio imposible de reprimir.

—Clemence, abstente de este tipo de comentarios delante de nuestro invitado. Te lo ruego —masculló.

—No se preocupen por mí… —Intentó mediar entre ellos, agobiado por la tensión.

—No, doctor, perdónenos usted a nosotros —respondió Marcus relajando el gesto—. ¿Verdad, Clemence? Estamos nerviosos por el estado de salud de Henry.

—Es cierto, discúlpeme, Dr. Edwards —alegó ella, aunque sin mudar el gesto de hastío.

El resto de la velada fue algo más tranquila, pero a Joseph le quedó muy claro que esa familia no estaba unida en absoluto.

De pronto notó la rodilla de Marcus tocar su pierna y eso le hizo sentir cosquillas en la zona. Lo miró un momento y él le devolvió una sonrisa seductora. Decidió no cortar el contacto y permitió que continuara hasta el final de la velada.

—Deberíamos pasar al salón isabelino —comentó Lady Clemence tras terminar con los postres—. ¿Ha visitado ya la casa, doctor?

—Apenas… —No supo cómo decirle que quería ir a tratar a su esposo y le echó una mirada dubitativa a Marcus, que se hizo cargo al entender la gravedad del asunto.

—Clemence, ya se la mostraré cuando haya tiempo. Sugiero que ahora vayamos a visitar a Henry. Le pedí al Sr. Tinley que le prepararan la estancia de invitados más grande.

Ella le miró tan seria como de costumbre, pero asintió con la cabeza.

—Bien, entonces nos veremos a la hora de la cena.

El resto de damas y el pequeño Percy la siguieron, dejando a solas a Marcus y al médico mientras los lacayos retiraban las sobras de comida.

—Vamos, Joseph, acompáñeme. —Suspiró con cansancio.

Fueron en dirección a las enormes escaleras y pasaron al ala este, cerca de la estancia donde Joseph había dormido. Al fondo, justo en el lateral derecho del pasillo, Richard estaba de pie junto a una puerta cerrada.

—¿Ya lo han subido?

—Así es, mi señor. Le he dejado sopa caliente. Insistió en comer porque se encontraba mejor de ánimos.

Marcus abrió la puerta e hizo un ademán para que el doctor anduviera primero, como si fuera un caballero dejando paso a su dama.

A Joseph le resultó halagador muy a su pesar. Suspiró para sus adentros. No obstante, se centró en lo que había ido a hacer allí: ayudar a un enfermo.

—Doctor… —susurró Henry al verlo.

Estaba limpio, con mudas nuevas, en una cama más pequeña e impoluta, las cortinas corridas y la luz entrando por los ventanales. Su aspecto había mejorado de forma considerable.

—Me han dicho que tiene apetito. Eso es maravilloso.

—Me siento como nuevo, dentro de mi gravedad. He probado un poco de sopa, aunque tengo miedo...

—¿Miedo de qué, marqués?

—De que esté envenenada. Tiene un sabor extraño —afirmó con contundencia.

Marcus cerró los ojos y se llevó los dedos al ceño, agobiado por esa demencia que su hermano sufría.

Ni corto ni perezoso, Joseph probó la sopa y no notó diferencia alguna con la que le habían servido en la comida.

—No tiene ningún sabor extraño, Lord Vane. Es la misma sopa que hemos tomado todos, se lo aseguro. Así que termínesela antes de que se enfríe. Le sentará bien.

—¿De veras? —Pareció aliviado cuando Joseph afirmó con la cabeza.

—Después pediré que me lleven a ver las cocinas, me presenten al personal y revisaré todos y cada uno de los condimentos que se utilizan. Es posible que alguno le siente mal.

—¿De veras? —Marcus se quedó sorprendido.

—Sí. A mis pacientes con gota siempre les prohíbo determinados alimentos y bebidas. Los que me hacen caso acaban mejorando. Tuve un paciente, el Sr. Stapleton, que siempre refunfuñaba y me llamaba matasanos, pero mejoró mucho su salud tras seguir mis pautas. Está vivito y coleando.

Marcus, con mucha ternura, ayudó a su hermano a terminarse la sopa.

Joseph se sonrió ante aquel gesto tan fraternal. No pudo evitar quedarse prendado del lord y el corazón le latió con fuerza, como hacía mucho que no le sucedía. No quería hacerse ilusiones, no podía.

Bajó la mirada y se concentró en preparar el láudano para administrárselo a su paciente, en una dosis mucho menor de lo habitual. Echó unas gotas muy medidas en la copa de vino que le habían llevado al marqués y, tras este terminar la sopa, se la dio a beber. Con ello quería evitar que arrojara la comida y pudiera descansar mejor.

—Ahora sería bueno que tomase una siesta —sugirió Joseph—. Y si comienza a sentir dolores me temo que no le voy a dar más láudano, se ponga como se ponga. Me es indiferente que sea un marqués.

—P-pero…

—Henry, el doctor tiene razón —cortó Marcus.

Sabía muy bien las crisis que su hermano padecía cuando estaba peor y lo desagradable que podía llegar a ser si no se le suministraba opio. Solían darse por las noches. Los anteriores galenos le daban el opio y se callaban, pero Marcus estaba dispuesto a seguir al pie de la letra lo que Joseph mandase, aunque eso significara aguantar las barbaridades de Henry y no pegar ojo.

—Bien, lo vamos a dejar dormir, marqués.

Cuando abandonaron la estancia, tanto el Sr. Tinley como Richard los estaban aguardando en el pasillo. Marcus ordenó que no se le suministrara el opio a su hermano bajo ningún concepto, que se le avisara si tenía una crisis y que acompañaran a las cocinas al doctor.

—¿No viene? —indagó el galeno al notar que Marcus no los seguía a los pisos inferiores.

—Mi sitio está arriba, Joseph, no abajo.

—Entiendo… —Sí, había comprendido la alegoría a la perfección y eso lo entristeció. Un lord y un médico no tenían futuro juntos.

—Cuando termine con sus pesquisas quiero mostrarle mi lugar favorito de la hacienda, doctor —le dijo Marcus—. Creo que será de su agrado.

Joseph asintió en silencio y se fue junto con los dos sirvientes.

El noble suspiró con fuerza al verlo bajar las escaleras. Aquel hombre era un ángel.

oOo

Joseph, ante la mirada desagradable que le echaron las viejas cocineras, revisó y anotó todas y cada una de las especias que tenían en los distintos estantes, así como los alimentos almacenados y la forma de conservar la carne y el pescado.

A ellas no les hizo ninguna gracia que metiera las narices en sus dominios. En cambio, la mayoría de las jóvenes sirvientas se quedaron absortas con el porte y la gallardía del doctor.

Alexandre lo miró desde la puerta de la cocina, apoyado en el marco y con los brazos cruzados sobre el pecho. Observó sus movimientos y la forma en la que anotaba cualquier nimiedad. Solo hablaba cuando tenía dudas y lo hacía con el ama de llaves.

Cuando escuchó cuchichear a las sirvientas les chistó para que se mantuvieran calladas.

—Está trabajando para que el marqués se recupere, así que no es momento de risitas —siseó mirándolas con rabia—. ¿No tenéis nada que limpiar?

Ellas se callaron al instante y se fueron refunfuñando. Mientras tanto, Richard se colocó al lado del cochero.

—Es el único que ha bajado —comentó este—. Los otros ni se dignaron a revisar la comida.

—Por lo visto sigue sus propios métodos. Supongo que eso le honra, porque no se deja influenciar por nadie. No dudó ni un instante en venir —admitió el joven.

—Pero se irá pasado mañana. No quiere dejar a sus pacientes. Le han ofrecido mucho dinero y lo ha rechazado.

Alexandre sonrió. Sí que era peculiar aquel individuo.

—Entonces es cierto lo que se dice: nos vamos a Bath.

—Efectivamente. —Un suspiro de desagrado surgió de entre los labios del lacayo.

—El Sr. Tinley está muy mayor, yo que tú convencería a Lord Vane de que lo sustituyeras y fueses el mayordomo.

—Sí, ya lo había pensado. No hay mal que por bien no venga. Pero hay mucho que preparar, será mejor que siga con mis quehaceres.

Se fue tal y como había llegado, dejando a Alexandre allí. Este último se dispuso a marcharse a las caballerizas cuando Joseph se fijó en él.

—Sr. Lamber, ¿cómo está? ¿Pudo descansar? —La sonrisa sincera del doctor acabó por desarmar la actitud seria del joven.

—No se preocupe, estoy bien. Si me disculpa, he de volver al trabajo.

Le hizo un leve gesto con la cabeza y se dio la vuelta. A Alexandre le incomodaba que lo trataran tan bien estando por encima de él en estatus social. Su padre le había enseñado que eran lo más bajo de la sociedad porque llevaban sangre esclava. Que no fuese un cautivo no quería decir que fuera como los blancos, a pesar de que su difunta madre y su abuelo lo habían sido.

Con ese pensamiento opresivo se dispuso a seleccionar los equinos destinados al transporte de todas las cosas que las damas se llevarían: arcones y más arcones repletos de ropa, joyas, zapatos y sombreros.

Fue cuando, de pronto, Marcus apareció en su zona de trabajo y le hizo dar un respingo. Pisó una boñiga de caballo y tropezó hasta toparse con la pared de una caballeriza.

—Quiero que prepares a Incitatus y a Minerva. Le voy a mostrar la hacienda al doctor —ordenó con gesto serio.

—Sí, señor. —Alexandre bajó la vista.

—Y pasado mañana lo llevarás a Bath. Te quiero de vuelta en cuanto lo dejes en su casa. ¿Lo has comprendido? Hay mucho que hacer aquí.

—Sí, señor.

A pesar del comportamiento sumiso, Marcus lo asió por el cabello de la nuca y estiró de este hacia atrás. Se acercó a su rostro y siseó:

—Ni se te ocurra ser descortés con él, o te juro que te azotaré.

Luego lo soltó y Alexandre cayó sobre el barro del suelo, tembloroso. No supo si sentir rabia o celos mientras veía a Marcus salir de las caballerizas. ¿Por qué tenía que estar prendado de alguien tan horrible?

oOo

Habiendo revisado toda la despensa, y ya con sus notas terminadas, Joseph interpeló a la Sra. Evans.

—Lamento mucho la intromisión en sus dominios —se disculpó él.

—Si es por el bien de mi señor, no hay nada que lamentar —respondió con seriedad.

—Me gustaría que por el momento se le alimentara con esto.

Le tendió una lista en la que había caldo de pollo sin especias ni sal, un poco de pescado hervido con verduras, arroz, pan blando, piezas de fruta, leche bullida para el desayuno, sin bollos o pasteles.

—Pero esto estará insípido…

—Mejor.

Joseph quiso averiguar de ese modo si el marqués seguía notando sabores extraños. Si así era, se estaba volviendo un demente. También, de ese modo, descartaba posibles trastornos con los alimentos. No creía que lo estuvieran envenenando. ¿Para qué terminar con la vida de quien mantenía el marquesado a salvo?

Aunque tras ver lo «bien» que se llevaban todos, ya no sabía qué pensar de aquella familia: Lady Clemence Vane no toleraba a nadie, la antigua marquesa fue relegada por ella, Lady Frances parecía sufrir melancolía y Marcus llevaba el peso de algo que no deseaba. Solo el pequeño Percy mantenía su inocencia a salvo, hasta que se hiciera mayor y los demás emponzoñaran su ánimo.

—Está bien, todo sea por la salud del marqués… —Suspiró—. Aún recuerdo cuando era pequeño y yo una simple doncella. Verlo en tan mal estado hace que se me caiga el alma a los pies, con lo que él ha sido... Tan alto y atractivo como su hermano.

—¿Cómo definiría su carácter?

—Fuerte, arisco en ocasiones. Sin embargo, jamás ha tenido malas palabras con el servicio. El tercer marqués, en cambio, siempre fue duro

con nosotros y con sus hijos. Aunque esto suene terrible, me alegro mucho de que el pequeño Lord Percy apenas haya conocido a su padre.

—¿Cuándo murió? ¿Y de qué?

—Hace seis años. Se cayó de su caballo y se partió el cuello. —Joseph descartó alguna enfermedad heredada.

—El caballo fue sacrificado, imagino.

—Sí. El mismísimo Sr. Lambert lo mató de un disparo.

—Pero… el Sr. Lambert sería un niño por aquel entonces —afirmó con sorpresa.

—Me refiero al padre de Alexandre, el Sr. Tidian Lambert. Es el que dirige a los cocheros y mozos de cuadra.

—¡Ah! Comprendo.

—Es mulato, hijo de una esclava —susurró—, pero el hermano del tercer marqués lo trajo desde Jamaica siendo muy joven y después se casó con una de las sirvientas, que en paz descanse la pobre Violet.

Cuando Joseph quiso saber más, Richard hizo acto de presencia y la Sra. Evans se guardó el papel con la nueva alimentación de su señor.

—Discúlpeme, doctor, pero Lord Vane le espera.

—Señora, gracias por su colaboración. —Joseph hizo un ademán con la cabeza y siguió al lacayo.

La mujer suspiró. Si ella hubiera encontrado un hombre tan afable y atractivo durante su juventud, probablemente no habría acabado siendo ama de llaves. Afortunada sería la que se quedara con él.

oOo

Marcus ya estaba subido a su caballo Incitatus, un pura sangre inglés de color chocolate y crin oscura, cuando apareció Joseph. Con la mano derecha sujetaba las bridas de Minerva, una preciosa yegua blanca ya ensillada.

—Joseph, demos un paseo. Imagino que sabe montar a caballo.

—Sí, claro que sé, pero… —miró hacia la descomunal casa de tres plantas y enormes ventanales rectangulares en su frontal.

—Henry está durmiendo, no se preocupe. Yo mismo me he cerciorado de ello. Le agradará saber que ha tolerado bien la sopa.

—¡Sí! Ya lo creo que me agrada.

Se subió a la yegua sin la menor dificultad y esta apenas se movió.

—Minerva es muy dócil, por eso la he elegido para usted. Hacen buena pareja.

Joseph se echó a reír sin poder evitarlo.

—Y usted con su caballo —lo aduló, cosa que agradó sobremanera al aludido.

—Pues este semental pronto montará a Minerva —dijo sin reparos y mirando directamente a los ojos de Joseph.

El doctor se sonrojó hasta tal punto que tuvo que apartar la mirada y mirar al cielo azul. Respiró el aire fresco para serenarse y se dijo que todo eran imaginaciones suyas y nada más.

Marcus, por su parte, se sonrió. Aquel caballero tan apuesto tenía que pertenecerle tarde o temprano.

5



Divisar la casa *Longleat* desde la distancia hacía darse cuenta a cualquier visitante de que estaba ante una gran mansión isabelina. Solo el frente ya tenía cuarenta y cuatro enormes ventanales repartidos entre los tres pisos. Eso sin contar que las tres restantes caras de la mansión eran casi idénticas.

La noche anterior, a falta de luz, Joseph no había podido ver bien la hacienda. Sin embargo, quedó impresionado por su envergadura. A sendos lados se alzaban jardines y bosquecillos. De frente descansaba un tranquilo lago de cristalinas aguas.

—¿Le agrada lo que ve? —indagó Marcus.

—A quién no. Es hermosa.

—¿Y no le gustaría vivir en un sitio así?

—No lo sé, creo que me perdería —rio con gusto.

—Vamos, le mostraré mi lugar favorito. Sígame al trote.

Marcus dio un tirón a Incitatus y el caballo se encaminó hacia los jardines laterales.

Joseph divisó entonces, bajando una loma, un gran laberinto. Se quedó estupefacto por la perfección de los setos, la cantidad de pasillos y lo bien conservado que estaba.

—Mi hermano y yo jugábamos muchísimo aquí. De hecho, un día se nos hizo de noche y nos perdimos. Nos estuvieron buscando hasta dar con nosotros. Mi madre cogió un disgusto tremendo y mi padre nos azotó con una fusta —se echó a reír al recordarlo—. A ese maldito viejo le encantaba castigar a todo el mundo… —El tono de su voz lo dijo todo.

A Joseph no le gustaba la violencia y era de los que creían que no se debía fustigar así a los niños. Pero ¿qué se podía esperar de un hombre que tenía esclavos en ultramar y basaba su fortuna en el azúcar?

—¿No se llevaba bien con él, Lord Marcus?

Se acercaron al laberíntico lugar, aunque sin adentrase.

—¿Con mi padre? En absoluto. Me odiaba y yo a él. No lloró al morir mi madre de una larga enfermedad, y fue tan pragmático que se casó a los pocos meses con Lady Louisa, a la que tampoco amó. Aunque a ella eso le trajo sin cuidado ya que ser la Marquesa de Bath le venía de perlas. También ignoró a la pobre Frances, pues le dio igual tener una hija que solo iba a servirle para ser casada con algún que otro noble. Percy, por fortuna, apenas lo recuerda. Henry y yo somos para el niño lo más parecido a una figura paterna.

—Le entiendo más de lo que pueda creer. Yo tampoco me llevo bien con mi padre. En realidad, con nadie de la familia.

—¿Puedo saber la razón?

Joseph sintió que el corazón se le encogía en el pecho.

—No soy el hijo que ellos hubieran deseado. Eso es todo. Así que seguí mi propio camino, como este laberinto, buscando mi identidad. He intentado, en repetidas ocasiones, reconciliarme con ellos, pero la última vez me quedó claro que no hay solución...

—Se debe sentir muy solo entonces. —Marcus acercó su caballo hasta la yegua y alargó el brazo hacia Joseph, tocando su hombro en señal de apoyo. Luego deslizó la mano por el brazo y sujetó una de sus manos.

El médico se quedó quieto, sin mirar a Marcus, hasta que este se retiró al comprobar que no había reacción recíproca.

No obstante, tampoco le había apartado ni se había ofendido, lo cual era buena señal.

—Hace frío, deberíamos volver —musitó el noble—. Esperemos que estos meses de verano tan desapacibles pasen pronto, están afectando a las cosechas de nuestros latifundios. Menos mal que nuestra fortuna procede del azúcar.

El médico se mordió la lengua. Para las personas como los nobles la esclavitud era lo más normal del mundo. Así que no quiso juzgar a Marcus, porque la mayoría de la gente pensaba de igual forma sobre ese tema, aunque solo fuesen gente del pueblo llano.

El raro era él.

Marcus dirigió a su semental hacia las caballerizas, donde seguía trabajando Alexandre.

Cuando el joven vio aparecer a ambos caballeros, intentó poner su expresión más afable, aunque sintiera unos tremendos celos del apuesto doctor. Marcus no dejaba que nadie montara a Minerva y eso quería decir algo que a él no le gustaba.

—Alexandre, llévalos dentro —ordenó con voz tajante—. Por cierto, ¿dónde está tu padre? Tengo que hablar con él.

—Ahora lo llamo, Lord Vane.

El joven cogió por las bridas a ambos cuadrúpedos y desapareció en el interior de las cuadras. Fuera de estas había diversos carruajes que habían estado limpiando y revisando a conciencia para su marcha a Bath.

Un hombre de tez amarronada, delgado y alto, de cabellos canos muy cortos y ensortijados, con evidente fisionomía africana, apareció ante ellos e hizo una reverencia a los dos caballeros.

—Mi hijo me ha dicho que deseaba verme, Lord Vane.

—Ya sabrá que nos vamos a Bath. Quiero que sea cuanto antes, por el bien del marqués, así que necesito que todos los carruajes disponibles estén en perfecto estado para que no haya contratiempos durante el viaje. ¿Me has entendido? —le habló con dureza.

—Por supuesto, mi señor, a sus órdenes. —Volvió a hacer una reverencia.

—Puedes continuar. —Lo despachó.

Cuando el hombre se fue, Joseph se sintió molesto por la forma en la que Marcus se había dirigido a este y al chico. Solía ser seco con la mayoría de los sirvientes, pero con el Sr. Lambert se había extralimitado. Y la razón era más que evidente.

Se tuvo que morder la lengua por la tremenda ofuscación. Fue algo que no le agradó en absoluto del lord.

—¿Sucede algo, Joseph?

—Vayamos a ver a su hermano, necesito saber cómo se encuentra. —Fue una excusa, aunque una con fundamento.

—No, no. ¿Qué le pasa? —Marcus se angustió.

—¿Les habla de esa forma tan brusca porque son mulatos?

Marcus boqueó, incrédulo. Nunca antes, ningún hombre, se había atrevido a cuestionarlo.

—Es normal, soy un lord —se defendió.

—Pues no me gusta.

Joseph pasó a su lado con la cabeza alta y el entrecejo bien fruncido.

—¡Joseph! —Lo tomó del brazo para girarlo hacia él, aunque aflojó al darse cuenta de la fuerza que había utilizado—. Le pido disculpas por mis formas.

—No es a mí a quien debe pedirle esas disculpas. Haga lo que guste, esta es su hacienda y son sus empleados. Pero le ruego que, delante de mí, los trate con diligencia.

A Marcus le latió con fuerza el corazón. Joseph no solo era bondadoso y afable, también tenía carácter y no se callaba. Aquello le hechizó, pues estaba harto de rodearse solo de pedantes e interesados.

—No puedo perder el tiempo aquí, tengo que revisar el estado de su hermano —le recordó sin dejar de mirar a Marcus a los ojos.

Este lo soltó e hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Durante el camino, ambos se mantuvieron en silencio y, al llegar a la estancia del marqués, Joseph entró solo alegando que tenía que tomar ciertas muestras desagradables.

oOo

Durante la velada de aquella noche en el comedor principal, las malas caras de los presentes hicieron que todos estuvieran bastante callados, sin apenas relacionarse. El único en hablar un poco fue Percy, que le preguntó al doctor, de nuevo, por su gato Hipócrates.

—Tiene un nombre muy raro —dijo el niño mientras comía un trozo de faisán que Richard le había troceado.

—Hipócrates fue un médico griego. Y los médicos formulamos el Juramento Hipocrático.

—¿Y cuál es ese fundamento hipo… hipocondríaco? —Joseph se echó a reír por el equívoco.

—Hipocrático —lo corrigió—. Y es el siguiente: prometo y juro, por el honor de mi profesión, consagrar mi vida al servicio de la humanidad. Conservaré a mis maestros el respeto y el reconocimiento que les son debidos; ejerceré mi arte con conciencia y dignidad. La salud y la vida de mi paciente serán mi primera preocupación. Si cumplo fielmente este juramento, que pueda disfrutar de una vida y una carrera con honor. Pero si lo violo, que la desgracia y la deshonra recaigan sobre mí —expuso Joseph en tono sobrio.

El niño quedó asombrado.

—¡Madre! ¡De mayor seré médico! —exclamó con entusiasmo—. ¡Curaré a la gente y tendré un gato que se llamará Hipócrates!

—Hijo mío, qué lindo eres —susurró su madre con dulzura—. Pero el hijo de un marqués no puede ser médico. Eres un noble, ¿recuerdas?

—¡Pues yo quiero ser médico como el Dr. Edwards! —reiteró.

—Ya te lo explicaré mejor, cariño —insistió Lady Louisa—. Ser noble es muchísimo más importante.

Joseph no supo si sentirse insultado por la comparación clara de que él estaba muy por debajo de ellos en estatus, o tenerle lástima a la pobre criatura porque nunca sería libre para elegir.

Percy se quedó callado con lágrimas en los ojos, comiendo los trocitos de faisán mientras se sorbía los mocos.

Joseph tuvo la deferencia de limpiárselos y sonreír para que no se sintiera tan desdichado. Con suerte se le olvidaría rápido.

Ojalá hubiera podido ser padre, pero jamás hubiera engañado a una dama para que se casara con él y formar una falsa familia como tantos otros hacían. Prefería estar solo que hacer daño a una mujer inocente.

Se dio cuenta de cómo lo miraba Marcus, bajo la luz de las velas que iluminaban la opulenta estancia. Le sonrió y este le devolvió el gesto. De nuevo sintió su rodilla en la pierna. El corazón se le desbocó.

No quería hacerse ilusiones, no podía, no debía. Pensó en Oscar, en lo que tuvieron, en lo mucho que se quisieron, en cómo era su intimidad durante los escasos años que la pudieron compartir. Echaba de menos tener aquello de nuevo, cada vez más.

oOo

Aquella noche fue tranquila para el doctor. Se metió en la cama, agotado en todos los sentidos, y se quedó pensativo bajo las agradables sábanas limpias.

El marqués estaba estable, había cenado de nuevo sopa y un poco de pescado —del que renegó por su insipidez— e incluso había sido capaz de ponerse en pie por sí mismo para hacer sus deposiciones en privado.

Optó por darle un poco de láudano, la mitad que la última vez, y le dijo claramente que la siguiente dosis sería más baja, por lo que tendría que soportar el dolor como todo un hombre.

Marcus lo había esperado fuera e insistió en que lo acompañase a la biblioteca para mostrarle todos los volúmenes sobre medicina que habían coleccionado sus antecesores durante décadas.

Sin embargo, con la cordura por delante, declinó la invitación y se fue a descansar ante el evidente disgusto de Marcus. Sin embargo, este aceptó su derrota y le deseó buenas noches.

El doctor no sabía si había hecho bien o no. Quería que Marcus estuviera cerca de él, sentir su calor, su aroma, sus manos…

—Estás muy solo, Joseph… No te dejes engatusar por tus propios anhelos. No son más que fábulas. Él no te está cortejando…

Cerró los ojos y Morfeo se lo llevó con él.

oOo

Las noche fue muy distinta para Marcus. Se paseó frenético por su habitación, de un lado a otro y a grandes trancos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué estaba enloqueciendo por Joseph? Apenas hacía un día, un mísero día, desde que lo conocía y ya le había robado hasta el raciocinio.

Podía irse a una *Molly House* [7] y poseer al hombre que le viniera en gana sin hacer el menor esfuerzo, pero estaba aburrido de eso. Quería tener a alguien a su lado, alguien que valiera la pena de veras, alguien como Joseph Edwards. Especialmente a Joseph Edwards.

Salió de su estancia y se acercó hasta la habitación del doctor. Cerró el puño y se dispuso a picar a la puerta. Sin embargo, apretó los dientes con fuerza y se retiró con ofuscamiento.

Subió las escaleras hacia las buhardillas donde dormía el servicio y se fue directo hasta la estancia de Alexandre que, de forma conveniente, no compartía con nadie.

Entró sin llamar e hizo que el chico pegara un respingo en su catre. Cuando vio a Marcus empezó a temblar por la expresión de rabia que su rostro expresaba. No entendía qué había hecho para que estuviera tan enfadado con él.

Marcus se sentó a su lado y lo agarró de los hombros. Le atrapó la boca con la suya y lo subyugó. Alexandre reprimió un gemido de placer. Hacía mucho que Marcus no iba a verlo para yacer con él, desde que el marqués comenzó a empeorar rápidamente.

Se dejó tocar sin pudor y le devolvió los besos con anhelo. Pero, de pronto, Marcus se apartó y lo miró con el rostro constreñido.

—Ya ni para esto me sirves —le dijo el lord.

Luego se puso en pie y dejó solo al joven. Este cerró los ojos y se sintió morir haciéndose una bola. Tuvo que taparse y sollozar contra la almohada para que nadie lo escuchase.

«Ya ni para esto me sirves», volvió a resonar en su cabeza.

Sabía la razón.

Joseph Edwards.

Y le odió con toda la intensidad del mundo.



6

Joseph pidió expresamente asearse en una bañera corriente, no en el *caldarium,* alegando que el marqués tenía que tomar las aguas dos veces al día, nada más despertarse y antes de irse a dormir. Quiso evitar así que Marcus apareciese de nuevo donde no debía.

Se arregló la chalina de seda gris, se abotonó el chaleco oscuro sobre la camisa blanca y se enfundó en la chaquetilla corta. Terminó de vestirse al colocarse las botas sobre los calzones de color beis. Debía presentarse de punta en blanco ante el marqués.

Por fortuna partiría al amanecer del día siguiente y ya solo tendría que esperar a que toda aquella familia se mudara a las afueras de Bath. No tenía muchas ganas de estar ante su presencia, excepto por el bueno de Percy, pero debía cumplir su promesa con los Vane.

Lo había pensado bien: no volvería a dejarse tentar por Marcus. Seguía sin tener claras sus pretensiones, indirectas, roces y miradas. Si daba un paso en falso, toda su apacible vida se iría al garete por las chifladuras de un noble aburrido.

Sí, le atraía sin duda alguna. Era muy atractivo, carismático, amable con él… Pero no, no debía ponerse en peligro. Podría terminar siendo ejecutado por sodomía. A Marcus no le pasaría nada, pues era un hombre con poder y dinero para comprar a quien quisiera. No obstante, él solo se tenía a sí mismo y no era más que un simple médico que no le importaba a nadie.

Se dispuso a saltarse el desayuno con tal de no cruzarse con Marcus e ir directo a la estancia del marqués. Llamó a la puerta y el ayuda de cámara de este le abrió.

—Pase, el marqués acaba de volver de su baño matutino y ya está vestido.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. Me gustaría quedarme a solas con él.

Henry le dio permiso a su empleado para que se fuera.

—Doctor, he pasado una noche un poco desapacible. Pero tal y como le prometí, he aguantado sin el láudano.

—Me alegra escuchar eso. —Alargó la mano hacia la frente del enfermo y le tomó la temperatura corporal, satisfecho de que no padeciera fiebre—. Veo que se ha comido todo el tentempié.

—No sé si es peor que me haya reducido las dosis de opio o retirado el azúcar y la sal. —Rio un poco—. La leche está insípida y el bollo es peor que comerse una boñiga —bromeó.

—¡Qué exagerado, marqués!

—Es un milagro lo que ha conseguido, Dr. Edwards… Puedo levantarme y caminar por mí mismo, asearme, comer… Estoy deseando ir a *Wollaton Hall* para que pueda tratarme en condiciones. Es una casa de campo preciosa, aunque pequeña. Hace años que no la visitamos. Percy no la conoce.

—Estoy seguro de que al pequeño lord le encantará veranear allí con Puppy.

—Doctor… Tanto anoche como esta mañana no he notado ningún sabor extraño en la comida. Estaba tan desaborida que no me cabe la menor duda... —Pareció aliviado.

—No le están envenenado, marqués —afirmó Joseph—. Estoy seguro que la enfermedad que padece es por otra razón, aunque aún es pronto para determinar cuál. Hoy voy a pasar el día completo en su compañía, si a usted le parece bien. De hecho, comeremos las mismas y anodinas viandas.

Henry soltó una carcajada al aire.

—Es usted un fenómeno, Dr. Edwards. No me extraña que mi hermano esté entusiasmado con usted.

—¡Sí! El pequeño Lord Percy quiere ser médico por mi culpa.

—Me refiero a Marcus.

Joseph se sonrojó. Se puso en pie, carraspeando, para abrir un poco el ventanal.

—Su hacienda es preciosa. Ayer su hermano me la mostró un poco.

—Seguro que le llevó al laberinto. Lo hace con sus amistades. Luego no hay quien encuentre a esa pobre gente. —Se mofó.

—Por suerte no puse el pie dentro… —se dijo a sí mismo.

—Dios mío, doy gracias por tenerle a usted. Hace dos días no era capaz de hablar y mucho menos reírme. Le pediré a Marcus que le abone el doble de su tarifa, más la compensación por haber tenido que dejar su consulta sin atender.

—Es innecesario, aunque lo agradezco infinitamente. No soy rico, ni mucho menos, pero vivo bien.

—¡Insisto!

—De acuerdo, no quisiera importunarlo —claudicó.

En esos instantes entró Marcus en la estancia y se dirigió hacia ellos.

—Henry, ¿cómo has pasado la noche? ¿Has tolerado la comida? Ya no tienes la piel tan cenicienta…

—Estoy bien gracias al doctor, pero también a ti. Cualquier otro estaría deseando que me muriese para ocupar mi cargo, pero tú…

—No quiero tu cargo ni chiflado —soltó su chanza y ambos rieron.

Joseph observó que la fraternidad entre ellos era sólida y verdadera. Puede que a Marcus le movieran ciertos deseos egoístas, como vivir sin preocupaciones, empero jamás dejaría que su hermano padeciera.

—Doctor, ¿por qué no ha bajado a desayunar con nosotros? Percy lo ha estado esperando. —Marcus en realidad quiso decir: «yo le he estado esperando».

—Tenía que asearme y venir a ver al marqués —contestó sin más, educado y parco.

—¿Quiere ver la biblioteca ahora?

—No puedo, pasaré el día con su hermano —rechazó la oferta para desazón de Marcus.

—Bien, le esperamos a comer entonces. —Joseph negó con la cabeza—. ¿Y a cenar? —Marcus ya no supo qué más proponer.

—Lo comunicaré si así lo decido, pues deseo irme a dormir como un bendito. Me gustaría partir al amanecer, si es posible.

—Avisa para que los de garaje preparen un cabriolé[8] —pidió Henry a su hermano—. Que sea Alexandre quien lleve al doctor a su casa. Es el más adecuado para ese trabajo.

—No te preocupes por nada, ya lo había hablado con él. Me retiro.

Joseph solo hizo un gesto con la cabeza, ni siquiera lo miró cuando Marcus se fue con el rostro demudado porque el médico lo estaba evitando, era más que evidente.

En cuanto a este, se sintió fatal. Sin embargo, era imperativo hacer ese esfuerzo por mucho que le atrajese el lord.

oOo

Joseph pidió papel y tinta con la intención de escribir a un amigo que había conocido en la universidad. Era de las pocas personas en las que podía confiar ya que ambos tenían que mantener en secreto sus asuntos. También quiso consultarle sobre la enfermedad del marqués, por si tenía idea de qué podía pasarle.

Se sentó en un pequeño escritorio donde uno de los lacayos le había dejado lo necesario mientras el enfermo descansaba.

Longleat
23 de junio de 1816

Estimado James,

Espero que goces de buena salud en Ciudad del Cabo y que tus pacientes también. Sé que haces todo lo que está en tu mano por ellos. ¿Qué tal te va como Inspector Médico del Imperio Británico? Quién te iba a decir a ti que acabarías en ese puesto. Nadie daría crédito si lo supieran todo…

Hace tres días visité la tumba de quien ya sabes, como cada veinte de junio. Pero se ha cruzado una persona en mi camino y tengo un miedo atroz. Siento una fuerte atracción que me cuesta resistir. No obstante, estoy resuelto a mantenerme firme y no ceder a la soledad que me carcome. Empiezo a necesitar compañía y es el peor anhelo en mi situación.

En otro orden de cosas, soy el doctor del cuarto Marqués de Bath. Está bastante enfermo e insiste en que le odian y pretenden envenenarlo a través de la comida porque nota un sabor extraño. Por el momento solo he constatado la negligencia médica de sus anteriores doctores. Conmigo ha mejorado en menos de cuarenta y ocho horas. Sin embargo, voy a describirte los síntomas:

-Dolor estomacal con diarreas y vómitos.

-Intolerancia a la mayoría de los alimentos.

-Sangre en la orina y heces.

-Caída abundante del cabello.

-Piel irritada.

-Pérdida de peso.

-Sed y deshidratación.

Te incluyo en la carta un pequeño sobre con muestras de cabello y uñas ya que se las he notado extrañas.

Cualquier ayuda será bienvenida viniendo de un genio como tú.

Te aprecia tu amigo,

J. E

Dobló la carta con diligencia, escribió su nombre completo y la dirección. Ojalá el correo no se perdiera.

James Barry [9]también tendría que pasar la vida solo si no quería que se descubriera su secreto. Uno tan increíble que habría terminado con una carrera que no había hecho más que comenzar. Porque su amigo no había nacido hombre.

oOo

Marcus anduvo inquieto toda la jornada. Para colmo tuvo una pelea absurda con su cuñada sobre cuándo y cómo debían irse a Bath.

—Cuánto antes —exigió Marcus—. No toleraré que, por culpa de tonterías de mujeres, todo esto se retrase.

—No es sencillo preparar el equipaje.

—¡Pues no os llevéis toda la maldita ropa! Con Henry en este estado, ¿aún estáis pensando en acudir a fiestas? Porque olvidaos de mí, no pienso hacer acto de presencia en ningún evento al que se nos invite.

—Yo tampoco tengo interés, pero necesitamos casar a Frances. Ya es mayor para encontrar un buen partido. La única forma es acompañándola a los bailes.

—Está bien. Pero te suplico que todo vaya lo más rápido posible. Henry ha mejorado mucho y deberías ir a verlo.

Clemence se frotó las manos, nerviosa.

—Lo haré cuando el Dr. Edwards se marche mañana. No deseo molestarlo mientras atiende a Henry —se excusó.

Dicho aquello, dejó solo a su cuñado y caminó a paso vivo en dirección a la salita del té.

El lord se dio la vuelta y maldijo el día en el que sus padres marcaron el destino de Henry vinculándolo al de esa áspera mujer. Su hermano le había confesado que sí se había enamorado de Clemence, pero que era desdichado por razones que le avergonzaba confesar.

Cuando comenzó a debilitarse, ella había renegado más de él, negándose a visitarlo en sus peores momentos. Si estaba preocupada por su estado solo era porque no quería perder el título de Marquesa de Bath, pero nada más. No la soportaba, al igual que a cualquier mujer que se cruzara en su camino. Todas eran unas necias.

oOo

Tras darle a Henry el láudano de la noche, pues los dolores estomacales volvieron a molestarlo con fuerza, Joseph lo dejó a cargo de su ayudante de cámara para que se diera el baño nocturno y se fuese a dormir.

—Nos veremos pronto, estoy seguro de ello —susurró el galeno.

—Si no me envenenan antes… —reiteró Henry.

Joseph suspiró, rindiéndose a eso. No valía la pena discutirlo por enésima vez.

—Buenas noches, marqués.

—Buen viaje, doctor.

Al salir de la estancia se encontró con Marcus apoyado en una de las paredes sujetando un candil.

—No ha bajado a cenar. Percy se ha llevado un disgusto tremendo.

—Lo lamento, pero su hermano tuvo una pequeña crisis y estuve con él hasta que se le pasó. Le ruego que pida disculpas de mi parte a todos.

—Si es tan amable, venga a la biblioteca —insistió.

—Estoy agotado, Lord Marcus —musitó con cansancio.

—¿No quiere recibir sus honorarios? Mi despacho está allí, igual que mi dinero. O me acompaña o se va sin una libra en el bolsillo.

Joseph tuvo que claudicar y asintió caminando al lado de Marcus. Bajaron las escaleras y, al fondo de la enorme mansión, llegaron a la famosa biblioteca.

Cuando el médico se adentró en ella quedó obnubilado. Miles de volúmenes atestaban estanterías que tocaban el alto techo. No había paredes sin libros. En el centro se ubicaba una gran mesa redonda, repleta de más

ejemplares, con sillas alrededor, así como un orbe del mundo pintado con todos los detalles.

En el lado derecho se encontraba ubicada una puerta de tamaño mediano, por la cual se accedía a otra sala mucho más pequeña. Al penetrar en ella se podía sentir el calor de una chimenea crepitando.

—Esta es mi zona de descanso personal. Se puede sentar en el sofá. ¿Quiere un brandy?

—No tomo alcohol, gracias.

Marcus abrió una cara botella y vertió en un vaso el ambarino licor. Bebió un trago, triunfante. Por fin había conseguido llevar a Joseph a su terreno. Pero no supo muy bien, por primera vez en su vida, cómo proceder.

Si fuera cualquier otro hombre con sus mismas inclinaciones ya lo tendría desnudo y dispuesto a ser subyugado. Pero el doctor no era de esos, lo tenía muy claro.

Sacó un sobre de uno de los cajones del escritorio y se lo tendió al médico. Este no lo abrió, solo lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No va a mirar cuánto le he pagado?

—¿Cambiaría en algo la cantidad?

—No, tiene razón. —Marcus se sentó a su lado y lo miró a los ojos—. Joseph… —susurró arrastrando el final de su nombre en un tono muy íntimo mientras acercaba el rostro al del galeno con mucha lentitud y cuidado—. ¿Por qué me evita?

—No le evito. —Aquella excusa no sonó convincente.

—¿Le doy miedo?

—¿Por qué tendría que tenerle miedo?

Al médico se le desbocó el corazón cuando Marcus se acercó mucho más a él, mirándolo a los ojos.

—No me rehúya, se lo ruego…

Joseph entrecerró los ojos y sintió el aliento caliente con aroma a alcohol sobre su boca. Se quedó petrificado sin poder mover un músculo.

Marcus unió sus sensuales labios con los de Joseph. Este no pudo evitar dejar que el beso continuara su curso, fue superior a sus fuerzas. Las manos de Marcus lo tomaron por el rostro.

El lord sintió júbilo al saber que sí, que ambos sentían lo mismo, que eran iguales, que se atraían. No tardó en abrazarlo por la cintura y estrecharlo

contra sí, emocionado.

Pero cuando Marcus lo empujó hacia atrás sobre el sofá, Joseph reaccionó a lo que estaba pasando y tuvo que contener al lord.

—Deténgase…

—Joseph… Me agradas demasiado —lo tuteó.

—Lord Marcus, le ruego que me suelte —gimió.

Marcus se resistió. No obstante, hizo lo que le pidió el médico.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada. Pero no puede ser. —Joseph, turbado por las placenteras sensaciones, se tambaleó al ponerse en pie.

—¿Por qué?

—¿Lo tengo que explicar?

—¿Porque somos dos caballeros? ¿No has estado nunca con un hombre?

—Sí, sí lo he estado. Por eso sé que está mal, que es un error y que no tiene futuro alguno —se sinceró mirándolo a los ojos con las pupilas repletas de lágrimas.

En ese momento, Joseph sintió que le estaba fallando a Oscar, que le era infiel de algún modo. La angustia y el malestar lo hicieron apartarse.

—¿Y si vamos poco a poco? ¿Y si me das una oportunidad? Te juro que no voy a forzarte a nada. —Marcus tragó saliva y le temblaron las manos—. S-solo pasa tiempo conmigo, sin ningún tipo de atadura, sin que te sientas obligado. Por Dios, Joseph, dame algo de esperanza.

El médico se quedó callado, sopesando la situación.

—Cuando nos volvamos a ver lo hablaremos. Es lo único que le prometo por ahora. —Aspiró con fuerza.

—¿Puedo escribirte mientras estemos separados? —le rogó tomándolo de las manos y acariciándolas.

—No. Si alguien leyera cualquier cosa que delatara sus intenciones, yo terminaría en el patíbulo —alegó.

Marcus se quedó perplejo al escucharle decir aquella barbaridad. No obstante, tenía razón.

—He de marcharme, Lord Marcus.

El hombre se acercó a Joseph y le limpió las lágrimas. El galeno se lo permitió.

—No te preocupes…

Marcus lo acompañó de vuelta a su estancia iluminando el camino. Antes de despedirse del todo, rozó la mano del médico en la oscuridad del pasillo. Este no se atrevió a mirarlo y se metió en el cuarto.

Marcus suspiró con fuerza, entre optimista y frustrado. Joseph no era como el resto, sin duda. Le costaría yacer con él, pero valdría la pena.

oOo

Para el médico fue una noche repleta de tribulaciones. Quería ceder a las atenciones de Marcus y se estuvo repitiendo, una y otra vez, que le sería infiel a la memoria de Oscar si lo hacía. Incluso mantuvo una conversación mental con él.

«Te mereces ser feliz, mi amor.

Pero ¿y si solo soy una conquista más?

Piensas eso porque tienes miedo. Pero tú eres especial, Joseph.

Lo dices porque me quieres.

Claro que te quiero, te querré para siempre…

Y yo a ti, Oscar…».

Y así se había quedado dormido, agotado en todos los sentidos.

7



El sol apenas había comenzado a despuntar cuando Joseph salió de la enorme mansión y descendió las escaleras en las que estaba apoyado el joven Alexandre, ya preparado para el viaje con su abrigo oscuro y su sombrero de copa.

Marcus salió detrás del médico, raudo como una saeta, pues este se le había escabullido.

—¡Dr. Edwards! —volvió a tratarlo con cortesía para que Alexandre no sospechase de ellos—. Casi no me da tiempo a despedirme de usted y darle las gracias nuevamente.

—No se merecen, Lord Vane —respondió—. Espero verlos pronto. Le ruego que me escriba para avisar de cuándo llegarán, así podré ir a ver al marqués de inmediato.

—Por supuesto. —Marcus le tendió la mano y Joseph la apretó con brevedad y fuerza—. Alexandre, vuelve en cuanto lo dejes en Bath, si eres tan amable —le dijo al joven intentando sonar gentil.

Este se limitó a asentir con diligencia. El ala de su sombrero escondió la expresión de odio que centelleó en sus ojos.

—Son muchas horas de viaje, opino que el Sr. Lambert debe descansar al menos un poco. En mi casa es bienvenido.

—C-claro… Lo que guste —claudicó Marcus. Fue incapaz de desdecirse, solo quería tenerlo contento como fuese—. Puedes tomar un breve descanso antes de volver, Alexandre.

El aludido no abrió la boca, limitándose a recoger la bolsa del doctor para cargarla en el carruaje. Luego se subió a la parte trasera de este ya que se conducía al caballo desde esa posición.

Desde lo alto pudo ver cómo Marcus le daba un sobre cerrado al doctor y este dudaba en tomarlo. Al final lo aceptó. Alexandre supuso que se trataban de los honorarios y no le dio más importancia.

Cuando Joseph estuvo cómodo en la cabina, abrigado bajo la capota, el marqués dio orden de partir, así que el mulato azuzó al animal y el cabriolé se movió de sopetón. El joven echó la vista hacia atrás y observó unos segundos a Marcus.

«Maldito bastardo», pensó furibundo.

Ser una simple marioneta en sus manos, para ser usada y tirada cuando a él le viniera en gana, lo enfurecía. Había pasado horas sollozando como un desgraciado. Solo contaba con catorce años cuando cayó enamoriscado sin remedio. Era consciente de que para él no era más que una forma de aliviarse cuando no tenía a otro, pero se había aferrado a eso con la estéril esperanza de que sus sentimientos cambiasen tras los años que llevaban así. Sin embargo, cuando llegó el médico todo cambió de forma drástica. El doctor parecía haber dejado deslumbrado a ese malnacido porque lo tenía todo: encanto, inteligencia, cordialidad y un evidente atractivo físico.

«Ya ni para esto me sirves», rememoró con lágrimas en los ojos.

Alexandre era infeliz y en muchas ocasiones se preguntaba para qué había nacido si nadie lo quería y encima era un desviado. ¿Qué le había hecho a Dios?

Su existencia era de todo menos agradable desde que su madre había fallecido cuando él tenía ocho años. Su padre la había descalabrado de un guantazo demasiado enérgico. No fue el primero, pero sí el último. Nadie hizo nada. A partir de ese momento, él fue el objetivo de los malos tratos, hasta que lo superó en altura y fuerza. Pero las marcas de aquellas palizas estaban grabadas en su cuerpo y nunca desaparecerían.

En todo eso estuvo pensando mientras conducía el carruaje, con el doctor bien resguardado en su cabina mientras él aguantaba el frío a la intemperie.

La diferencia entre ellos le resultó cada vez más incuestionable.

oOo

Joseph dio vueltas a la carta de Marcus. No supo si romperla directamente y arrojarla por los caminos de Dios, ya que el marqués había desoído su negativa, o leerla. Finalmente cedió a la curiosidad y despegó el lacre rojo con el sello del marquesado.

Longleat
24 de junio de 1816

Querido Joseph,

Llevo dando vueltas en el lecho durante horas y no concilio el sueño. No hago más que pensar en ti, en tus labios, en su sabor, en tu olor a hombre.

Me has nublado el juicio de una forma que no sé manejar. Eres único y me fascinas.

Entiendo tus reservas y miedos, esto es algo que ambos somos conscientes de la peligrosidad que conlleva. Llevo toda mi vida escondiendo mis anhelos y deseos.

Quiero que sepas que te pretendo de veras. Te juro que me tienes embelesado y quiero conocerte mejor, en todos los sentidos…

Me reitero en mi propuesta de pasar tiempo juntos. Tú serás el que decida, jamás te obligaré a nada, por mucho que me partas el corazón.

Cuento los días, las horas y los minutos, con el reloj que tanto te gustó, para tenerte conmigo de nuevo. El tic tac son los latidos de mi corazón, anhelándote…

Tu estimado Marcus.

Joseph pestañeó varias veces, aturdido. La releyó, volvió a plegar la misiva y la apretó contra el pecho. Notó con fuerza el bombear de su corazón, incluso debajo de tantas capas de ropa.

El carruaje pegó un bote que lo despertó de la ensoñación. Rápidamente rasgó el papel en trozos lo suficientemente pequeños como para que se los llevara el viento que había comenzado a soplar con fuerza.

Se arrebujó todo lo posible bajo la capota y suspiró sin saber muy bien qué hacer.

—Por los clavos de Cristo… —musitó para sí, ruborizado.

Mientras Joseph sopesaba aquella situación, Alexandre vio los trocitos de papel perderse en el camino, desperdigados.

No, aquello no había sido el pago al doctor, sino una carta privada. Una de esas que debían desaparecer para siempre porque estaban prohibidas y llenas de pecados.

Con rabia azuzó más al caballo y este aumentó la velocidad. Cuanto antes llegaran a Bath, antes se libraría del maldito Dr. Edwards. Al menos durante un tiempo.

oOo

Por desgracia para Alexandre, el viento trajo consigo unas nubes densas, grises y cargadas de lluvia. Cayeron chuzos de punta con especial virulencia. Una desapacible tormenta de verano.

—¡Pare! —le pidió Joseph—. ¡Sr. Lambert! ¡Haga el favor de detener el carruaje! —se reiteró al constatar que este no le había hecho el menor caso la primera vez.

Finalmente, y de mala gana, Alexandre frenó al cuadrúpedo y lo sacó del camino farragoso para llevarlo hasta una zona algo boscosa donde el agua no los mojó con tanta intensidad.

El médico se bajó, para asombro del chico, y le rogó que se metiera con él en la cabina.

—Debo llevarlo a su casa —alegó, empecinado.

—¡No sea cabezota, Sr. Lambert! ¡Está empapado y va a coger debilidad de pecho! —insistió hasta conseguir que Alexandre se apease y siguiera sus instrucciones.

Ambos terminaron sentados juntos bajo la capota. El doctor lo ayudó a despojarse del abrigo y le pasó una manta por encima. El joven estaba temblando, así que le frotó los brazos con fuerza para que la fricción lo hiciera entrar en calor.

—Tiene los labios azules. —Joseph se los tocó con la yema de los dedos, lo que dejó perplejo a Alexandre—. Hasta que no amaine de aquí no nos moveremos.

—Con suerte nos cae un rayo y se nos pasa el frío —respondió el mulato, tan insufrible como de costumbre.

Eso arrancó una carcajada a Joseph.

—Usted siempre tan positivo. Tome, póngase esto también. —Se quitó la bufanda para colocársela alrededor del esbelto cuello desnudo.

—¿Por qué hace esto? ¿Tanta lástima le doy? —resolvió con molestia.

—Qué tontería, no me produce usted ninguna lástima. Y lo hago porque soy médico y mi trabajo es preocuparme constantemente por el bienestar ajeno. Es una manía muy molesta que tengo, qué le vamos a hacer —se mofó de sí mismo.

Alexandre frunció el ceño con fuerza achinando los ojos mientras se arrebujaba en la manta.

Se mantuvieron en silencio, con el sonido de la lluvia y la tormenta de fondo, hasta que comenzó a amainar poco a poco.

—Míreme un momento —demandó Joseph.

Alexandre giró el rostro de mala gana. De nuevo sintió las yemas de sus dedos sobre el rostro y la boca. Un escalofrío involuntario le recorrió de arriba abajo.

—¿Tengo algo en la cara? —masculló.

—Aparte de un color de piel muy bonito y muchas pecas, no veo nada raro. Apenas tiene los labios azulados. Eso era síntoma de un enfriamiento excesivo.

El chico se quedó atónito. Jamás, en toda su vida, le habían dicho que el color de su piel fuese bonito. Al contrario, ser más moreno era motivo de fealdad y burla ya que revelaba su origen negro.

—L-las pecas las heredé de mi madre. Ella era pelirroja y muy pálida… —susurró. En otras circunstancias hubiese escupido una de sus befas, pero el doctor lo había despojado de todo sarcasmo.

—Me he dado cuenta de que tiene reflejos pelirrojos en el cabello. Y supongo que los ojos verdes también los heredó de ella.

—Así es… Era muy hermosa. —Sonrió al recordarla.

—¡Pero si sabe sonreír!

Alexandre sintió las mejillas arder. ¿Por qué ese maldito médico se empeñaba en ser tan gentil con él?

—No lo hago a menudo.

La mano caliente de Joseph se posó en su frente y mejillas, tan solo para comprobar si le había subido la temperatura.

—Bien, hemos recobrado el calor. —Recolocó la manta y también se arrebujó en ella, suspirando—. Vaya verano vamos a pasar en Bath. Ni picnics, ni fiestas en los jardines… ¡De la que me he librado!

—¿Por qué dice eso? ¿No le gustan?

—En general soy reservado, solitario y nada sociable. Mis pacientes no hacen más que invitarme a sus fiestas para intentar emparejarme con sus hijas. —Se echó a reír—. Yo solo quiero estar en mi hogar, con mi gato y cultivando patatas en el jardín trasero.

Joseph miró de reojo al joven mulato.

—Pensé que su vida se centraría en moverse por la alta sociedad de Bath pescando pacientes —se pitorreó.

—En absoluto. No doy más de sí, ya tengo de sobra. Entre los caballeros acaudalados a los que les duele hasta el dedo meñique, sus esposas que se inventan cualquier excusa para asaltarme en la consulta, y las personas sin recursos a las que visito… De verdad, solo quiero cultivar patatas en mi día libre. Cuando lo tengo… —Suspiró.

El joven lo miró con curiosidad.

—¿Le asaltan las mujeres?

—Sí. Entre caballeros podemos hablarlo, ¿no cree? A más de una le he tenido que pedir que dejara de insinuarse e incluso tocarme. ¡Ah! Pero de quién es la culpa: de los maridos que no las satisfacen. —Se echó a reír a carcajadas.

—Ha dicho que… visita a personas sin recursos.

—Sí. Es la única forma que tengo de ofrecer caridad, ayudando con mis conocimientos. Hay mucha desinformación, en especial entre las prostitutas. Pobrecillas…

Alexandre quiso reiterar su odio hacia Joseph por haberle arrebatado a Marcus. No obstante, la intencionalidad chocó contra la compasión del médico por los más desfavorecidos.

—A-apenas llueve. Debemos continuar. —Alexandre saltó del carruaje, casi huyendo, y se puso su guardapolvo y su sombrero. Cuando fue a devolverle la bufanda a Joseph, este le pidió que no se la quitase.

—Quédesela, se lo ruego. Me la tejió Beth, la partera con la que trabajo, y le vendrá bien llevarla puesta.

—Pero…

—Yo estoy bien así, se lo aseguro. Tengo más en casa.

El chico accedió. Después se volvió a subir y azuzó al caballo. De nuevo se pusieron en marcha.

Alexandre intentó que no se quedaran atascados en los fangales, mientras daba vueltas a su mente.

Qué fácil había sido conversar con el doctor. Se lo imaginó recogiendo sus patatas y una sonrisa acudió a sus labios de forma natural. Luego recordó que le odiaba y se le pasó, aunque aún pudo sentir el tacto de sus manos sobre el rostro. Y desde la muerte de su madre, jamás le habían

tocado con tanta delicadeza, ni siquiera Marcus. Especialmente Marcus, siempre brusco y al grano.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, de nuevo, así que se limpió con la agradable bufanda. El olor del médico se coló dentro de él, como algo limpio, cómodo, placentero…

oOo

El día en la ciudad de Bath también resultó ser muy desapacible, con lluvias intensas y truenos retumbando sobre los tejados.

Joseph pidió a su vecino, que tenía espacio para el carruaje y el caballo, que le hiciera el favor de dejarlos en su cuadra trasera. Este accedió de buena gana a cambio de que no le cobrara honorarios por la siguiente consulta.

—Va a perder dinero por mi culpa —insistió Alexandre, molesto.

—No voy a salir de pobre, créame. Venga, suba las escaleras de una vez, tiene que cambiarse de ropa y entrar en calor, no sea tozudo como una mula y deje ya de fruncir el ceño. —Lo azuzó.

Antes de poder sacar la llave de su hogar, la puerta se abrió de sopetón y les hizo pegar un respingo a los dos.

—¡Joseph! ¡Esto es intolerable! —le espetó una mujer menuda, con el cabello oscuro y embarazada—. ¡Tres días fuera dejándome sola con todos los impertinentes y energúmenos de tus pacientes! Por no hablar de lo enojado que está Hipócrates.

—Lo siento, Beth. Fue una urgencia tal y como te expliqué en la carta.

—¿A esa nota la llamas carta? ¿Y este caballero quién es? —Ella le observó de arriba abajo con sus ojillos negros e inquisitivos.

Alexandre estaba en una esquina de las escaleras, anonadado por la energía de aquella señora, y más teniendo en cuenta su estado.

—Es el señor Alexandre Lambert, cochero de la familia del marqués.

—Pero ¡criatura! ¡Entre, entre! —Lo asió del brazo y estiró de él hacia el calor del hogar—. Debe estar helado. Se va a enfermar.

Beth había encendido la chimenea. A los pies de esta se hallaba tumbado Hipócrates como buen *maharajá*. Al ver al invitado se levantó para ir a saludarlo, maullando. Olió la mano que Alexandre le tendió durante un buen rato, y después volvió a tumbarse de lado enfrente al fuego.

—Bien, Hipócrates le ha dado su bendición, Sr. Lambert. Puede quedarse —bromeó Joseph mientras acariciaba con cariño al felino, que levantó su cabeza para que le rascara en la barbilla. Comenzó a ronronear con fuerza.

—¡Qué vergüenza, Hipócrates! Te vendes por unos melindres. Con lo molesto que estabas… —siseó Beth con una sonrisilla pícara en el rostro regordete.

—Por favor, muéstrale al Sr. Lambert la habitación de invitados. Así podrá quitarse la ropa mojada. Yo iré a buscarle mudas mías.

—N-no es necesario. Además, Lord Vane desea que vuelva de inmed…

—Me es indiferente —lo cortó—. No voy a permitir que conduzca de vuelta con el tiempo que hace. Podría enfermar y morir.

—Dr. Edwards, Lord Vane odia que se le lleve la contraria.

Por toda respuesta, Joseph se fue a su estancia para cambiarse de ropa, dejando a Alexandre bajo la supervisión de Beth.

—No hay nadie en el mundo más testarudo que Joseph. Ese Lord Vane ya puede ser el mismísimo Dios, que hará lo que considere mejor para la salud de sus pacientes sin hacer el menor caso. ¡Venga! Acompáñeme, está mojando las alfombras. Ponga ahí las botas llenas de barro —urgió ella antes de conducirlo a una estancia seca y cálida.

Ella dejó al joven aturdido y este tuvo que ceder, después lo dejó a solas para que pudiera desvestirse.

Alexandre se dio cuenta de que el gato se había colado en la habitación y lo estaba mirando tumbado en la cama, como si tal cosa. Le acarició el suave pelo largo. Fue un tacto agradable. Acto seguido, el felino se lamió la zona.

Alexandre se deshizo de la pelliza, el gorro, el chaleco y la camisa empapada. Tembló de frío con los pies desnudos, así que se sentó en el mullido lecho para acurrucarse.

Unos golpes en la puerta le hicieron volver a erguirse.

—¿Puedo pasar? —preguntó Joseph desde el otro lado.

—P-por supuesto…

El doctor apareció mudado, aunque de manera más informal, sin chaqueta ni chaleco. La camisa blanca realzó su esbelta figura dejando entrever la nuez y algo de vello en la zona del cuello.

En el regazo portaba prendas secas, como calzas, pantalón, camisa y una cobija de aspecto cálido.

—Beth está abajo calentando agua en la cocina… ¡Por los clavos de Cristo! Tiene los pies congelados, Sr. Lambert. —Joseph se arrodilló para cubrirlos con la manta e hizo que el joven se sentara de nuevo en la cama, sonrojado. Lo tapó del todo para que su piel no estuviera al aire.

En esos precisos instantes, el doctor pudo entrever las cicatrices que cubrían toda su espalda.

Por otro lado, aquel acto tan tierno contrarió a Alexandre, principalmente porque no era algo a lo que estuviera acostumbrado. A pesar de su rechazo inicial, recordó que Marcus no iba a permitir ningún tipo de feo hacia el doctor, por lo que cerró los puños bajo la manta y tragó saliva, tolerando la incomodidad hasta que esta se fue diluyendo.

Joseph fue muy atento con él, se preocupó en todo momento por su bienestar. Le obligó a meterse en el lecho y le resultó este tan cómodo que el cansancio acumulado se adueñó de su persona incapacitándolo para oponerse a cualquier cuidado que tanto Joseph como Beth le dieron.

Ella le subió una tinaja con agua tibia para que se aseara, sopa de pollo caliente y un buen trozo de ternera con puré de patatas.

Cuando hubo terminado con todo, el doctor se llevó los restos, lo tapó de nuevo con el cálido cobertor y se sentó en un lado del lecho.

—Tiene mejor cara. Antes estaba pálido y tiritaba de frío. Así que me alegra haber hecho bien mi trabajo. Ahora bébase esto, le evitará un buen resfriado.

—¿Qué es? —Alexandre tomó una taza caldeada. La sensación de calor recorrió sus manos y le hizo sentir bien, demasiado bien para lo que le convenía.

—Una infusión de tomillo. —Hizo un gesto para que se la tomara y el joven sorbió el contenido poco a poco.

Un trueno resonó sobre la techumbre de la casa.

—Me temo que no puedo dejar que se vaya. Escribiré una nota a Lord Vane explicándole las circunstancias para que entienda las razones de que usted vuelva mañana.

—¿Mañana? —Alexandre, muy a su pesar, se alegró de quedarse allí a resguardo, en una cama acogedora, bajo un techo caliente y atenciones que

no creía merecer.

—Y ahora me marcho ya que tengo mucho por hacer, pacientes que atender y debo ir a visitar a un par de damas viudas que se preocupan mucho si no tomo el té con ellas.

—¿No está cansado?

Joseph, ya en el dintel de la puerta, lo miró con esos ojos tiernos y una sonrisa amable en los labios.

—Me metería en la cama si pudiera y dejaría que Hipócrates me pisoteara a su gusto, pero me temo que tengo muchas obligaciones. Además, me quedo tranquilo ya que ese gato traidor ha decidido quedarse con usted.

Efectivamente, el muy ladino se había aposentado a la vera de Alexandre, pegado a él ronroneando con los ojos cerrados y hecho una bola de pelo gris. El joven lo acarició y el ronroneo aumentó.

—Ahora descanse, Sr. Lambert. No se sienta incómodo, ni mal, pues es usted mi invitado.

Tras esas palabras, Joseph salió cerrando la puerta tras de sí.

Alexandre aspiró el aroma a tomillo, apuró la infusión y se arrebujó en aquel lecho tan cómodo. Solo había estado en una cama así en la habitación de Marcus y este lo despachaba en cuanto gozaba de él. Nunca habían dormido juntos.

Unas lágrimas de rabia aparecieron en sus ojos verdes y se deslizaron hasta mojar la suave almohada. Recordó una y otra vez las crueles palabras de unas noches atrás. Sin embargo, ¿qué podía esperarse de un narcisista egocéntrico que solo buscaba su propio placer?

En ese instante se sintió inquieto por el doctor. El hombre había sido amable de buena fe y el interés de Marcus por este era más que evidente para los ojos que sabían ver.

No podía alertar al médico de con quién se estaba involucrando, pues conociendo el fuerte carácter de Marcus, saldrían todos malparados.

Suspiró con cansancio y la cabeza embotada. Dejó caer los párpados y acabó rendido a las caricias de Morfeo.

oOo

Joseph meditó sobre lo que había visto en la espalda de Alexandre. Un vistazo fugaz le bastó para saber lo que eran aquellas marcas que el joven

tenía tatuadas en la piel: latigazos, probablemente por causa de un cinturón o una fusta. Las marcas, blanquecinas y protuberantes, estaban ya más que curadas, integradas en una piel fina.

«¿Quién le habrá hecho algo así?, ¿su padre?».

—¿Qué sucede? —preguntó Beth mientras lo ayudaba a preparar el maletín con los cachivaches médicos.

—Ese joven me preocupa —admitió con gesto grave.

—Habla poco, tiene cara de enfurruñado, pero es bien apuesto —dejó caer ella—. Alto, bien formado, con un rostro muy dulce… —Una sonrisilla picaruela ensanchó sus labios.

—No malpienses, Beth. ¿Cómo se te ocurre? —Joseph se sonrojó como un niño.

—Bueno, le has prestado mucha atención.

Joseph carraspeó mientras se enfundaba en su abrigo y se colocaba bien el sombrero.

—Primero: es muy joven. Segundo; es el cochero de un marqués. Tercero; no tengo ni la más remota idea de sus preferencias.

—Tienes razón. Es que me gustaría que fueras feliz.

Joseph suspiró y pensó en Marcus. Ese hombre era lo más cercano a una posibilidad y tenía mucho en qué pensar al respecto.

El hombre besó la mejilla rechoncha de Beth, a la que quería como a una hermana. Luego palpó su abultada tripa.

—Dentro de poco seré tío. ¿Estás bien?

—Igual que cuando me dejaste hace unos días, no te preocupes. Ya tengo bastante con Charles.

—Tu esposo es un bendito, un santo varón, un…

—¡Y por eso lo amo! No todos los esposos dejarían que sus mujeres embarazadas fueran ayudantes de un médico tan apuesto… —bromeó.

—Vete a casa con él, te lo ruego. Ya bastante has tenido que soportar estos días. Si no hay ningún parto, no te haré llamar. Me encargaré del invitado.

—¿Seguro? Reconozco que tengo los tobillos hinchados.

—La Sra. Smith vendrá mañana y seguro que me echará una mano. Y tú espera a que amaine y venga Charles a por ti.

Tras esa recomendación, Joseph salió a hacer su trabajo como cada día y Beth se sentó al calor del hogar para tejer una nueva bufanda.

Suspiró mientras observaba las llamas danzar. Poco después apareció Hipócrates y se subió a su regazo, acurrucándose en el hueco de su sobaco y amasando su tripa.

—Disculpe, señora… —Alexandre llamó su atención, de pie en el dintel.

—Sra. Anderson —apuntilló—. ¿Necesita algo?

—Yo… Debería irme, no puedo demorarme.

—Haga caso al doctor y vuelva a la cama. —Ella se puso en pie y se acercó a él para tomarle la temperatura posando la mano en su frente—. Tiene fiebre. Descanse y mañana será otro día.

—¿El doctor se ha ido?

—Efectivamente, tiene muchísimo trabajo. —Empujó con levedad al joven y lo dirigió de nuevo al cuarto de invitados.

Poco después le llevó unos paños fríos y se los colocó en el rostro ardiendo. Estuvo con el joven hasta que se durmió de nuevo.

Esperó a que amainara la tormenta y su esposo fuese a por ella para volver a su cálido hogar.

oOo

Joseph entró en su casa pasadas las siete de la tarde, cansado, hambriento y confuso de tanto darle vueltas a la carta de Marcus.

Cenó lo que Beth le había dejado, acarició a su mimoso gato —que ya le había perdonado el abandono— y se dirigió al cuarto de invitados.

Entró de forma sigilosa, de puntillas, tapó bien a Alexandre, le recolocó un paño húmedo que se había resbalado del hermoso rostro del joven y se quedó mirándolo.

Le recordó a Oscar por su físico: alto y esbelto. Aunque el cochero, dado su trabajo, estaba mucho más fuerte. Pero ese rostro apaciguado y hermoso le resultó, de alguna forma, familiar.

Sí, su presencia hizo que rememorara a Oscar, durmiendo en la cama que ambos compartieron unos pocos años antes de su muerte, cuando vivían juntos.

Unas lágrimas se resbalaron por el rostro de Joseph y se le encogió el corazón. Llevó la mano a la zona y apretó la camisa, como intentando retener los pedazos que quedaban de aquel roto.

No quería seguir solo.
«Anhelo amar y ser amado, como aquel entonces…».

8



Alexandre despertó muy descansado para su sorpresa. Hipócrates estaba hecho una rosquilla a su lado, pegado a su cuerpo. Le acarició la suave pelambrera y el gato lo miró con los ojillos achinados.

Amaba a los animales, en especial a los caballos, y también al viejo Puppy. Percy y él se llevaban bien y lo paseaban juntos. El niño no tenía culpa alguna de ser un Vane, pero estos terminarían por corromper su inocencia en algún momento.

Se desperezó, bajó de la cama y salió del cuarto con cautela.

Unas voces en el piso inferior llamaron su atención, aunque la mujer con la que el doctor estaba conversando no era la impetuosa Sra. Anderson, sino una dama más mayor.

Bajó la escaleras, se puso sus botas y se acercó a la cocina.

—B-buenos días —carraspeó para llamar la atención.

—¡Sr. Lambert! —A Joseph se le iluminó el rostro al verlo recuperado—. ¡Tiene mucha mejor cara! Cuánto me alegro. Esta es la Sra. Smith. Trabaja para mí.

—Señora. —Hizo un gesto con la cabeza en señal de respeto.

—¿Este es el joven del que me hablabas? ¡Qué muchacho tan apuesto! Seguro que se ha de quitar a las pretendientas a manotazos, como si fueran moscas —dicho eso, se echó a reír a carcajada limpia.

Era una mujer entrada en años con una cofia que tapaba sus cabellos, campechana y alegre, una trabajadora del hogar, probablemente la sirvienta del doctor.

—No lo abochorne, no vaya a ser que le vuelva a subir la temperatura.

—Y-yo… —interrumpió Alexandre—, debería partir ya. No llueve —alegó— y me encuentro bastante bien.

Joseph le tomó una mano callosa y luego la palpó.

—No tiene fiebre. Pero no se va a ir de aquí hasta que no haya desayunado. Nos disponíamos a ello, de hecho.

—¡Este muchachote necesita alimentarse! Venga aquí, siéntese.

Le obligó a sentarse en una silla de la cocina y le puso enfrente un humeante plato con huevos revueltos, salchichas, queso y pan caliente.

El doctor se aposentó frente a él y comió lo mismo.

Mientras tanto, Hipócrates rondó entre los platos con malvadas intenciones, intentando sin éxito robar algo de las viandas. El doctor le dio un cachete en el trasero para que se bajase y el gato se fue parloteando sin cesar, como quejándose del trato recibido.

—Este pilluelo sí que es un marqués —chistó Joseph, sonriendo.

El mulato observó de soslayo al hombre, admirando el color rubio de sus cabellos y esos ojos azules cristalinos. Le hubiera gustado ser como él para agradar de veras a Marcus. Sin embargo, nada podía hacer ante la realidad de sus circunstancias: era mulato, un simple cochero y alguien de usar y tirar. En cambio el doctor tenía cultura, clase y una belleza masculina innegable. Marcus y él debían estar destinados.

Quiso odiar a Joseph, pero fue incapaz en cuanto él desarmó sus intenciones con una sonrisa sincera. Ojalá aquel doctor hubiera sido una persona horrible y fácil de aborrecer.

La Sra. Smith acercó al chico sus ropas secas y preparó una cesta con media hogaza de pan, queso y una redoma de agua fresca, para que su viaje a *Longleat* fuera más agradable y pudiera detenerse a comer.

—¿Ya le ha enseñado sus patatas el bueno de Joseph? —se pitorreó la Sra. Smith—. Le encanta hablar de ellas a los pacientes.

—¡Sra. Smith! —la increpó Joseph en un tono de enfado fingido—. Le he hablado de ellas, por supuesto —bromeó después—. ¿Se las muestro, Sr. Lambert?

—Como guste —respondió con una sonrisa leve.

Alexandre lo siguió hasta la parte trasera de la casa. Una zona de la pequeña parcela estaba destinada a la huerta, donde estaban los famosos tubérculos, así como otras verduras.

El resto era un jardín que albergaba un peral, un manzano y un cerezo, además de diversos parterres con flores, macetas y una pequeña rosaleda.

—Esta primavera ha sido tan fría que el cerezo tardó lo suyo en florecer. Los pétalos son rosados y preciosos. Y estas rosas no son las típicas de la zona, sino que las semillas me las dieron en Derbyshire. Cada vez que florecen me recuerdan a la familia que me las regaló y a las dos hijas… Lilyan y Primrose.

—¿Son niñas?

—Oh, no. Dos jóvenes hermosas y actualmente muy felices.

Cortó una rosa de color rojo intenso y se la dio a Alexandre, que la tomó casi sin poder evitarlo, sonrojado. Aspiró el embriagador aroma.

—Vaya, Hipócrates ya me ha abonado el rosal… Mire cómo me ha dejado la tierra, toda removida.

Pero Alexandre estaba como ido, rodeado de aquella belleza sencilla.

Longleat podría tener el jardín más grande que hubiese visto, el más variado en cuanto a flora, el más perfecto, pero carecía de la personalidad del doctor.

Alexandre reparó en un porche bajo el que descansaban una pequeña mesa blanca forjada junto a sus dos sillas a juego. La yedra estaba comenzando a enredarse en sus patas. Le pareció un lugar acogedor.

—Ahí me siento a leer mis novelas favoritas y a tomarme un té.

—¿Lecturas médicas?

—De vez en cuando, siempre hay que estudiar. También conservo ejemplares de botánica… Pero sobre todo leo novelas donde haya romances.

El chico pestañeó en varias ocasiones, asombrado.

—Vaya, no me lo esperaba.

—Ser hombre no está reñido con el romanticismo. —Rio por lo bajo—. ¿No lee usted de forma habitual?

—Apenas tengo tiempo y… Reconozco que no se me da bien. —Se sonrojó—. N-no soy analfabeto —aclaró—, simplemente no tengo esa afición ni puedo acceder a la biblioteca de los marqueses…

—Venga conmigo.

Lo llevó hasta su consulta donde el joven pudo apreciar una mesa llena de papeles, una camilla, muchas estanterías repletas de botes a rebosar de plantas medicinales y otra zona que parecía ser una botica donde preparaba las curas y compuestos.

A la derecha había una zona que hacía las veces de biblioteca. Joseph tomó tres volúmenes y se los dejó.

—Lea *Mansfield Park*[10]. Es una historia muy interesante que creo que le gustará por los temas que trata.

—¿Es romántica?

—Es muchas cosas —apostilló guiñándole un ojo—. No se deje engañar por las apariencias.

—Gracias, se los devolveré.

—Es un regalo —dijo Joseph en tono serio. Luego sonrió al ver que el joven se quedaba estupefacto—. Vamos, ha de prepararse para marchar.

Antes de que pudiera poner un pie en la cocina, donde estaban sus cosas, vio de refilón un piano blanco en una estancia pequeña pero bien iluminada y que daba al jardín.

Quedó tan impactado por la belleza del pianoforte que sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos.

—¿Le agrada? Puede entrar a verlo. —Lo invitó Joseph dejándole paso y empujándolo levemente tras posar una mano en su cintura.

Alexandre anduvo hasta situarse frente al precioso instrumento de cuerda y lo admiró en silencio. Tenía la tapa bajada.

—Mi madre, que fue durante muchos años la dama de compañía de la tercera marquesa, me enseñó a tocar… Pero tras su muerte lo olvidé todo —musitó con tristeza.

—La música no se olvida, Sr. Lambert. Sobre todo cuando nos la muestra alguien a quien amamos… Estoy seguro de que si se sienta en la banqueta —la retiró— y posa los dedos sobre las teclas —levantó la tapa— le vendrán a la memoria esas melodías que su madre le enseñó.

El mulato dudó unos instantes. Sin embargo, se sentó y se acercó con miedo a no ser capaz de tocar el piano tras más de diez años. Depositó la rosa roja encima del instrumento blanco.

Joseph se quedó unos instantes mirando la flor sobre la superficie pulida y luego observó al joven mulato. Los tres elementos de aquel encuadre le parecieron perfectos.

—Probablemente suene mal, ya que hace seis primaveras que nadie lo toca. Pero puede probar —le hizo saber a Alexandre.

—¿No toca usted?

—No, yo no sé.

—¿Y por qué lo tiene aquí?

—Era de un amigo muy preciado. Oscar… —Decir su nombre en voz alta ante otra persona no fue fácil.

—¿Se lo regaló él?

—No, el que se lo compró fui yo. Pero mi amigo hace años que murió.

A Joseph le costó verbalizar aquello como algo natural.

—Lo lamento mucho. No debería ensuciar con mis manos algo tan preciado.

—No, por favor, tóquelo. Insisto de todo corazón. —Se puso tras Alexandre y se inclinó sobre su espalda, pasando la cabeza por encima de su hombro izquierdo, aunque sin tocarlo. Con las manos sujetó las del chico y las dirigió hacia las teclas—. ¿Qué pieza recuerda mejor?

—La *Bagatela número 1 en Sol mayor*, de…

—Beethoven —le dijo—. La conozco bien. No soy neófito en la teoría, solo en la práctica. Adelante… —susurró soltando las manos del joven pero sin apartarse de él.



Alexandre sintió el corazón latirle con una intensidad alarmante, no solo por tener la gran oportunidad de acariciar un pianoforte de aquella belleza, sino también por el calor, el olor y la cercanía del médico.

Buscó la tecla de la nota Sol mayor y comenzó a tocar la melodía de forma torpe, equivocándose en diversas ocasiones.

—Siga, es usted capaz de acabarla, estoy seguro de que su madre le enseñó bien —lo animó Joseph.

El joven volvió a empezar una y otra vez hasta que dejó de equivocarse. Aunque el piano estaba algo desafinado, fue capaz de tocar la pieza dotándola de la ligereza y la alegría con la que había estado compuesta. Era sencilla, ideal para que los niños aprendieran divirtiéndose.

Cuando el chico le puso fin sin poder dejar de sonreír, giró el rostro hacia el del doctor, que le devolvió una mirada alegre. Sus ojos se encontraron unos segundos. Azul y verde, verde y azul.

Alexandre se puso tan nervioso que se levantó de forma impetuosa y tiró la banqueta.

—Lo lamento.

—No pasa nada —le hizo saber Joseph—. Su madre estaría muy orgullosa de usted. Y yo estoy contento de que el piano vuelva a sonar. Haré que lo afinen para que, cuando vengan a Bath, pueda usted tocarlo cuando guste.

—D-debería irme —balbució atacado de los nervios ante aquella posibilidad.

—Claro, no quiero demorar su marcha por más tiempo.

Llegó la hora de que Alexandre se despidiera de ellos, sintiendo una mezcolanza de alivio por partir y tristeza por el buen trato que dejaba atrás. Por un lado no se creía merecedor, pero por el otro anhelaba que le tuvieran respeto más a menudo.

Cuando tuvo su carruaje preparado, Joseph se acercó a él y le tendió una hoja sin sellar, simplemente doblada en dos.

—Tenga, dele esta nota al Lord Vane. Por otra parte… ¿Necesita dinero por si tuviera que quedarse en alguna fonda?

—No se preocupe, Dr. Edwards, siempre me prestan lo suficiente como para poder parar a comer.

—De acuerdo, Sr. Lambert. Espero verle pronto.

—Lo… Lo mismo digo. Ha sido un placer traerlo. Agradézcale a la Sra. Anderson lo mucho que me ha cuidado y gracias también a usted, Sra. Smith, el desayuno estaba delicioso.

—¡Qué joven tan amable! Tenga un buen viaje.

Alexander se subió a la parte trasera del carruaje, bien abrigado, y se colocó su sombrero.

—Se deja esto —le recordó Joseph al tenderle su bufanda.

—Es suya.

—También se la regalo. Le queda mejor que a mí —lo aduló.

Alexandre no pudo rechazar el presente, hubiese sido de muy mala educación y todavía tenía en mente las advertencias de Marcus. Así que la tomó y se la anudó al cuello. Después azuzó al caballo y este se puso en marcha, haciendo sonar los cascos sobre el empedrado de *Gay Street*.

Alexandre miró una última vez hacia atrás, pero las figuras del hombre y la mujer se habían desvanecido entre las brumas.

Sustrajo la nota de dentro del abrigo. Al principio creyó que el doctor le tendería una carta sellada para Marcus. Le sorprendió que no fuese así y que aquello solo fuera un escrito para exonerarlo a él de toda culpa, lo cual hizo que se sonrojara más.

Bath
25 de junio de 1816

Estimado Lord Vane,

Disculpe al Sr. Lambert por volver con retraso, pero yo le obligué a quedarse dado el aguacero que estaba cayendo en Bath. Los caminos hubieran estado impracticables y él habría terminado muy enfermo.

Quedo a la espera de recibir noticias de su familia para saber en qué momento se mudarán, así de cómo evoluciona el mal del marqués.

Les deseo buena salud a todos.

J. E

—Maldito matasanos —masculló frunciendo el ceño y azuzando más al caballo. Cuanto antes llegara, mejor.

Sin embargo, y para su pesar, no pudo quitarse de la cabeza la forma tan amable en la que lo había tratado, como un ser humano digno. Por no hablar de su presencia física cuando estaban en la sala del piano, ni el aroma que desprendía la bufanda.

Ese cruce de miradas lo había dejado desarmado por completo. No solo había visto unos iris azules, sino una profundidad en ellos muy especial. Un par de segundos le habían bastado para comprender la razón por la que Marcus se había prendado de Joseph Edwards.

¿Podía un hombre sentirse atraído por dos personas tan distintas al mismo tiempo?

¿Y tener la peor suerte del mundo por ello?

Sí.

9



Marcus anduvo por su despacho de un lado para otro, sumamente ofuscado. No solo porque el botarate de Alexandre no había vuelto, sino también por la seria conversación mantenida con Henry sobre el futuro de la familia si él moría.

Pretendía que buscara, de una vez, una mujer para casarse y tener descendencia, a pesar de que conocía perfectamente sus gustos amatorios, los cuales había ayudado a esconder ante los ojos de todos.

«Si muero y heredas el marquesado, es tu obligación desposarte, te guste o no», le había expresado con contundencia.

Para más inri, la desazón por volver a tener a Joseph con él lo estaba volviendo loco. A pesar de haber yacido con decenas de hombres durante su edad adulta, nunca deseó tanto a ninguno como al doctor. Era especial, hasta alguien tan voluble como él era capaz de darse cuenta de que encontrar a Joseph había sido un golpe de suerte y un regalo caído del cielo. Tenía una edad en la que quería mantener un solo amante.

Estaba decidido a sentar la cabeza, costara lo que costara y le pesase a quien le pesase, incluso a Henry y su maldita idea de que se casara. Solo con pensar en tocar a una mujer para mantener relaciones íntimas le revolvía el estómago.

Ya era de noche cuando llegó a sus oídos que Alexandre estaba de vuelta en las caballerizas, por lo que fue directo a confrontarse con él.

oOo

El joven estaba solo en el establo, acondicionando al caballo para que descansase de tan largo viaje. Escuchó acercarse a alguien y lo siguiente que sintió fue un bofetón en el rostro, tan fuerte, que le hizo tambalearse y terminar en el suelo de heno con la nariz sangrando.

Marcus lo levantó con violencia y lo estampó contra una de las paredes del cubículo. El caballo relinchó asustado y el joven intentó calmarlo.

—Tranquilo, Zeus… *Shhh*… —susurró a pesar de que le estaba sangrando la nariz y el lord lo tenía agarrado de la pechera del abrigo.

—¿Dónde estabas? ¿Eh? ¿Qué te dejé muy claro? ¡Contesta! —gritó desabrido.

—Estaba en… en casa del doctor.

—¡Desoyendo mis órdenes! ¡No tienes remedio, maldito demonio!

Alexandre sacó del bolsillo la nota del galeno y Marcus se la arrancó con ansia, dejando libre al chico. Este se limpió la sangre con el dorso de la temblorosa mano. Aquel bruto le había roto la nariz.

Pudo ver la decepción en el rostro de Marcus. Seguramente esperaba una carta de amor y no una aclaración exculpándolo a él de la tardanza.

—Que no se vuelva a repetir, ¿me has escuchado? —inquirió.

—Hice lo que me pediste: ser educado con él —se defendió lleno de rencor—. Y he cumplido con creces.

Marcus se fijó en la bufanda y la reconoció como una posesión de Joseph. La agarró para despojarlo de ella, pero el mulato se resistió.

—¡Quítatela! —le ordenó tajante—. ¡Es de Joseph!

—Me la ha regalado —siseó—. Ahora me pertenece.

A pesar de eso, Marcus se la arrebató sin contemplaciones, empujándolo de nuevo.

Aunque el joven era alto y tenía fuerza, el lord era mucho más corpulento y un rival imbatible en cualquier disciplina.

—Tú no tienes nada, ni te lo mereces. Mucho menos esto. —Se pasó la preciada prenda por el cuello dejando que colgara a sendos lados.

Verlo con aquella bufanda encendió al joven de una forma nunca antes vista. Gritó de rabia, con tal fuerza que Marcus se quedó mudo.

Alexandre estaba celoso, pero ya no sabía por qué. Pensar en que el lord tocase a Joseph de forma pecaminosa lo sulfuró.

Ese malnacido no se merecía a un hombre como el doctor. Pero tampoco quería que Marcus tocara a otro. La confusión lo dominó.

—¡Mantén la boca cerrada, diablos! Nos van a escuchar —siseó el lord.

—Todo el mundo sabe lo que me haces desde hace años y miran para otro lado como si no pasara nada. ¿Qué más te da? ¿Eh?

—Como te dejé bien claro; ya no me sirves. —Le hizo un gesto como si le fuese a atizar aunque se contuvo aquella segunda vez—. Al lado de

Joseph vales menos que un *farthing*[11]. En Jamaica no habría pagado por ti ni aunque aún fuera legal comprar esclavos.

Aquello dolió a Alexandre mucho más que el revés. Nunca lo habían tratado bien por su origen mulato, pero aquellas palabras fueron como arrastrarlo por las excreciones de las porquerizas. La humillación hizo que se le saltaran las lágrimas.

Marcus se dio la vuelta y se fue oliendo el aroma que desprendía la bufanda del doctor.

Alexandre perdió la fuerza en las pantorrillas y se quedó acuclillado sollozando a lágrima viva.

¿Cómo podía haber amado a Marcus alguna vez? Solo porque le había prestado atención tiempo atrás, siendo un chico de catorce años al que su padre azotaba día sí, día también. Solo porque le había dado algo de cariño egoísta…

Y no se había dado cuenta hasta saber lo que era que un hombre de verdad lo tratase con educación, respeto y empatía.

La angustia lo dominó.

Se puso en pie, tomó sus cosas y se dirigió hacia la gran mansión, entrando por la parte trasera de las cocinas. A aquellas horas ya no había nadie, afortunadamente, así que solo tuvo que ser sigiloso y llegar a su estancia en la buhardilla. La cerró con llave y la dejó puesta por si acaso Marcus cambiaba de idea e iba a mancillarlo en un arranque de rabia, como cuando llevaba mucho sin mantener relaciones con otros.

—Tú tampoco me sirves, malnacido —siseó con los dientes apretados.

Prendió la lamparilla, se quitó la ropa sucia de barro quedándose desnudo. Luego se metió en aquel catre pequeño e incómodo, echando de menos la calidez y comodidad de la casa del médico.

Le habían despojado de la prenda con su olor, pero no del recuerdo de sus ojos color cielo, ni del tacto de aquellas manos suaves sobre las suyas, instándolo a tocar el piano de nuevo.

Alexandre sollozó con fuerza, mordiendo la almohada para no ser escuchado, mojándola de lágrimas, mucosidad y sangre.

Poco a poco se calmó y recordó que aún tenía algo que sí le había regalado el doctor.

Salió del jergón y rebuscó en la cesta que la Sra. Smith le había dado. Allí dentro estaban intactos los tres volúmenes de *Mansfield Park*.

Suspiró aliviado.

Luego tomó el papel de estraza con el que estaba envuelto el pan, buscó entre sus escasas pertenencias el tintero y la pluma de pato que solía usar su madre, y se decidió a escribir.

La tinta estaba prácticamente seca, pero la aguó lo suficiente para poder usar los restos.

Dr. Edwards,

Le ruego qe no crea a Lord Vane, porqe es un ombre ~~orrible~~ horrible. No ~~aga~~ haga caso de sus palabras, Son todo mentiras para aprovecharse de usteds.

Dejó de escribir tras ver los tachones y lo que sabía que eran faltas de ortografía. Al morir su madre dejó de obtener educación.

La tinta, para colmo, quedó desvaída en cuanto se secó. Tuvo que estrujar el papel y lanzar la nota a una esquina.

No podía mandarle eso al doctor. Debía encontrar la forma de alejarlo de Marcus como fuera sin salir malparado él.

Se volvió a la cama tras esconder bien los libros, apagó la lamparilla de aceite y se tapó hasta la cabeza, dolorido por la fuerte bofetada y la indignidad.

oOo

A bastantes millas de allí, Joseph volvió a su casa tras otro día de agotadoras visitas. Beth seguía descansando en su hogar junto al bendito de Charles, y la Sra. Smith le había dejado preparada la cena. Esta era viuda y residía con su hijo, el desgarbado profesor que no conseguía que ninguna dama se fijase en él por no tener un sustento estable.

Se sentó a la mesa de la cocina, junto a una solitaria vela y un puré elaborado con sus propias patatas. Suspiró con cansancio, deseando irse a dormir de una vez por todas.

Terminó, dejó apilada la vajilla y fue a cerrar la puerta del jardín. Al pasar por la estancia del piano se percató de que la rosa roja se había quedado sobre el instrumento.

La tomó entre sus dedos y la olió. El recuerdo de aquel instante con el Sr. Lambert le arrancó una sonrisa.

—Oscar, espero que no te haya importado que le dejase tocarlo… —musitó depositando de nuevo la flor sobre la superficie del pianoforte—. Creo que tiene talento.

Aquel muchacho huraño, de ceño fruncido y carácter introvertido, de ojos verdes y pecosa piel, le producía una ternura especial. Y también un poco de desazón.

«Las marcas en su espalda… », recordó.

Abandonó la estancia y subió hasta su alcoba. Allí lo estaba esperando Hipócrates —dormido como un bendito— hecho una bolita gris.

Dejó la palmatoria sobre su mesilla, se desvistió y acabó por meterse en el lecho. El gato no tardó en querer introducirse bajo la colcha, así que le permitió que se colara dentro como un furtivo.

Cerró los ojos y le dio vueltas, de nuevo, a las proposiciones de Marcus. El día anterior había estado casi seguro de ceder, pero algo había cambiado esa mañana. No sabía qué era exactamente.

Marcus era un hombre evidentemente atractivo y deseable que le había declarado sus intenciones de manera fervorosa. Sin embargo… Sin embargo, seguía pensando que no tenían futuro.

Sin darse cuenta esos pensamientos fueron siendo reemplazados poco a poco y volvieron a aquella mañana, al piano de Oscar, a la compañía silenciosa del joven Alexandre, a su sonrisa genuina al conseguir tocar la Bagatela. Y luego al cruce de miradas.

Joseph abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama con el corazón latiendo con fuerza.

Hipócrates salió de allí muy molesto, parlando. Acabó en una esquina del lecho y miró a su amigo como si lo juzgase.

—No… —susurró Joseph llevándose las manos al cabello. Luego suspiró con fuerza.

Volvió a tumbarse y se tapó hasta la nariz. Se giró al sentir una molestia en sus partes íntimas, levemente estimulado por esos recuerdos.

Le había gustado tener al cochero cerca, le había gustado mirarlo de cerca y le había gustado escucharlo tocar el piano. Pero llevaba tanto tiempo solo que la capacidad de entender sus propios sentimientos lo había vuelto torpe.

Hasta dudó de las intenciones de Marcus cuando todo indicaba el interés que el lord sentía por él.

Era un ingenuo.

—Tienes a un lord muy atractivo detrás de ti, que no te es indiferente, pero tú te fijas en el cochero…

«¿Y qué tiene de malo el chico?», le preguntó Oscar en su imaginación.

—Es muy joven —rebatió.

«Y apuesto».

—Así no me ayudas, cariño.

«¿De qué tienes miedo?».

—De prendarme y que no le gusten los hombres. Que no le guste yo.

«Me temo que eso no depende de ti».

—Lo sé.

Se mortificó hasta quedarse dormido de puro cansancio.

oOo

Una semana después de aquello, Joseph recibió una carta de Marcus. Al principio le aterró abrirla, no fuera a contener una de sus fervorosas declaraciones. No obstante, solo le informaba del día que llegarían a Bath.

Longleat
29 de junio de 1816

Estimado Dr. Edwards,

Le alegrará saber que Henry ha mejorado lo suficiente como para poder realizar el viaje a Bath de forma segura para su salud. Ha ganado peso y ya puede alimentarse en condiciones.

Hace dos días enviamos a unos cuantos sirvientes para que acondicionaran la casa de campo, por lo que llegaremos a Bath la tarde/noche del 3 julio. Le esperamos el día 4 para que pueda visitar a mi hermano, así que le ruego que despeje su agenda. Le enviaremos un coche para recogerlo, no se preocupe.

Espero que haya pensado estos días en lo que hablamos.

Un saludo cordial,

Lord Marcus Vane

El doctor entró en pánico, pues ya era 3 de julio. Fue tal la cara que puso mientras estaba sentado en la mesa de su consulta, que Beth se alarmó y caminó hasta él.

—¿Ha sucedido algo? —indagó.

—Hoy llegan los marqueses y toda su familia.

—¡Oh! Bueno, un trabajo bien remunerado, Joseph.

—S-sí, claro —carraspeó—. Mañana no podré atender a nadie y debo anular todas las citas —murmuró pensativo—. Voy a escribir unas cuantas cartas aprovechado que solo eran visitas de cortesía y le pediré al muchachito de los Taylor que las acerque a las casas de los pacientes.

—Lo avisaré, no te preocupes.

Joseph le entregó unos peniques para el niño. Cuando ella los guardó se fijó en cómo movía la pierna izquierda. Eso quería decir que estaba de los nervios.

—Joseph, ¿qué te sucede?

—Nada —negó con una sonrisa tranquilizadora—. Solo que ha sido muy repentino y he de rehacer toda la agenda, escribir las notas, ir al boticario…

—Si necesitas ayuda solo tienes que pedirla.

—Gracias, Beth, con que avises al niño es suficiente. Vete luego a casa con Charles.

Esta se dio la vuelta para colocarse su precioso sombrero floreado, regalo de una amiga muy querida del doctor que se llamaba Lilyan, y salió a la animada calle.

Los vecinos estaban acostumbrados a ellos. Sin embargo, Joseph Edwards era la comidilla entre la comunidad médica de Bath: joven, apuesto, con métodos novedosos que dejaban al resto de galenos como unos inútiles y viejales anticuados… Para rematar las chifladuras del médico, su ayudante era mujer, comadrona y versada en botánica, por no hablar de lo embarazadísima que estaba.

Beth tenía capacidad para estudiar en cualquier universidad de medicina. No obstante, no se le permitía.

Se sentía afortunada de haber conocido al doctor durante un parto muy complicado donde, entre los dos, salvaron la vida de la madre y de la criatura.

Él le propuso entonces asistirlo, no solo como comadrona, sino también en la consulta.

Su esposo Charles, acostumbrado a sus extravagancias, había accedido tras lloros y pataletas.

De esa forma, tenía acceso a todos los libros, a todas las plantas y a poner en práctica los conocimientos adquiridos.

Joseph no era solo su amigo, también su protector, su maestro y lo apreciaba como a unos de sus hermanos.

No fue muy complicado atar cabos cuando le habló de Oscar como un amigo muy querido, además de la total inmunidad ante los flirteos de las damas que acudían a ser tratadas de sus nervios y otras dolencias. Así que se lo había preguntado directamente ante la estupefacción del galeno.

«—Joseph, ¿tus gustos van dirigidos hacia los caballeros?».

Su cara lo dijo todo, no hizo falta una respuesta verbal. Simplemente lo abrazó contra sí y dejó que sollozara. Y cuando conoció su historia de amor con Oscar lo entendió todo, compadeciéndolos.

Solo la muerte podría haberlos separado. En un cadalso por cometer sodomía de haber sido denunciados, o por una terrible desgracia… Como finalmente sucedió.

oOo

La familia Vane llegó alrededor de las seis de la tarde a la casa de campo que poseían a las afueras de Bath: *Wollaton Hall*. Su estilo palladiano seguía las modas de la época que emulaban el arte de la Grecia clásica, por lo que no era muy antigua, sino georgiana. Se colocó la primera piedra en 1772, aunque la habían visitado muy poco, solo cuando la tercera marquesa vivía y deseaba pasar temporadas en Bath para tomar las aguas.

La entrada poseía un pórtico sujeto por cuatro pilares de estilo clásico, con un friso decorativo encima. El resto de la casa era de planta cuadrada con un par de anexos a sendos lados. Contaba con dos alturas y la buhardilla para la servidumbre.

Las caballerizas se situaban en la parte trasera, y el jardín aún estaba descuidado, pues no habían tenido tiempo de arreglarlo. No obstante, y

dadas las circunstancias, no iban a recibir a ilustres invitados aparte del doctor ya que no habían avisado de su llegada a nadie más que a él.

Aunque, tarde o temprano, toda la región se enteraría de que los Marqueses de Bath estaban allí.

Marcus ayudó a su hermano a bajar del carruaje, también a Clemence. Louisa y sus dos hijos se apearon de otro coche, el que iba conducido por Alexandre.

Solo los Lambert tenían permitido llevar o traer a la familia dada su excelente forma de conducir a los caballos.

—Tidian, después de la cena quiero ir a visitar al Dr. Edwards a Bath, así que ten preparada una calesa —ordenó Marcus al padre de Alexandre sin que se enterara nadie más.

—Por supuesto, Lord Vane —respondió el aludido.

Tras ello ayudó a su hermano, junto con el nuevo mayordomo: Richard, a llevarlo hasta la primera planta, donde estaba ubicada la estancia principal.

—Puedo desvestirme solo —alegó Henry—. Podéis iros, estoy agotado —gruñó mientras se despojaba de sus vestiduras.

—Sí, señor —contestó Richard haciendo una profunda reverencia antes de salir por la puerta.

El fuego de la chimenea crepitó, dotando a la estancia de una agradable luz y una calidez acogedoras. Henry se deslizó entre las sábanas por las que Richard había pasado un calentador de camas.

—¿Por qué sigues aquí? Quiero estar solo, me siento cansado y enfermo —alegó el marqués al constatar que Marcus no se había movido.

—¿Cuál es la razón de que estés tan molesto?

—No es agradable viajar durante horas con una esposa que no te mira a la cara porque estás tan horrible que se avergüenza.

Su hermano suspiró.

—Deberías olvidarte ya de ella. No te quiere, ni te ha querido, ni te querrá jamás.

Su hermano se dio la vuelta para no verlo, finalizando de ese modo la conversación.

Marcus salió de la alcoba, bajó al salón de cenas y se encontró con todos allí, incluido Puppy, que trotó hacia él con dificultad. Le acarició la pequeña cabeza y se llevó unos cuantos lametones de regalo.

—¡Marcus! —lo llamó su hermano pequeño—. Vamos a cenar, ¡me muero de hambre!

—Ya estoy aquí, Percy, no te preocupes.

—Esta casa es muy pequeña. La recordaba más grande. *Longleat* es infinitamente superior —comentó Louisa, altiva como ella era—. Yo la vendería.

—Si vendemos esta casa, algo innecesario, el rumor de que tenemos problemas económicos se extendería como la peste —alegó Marcus, molesto—. De hecho… ¿Y si tú y Frances os quedáis todo el año aquí? Así mi hermana podría ir a los bailes y conocer a muchos pretendientes —comentó con sarcasmo—. Una buena fortuna siempre ensalza la falta de belleza.

—Oh, Marcus, no seas tan cruel conmigo —musitó ella con timidez.

Todos se quedaron callados, incluso Percy. Quería mucho a su hermana mayor, pero no entendía de bailes ni de casamientos, mucho menos de damas. A él le gustaban los perros y los caballos porque eran mucho más divertidos que las niñas.

—Me retiro —dijo el hombre tras terminar su sopa—. Estoy cansado. Qué pasen una buena velada, señoras. Percy, te dejo al cargo. —Le dio un toque en el hombro y le regaló una sonrisa.

—¡De acuerdo!

Luego se fue a su habitación, se aseó, cambió de ropa, perfumó y bajó de nuevo con la intención de subirse a esa calesa que lo llevase hasta Joseph. Ardía en deseos de pasar la noche con él.

Tidian lo estaba esperando ya preparado, así que partieron de inmediato. No hablaron ya que el hombre estaba acostumbrado a las salidas nocturnas del señor, y también sabía lo que hacía en ellas: repugnantes prácticas de sodomía. Pero el dinero le cerraba la boca y él lo gastaba en el juego.

Alexandre, que había visto a su padre preparar la calesa, supo muy bien a dónde iban en cuanto observó a Marcus subirse. Así que cogió a su caballo al cargo, Zeus, y los siguió con cautela hasta la casa del doctor.

Lo había meditado mucho y no estaba dispuesto a que Marcus dañara a un buen hombre. No solo se vengaría de las vejaciones, sino también salvaría, de la peor calaña del mundo, a un inocente. Aunque eso se volviera en su contra tarde o temprano.



10



Lo que menos se esperó aquella noche el buen doctor fue encontrarse cara a cara con Marcus esperándolo pacientemente en la puerta de su casa.

El rubio se quedó parado frente a él, a pocos pies, y Marcus le sonrió de oreja a oreja.

Salvó la distancia que los separaba para ponerse a su lado, nervioso.

—No esperaba que viniera, Lord Marcus.

—¿De veras? ¿Ni lo imaginaste?

—No —respondió con sinceridad.

—¿Llegó mi carta?

—Esta misma mañana… —Se quedó callado cuando Marcus lo tomó de la mano aprovechando que la calle estaba desierta y todo el mundo descansaba en sus casas, cenando o preparados para irse a dormir. Sin embargo, Joseph rompió el contacto.

—Aquí no, se lo ruego.

—¿Puedo pasar?

Joseph tragó saliva, pero asintió con la cabeza mientras abría la puerta de la consulta para poder dejar sus cosas. Marcus se coló tras él y le rodeó la cintura con los brazos, hundiendo la nariz fría en el pelo del médico. Este se quedó quieto con el corazón latiendo con intensidad.

—Te he echado muchísimo de menos, no he podido dejar de pensar en ti, en nosotros. Necesito saber si tengo esperanza. Joseph, te lo ruego, termina con esta agonía...

—Lord Marcus, necesito ir poco a poco… —musitó dándose la vuelta para mirarlo a los ojos—. Llevo muchos años solo y me aterra que nos descubran.

—Eso nunca sucederá. —Marcus susurró tomándolo por el rostro con cuidado y acariciando sus labios con los dedos—. No lo permitiría. Puedes

confiar en mí.

—Aun así… —dudó porque en su mente seguía el recuerdo de Alexandre, con el que sabía que no tenía ninguna posibilidad.

—¿Te agrado, Joseph? Porque si no es así te dejaré tranquilo por mucho que me duela. Si, por el contrario, sientes algo hacia mí solo te pido una oportunidad, nada más...

Marcus apoyó la frente en la de Joseph y suspiró deseando atrapar aquellos labios con los que tantos sueños húmedos había tenido. De haber podido, le habría hecho suyo en la consulta, sobre cualquier mueble a su alcance.

El doctor tomó una decisión, probablemente una errónea, pero necesitaba cariño y dejar atrás muchas cosas. Se sintió, de alguna forma, bien sujeto por Marcus, en tierra firme. Atrapó sus labios con dulzura al principio, hasta que el lord lo abrazó contra sí y profundizó en aquel ósculo durante largo rato.

Joseph le rodeó el cuello con los brazos y Marcus lo alzó en volandas para subirlo a la mesa de la consulta.

—E-espere, aquí no, ahora no… Llevo demasiado años sin yacer con un hombre. —Le paró los pies al lord.

—No hace falta que lleguemos hasta el final, sé hacer más cosas —dijo juguetón apretándole el muslo derecho con su mano fuerte, cerca del ingle.

—Lo imagino. —Joseph se rio por lo bajo para luego gemir al notar aquella mano tomar su entrepierna y frotarla.

Dejó que Marcus se arrodillara ante él y desabotonara su pantalón para que pudiera llegar a donde este quería. Sujetó sus cabellos oscuros con ambas manos cuando llegaron al punto de no retorno.

Joseph cerró los ojos y se le vinieron a la mente los iris verdes de Alexandre, también su boca sensual. Aunque se sintió mal por ello, ya no pudo más y permitió que el lord continuara.

—Eres perfecto en todo —susurró Marcus al ver la tremenda erección que tenía entre las manos. Se dispuso a tomarla con su boca, anhelante, cuando se escuchó resonar la campanilla de la consulta.

El médico pegó un brinco y Marcus lo tuvo que sujetar para que no se cayese de la mesa. Nervioso por la situación, Joseph se recolocó su intimidad y volvió a ponerse bien la ropa.

Fue hacia la puerta y la abrió un poco. En el exterior no había nadie, solo oscuridad y algo de luz que las farolas de gas proyectaban sobre las aceras. Se quedó perplejo. La suave y fresca brisa de la noche le hizo darse cuenta de cómo había perdido la noción de lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Se giró hacia Marcus, que le observó con aire interrogante. Luego cerró la puerta y tomó aire.

—Es mejor que vuelva a casa, Lord Marcus. No es el momento ni el lugar para hacer esto.

Este no se lo tomó nada bien dadas las ganas que tenía de retozar con él durante toda la noche.

—¿Quién es? —inquirió con voz seca.

—Nadie. Habrá sido el viento el que ha movido la campanilla.

—¿Entonces no vamos a ir a tu alcoba?

—¡No!

El lord tomó aire intentando retener la cólera. Que lo despacharan así no le había sucedido en toda su vida.

Al notar el descontento en las facciones de Marcus, Joseph lo tomó de las solapas del abrigo y le dio un beso para apaciguarlo. El moreno quedó desarmado de inmediato.

—No es el momento —se reiteró.

—¿Y cuándo? Porque me has hechizado por completo.

—¿De verdad le intereso, Lord Marcus?

—¿No es evidente? A cualquier otro ya lo habría mandado al infierno por dejarme a medias —puntualizó un poco más apaciguado.

—Entonces deme un poco de tiempo para que pueda asimilar esta situación. Permita que nos conozcamos mejor el uno al otro antes de acabar en la cama. Soy muy clásico, me temo, y tan solo he tenido a mi lado a un hombre, al que fui fiel hasta el día de su muerte.

—Lo comprendo. El ansia me nubla el buen juicio y no estoy acostumbrado a esperar. Pero por ti lo haré.

—Yo seré el que tome la iniciativa, ¿de acuerdo? —Joseph le acarició la ancha mandíbula rasurada. Después lo besó varias veces.

Para Marcus aquel hombre era su debilidad.

—Cuando estemos solos deja de tratarme de usted, te lo ruego. Creo que eso podrás hacerlo.

Joseph se echó a reír, apoyado en su ancho pecho.

—De acuerdo, Marcus —accedió.

—Mañana vendrá el Sr. Lambert a buscarte sobre las nueve, tras el desayuno. Mi hermano está mejor, pero muy agotado por el viaje.

Al escuchar el apellido de Alexandre, Joseph se sintió nervioso y culpable por haber pensado en el joven mientras Marcus había estado a punto de hacerle gozar.

—Estaré preparado —le aseguró.

Marcus atrapó los labios del médico una última vez y se fue dejando solo al galeno, que se sentó de nuevo en la mesa pensando en si había tomado la decisión correcta dándole pie a comenzar una relación clandestina.

oOo

Alexandre, escondido en un oscuro callejón desde el que podía observar la consulta del doctor, había corrido a guarecerse tras tocar la campanilla con energía.

Cuando vio al doctor asomarse por la puerta y mirar a sendos lados, confuso, se tranquilizó un poco. Al rato salió Marcus de camino a la calesa. Cuando esta pasó por delante de él, perdiéndose en la lejanía y las brumas de la noche, el joven suspiró tranquilo.

Anduvo sigiloso hasta la consulta y retuvo el impulso de volver a tocar la campanilla para poder hablar con Joseph. No obstante, le pudo la vergüenza. Al menos había evitado que Marcus le hiciera algo inapropiado al doctor.

oOo

A la mañana siguiente, Joseph esperó puntual en la puerta de su clínica. Se sintió nervioso por la posibilidad de encontrarse con Alexandre. Empero no fue este quien apareció, sino Lambert padre. El médico no supo si sentirse decepcionado o suspirar tranquilo.

—Buenos días, Dr. Edwards —lo saludó el hombre, de mirada hosca, levantando su sombrero en un gesto rápido.

—Buenos días, Sr. Lambert —Joseph se subió a la calesa.

Beth y la Sra. Smith salieron de la consulta para despedirse del buen hombre.

—Volveré tarde. Cualquier urgencia grave hacédmela llegar con un mensajero, por favor. Beth —se dirigió expresamente hacia ella—, te he

dejado algunas visitas agendadas: damas que necesitaban su medicación.

—No te inquietes, yo las atenderé. Aunque se sentirán muy decepcionadas de que no sea el apuesto doctor quien las reciba —se mofó.

—¡Pobres damas! —siguió la Sra. Smith con el pitorreo.

—Lo qué he de soportar… —Suspiró el pobre hombre—. ¡Hasta mañana! —se despidió cuando el cochero azuzó al cuadrúpedo y se pusieron en marcha de camino a las afueras de Bath.

Como a Joseph le molestaba no ser cercano con las personas que se dedicaban al servicio, se sentó al lado de Tidian, que lo miró casi asustado.

—¿Me permite acompañarlo?

—Faltaría más… —qué otra cosa podía decirle aunque aquello incomodara al cochero.

—Tiene un hijo muy talentoso —le hizo saber a Tidian.

Este lo miró estupefacto.

—¿A qué se refiere?

—A que se le da muy bien tocar el piano. Tengo uno en mi casa y le permití practicar un poco.

—Mi esposa era la que le proporcionaba una educación —gruñó—. Cuando ella murió, yo reconduje a Alexandre hacia su verdadero lugar en el mundo, que es ser un sirviente.

—Ambas cosas no están reñidas —objetó Joseph.

—Nunca dejará de ser un simple esclavo de los ricos, solo que con una paga.

Joseph se quedó perplejo al escucharle hablar así de su propio hijo.

—¿Dónde nació usted? —indagó con curiosidad.

—En Jamaica. Soy el hijo de una esclava y un capataz. Uno de los Vane me trajo con él.

Por la avanzada edad de Tidian, aquello aconteció muchas décadas atrás.

—Entonces lleva toda la vida trabajando para los distintos marqueses… —dedujo el médico.

—Así es. El tercer marqués me acogió y me casé con la dama de compañía de la marquesa. Tuvimos cuatro hijos, pero solo sobrevivió Alexandre. Por eso estaba tan mimado por su madre, pero yo sé lo que es la esclavitud y el lugar que ocupamos los de nuestra raza. Por eso mi hijo no tiene que entrar en su casa a tocar el piano —concluyó aguantando la ira que le carcomía el alma.

Joseph estaba realmente estupefacto. Tidian Lambert era más intolerante que los blancos. Entendió entonces el carácter de Alexandre y esa forma de hacerse de menos o de comportarse como un amargado.

—Eso lo decidiré yo, Sr. Lambert —respondió el médico con dureza, algo raro en él—, ya que es mi casa y mi piano.

—Como quiera, pero Alexandre no lo hará si sabe lo que le conviene.

Ofuscado por aquella conversación tan esclarecedora, el galeno volvió a su sitio en la calesa y se cruzó de brazos.

Tidian Lambert no le gustó un pelo. Su teoría de que las marcas de Alexandre se las podía haber hecho su padre cogió fuerza.

oOo

Henry dejó que el doctor lo auscultara. Confiaba plenamente en su criterio ya que siempre había sido sincero con él sin importarle que fuese un maldito marqués.

En un entorno en el que las apariencias, los títulos y el dinero lo eran todo, se agradecía la pureza de corazón de un caballero que no buscaba adular, solo sanar a su paciente.

—Ya no tiene la piel tan cetrina ni escamada. Me alegra que haya cogido peso y no evacue tan a menudo. Es una buena señal. ¿Ve como no le están envenenando?

—Deje que lo sospeche todavía. —Sonrió para sí—. Antes de venir dejé todos mis asuntos arreglados por si acaso. A Marcus no le hizo ninguna gracia ya que no quiere el marquesado. Pero ha llegado la hora de que siente cabeza, se case y tenga un hijo que herede todo, algo de lo que yo no he sido capaz.

Joseph tragó saliva con angustia.

¿Marcus casado? Si eso sucedía no podrían estar juntos, no querría ser solo un amante. El asunto no le hizo ni una pizca de gracia al médico, que frunció el ceño.

El lord se había callado algo sumamente importante. Aunque decidió darle el beneficio de la duda y la oportunidad de explicarse.

—Su hermano me dijo que Lady Clemence no le había dado hijos.

—No es culpa suya, sino mía —se sinceró.

—¿Por qué cree eso?

Henry dudó antes de confesar algo tan íntimo.

—Soy incapaz de mantener relaciones normales con mi esposa. Hace ya años que no me atrevo a tocarla… No… —carraspeó avergonzado— funciono como debería…

—Entiendo que no es capaz de terminar el acto. —Henry asintió con la cabeza—. ¿Ama a su esposa?

—Sí —admitió—. Nos casamos por conveniencia, destinados desde la cuna. Pero me enamoré de ella nada más conocerla.

—¿Y ella le corresponde?

—No es algo de lo que podamos hablar abiertamente, pues es bastante reservada. Y ahora míreme, no soy ni la sombra del hombre que fui. Ni siquiera me mira, así que debo repugnarle bastante.

—Entiendo… —Joseph se encontró allí a un hombre muy desdichado—. Lo primero es hallar una cura para su dolencia, lo demás lo trataremos después. Y no se avergüence. A veces es la falta de comunicación en una pareja es lo que provoca que el problema se agrave.

—Ojalá hubiera podido cumplir las suficientes veces para dejarla encinta. Ahora al menos tendría un hijo al que dedicarse. Lo único que deseo es que sea feliz. Puede que morirme fuese la solución, así se podría casar de nuevo y ser madre.

—No diga eso, marqués…

Los interrumpió Marcus tras llamar a la puerta. Entre sus piernas se coló un perrillo viejo de color negro que fue corriendo a subirse a la cama de Henry. Este lo estrechó con cariño.

—Puppy, cuánto te echaba de menos, rufián. —El can lamió las manos de Henry con gran énfasis, aullando.

—Buenos días, Dr. Edwards —saludó Marcus.

—Buenos días, Lord Vane —replicó Joseph.

Entre ellos hubo una mira cómplice.

—Henry, Percy me ha preguntado si puede verte. Está esperando fuera —comentó el lord.

—Claro, dile que pase.

El niño entró como un vendaval al escuchar a su hermano mayor y se sentó a su vera, dándole un fuerte abrazo.

—¡Te echaba de menos, Henry! —exclamó el pequeño—. Madre no me dejaba verte. Decía que eras contagioso.

—No lo es, Lord Percy —le aseguró el médico.

—¡Qué bien! —exclamó con excitación.

Marcus y Joseph salieron de la estancia dejando a los dos hermanos hablar de cosas que Percy quería contarle.

—¿Cómo encuentras de salud a mi Henry? —susurró Marcus llevando a su compañero a la habitación contigua. Cerró la puerta tras de sí para evitar miradas indiscretas.

—Mucho mejor, sin duda. No es que esté sano como una manzana, pero desde luego la medicación le ha hecho efecto. Aunque ha habido algo que no le he preguntado, porque necesitaba escuchar una opinión imparcial. ¿Cómo lleva las tomas del láudano?

Marcus torció el gesto.

—Una noche se puso muy arisco y nos exigió que le diéramos más. Gritó como un loco.

—Le ha creado dependencia… —meditó—. Y eso no es bueno.

—Si te quedaras aquí por las noches… podrías controlarlo mejor —sugirió con intenciones de lo más bellacas.

—¿Te crees que soy estúpido, Marcus?

—Dios me salve —respondió con una seductora sonrisa en los labios.

—No puedo desatender a mis pacientes habituales. Vendré todo lo posible, pero no esperes que me quede perenne en la casa.

—Qué pena… —Puso cara de cachorrito—. Verte es toda una delicia para mis ojos. Eres… —Levantó la mano y le acarició la masculina curva del rostro—, el hombre más hermoso que he conocido.

Joseph no pudo evitar sonrojarse como un jovencito. Recibió un beso en la boca y un pequeño mordisco en el labio inferior.

—Marcus… —susurró con voz ronca—, ¿no tienes nada que contarme?

—¿A qué te refieres?

—Tu hermano me ha hablado de una esposa y unos hijos.

Su interlocutor se puso lívido.

—Quiere que vaya buscando una dama que me dé hijos —confesó muy molesto—. Evidentemente no es un asunto de mi agrado. Y, además, él conoce mis gustos, así que pretende que me sacrifique por un título que ni siquiera deseo heredar.

—¿Sabe de tus inclinaciones? —inquirió estupefacto y asustado.

—Claro, no es estúpido. He fingido en muchas ocasiones que me interesaban las damas. Sin embargo, como nunca me he casado, la gente cree que soy un bandido que va de mujer en mujer.

—Creo que sigues siendo un bandido —alegó Joseph, molesto.

—Ey, pero tú me vas a reformar, cariño… —susurró tomándolo de la mano para besarle el dorso.

—Ni se te ocurra contarle a tu hermano nada sobre nosotros.

—Por supuesto que no. Que sepa de mis inclinaciones no quiere decir que las apruebe.

Joseph se quedó más tranquilo.

—Mi familia también conoce las mías, por eso mi padre me desheredó —se sinceró el doctor—. Tuve suerte de que no me denunciara a la autoridades.

—Lo siento muchísimo —se lamentó Marcus—. Ahora entiendo que tengas tanto miedo. Pero ya te lo dije: conmigo jamás tendrás nada que temer. Solo has de permanecer a mi lado y te protegeré.

Marcus abrazó a Joseph con fuerza, intentando que confiara en él y se fuera abriendo. Era la primera vez que se sentía tan dichoso junto a otro caballero. ¿Sería eso lo que llamaban estar enamorado?

Joseph, por el contrario, fue incapaz de sentirse tranquilo del todo. Seguía sin estar convencido de que dejarse llevar fuera lo correcto.

oOo

Alexandre sabía muy bien que su padre había llevado al médico hasta la casa. De hecho, cuando Tidian entró en las caballerizas lo miró con cara de pocos amigos.

—Ese doctor me desagrada —le hizo saber a Alexandre—. Le gusta meterse donde no le llaman.

—¿Existe alguien que no le incomode, padre? —preguntó en tono sardónico mientras cepillaba a Zeus.

—Se cree que es amigo nuestro. Se ha atrevido a sentarse a mi lado en la calesa. Qué desfachatez. —Escupió un esputo sobre el suelo en señal de molestia.

—Él es así, no tiene maldad —lo defendió.

—¡Ah! Ahora sí que te cae en gracia. ¡Claro! Te dejó entrar en su casa y tocar un piano. ¡Él mismo me lo dijo! —Lo acusó con el dedo—. ¡¿Cómo

se te ocurrió?! ¿Es que no sabes dónde está tu sitio? ¿Te lo he de recordar con la fusta? —La alzó ante él pero su hijo la agarró con la mano en señal de resistencia.

—Tenga cuidado, padre, porque las tornas pueden cambiar —lo amenazó. Aquellos ojos verdosos brillaron por la rabia. Ojalá le hubiera podido devolver todos y cada uno de los azotes.

Tidian se apartó con furia.

—No olvides de dónde vienes.

—Del vientre de mi madre —respondió altivo.

—Ni se te ocurra ir a tocar el piano a casa de ese matasanos o saldrás malparado —lo amenazó su padre.

—Hace tiempo que cumplí la mayoría de edad, así que puedo hacer lo que me plazca —adujo.

—¡No me hables en ese tono!

Alexandre se dio la vuelta, ofuscado, y salió de la caballeriza. Un minuto más con Tidian y le hubiera golpeado.

Lo que no esperó fue encontrarse con el Dr. Edwards de camino a la casa. Este estaba saliendo por la puerta del servicio, seguido de Marcus.

Verlos a ambos le impactó. Fue como materializar su peor pesadilla.

—¡Sr. Lambert! —exclamó el médico.

—Buenos días, Dr. Edwards. —Hizo una reverencia en señal de sumo respeto mientras tragaba saliva con dificultad.

La expresión de Joseph cambió al percatarse de que el joven tenía un moretón bajo el ojo, la nariz hinchada y la marca de una herida abierta que ya estaba sanando.

—Lord Vane, me gustaría que fuera el señor Alexandre Lambert quien me llevara y trajera. ¿Sería posible? —demandó sin dudar.

Marcus intentó mantener la sonrisa aunque se lo estuvieran llevando los mismísimos demonios del infierno.

—Lo que usted quiera, doctor. Pero ¿por qué?

—Porque me siento más tranquilo.

—¿No le satisface la conducción de Tidian? —indagó el lord, aturdido.

Joseph miró a Marcus a los ojos y alzó las cejas intentando darle a entender que no.

Alexandre se quedó callado y a la espera.

—Bien, pues que así sea —tuvo que claudicar el noble.

—Excelente.

La sonrisa encantadora de Joseph hizo sonrojar al joven cochero, que no pudo evitar curvar las comisuras de los labios hacia arriba.

—Ahora que ha visto la despensa y la comida, ¿volvemos dentro? —preguntó Marcus al doctor.

—Por supuesto. Y comeré con el marqués para que se quede tranquilo. Hasta la tarde, Sr. Lambert.

Alexandre hizo otro gesto para despedirse.

Los dos caballeros se dieron la vuelta y anduvieron hacia la entrada principal mientras el cochero los miraba a través de sus rizados cabellos.

Notó cómo Marcus se pegaba al doctor. Conocía muy bien sus gestos y lo que estaba pasando allí. Si no lo había seducido ya faltaría poco para que Joseph cayese en su arteras intenciones.

Se volteó con rabia y entró en la casa a través de las cocinas.

—¡Ey, Alexandre! ¿Y esa cara de malas pulgas? —lo espetó la cocinera —. ¡Así no vas a casarte nunca!

—¿Y quién quiere casarse con alguna tonta? —contestó—. En cuanto pueda me largaré de aquí —siseó con los dientes apretados.

Subió por las escaleras laterales hasta la buhardilla, donde compartía estancia con su padre —vaya broma del destino— y rebuscó en su saco las novelas que le había regalado el doctor. Ya se había leído los dos primeros volúmenes. Era lo único que relajaba sus turbios ánimos.

La historia trataba de una joven de origen humilde llamada Fanny, que había sido auspiciada por una familia pudiente dada a despreciarla tratándola como a una sirvienta. Todos los que tenía alrededor eran unos personajes horribles de carácter, vanidosos, traicioneros y estúpidos. Fanny estaba enamorada de un buen hombre, aunque no parecía ser correspondida ya que los intereses de este iban dirigidos hacia otra dama. Para rematar la historia, la riqueza de aquellos personajes provenía del comercio de esclavos. Alexandre se sentía tremendamente identificado con la protagonista.

Como había dicho el doctor: era una historia romántica, pero también trataba de muchas otras cosas.

Aspiró el olor de las páginas largo rato. Leer, aunque le fuese dificultoso por la falta de práctica, le hizo sentir que podía ser más que un simple cochero.

Guardó de nuevo los libros, para que Tidian no se los tirase, y se quedó mirando las vigas del techo. Cerró los ojos, pensó en la mueca genuina del doctor al saludarlo y sonrió de forma instintiva.

Joseph había pedido expresamente que fuese él quien se encargara de ir a buscarlo y devolverlo a su hogar. Tal vez, con mucha fortuna, podría volver a tocar aquel espléndido pianoforte.

11



Joseph se reunió con la marquesa para tomar el té por petición de la misma. Estaba muy interesada en saber, de primera mano y no por boca de Marcus, sobre el estado de su esposo.

Ambos se quedaron a solas en una pequeña salita. La dama de compañía de Clemence les llevó el té y unas pastas recién horneadas.

—Dígame, doctor, ¿hay esperanza? Le ruego que sea absolutamente sincero conmigo. —Quiso saber tras marcharse la sirvienta.

—No puedo asegurarle que viva, marquesa. Por desgracia aún no sé por qué le ha sucedido esto. Él cree, casi a ciencia cierta, que está siendo envenenado.

Ella se llevó una mano al pecho y suspiró.

—Es una locura que me mortifica. ¿Por qué iban a querer hacerle eso? ¿Quién? No doy crédito.

—Puede que sea un ingenuo y que tienda a pensar bien de los demás, pero yo no creo que lo estén envenenando. Además, he rebuscado por las alacenas, probado todo lo que pudiera parecer infecto… No hay nada —sentenció—. Dígame, ¿confía en el personal de las cocinas y en quien lo atiende?

—Absolutamente —afirmó con contundencia—. La mayoría lo conocen desde que nació y el resto lo ha visto crecer o… No deberían tener razones. Henry no es una mala persona, no maltrata a los sirvientes y les paga sus salarios.

—Entiendo… De todos modos, desde que le puse un tratamiento coherente, ha mejorado mucho. ¿Lo ha visitado hoy?

Ella pareció entristecerse.

—Mi esposo y yo estamos muy distanciados —se sinceró con Joseph. Por alguna razón que no atinó a comprender, hablar con el médico le resultó confiable—. No tenemos hijos y eso ha resquebrajado nuestra relación.

Joseph sintió mucha lástima por ellos, ya que conocía las verdaderas razones. No obstante, intentó averiguar si Clemence amaba al marqués.

—Creo que, si usted estuviera dispuesta, hacerle una visita diaria a su marido lo animaría ayudándolo a que se sintiera acompañado.

—¿Usted cree?

—Sí, no tengo la menor duda. —Sonrió de oreja a oreja y luego sorbió el té caliente y mordió una deliciosa pasta—. Mejorar el ánimo de un paciente hace que una salud delicada se fortifique. Lleve un buen libro, léaselo a su esposo…

—¿Puedo ser sincera? —Joseph asintió—. No haberme quedado encinta cuando éramos jóvenes… es algo que nos ha separado. No porque él me haya apartado de su lado, sino porque yo misma me he sentido infértil, baldía, yerma… Inservible. Incluso poco atractiva…

Joseph lo vio cristalino: aquella pareja arrastraba años de nula comunicación.

—¿Usted estima a su esposo?

Ella pegó un brinco y tuvo que dejar la taza sobre una mesita auxiliar. Le temblaron las manos.

—Yo… —susurró ella.

—Perdóneme, he cometido una indiscreción muy grave. Los sentimientos de ambos no son un asunto baladí y no debería haber preguntado sobre algo tan privado.

Lady Clemence no dijo nada, solo tomó de nuevo la taza y bebió de ella poco a poco.

—No se lamente, doctor. Pienso que es usted un buen hombre y que lo único bueno que Marcus ha hecho por Henry es buscarlo para que lo trate. Por eso, ¿puedo darle un consejo?

—Faltaría más.

—Tenga cuidado con mi cuñado. Es como un niño caprichoso en el cuerpo de un adulto. Juega con las personas como si fueran piezas de madera y las maneja a su antojo. Mi deber es advertirlo.

—No entiendo… —Al caballero le invadió el estupor.

—Discúlpeme. —La marquesa se puso en pie—. Creo que es hora de visitar la biblioteca y buscar un buen libro.

Joseph, aún conmocionado por lo que le había dicho sobre Marcus, se puso en pie de inmediato y la dispensó.

Al salir ella de la estancia, el galeno volvió a sentarse. Se quedó mirando las tacitas de té vacías, preocupado.

oOo

Llegado el momento de partir, Joseph esquivó las intenciones que Marcus tenía de quedarse a solas. Seguía pensando en las palabras de la marquesa, las cuales lo pusieron en guardia.

Aunque los cuñados se llevaban muy mal, no creyó que ella le dijera aquello de mala fe.

—Ordené preparar una estancia para ti, por si en alguna ocasión decidías quedarte a pasar la noche… ¿Quieres verla? Está junto a mi alcoba. De hecho son tan contiguas que solo las separa una puerta interior…

Ambos estaban paseando por las inmediaciones, a la espera de que Alexandre apareciera con la calesa.

No se podía negar que Marcus jugaba con fuego, pero como siguiera por ese camino acabaría por salirle el tiro por la culata. A Joseph no le agradaba en absoluto que lo presionaran. Era algo que su padre había hecho años atrás de forma constante.

—Te lo agradezco de corazón, pero esperemos que no haga falta que me quede a dormir, porque eso solo pasaría si tu hermano empeorara. Y supongo que no quieres eso.

Marcus negó con la cabeza y se rindió. Pese a ello se sonrió pues tenía un as bajo la manga. Observó a Joseph de arriba abajo, como si se lo quisiera comer. Este se llegó a sentir incómodo por si alguien se percataba.

—Si quieres… —susurró el lord— retomamos lo de anoche en el mismo lugar y…

—No. —Fue categórico.

Las aletas de la nariz del moreno se ensancharon y resopló como un toro bravo. Marcus estaba perdiendo la paciencia.

—¿Realmente te atraigo? Porque no lo parece —replicó con desasosiego.

—Te he pedido tiempo —siseó el doctor.

Se escuchó el sonido de un caballo trotar cerca de ellos y el de las ruedas sobre el empedrado.

Marcus fue a decir algo, no obstante el doctor se separó de él para encaminarse hacia el carruaje que conducía el joven cochero. Nunca en toda su vida había tenido que rogarle a nadie, pero Joseph no era cualquier hombre.

El rubio se subió a la calesa y acomodó el maletín en cuanto Alexandre detuvo el coche frente a ellos.

Este llevaba su uniforme oscuro como de costumbre y ni una sola palabra salió de sus labios. Simplemente esperó órdenes de Marcus, al que miró de reojo. Sintió náuseas y dolor al recordar cómo le había partido la nariz. No quiso ni imaginar que le hiciera algo similar al doctor si no conseguía lo que quería.

A él le podía pegar, forzar físicamente, tratar con desprecio, pero no a Joseph Edwards.

Unos días atrás lo había visto como un enemigo, como alguien condescendiente por creerse superior. Sin embargo, el doctor no era ese tipo de persona.

—Alexandre, mañana lo recoges a las nueve de la… —comenzó a ordenar Marcus.

—Mañana no me es posible visitar al marqués —lo cortó Joseph con una sonrisa afable—. Tengo otros pacientes que necesitan de mí. Solo vendría si fuese grave, y algo me dice que el marqués estará bien acompañado estos días…

Marcus se mordió la lengua y forzó la sonrisa aceptando su derrota.

—Bien, ¿y cuándo cree conveniente volver?

—Pasado mañana tras la hora del té.

—Alexandre, ya has escuchado al doctor —gruñó el lord.

—Sí, señor.

Joseph levantó una mano en señal de despedida cuando el joven espoleó a su caballo Zeus.

Marcus le devolvió el gesto.

El corpulento lord observó la calesa hasta que esta desapareció de su vista. Se dio la vuelta, pateó unas malas hierbas y blasfemó.

Tenía que buscar otras formas de pasar tiempo con el doctor fuera de aquella horrible casa de campo.

oOo

En cuanto dejaron atrás la propiedad, Joseph se sentó junto a Alexandre. Este no pudo retener la sonrisa que se formó en una de sus comisuras y esto no pasó desapercibido para Joseph, que también sonrió.

—Gracias por poner nervioso a mi padre —dijo el chico en un tono algo guasón que sorprendió al médico.

—Pero si el Sr. Lambert tiene cierto sentido del humor. Quién lo diría.

—No se lo diga a nadie, tengo una reputación que mantener.

—Está bien. Pero con una condición: quiero saber qué le ha pasado en la cara. ¿Tiene la nariz rota?

El semblante de Alexandre cambió de inmediato, ensombreciéndose. Cómo no iba a preguntárselo siendo médico.

—Al volver a *Longleat* tuve un percance con el caballo, me empujó asustado cuando lo estaba acomodando en su cuadra.

Joseph supo que aquello era una falacia tremenda. Sabía distinguir estupendamente entre un golpe casual y un puñetazo. Ya había tratado a varios hombres de los bajos fondos que se habían destrozado los rostros a guantazo limpio.

—En la consulta lo revisaré.

—He de volver a… —Entró en pánico.

—No se admiten excusas.

Joseph dio por hecho que el artífice de aquella mezquindad había sido Lambert padre, lo cual aumentó su incipiente inquina hacia él.

—De acuerdo —claudicó el joven. Le ilusionó tener la oportunidad de ver el pianoforte una vez más—. ¿Por qué ha pedido que lo lleve yo? —se atrevió a indagar con el corazón en un puño.

—Porque ya le conozco y nos llevamos bien, somos amigos. Con usted puedo charlar con franqueza. Por cierto, ¿ha podido leer *Mansfield Park*?

—Los dos primeros volúmenes. La verdad es que me ha sorprendido la historia, no la esperaba así y estoy deseando terminarla. Fanny Price se merece ser feliz.

—¡Me alegro! Cuando la termine podremos comentarla. ¿Qué le parece la idea?

—Como guste.

—No, Sr. Lambert, solo si le apetece a usted.

Hubo un silencio ya que Alexandre no fue capaz de dar una respuesta.

—El que calla, otorga. Así que interpreto la falta de palabras como un sí, aunque le dé vergüenza admitirlo.

Alexandre volvió a sonreír de forma instintiva.

El doctor podía ser divertido y la incomodidad inicial se fue transformando en algo cálido.

Sus brazos se tocaron al estar ambos sentados tan cerca, debido al bamboleo de la calesa, pero ninguno se apartó.

El resto del viaje no conversaron demasiado, solo se acompañaron por los caminos que llevaban a la ciudad balneario.

Alexandre se sintió extrañamente tranquilo en compañía de aquel caballero, como si a su lado no tuviera nada que temer, sino todo lo contrario.

Joseph, por su parte, le dio vueltas a las palabras de la marquesa y a la insistencia de Marcus pese a haberle pedido tiempo y paciencia. Algo dentro de él lo angustió…

oOo

El cochero se sentó en una cómoda silla que le indicó Joseph, en el interior de su consulta. Ya casi era de noche, por lo que Beth se había ido a casa.

El galeno tomó algunas cosas para revisar la nariz del joven. Se le había quedado un poco torcida debido al golpe, aunque no demasiado.

—Avíseme si le duele cuando la palpe —demandó el médico al tomarlo por la barbilla y alzarle el mentón para que echase la cabeza hacia atrás.

—De acuerdo… —Alexandre tuvo que templar la voz, porque el contacto le produjo un escalofrío.

El rubio, con sumo cuidado, sujetó aquella nariz hinchada y la presionó. Alexandre hizo un breve gesto de molestia y cerró los ojos.

Durante esos instantes, Joseph se permitió el lujo de observar las hermosas facciones del joven: su piel pecosa, las largas pestañas, las cejas espesas, los labios sensuales… No pudo evitar fijarse en ellos y reprimir un suspiro.

Se apartó al ponerse nervioso.

—No parece totalmente fracturada. Me temo que no puedo hacer mucho tras haber pasado tantos días. Al menos le daré unas hierbas que tendrá que

tomar en infusión. Por lo demás, la herida está cerrada y solo queda que se caiga la costra. La próxima vez esté más alerta.

Se fue a la habitación de al lado para extraer hinojo de un bote y depositarlo en una cajita de madera.

Alexandre se quedó sentado, con los ojos entreabiertos y un cosquilleo en la piel del rostro. Su epidermis recordó el tacto suave de los dedos del doctor, tan delicado y cuidadoso. Solo su madre lo había acariciado de ese modo. Pero lo sintió de una manera distinta al cariño materno.

—Ha de hervir la infusión con abundante agua. Eso ayudará a que la inflamación baje y al menos deje de dolerle tanto. El hueso de la nariz sanará por sí mismo en unas pocas semanas.

—Se lo agradezco mucho.

—No hay de qué, siempre es un placer. ¿Le apetece tocar el piano?

—Me temo que… no puedo… —respondió con un deje de tristeza en la voz.

El joven no quiso marcharse. Sin embargo, si no se iba, Marcus le propinaría una buena paliza, así que tuvo que decidir.

Sintió unos roces en las piernas y vio a Hipócrates frotarse en ellas. Le dio unas palmaditas en el lomo y el gato levantó el trasero como un sinvergüenza. Luego parló contento.

—Le ha cogido mucho cariño, le encanta verlo aquí. Cualquier día le traerá algún ratoncito muerto, o un pájaro masticado en señal de aprecio. Espero que no le tenga miedo a los bichos, porque también pretende alimentarnos con ellos.

—¿En serio? —indagó el joven.

—Oh, sí, creo que piensa que somos tan estúpidos que no sabemos cazar. —Joseph alzó a su gato en brazos y lo besó en la cabeza, muerto de la risa.

El cochero se derritió allí mismo al ser parte de la intimidad del doctor. Ojalá pudiera quedarse toda la tarde, toda la noche…

Aquel pensamiento le hizo pegar un buen brinco. Carraspeó y se enfundó de nuevo en su abrigo oscuro.

—He de partir. Lo recogeré pasado mañana, Dr. Edwards —se excusó.

—Llámeme Joseph. ¿Puedo dirigirme a usted como Alexandre?

—Sí, pero nunca delante de Lord Vane. Es muy estricto a la hora de dividir al personal del resto de clases sociales.

—De acuerdo, no te preocupes, lo tendré en cuenta. —Lo tuteó acercándose a él.

El gato echó la cabeza hacia atrás, como esperando algún tipo de arrumaco por parte del chico. Este le rascó bajo la barbilla y el minino se puso a ronronear muy fuerte.

—A Zeus también le encanta que le rasque.

—¿Zeus es tu caballo?

—No me pertenece, pero sí… Lo quiero con locura. —Una expresión dulce cambió el rostro de Alexandre y a Joseph le pareció muy hermoso.

Sus ojos volvieron a encontrarse durante un par de segundos, pero el cochero apartó la mirada.

—Vete ya, no te demores. Nos vemos pasado mañana. Te estaré esperando… —musitó con un deje de anhelo imposible de disimular.

El joven asintió y se fue.

Joseph se sentó en la silla de la consulta, con Hipócrates en su regazo, y algo por dentro lo angustió: le había dado pie a Marcus, permitiendo que se acercarse, que lo tocara, besara y casi le hiciese gozar.

Debería estar emocionado ante la perspectiva de comenzar una relación, por ilícita que esta fuese, con un caballero atractivo y que se esforzaba en colmarlo de atenciones.

Pero le incomodaba la insistencia, la forma en la que el lord se empeñaba en, para qué negar la evidencia, llevarlo al lecho.

Y aunque tenía sus necesidades, entregarse sin más a la lujuria no era algo que a él le gustara. No había sido así con Oscar y no lo sería con Marcus.

No supo muy bien cómo proceder. Si Marcus aguantaba sus reticencias, le daría una oportunidad de verdad…

Pero mientras estaba pensando en eso le vino a la memoria el tacto de la piel del rostro de Alexandre, sus pupilas verdes y su boca.

Suspiró confuso. El chico también le causaba atracción. No obstante, entre ellos nunca habría nada ya que el joven no era como él.

—¿Qué hago, Hipócrates?

Este solo ronroneó entre sus brazos y frotó la cabeza por su ropa, llenándola de pelos.

oOo

Mientras Alexandre volvía a la casa, el sol se fue poniendo, dotando a la campiña de una belleza bucólica. Contempló el cielo de colores como un momento íntimo e imaginó vivirlo con Joseph.

El tipo de hombre que jamás creyó que le podría gustar, que representaba su antítesis: de cabellos de un castaño muy claro, casi dorado, de ojos azules, tan amable que podía llegar a ser irritante…

Se llevó la mano a la barbilla, donde él había posado sus dedos.

Alexandre sonrió para sí, suspiró e imaginó que esas manos dulces bajaban por su cuello, que los labios rosados que él tenía se acercaban a los suyos y le regalaban un beso.

Nunca pasaría nada de aquello, imaginarlo solo le causaría un dolor irremediable. Pero tenía que impedir que Marcus hiciera daño a Joseph, aunque aún no supiera cómo.

Tuvo que recomponerse en cuanto vio la casa de campo al fondo. La realidad le golpeó con fuerza. Solo rezó para que Marcus no lo estuviera esperando y le propinara otro guantazo.

Afortunadamente aquello no pasó y tampoco lo molestó su padre.

Dejó a Zeus tranquilo en la cuadra y volvió a su habitación.

Allí continuó leyendo la historia de Fanny Price hasta que escuchó a su padre acercarse por el pasillo.

Guardó el volumen bajo la almohada, apagó la vela y se hizo el dormido.

De nuevo recordó a Joseph, volvió a sonreír y deseó que el tiempo pasara rápido para poder ir a buscarlo.

«Me gusta», pensó con desdicha. «Me gusta…».

Después el sueño lo engulló.

12



Los días de julio fueron pasando demasiado despacio para el doctor, que terminó agotado de tanto trabajar. Las jornadas que no visitaba al marqués las dedicaba a sus pacientes habituales. En los meses de verano la gente acudía mucho a Bath para tomar las aguas, buscando también unas temperaturas cálidas pese a que aquel año hiciese más frío de lo habitual.

Por otro lado, Marcus apenas lo dejaba respirar. Buscaba su compañía una y otra vez o lo iba visitar sin previo aviso.

Aquella misma mañana en vez de llegar solo Alexandre, el lord iba acompañándolo.

Beth silbó al verlo aparecer, para desagrado de Joseph.

—Está prendado de ti —susurró ella aguantando la risa—. No te deja ni a sol ni a sombra.

—Ni una palabra —le pidió él.

Marcus entró en la consulta y saludó a la Sra. Anderson con un gesto de cabeza. Luego se dirigió al objeto de sus anhelos.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Ha sucedido algo para que venga? —Joseph preguntó con extrañeza.

—Nada de particular. Quiero dar un paseo por Bath antes de llevarlo a casa. ¿Me acompaña?

—Por supuesto... —Suspiró agotado. Joseph no tenía fuerzas para nada. Unas profundas ojeras podían apreciarse bajo sus ojos.

Beth pensó en que su buen amigo no parecía igual de encantado con la idea de dar ese paseo. Tenía la teoría, aunque se la había guardado para sí, de que al doctor le gustaba más la compañía de Alexandre.

Cada vez que el joven acudía a buscarlo, Joseph salía con una sonrisa de oreja a oreja, por muy cansado que estuviese. Y cuando volvían, lo instaba a entrar aunque el joven tuviera que declinar siempre la invitación.

Por lo visto se llevaban bien y charlaban de las novelas que Joseph le prestaba al cochero.

Pero cuando Lord Vane aparecía por su cuenta, como aquella mañana, Joseph suspiraba hastiado.

—Beth, hoy no hay nada en la agenda. Así podrás descansar —le hizo saber Joseph.

—¿Descansar una mujer? Me temo que tengo muchas cosas que hacer en casa, pero al menos podré poner los pies en alto.

El doctor le besó la mano en señal de gratitud y luego acompañó a Marcus al *barouche*, el carruaje de lujo que solía usar el aristócrata en verano.

—Buenos días, Sr. Lambert —saludó al cochero.

Este le hizo un gesto con la cabeza, en silencio. Estaba muy serio, incómodo por la situación de ver a Joseph y Marcus sentarse el uno al lado del otro. Los celos le invadieron y frunció más el ceño.

Se despidieron de ella mientras esta observaba el *barouche* desaparecer en la lejanía de *Gay Street*.

Aquel gesto no pasó desapercibido a la suspicaz Beth.

—Oh… —dijo ella y se llevó la mano a los labios, que se sonrieron—. No solo las damas beben los vientos por ti…, también un par de caballeros.

oOo

Alexandre dirigió el carruaje en dirección al *Sydney Garden*, una extensa zona de recreo de estilo gregoriano. El cochero los dejó a la entrada del parque y los vio alejarse. Tomó la decisión de aparcar el *barouche* en una zona reservada para tal uso, y siguió sus pasos para poder espiarlos.

El lord y Joseph, mientras tanto, pasearon entre los pintorescos jardines hasta sentarse a tomar un almuerzo en uno de los salones de té.

—Las damas no dejan de reírse y mirarnos —apreció Marcus, divertido —. Será porque hacemos buena pareja juntos —musitó antes de sorber el té de su taza.

—Marcus, no seas indiscreto. ¿Y si te escuchara alguien? —apreció con nerviosismo.

—Buscaremos un lugar apartado y tranquilo después. Necesitas un descanso. Tienes cara de no dormir bien. —Se preocupó de veras.

—Porque no paro de trabajar y tengo un límite. Voy a terminar enfermando.

—¿Y si vienes a un picnic este domingo? Percy se empeñó y mi hermano no le puede negar nada. Creo que te iría bien pasar un día relajado. ¿Por qué no te quedas el sábado a dormir?

—Marcus… —le dijo en tono de reproche.

—Te prometo que no traspasaré la puerta que separa las dos estancias… Por mucho que me cueste… —susurró con su expresión de pícaro.

—Lo pensaré.

El lord miró al objeto de sus anhelos con cara de enamorado. Joseph cada día le gustaba más y estaba dispuesto a esperar. No había podido robarle demasiados besos ni abrazos durante las anteriores jornadas, pero tenía un plan para el futuro donde ambos estarían a gusto y, con suerte, conseguiría que se desinhibiese cayendo, por fin, en sus brazos y acabando en su cama para no parar de…

—Marcus, ¿y esa sonrisa? ¿En qué estás pensando?

—No sería decente decirlo en voz alta.

—¡Oh! No tienes remedio. —Aun así fue incapaz de no reírse.

Tras terminar el frugal almuerzo, visitaron el parque con tranquilidad. Los transeúntes los miraron, cuchicheando.

—Creo que te han reconocido —advirtió Joseph.

—Ya saben que estamos en Bath. No hacen más que llegar invitaciones a comidas, cenas, bailes y veladas de todo tipo provenientes de las familias más acomodadas de la ciudad. Me he encargado de rechazarlas todas por el momento. Henry no está en condiciones de socializar y no queremos que chismorreen sobre su precario estado de salud.

—El marqués ha mejorado muchísimo, pero no está fuera de peligro… —concluyó Joseph, preocupado—. En ocasiones me siento inútil…

—¡No! Eso jamás. Recuerda cómo estaba cuando lo conociste… No era él, solo una sombra de lo que fue. Ahora, al menos, puede ponerse en pie, caminar, comer… Y todo gracias a ti.

Marcus tomó a Joseph por un brazo y lo llevó hasta un templete clásico que estaba escondido en una arboleda. Allí, lejos de miradas indiscretas, y solo con el sonido de los pájaros piar o batir sus alas al pasar de rama en rama, el moreno abrazó con fuerza a Joseph, que se puso rígido sin saber qué hacer.

—¿Estás loco?

—Sí… —Marcus lo tomó por la mejilla y apretó los labios contra los suyos en un sentido beso—. Lo que has hecho por mi hermano no hace más que aumentar mi estima hacia ti.

—Marcus… —Joseph fue incapaz de apartarse. Estaba tan agotado anímicamente que le fallaron las pantorrillas y tuvo que agarrarse a la pechera de su chaqueta—. No es el lugar más adecuado para… para…

—¿Para decirte que te amo? Porque te amo, te amo con todo mi ser. No puedo dejar de pensar en ti, día y noche. Cuando estás conmigo quiero besarte, darte cariño… Y cuando no te veo solo puedo echarte de menos. Las noches se me hacen muy largas, quiero yacer contigo… P-pero lo sé, sé que necesitas tiempo, espacio y…

Un indeciso Joseph se sintió culpable por no igualar aquellos sentimientos tan intensos. Oscar seguía perenne en su memoria, aunque subyacía algo más que se negaba a admitir.

—Vamos, n-nos pueden ver. —El médico se apartó con suavidad y bajó del templete seguido de su acompañante.

—Discúlpame, creo que te he abrumado…

El médico se detuvo, de espaldas al lord.

—He de pensar un poco en todo esto…

Marcus le rodeó para mirarlo a la cara. Lo tomó de ambos brazos con fuerza, ofuscado. Le había confesado sus sentimientos más profundos y Joseph no estaba respondiendo como él anhelaba.

—¿Te das cuenta de la infinita paciencia que estoy teniendo? —gruñó.

Joseph se quedó rígido al sentir la fuerza con la que Marcus lo estaba apresando. Su expresión de descontento le hizo sentir muy mal.

Alexandre, que los había espiado desde el inicio, estuvo tentado de ir hasta la pareja y empujar a Marcus para alejarlo de Joseph. No solo le abrumaron sus propios celos, sino también la ira por cómo el aristócrata lo había besado. Aquello lo enojó profundamente. Y que Joseph le permitiera hacerlo le hizo sentir desdicha, pero que Marcus retuviera a este así no pudo tolerarlo.

Lo único que se le ocurrió fue correr por los alrededores del templete, haciendo ruido como si hubiera gente acercándose. Surtió efecto, pues Marcus se apartó de Joseph de inmediato y miró alrededor.

El chico respiró tranquilo por fin y se apresuró a volver a la zona donde estaban los carruajes apostados, a la espera de que la pareja volviese.

Aquello no tardó demasiado en suceder. En la cara de Marcus pudo observar la frustración y en la de Joseph el abatimiento.

—Llévanos a casa —ordenó Marcus en cuanto ambos estuvieron sentados en el carruaje.

Durante el camino de ida, Joseph se mantuvo cabizbajo y en silencio. Asimismo, Marcus tampoco habló y Alexandre se mordió el labio de pura rabia contenida.

oOo

Las damas, junto con Percy, se encontraban tomando una limonada cuando el buen doctor hizo acto de presencia acompañado de Marcus.

Todas lo saludaron desde sus sillas, excepto Lady Clemence que se acercó a él para tenderle la mano y que el galeno la besara.

—Dr. Edwards, gracias por su visita. Mi esposo lo está esperando en la biblioteca. —En su voz se pudo apreciar un deje de alivio y su rostro no estaba tan preocupado como de costumbre.

—Es estupendo saber que ha salido de sus aposentos.

—Así es… Sus consejos fueron excelentes.

Ambos supieron a qué se refería la mujer.

—Señoras… ¿Gozan de buena salud? —preguntó el médico al ver las caras largas de Lady Louisa y su hija Frances, la joven más mustia del condado.

—Oh, sí, solo nos aburrimos profundamente. Marcus no nos permite aceptar ni una sola invitación o aparecer en sociedad —suspiró la antigua marquesa—. Cómo mi hija va a conocer a un buen partido si no sale de esta prisión.

La aludida se sintió incómoda ante aquel comentario, así que se retrajo todavía más.

—¡Oh, Lord Vane! No sea injusto con ellas. —Joseph miró a Marcus, divertido—. Hay muchas cosas que pueden hacer en Bath: pasear, tomar el té, conocer a otras damas, acudir a algún baile, ir a conciertos… No es necesario que el marqués tenga que ir con ellas, puede acompañarlas usted. Aquí se marchitarán de puro tedio.

—B-bueno, es cierto. Pero ¿nos acompañaría si aceptamos las invitaciones, doctor? —Probó suerte el lord.

—Mientras no tenga algún compromiso médico, estaré encantado.

—¿Y yo puedo ir? —indagó Percy que estaba sentado junto a Puppy.

—No, querido, aún eres muy pequeño para ir a bailes —respondió su madre—. Por cierto, Dr. Edwards… Usted que conoce a tantas personas en Bath, ¿sabe de alguna institutriz que pueda hacerse cargo de los estudios de Percy?

—Institutriz no, pero sí conozco a un profesor. El hijo de la Sra. Smith, la mujer que trabaja para mí y se encarga de mi casa.

Al escuchar el vulgar apellido, Lady Louisa arrugó la nariz como si hubiera olido boñiga de vaca. Se llevó el pañuelo a la punta y sorbió un poco.

—¿Y ese… caballero… está disponible?

—Sí, sin duda. Daniel Smith es todo un erudito licenciado en Oxford. Prepara a muchos estudiantes para poder acceder a las mejores universidades del país, así que Percy estaría muy bien instruido.

—¿Te parece bien, Marcus? —preguntó ella al hombre.

—Me fio por completo de las palabras del doctor. Si dice que es bueno para Percy, es que es cierto. —Accedió.

—Oh, pero no tengo ganas de estudiar —se quejó el niño.

—Daniel es muy divertido, le caerá muy bien, Lord Percy. Y a Puppy también. ¿Verdad? —Joseph se acuclilló para acariciar la suave cabecita del perrito, que se revolcó feliz y ladró.

—Entonces de acuerdo —claudicó el niño.

El médico se puso en pie y pidió ir a ver a Lord Henry. Marcus lo acompañó hasta la biblioteca, una muchísimo más modesta que la de *Longleat*, pero no exenta de cientos de volúmenes que llenaban unas estanterías de madera oscura y recia.

Henry estaba sentado frente a la cálida chimenea, leyendo *La Tragedia del rey Lear*, de Shakespeare. Mostraba un aspecto mejorado y ya vestía con ropas adecuadas a su posición. Al ver al doctor no dudó un instante en ponerse en pie para darle la mano.

—Amigo mío, qué gran placer es verle. Por favor, siéntese junto a mí en esta butaca que le tengo reservada.

—El placer es mío por verle tan animado hoy.

Cuando Marcus fue a tomar asiento también, su hermano le hizo un gesto para que se detuviera.

—Marcus, que nos traigan té, por favor. ¿O gusta de algo más fuerte, Dr. Edwards?

—Té estará bien. Quedo agradecido.

Marcus tuvo que claudicar y marcharse. Al dejarlos a solas, el marqués tomó el brazo del médico y se acercó.

—Mi esposa y yo nos vemos todos los días aquí. Y me lee libros —expuso con una expresión dichosa en un rostro que ya no estaba tan demacrado—. ¿Cree que la podría cortejar?

—Marqués, es su mujer, claro que la puede cortejar —respondió divertido.

—Pero se me ha caído el pelo y sigo enfermo…

—Le está creciendo de nuevo. De todas formas, dudo que eso le importe a ella. Si todos los días se ven, eso ya es un gran paso.

—Tiene razón. Estoy más pendiente de mi apariencia que de mi salud. Lo importante es que me siento vigoroso. Por cierto, ¿le ha invitado mi hermano al picnic de Percy? Será el domingo.

—Iré, no se inquiete.

No pudo negarse ante el entusiasmo de un hombre que, tan solo unas semanas atrás, se estaba muriendo en una cama inmunda. En realidad sí que había hecho mucho por él, aunque aún no supiera qué le había pasado y si se recuperaría del todo.

Poco después les llevaron el té y lo tomaron con tranquilidad. Marcus, que había captado la indirecta de su hermano, no volvió a la biblioteca.

—¿Está leyendo a Shakespeare?

—Me pareció una obra apropiada. Lear, un hombre que confía en las personas inadecuadas… En vez de en la que más lo quiere… Hasta que va perdiendo el juicio… A veces creo que yo también lo estaba perdiendo al pensar que alguien deseaba mi muerte.

—Me alegra que los malos pensamientos estén desapareciendo. Cuando nos encontramos mal de salud, es natural que nuestra mente se perturbe. Siempre he creído que ambas cosas están unidas.

El marqués lo miró con detenimiento.

—Ahora es usted el que no tiene buena cara. —Apreció.

—Trabajo en exceso, me temo. Mi amor por la medicina y mi profesión puede llegar a ser enfermizo.

—Necesita casarse, doctor. Que una mujer cuide de usted. Seguro que tiene muchas damas esperando ya que es un caballero apuesto.

Este lo miró con los ojos muy abiertos y luego sonrió con tristeza.

—No tengo tiempo de cortejar a las señoritas —se excusó.

Si Henry supiera que su hermano y él habían comenzado una especie de idilio, estaba seguro de que el desastre sería terrible.

—Llegará la mujer adecuada que le haga cambiar de opinión, estoy seguro. Alguien tan bondadoso como usted estoy seguro de que se merece ser muy feliz.

—Es un romántico, marqués. Póngalo en práctica con Lady Clemence, cortéjela sin miedo.

—Le encanta leer, pero me temo que en esta biblioteca no hay historias actuales que le puedan interesar. Lee más por mí y mis gustos que por ella misma. Querría compartir también lo que le interese.

—Le traeré una colección de libros de una autora que me agrada mucho. No se ría, pero soy un gran entusiasta de la literatura de corte romántico.

El marqués no pudo evitar carcajearse, pero le pidió que le consiguiera esa colección para poder regalársela a Clemence.

Tras aquella charla, Joseph auscultó a Henry para comprobar que todas sus heridas por culpa de las sangrías habían cicatrizado, que las mucosas habían dejado de estar amarillas, lo que quería decir que el hígado estaba mucho mejor, y que ya no se encontraba en los huesos.

—Nos vemos el domingo, doctor. No le falle a Percy, le hace una gran ilusión ir de picnic.

—Estaré presente, no lo dude.

Al salir de la biblioteca, Marcus lo estaba esperando con paciencia y una sonrisa.

—¿Cómo lo ves?

—Muchísimo mejor —admitió—. Creo que está en condiciones de ir a tomar las aguas a Bath.

—Pero la gente lo verá —contestó Marcus muy preocupado.

—¿Son más importantes las habladurías que su salud? —indicó con el ceño fruncido—. Estar enfermo no es algo de lo que avergonzarse.

—Tienes razón —admitió al ponerse en pie y acercarse al médico hasta casi pegarse a él.

Este reculó asustado.

—Aquí ni se te ocurra —siseó—. Creo que hoy ya nos hemos expuesto demasiado en el parque.

Marcus expulsó aire por la nariz de forma sonora, aunque admitió que tenía razón.

—Lo lamento. Yo… Quería proponerte algo para que podamos estar juntos sin que nadie nos importune —susurró—. Dar un paseo a caballo este domingo, durante el picnic, con la excusa de enseñarte las tierras.

Joseph dudó un instante, pero terminó aceptando con un gesto de cabeza.

—He de irme, me encuentro agotado. —Suspiró con un deje de malestar en el estómago—. Necesito tomarme la tarde libre y dedicarla a mi huerto.

—Tienes un extraño pasatiempo.

—¿Plantar patatas? Es mi pasión, no te burles.

Marcus se carcajeó mientras acompañaba a Joseph hasta la zona de las caballerizas.

Allí se encontraron tanto con Tidian como con el hijo de este. Ambos estaban limpiando a los caballos y a las yeguas.

—¡Alexandre! —lo reclamó Marcus—. ¡Lleva al doctor a su casa!

—Sí, señor.

Tidian los miró desde la distancia con su cara de desprecio habitual.

—No soporto a ese hombre —gruñó Marcus—, pero mi padre nos hizo prometer que lo conservaríamos en la familia. Hasta lo casó con la dama de compañía de mi madre… Pobre mujer.

—Murió cuando el joven Lambert era un niño, ¿cierto? ¿Se puso enferma?

—Ese bruto de Tidian la mató de un golpe.

Joseph se quedó estupefacto ya que Alexandre no le había dicho nada. Aquello hizo que su inquina hacia Tidian aumentase.

—P-pero… ¿cómo que la mató de un golpe? —insistió.

—Le daba palizas. Si mi madre hubiera estado viva no lo habría permitido, pero mi padre se empeñó en que eran cosas que pasaban y permitió a Tidian seguir trabajando aquí.

Marcus no le dio más importancia a un asunto que se había dado hacía más de diez años y se despidió de Joseph cuando este se subió al *barouche.*

—¡Hasta el domingo, doctor! —Marcus hizo un gesto con la mano en señal de despedida y terminó por volverse a la mansión de verano.

Mientras tanto, y sintiéndose algo descompuesto, Joseph se quedó sentado en su sitio, no se colocó al lado de Alexandre que, extrañado, se giró para mirarlo.

—¿Joseph?

—Estoy mareado…

El cochero hizo que Zeus fuese con más calma por el camino que iba hacia Bath, lo cual el médico agradeció. En un momento dado le pidió que parase para poder apearse y arrojar lo poco que tenía en el estómago.

El joven bajó para sujetarlo por la frente y el brazo.

Las arcadas se sucedieron un rato aunque ya no tuviese nada que echar.

—Gracias… —Joseph se irguió, sacó un pañuelo de su chaqueta y se limpió los temblorosos labios—. No comprendo qué me ha pasado.

—Tienes mala cara. Deberías descansar… —musitó Alexandre con un tono real de preocupación.

Lo ayudó a subir al *barouche* y se sentó a su lado un momento. Con otro pañuelo le limpió el sudor de la frente. Se le había pegado el cabello rubio a la piel.

El contacto hizo que se le encogiera el estómago a Joseph, pero de un modo diferente. No fue una náusea, sino un espasmo de gozo que le hizo sonreír inevitablemente. Hacía mucho que otro hombre no lo cuidaba de esa forma, con tanto mimo. Miró el entrecejo fruncido del chico y le pareció encantador. Luego sus labios torcidos en una mueca de preocupación y tuvo el instinto de besarlos. Los hubiera atrapado de buena gana para darles cariño, sentir su tacto suave, húmedo y caliente…

Marcus se le vino a la cabeza, lo cual le hizo sentirse incómodo, como si con aquellos pensamientos lo estuviera traicionando. Y no solo eso, le pareció miserable por su parte anhelar cosas tan horribles hacia un joven inocente que no compartía sus inapropiados gustos por los hombres.

—¿Mejor? Has recuperado el color en el rostro, estás sonrojado.

—Sí, gracias… —tragó saliva y se recompuso—. Es mejor que me lleves cuanto antes a casa. Allí tengo remedios para las náuseas.

Dicho y hecho, Alexandre volvió a su posición y Zeus tiró del pequeño carruaje hasta llegar a *Gay Street*.

oOo

El joven mulato entró en casa del doctor para asegurarse de que se metía en el lecho a descansar en vez de ponerse a hacer cualquier otra cosa, como dedicarse al huerto.

Este se quitó todo menos el pantalón y la camisa, esperando a que el chico se fuera para poder desnudarse del todo. Sin embargo, Alexandre no se movió.

—A la cama —insistió.

—¿Me prepararías una infusión de manzanilla y jengibre? En mi herbolario están los tarros de cristal con los nombres… Solo has de calentar agua en las cocinas y…

—Sé cómo se hace. Ahora vuelvo.

Al desaparecer el joven, Joseph se despojó de las prendas, se puso su camisón de lana y se tapó hasta la cabeza.

Trabajaba tanto que hasta le había dado un achaque. Se estaba haciendo mayor, sin duda.

Luego pensó en lo que había sentido con Alexandre mientras este lo había ayudado, tocándolo con aquella dulzura. ¿Por qué no sentía lo mismo con Marcus? Este era más brusco y eso no le gustaba demasiado.

Con Oscar siempre todo fue natural, dulce, fluido… Como con Alexandre.

—Dios mío… —musitó para sí arrebujándose más bajo las mantas.

Un rato después, mientras seguía diciéndose a sí mismo que con el chico no podía ser, escuchó el sonido del piano.

Se irguió quedándose sentado, a la escucha. La melodía era la misma que la anterior vez, solo que mejor tocada. Ese joven tenía un don innato y estaba desaprovechado por completo.

Joseph cerró los ojos y rememoró la primera vez que había tenido el placer de ver a Oscar tocar. No hacía mucho que sus familias se habían conocido y ambos eran aún muy jóvenes. De hecho, Oscar solo tenía catorce años y él dieciocho. Desde ese mismo momento se quedó prendado de aquel muchacho de aspecto enfermizo, pálido y de cabellos muy oscuros, como sus profundos ojos negros.

Fue ese día, al escucharlo, cuando supo que estaba perdido para siempre y que sería un desviado toda su vida. Pasaron años antes de saber que Oscar también le amaba.

—Perdimos muchos años de felicidad, cariño… —susurró Joseph.

—¿De quién hablas? —Alexandre había vuelto con la infusión y se había encontrado a Joseph semidormido, murmurando algo sobre Oscar, el dueño del piano.

El doctor le miró y sonrió, llevando su mano al rostro del cochero. Lo acarició con cariño.

—Perdóname, Oscar. Debí darme cuenta antes, pero tuve miedo.

—Joseph, estás delirando. Toma esto. —Alexandre tragó saliva al sentir la caricia dulce, estremecido.

Que alguien tan horrible como Marcus fuera el que recibiera esos gestos de cariño por parte de Joseph le pareció lo más injusto del mundo.

Expulsó esos pensamientos intrusivos y se esforzó en que Joseph se bebiera la infusión, sujetándolo por el cuello. Luego lo ayudó a relajarse en el cómodo lecho, lo tapó y le apartó el pelo de la frente enfebrecida.

—Oscar… Te he escuchado tocar el piano, me he alegrado mucho.

Alexandre sabía que lo estaba confundiendo con otra persona, así que le siguió la corriente.

—Solo un poco…

—Pensé que nunca lo volverías a hacer.

—Lo he hecho por ti, sé que te gusta…

Joseph sonrió y cerró los ojos.

—Porque me amas tanto como yo a ti —afirmó.

El joven se quedó asombrado y comenzó a entender algunas cosas. Acarició el pelo del doctor mientras lo observaba con los ojos anegados en lágrimas.

Joseph, todavía con la creencia de que estaba con el malogrado Oscar, buscó su contacto y lo envolvió con sus brazos, dejando a Alexandre sin aliento.

Solo Marcus lo había abrazado y, ni por asomo, con aquella dulzura. Fue incapaz de apartarse, incapaz de no aprovechar la tesitura, incapaz de resistirse, atesorando ese sentido momento.

Después Joseph se quedó dormido con tranquilidad, por lo que Alexandre lo tapó bien y se levantó. Le temblaron las piernas y no se cayó de milagro cuando Hipócrates apareció para subirse a la cama y colocarse en la parte alta de la almohada, apoyándose en la cabeza de Joseph.

Con una tremenda sensación de haber hecho algo incorrecto, Alexandre salió de la casa y volvió a la mansión todo lo rápido posible para que Marcus no le moliera a palos por demorarse.

Rezó para que Joseph no recordara nada, porque no hubiera sabido cómo afrontar aquello.

Claro que ese hombre le gustaba. ¿Cómo no iba a cautivarle?

Y cuanto más atraído se sentía por Joseph, lo que había tenido con Marcus le resultaba más repugnante.

13



El domingo de picnic llegó para Joseph. Este se encontraba todavía en su hogar, acompañado por la Sra. Smith y su hijo Daniel. Habían ido a visitarlo, tras acudir a misa, para comprobar si ya estaba recuperado del todo.

Por fortuna así era. Sin embargo, a Joseph le carcomían los nervios y tenía un nudo grueso y pesado en el estómago.

Durante aquel par de días postrado en la cama le había dado vueltas a lo sucedido con Alexandre. Al principio hubiera jurado que se trató de una ensoñación en la que estaba con Oscar y este le profesaba cariño.

Luego se percató del craso error. Había confundido al joven con Oscar. Y no solo eso, sino que le habló sobre el amor que le tenía.

Estaba en un sinvivir por miedo al rechazo del cochero o, peor, por una posible denuncia de este a las autoridades.

—Joseph —lo nombró Daniel al ver que estaba en las nubes mientras tomaban un té en la cocina—. ¿Seguro que te encuentras bien? No paras de morderte las uñas.

El doctor prestó atención al profesor y sonrió intentando disimular la quemazón que le carcomía por dentro.

Daniel era larguirucho, de hombros caídos, cabello pelirrojo y no muy agraciado. Pero todo eso lo suplía con una inteligencia especial y mucho sentido del humor.

—Aún me siento un tanto agotado, pero estoy bien, muchas gracias por preocuparte. Por cierto, ¿meditaste la propuesta?

—Estaré encantado de ayudar a Lord Percy a convertirse en un hombre de cultura y provecho, aunque sea un noble que no haga nada de particular con su vida…

—Lord Percy es un niño avispado, con una madre sobreprotectora y una hermana mayor que todavía no se ha comprometido —comentó Joseph a

modo de dato.

—Seguro que en Bath da con un caballero que la pretenda —apuntó la Sra. Smith—. Al fin y al cabo tiene una dote y es hija de un marqués.

—¡Pero qué injusto! —exclamó Daniel—. A una dama hay que valorarla por su inteligencia, no por su dote.

—¿Has dado con muchas damas inteligentes que se quieran casar contigo? —bromeó la Sra. Smith—. ¿O valoran más tu falta de fortuna?

—Madre, tira usted a matar —contestó con inquina.

—No es fácil encontrar a alguien adecuado para compartir la vida y creo fervientemente que lo que más importa es entenderse bien… No el dinero, la belleza o la posición social —alegó el médico.

—Oh, doctor, usted siempre tan romántico. Lee demasiado a esa dama que escribe libros... La de *Orgullo y Prejuicio* —se burló la mujer.

—Es una excelente escritora. De hecho, Daniel… ¿Me has traído lo que te pedí?

El hombre le entregó un paquete muy bien envuelto. En su interior estaban todas las novelas publicadas de la autora de *Orgullo y Prejuicio*. Joseph las quería para que el marqués se las regalara a su mujer y pudieran leerlas juntos. Tal vez así resurgirían sentimientos sepultados por el paso de los años y la falta de entendimiento.

La campanilla de la consulta sonó con fuerza y Joseph pegó un brinco tremendo. Tal fue este que pisó una pata de Hipócrates, el cual bufó adolorido y huyó como un rayo en dirección al jardín.

—¡Hipócrates! —lo llamó a la desesperada.

La campanilla volvió a repiquetear con insistencia, así que tomó su sombrero de copa, el abrigo y anduvo hasta la entrada. Los Smith lo siguieron.

Joseph abrió dándose de bruces con Alexandre, que bajó la mirada en cuanto lo vio, avergonzado.

El médico interpretó el gesto como un rechazo y sintió ganas de morirse. Se quedó tan mudo que la Sra. Smith intervino.

—Sr. Lambert, este es mi hijo Daniel. Dará clases al pequeño Lord Percy. ¿No es cierto, doctor?

Este asintió con la cabeza.

—Es un placer, Sr. Smith. Yo soy el cochero de la familia Vane.

—¡Qué joven tan alto! Casi tanto como tú, Joseph. Es un placer, Sr. Lambert. Supongo que nos veremos mucho por *Wollaton Hall*.

—Por supuesto, búsqueme si necesita cualquier cosa.

—B-bueno, es hora de ir a-al picnic —tartamudeó el médico saliendo del edificio en dirección al carruaje—. Nos vemos mañana, Sra. Smith. Y, Daniel, concretaré con el marqués cuándo has de ir a darle clase a Lord Percy. —Se dirigió hacia el pelirrojo, que asintió en silencio.

—¡Ah, por cierto! —exclamó la Sra. Smith recordando algo—. El viernes llegó correo desde ultramar, nada menos. —La sacó de un cajón y se lo entregó al médico.

Este se la guardó en el interior de su abrigo tras comprobar que era de su amigo James Barry.

Después de eso, Alexandre y Joseph partieron.

Tanto la señora Smith como su hijo se quedaron mirando el carruaje hasta que este desapareció.

—Joseph se comporta de forma extraña… —comentó Daniel tocándose la barbilla.

—Hijo, tan listo para unas cosas y tan botarate para otras.

—¿A qué se refiere, madre?

Ella lo miró negando con la cabeza.

—Cada vez que nuestro querido doctor ve a ese joven tan apuesto, se le nota el enamoramiento a millas de distancia.

—¡Oh! ¡Claro! Se ha quedado sin uñas porque estaba esperándolo. Cuánto lo lamento por los corazones rotos que ha ido dejando el doctor más joven y atractivo de Bath. Si todas esas damas rechazadas supieran…

Madre e hijo se miraron e hicieron un gesto cómplice.

Joseph creía que ellos no sabían de su condición, pero estaba equivocado. Como buenos cristianos lo lógico hubiera sido repudiarlo, apartarse de él y no relacionarse. No obstante, Joseph Edwards era, sin lugar a dudas, el mejor hombre que habían conocido, que había hecho lo posible y lo imposible por salvar la vida del difunto Sr. Smith y que se desvivía por sus pacientes, ricos y pobres.

No era su menester juzgarlo, pues eso ya lo haría Dios.

oOo

El doctor observó en silencio la espalda de Alexandre. Hasta que no salieron de Bath fue incapaz de abrir la boca.

—Alexandre.

Este no respondió de lo avergonzado que se sentía.

—Alexandre —reiteró—. P-para el carruaje, te lo suplico. Hablemos un momento.

—*Shhhhh*, ¡Zeus! —Tiró de las riendas para que el caballo se detuviera. Después se giró hacia Joseph, pero escondiendo la mirada bajo el ala de su sombrero.

El galeno tragó una saliva muy espesa y le temblaron las manos.

—Te pido disculpas por lo que pasó la otra noche. En ningún momento fue mi intención aprovecharme de ti. Y-yo jamás haría algo a-así, yo…

—Lo sé —le cortó el joven—. Estabas delirando, creías que yo era Oscar. Tenía la esperanza de que no lo recordaras, pero veo que eres consciente de todo.

—Estoy profundamente avergonzado —concluyó Joseph, cabizbajo. Se llevó las manos al rostro y sollozó de angustia.

Alexandre, que no se esperaba aquella reacción, saltó del carruaje y lo rodeó para sentarse junto al médico. Este le miró con los ojos enrojecidos por la llantina.

—¿Oscar era tu amante?

Joseph solo cerró los ojos y las lágrimas de sufrimiento rodaron por su rostro hasta la barbilla. No fue capaz de responder de palabra, así que asintió con la cabeza.

—Ya lo sabía, igual que lo de Lord Vane —confesó Alexandre armándose de valor—. ¿Quién crees que lo lleva a sus encuentros con otros caballeros? O a las *Molly Houses*…

Joseph lo miró incrédulo y boqueó antes de poder articular palabra.

—Siento mucho lo que te hice pasar. Debió de ser muy violento para ti…

El cochero quiso abrazarlo contra él y decirle que fue una sensación única y maravillosa, que estaba equivocado, que hubiera dado lo que fuera por ser Oscar. Pero decidió bajarse del carruaje y volver a su puesto. De nuevo le dio la espalda a Joseph.

—Hagamos como si no hubiera pasado —decir aquello le rasgó el alma —. Y si tienes un romance con Lord Vane, yo no soy quién para juzgarte…

El médico se quedó asombrado.

—¿Tan obvio es?

—Lord Vane no sabe disimular y tampoco le importa demasiado. Él no tiene nada que perder, puede comprar a quien quiera para que mantenga la boca cerrada.

El cochero tuvo la oportunidad de alejarlo de Marcus, contarle el energúmeno con el que estaba iniciando una relación ilícita. Pero el miedo hacia este se lo impidió.

Espoleó a Zeus para que tirara del carruaje y llevó a un desdichado Joseph hasta las fauces del lobo, sintiéndose miserable.

El galeno no pudo dejar de darle vueltas a toda aquella situación. Miró la espalda del joven, quiso sentarse junto a él como de costumbre, hombro con hombro, y charlar de los libros que le prestaba.

Supo que nunca más podría hacerlo y la desdicha lo invadió. Ya nada volvería a ser como antes, mucho menos como realmente hubiese deseado…

oOo

Fueron Tidian y Alexandre los que condujeron los dos *break*, unos robustos carruajes que se solían utilizar para dar paseos por el campo o para ir a cazar, permitiendo así el transporte de toda la familia Vane, la Sra. Evans, el ilustre invitado y las cestas de abundante comida.

A tan solo dos millas, cerca de un riachuelo y en lo alto de una loma jalonada de robles centenarios, Percy decidió que era el lugar indicado para desplegar el picnic, por lo que se apearon.

El niño ayudó al ama de llaves a colocar los manteles sobre una zona soleada, corriendo de aquí para allá seguido del viejo Puppy.

Joseph lo miró con una sonrisa en los labios. Él nunca podría tener hijos, así que veía a los niños como un precioso tesoro que se debía cuidar. Por eso le lastimaba tanto que su propio padre usara a las pobres criaturas de Mánchester como mano de obra barata. Afortunadamente, Percy jamás pasaría por aquello pues estaba bien protegido por la fortuna del marquesado.

—¡Doctor! —el niño lo llamó para que se acercase.

—Dígame, caballero. ¿En qué le puedo servir? —bromeó con él mientras acariciaba la barriga de Puppy.

—¿Es verdad que vendrá un profesor a darme clase? Es que odio estudiar —expresó en tono de tedio, haciendo aspavientos.

Joseph contuvo la risa tonta.

—El profesor Smith es un gran amigo mío, un joven divertido y muy bondadoso. Estoy seguro de que lo van a pasar estupendamente juntos, aprendiendo —puntualizó.

—¿Y podrá Frances venir con nosotros? —rogó—. Ella me ayuda con las matemáticas.

—Oh, querido… —le dijo su madre cuando se sentó sobre un cojín de seda que había llevado para la ocasión—, no es adecuado que una señorita soltera se quede a solas con un… profesor —hubo un deje de asco en su meliflua voz.

La propia Frances frunció el ceño, ofendida.

—Madre, siempre he estado con Percy y lo he ayudado a entender las matemáticas. Además, no estaré a solas con un profesor, sino acompañando a mi hermano pequeño en sus clases.

—Está bien —accedió Louisa mientras se recolocaba el sombrero y los guantes—. De todas formas, confío en que pronto te encontremos un esposo adecuado y dejes esa tontería de los cálculos y las operaciones —dijo con desdén—. Debes practicar más el canto, es lo que un hombre valorará en ti, no en si sabes sumar. Tu futuro marido será el que lleve las cuentas, no tú —dijo de forma lapidaria.

La joven bajó la mirada y suspiró, arrodillándose al lado de su progenitora, como si hubiera perdido la esperanza de vivir un romance novelesco o dedicarse a la aritmética avanzada. Cualquier cosa de las dos le hubiera hecho feliz.

Percy, ajeno a aquellas tribulaciones femeninas, fue colocando todas las cosas sobre los manteles blancos: pasteles de carne y empanadas de pollo asado, fiambres, quesos y pan recién horneado, frutas frescas y tartaletas de crema, agua y limonada. Para los adultos había vino y té.

Marcus, por su parte, ayudó a Henry a caminar sobre el terreno irregular, sujetándolo por el brazo. A su lado iba Lady Clemence, atenta a cualquier cosa que pudiera necesitar su esposo.

—Hace un día soleado y con una temperatura cálida. Hemos tenido suerte, Percy —le dijo Henry a su hermano pequeño a la vez que le revolvía

los cabellos.

Alexandre acercó una silla que habían llevado para que el marqués pudiera aposentarse sin hacer esfuerzos. Su esposa se recogió la falda de muselina y optó por sentarse junto a Frances. Era lo más adecuado: las damas por un lado y los caballeros por otro.

Joseph buscó una piedra grande para dejarse caer y Marcus se arrimó como una sanguijuela. Disimular no era su mayor virtud para desgracia del galeno, que se sintió abochornado.

—Doctor, tiene mejor cara que la última vez que tuve el placer de estar con usted. ¿Ha descansado? —susurró Marcus dándole un leve empujón con el hombro.

—Sí… Lo cierto es que me sentí muy mal la otra tarde, con fiebre, náuseas, malestar general… Imagino que fue cosa del cansancio acumulado.

—Yo también enfermé esa jornada, Dr. Edwards —intervino Henry—. Volví a tener algunos problemas, aunque se me pasaron al día siguiente.

—¿De veras? ¿Por qué no se me informó de eso? —preguntó sobresaltado.

—No lo creí necesario —se excusó el marqués—. Mi esposa estuvo pendiente de mí… —La miró y ella mudó su expresión habitualmente seria por una más afable. Luego bajó la cabeza, sonrojada.

El gesto no pasó desapercibido para Joseph, que se alegró de que estuvieran más unidos.

—De acuerdo, pero la próxima vez envíeme una nota al menos para tener constancia de los cambios que pueda haber en su salud, marqués.

—Le prometo que lo haré.

—Lord Vane, vigílelo, no me fío de su hermano —bromeó Joseph mirando a Marcus.

—A sus órdenes, doctor.

Marcus sonrió de oreja a oreja con esa encantadora y seductiva mueca que lo caracterizaba. Sin embargo, Joseph no sintió lo mismo que cuando la sonrisa provenía de Alexandre.

Desvió la mirada hacia los *break* que estaban aparcados junto a un grupo de robles, a la sombra. Allí se encontraban los Lambert, juntos pero sin

dirigirse la palabra, almorzando por su cuenta. Ellos no estaban invitados al picnic, como era lógico.

—¡Madre! ¿Puedo llevarle a Alexandre unas tartaletas? ¡Es tan goloso como yo!

—Ni se te ocurra acercarte —ella respondió tajante—. Te he dicho muchísimas veces que no hables con el servicio, exceptuando a la Sra. Evans, y mucho menos entables conversación con los Lambert. No son más que…

—¡Louisa! —La voz fuerte y masculina de Henry se alzó por encima de todos—. No quiero volver a oírte decir eso. Tidian ha estado al servicio de esta familia desde hace décadas y Alexandre es un joven muy trabajador.

A ella le temblaron los labios de pura rabia, pero levantó el mentón y asintió en silencio, digna.

—Percy, llévale a tu amigo lo que quieras. —Henry dio permiso al niño que, algo confuso, cogió la cesta de mimbre donde estaban los dulces y corrió loma arriba para acercarse a los cocheros. Puppy le fue a la zaga, pues no se despegaba de su querido amo ni a sol ni a sombra.

Joseph observó cómo Alexandre se agachaba para atender a Percy y le sonreía de buena gana. Aquel era el verdadero joven del que se había prendado como un mentecato. El que tenía una sonrisa dulce y amable, unos ojos verdes preciosos, un carácter complicado pero a la vez sensible…

Darse de bruces con la realidad desanimó al doctor. A su lado no estaba sentado el joven cochero, sino un lord al que había dado alas por el mero hecho de sentirse solo y falto de cariño.

¿Cómo iba a arreglar algo así? Y más después de que Marcus le hubiese confesado que lo amaba. De hecho, podía sentir su mirada castaña sobre él y el brazo apoyado en el suyo.

«¿Y si le doy una verdadera oportunidad?», pensó a la desesperada.

«¿Y si me convierto en su amante y me olvido de quien no puedo tener?».

Le pareció escuchar la voz de Oscar entre el suave silbido de la brisa:

«Elige bien, mi amor…».

—Lord Vane, ¿damos ese paseo del que me habló? Así podrá mostrarme las tierras de su familia. Desde aquí el riachuelo brilla como si fueran joyas preciosas, me encantaría verlo de cerca —propuso el médico.

El rostro de Marcus se iluminó.

—Será un placer, doctor. Acompáñeme. —Se puso en pie y le tendió una mano a Joseph para ayudarlo a levantarse. Este se la tomó y se impulsó.

Ambos dejaron atrás a los Vane, que continuaron charlando de sus cosas y disfrutando del copioso almuerzo bajo el sol de julio.

oOo

A medida que se fueron alejando de los demás, Marcus se acercó más a Joseph, hasta el punto de buscar su mano izquierda y tomarla con fuerza, más de la necesaria, como si temiese que el doctor se le fuese a escapar.

—Por fin a solas… —murmuró el aristócrata—. Estaba deseándolo. —Lo tomó por el mentón y atrapó sus labios con ansia. El beso se convirtió en hambre voraz.

El rubio intentó convencerse de que estaba bien, que nada de malo había en ello, que podían ser amantes sin que sucediera una desgracia terrible de nuevo.

Marcus no le era indiferente. Y, sin embargo, se le vino a la mente Alexandre. A pesar de ello no cortó el contacto, sino que lo intensificó para emborronar el recuerdo del joven.

Marcus interpretó el gesto como algo positivo, así que levantó en brazos al médico y dio una vuelta de 360 grados, riéndose. En los ojos de Marcus se percibía verdadera adoración y eso encogió el estómago del doctor, que se sintió inseguro con lo que estaba haciendo.

—B-bájame, Marcus… —tartamudeó mareado.

—Perdona… —musitó mientras lo dejaba tocar tierra—. Me he conmovido, lo reconozco.

Caminaron de nuevo hacia el riachuelo, de la mano. Al llegar, Joseph se apartó para agacharse y rozar con las yemas de los dedos el agua fresca deslizándose por el caudal. Meditó sobre aquella decisión: Alexandre era inalcanzable y con Marcus tenía una posibilidad de ser feliz.

—¿Te quedarás esta noche conmigo…? —El lord se acuclilló a su lado y le acarició la zona de la patilla, recorriendo su leve vello facial por la zona de la mandíbula.

Joseph no pudo evitar agitarse ante esa posibilidad.

—Yo…

—No te sientas obligado. Ven a mi lecho cuando tú gustes…

Joseph se irguió y Marcus le imitó, abrazándolo contra sí después.

—Me temo que tengo un terrible defecto: soy un indeciso —admitió apoyando la frente en el robusto hombro del lord.

—Oh, mi querido Joseph… Y yo demasiado ansioso. Pero te prometo que si decides venir, será la mejor noche de toda tu vida… —le susurró sobre la oreja, besándole el lóbulo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del médico.

—D-de acuerdo… —aceptó su destino.

—Debo reconocer que es la primera vez que deseo tener un amante de verdad, con el que compartir temporadas de mi tiempo…

Joseph se quedó quieto sin saber muy bien cómo interpretar aquella confesión. Se apartó un poco y lo miró, confuso.

—¿Temporadas de tu tiempo?

—Sí, cada vez que venga a la ciudad podremos estar juntos y divertirnos —lo expresó como si no importara demasiado aquel detalle.

Sin embargo, Joseph no buscaba algo así, sino a una persona que quisiera compartir su día a día. Con la que irse a la cama a dormir, a la que observar al despertarse... Todo lo que apenas pudo disfrutar con Oscar.

Dio un paso hacia atrás y se alejó de Marcus con levedad.

Este no entendió el rigor en la expresión de Joseph.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el lord, angustiado por el repentino cambio de actitud.

No llegó a obtener una respuesta, pues se escuchó una voz gritar desde la lejanía.

Ambos hombres se quedaron mirando hacia lo alto de la loma, extrañados. De pronto apareció Alexandre cabalgando a Zeus sin la montura.

—¡Dr. Edwards! —exclamó el jinete—. ¡Lord Percy necesita ayuda!

El médico echó a correr hacia él y este le tendió una mano para ayudarlo a subir al cuadrúpedo. Ya sobre el lomo de este, se agarró a la cintura de Alexandre.

—¡¿Qué sucede?! —inquirió Marcus, asustado.

—¡Lord Percy tiene espasmos y le sale espuma por la boca! —expuso.

—¡Vamos! ¡Ya! —exhortó Joseph en un tono tajante.

El caballista movió las riendas de Zeus para dirigirlo de vuelta a la zona del picnic y lo espoleó para que corriera el camino con la mayor rapidez posible.

Marcus se quedó quieto y asustado, hasta que reaccionó y echó a correr tras ellos, aunque ya no los tuviera a la vista.

14



Cuando Joseph se bajó del caballo y corrió hacia Percy, que se encontraba desmadejado sobre el suelo, tuvo que empujar con brusquedad a Lady Louisa, pues esta estaba encima de la criatura sollozando a lágrima viva y chillando como una histérica.

Entre las tres mujeres que había la apartaron para permitir que el doctor hiciera su trabajo, aunque la madre del pequeño no pudiera contener el ataque de nervios. Tidian y Henry lo único que fueron capaces de hacer fue observar la espantosa escena.

Para colmo, el pobre Puppy no podía dejar de ladrar. El perro era consciente de que a su pequeño amo le pasaba algo terrible.

Joseph puso de lado al niño y le metió los dedos hasta la garganta para inducirle arcadas y que pudiera expulsar el contenido del estómago. En tan solo unos segundos eso fue lo que sucedió, haciendo que dejara de convulsionar.

—¿Qué ha pasado? —demandó sin cesar de atender al niño.

—Se estaba comiendo una empanada de carne y comenzó a encontrarse mal —explicó Frances muy nerviosa.

—¿Es de constitución débil? ¿Le ha pasado esto alguna vez?

—¡No! ¡Nunca! —gritó la madre—. ¡Está muy sano!

—Acercadme leche —pidió Joseph en tono seco.

La Sra. Evans se apresuró a llevarle una jarra de leche fresca y Joseph se la suministró a Percy, que pareció haber recuperado la consciencia. Pese a ello, aún estaba muy mareado, por lo que no dijo una palabra. La palidez en su rostro fue casi mortal.

—¿Dónde está la empanada?

Se la acercaron y Joseph la abrió. Se la acercó a la nariz para olerla y percibió un ligero aroma a ajo. La envolvió de nuevo en el paño donde estaba y pidió que la guardaran.

—¿Alguien más ha comido de esa empanada?

—Yo —dijo Henry—, pero apenas saboreé un bocado. Percy se empeñó en probarla y, como le gustó tanto, se la di. Es mi favorita, la tomo a menudo… —En su voz se pudo percibir angustia y culpa.

Joseph tuvo constancia de que aquello no había sido algo casual. Por vez primera se tomó en serio el posible envenenamiento que el lord tanto temía, así que tendría que analizar ese relleno.

Marcus llegó en ese momento, jadeando por el esfuerzo de correr tanto. Se arrodilló al lado de su hermano pequeño y le acarició el rostro macilento.

—Percy… —le susurró con cariño.

El niño abrió los ojos enrojecidos por el esfuerzo.

—Hay que llevarlo a mi consulta, allí tengo todo lo necesario —demandó Joseph sin parar ni un momento. No había tiempo que perder si lo que estaba temiendo era cierto.

Marcus lo levantó en brazos para acercarlo al *break*, tumbándolo en la parte trasera. Joseph se subió con él, llevando consigo la empanada, y Alexandre tomó el mando del carro.

—¡¿Dónde lleváis a mi hijo?! ¡Devolvédmelo! —exigió Louisa fuera de sí, gritando como una energúmena.

Puppy ladró con más fuerza, queriendo subir al carro.

—¡Su hijo necesita atención médica! ¡Y en mi consulta se la daré en condiciones! —le respondió Joseph muy enfadado.

—¡Cómo se atreve a hablarme así un medicucho de tres al cuarto! ¡Soy una marquesa! —aulló fuera de sí, roja de ira.

—¡Cállate, Louisa, no eres marquesa de nada! —bramó Marcus, bajándose del *break* y tomándola por un brazo para apartarla—. ¡Suerte tienes de que Henry permita que sigas en la familia!

—Basta, Marcus, basta… Lo importante es Percy. —Su hermano intentó calmarlo—. ¡Alexandre, lleva al doctor a Bath! —demandó.

El joven ni siquiera respondió, solo siguió la orden de buena gana. Espoleó a los dos caballos que tiraban del *break* y se pusieron en marcha.

Joseph envolvió al niño con un mantel para que dejara de tiritar.

—Se pondrá bien, Lord Percy, se lo prometo —le susurró.

—¿Qué… m-me pasa? —gimió el pequeño.

—Le ha sentado mal la comida. Ahora descanse, no hable. Tranquilo, estoy aquí...

Lo abrazó contra sí, sujetándolo con ternura.

Alexandre, que condujo con todo el cuidado posible hasta *Wollaton Hall* para allí poder cambiar de carruaje, observó de reojo la estampa: el doctor cuidando de un niño enfermo, desviviéndose con la intención de aliviar su sufrimiento cuando ni siquiera sabía qué le podía haber pasado y si sería capaz de salvarle la vida.

El hombre al que en principio no aguantaba, el que le robó el falso cariño de Marcus, quien se ganó su simpatía tratándolo con respeto, el que lo miró con aquellos hermosos ojos azules tras escucharle tocar el piano…

Sí, Alexandre lo supo entonces: se había enamorado de Joseph. Y fue un sentimiento hermoso y a la vez desgarrador, porque no creyó poder ser correspondido jamás.

oOo

El esposo de Beth acercó a esta a la consulta del doctor tras haber recibido una nota urgente que requería la presencia de la mujer. La embarazada entró de forma apresurada y fue directa a la habitación donde Joseph atendía a los pacientes. Allí se encontró con el médico, el joven cochero, Lord Vane y un niño acostado que supuso se trataba del pequeño Percy.

La criatura estaba pálida y respiraba con dificultad. Lo habían colocado de lado por si tenía arcadas y arrojaba bilis.

—Ya estoy aquí —dijo al pisar la estancia.

Joseph la miró con cara de alivio ya que ella era la persona en la que más confiaba, no solo cuando se trataba de ayudar a dar a luz en partos complicados, sino también a la hora de usar los medicamentos. Se le daba mucho mejor que a él.

—Necesito que formules óxido de hierro hidratado —demandó sin más.

Beth se dio la vuelta para ir al pequeño laboratorio del doctor y buscó todo lo necesario: sulfato férrico y amoníaco, los cuales disolvió en agua y filtró para eliminar impurezas. Después lo mezclaría con leche para poder administrárselo al niño.

Aquella demanda solo podía ser por una razón: había arsénico en su cuerpo y esa era la única forma de absorción para eliminar la ponzoña.

Por su lado, Marcus dio vueltas por la estancia, abrumado ante la gravedad del asunto. Después de haberlos visto partir, volvieron todos a la casa y él se fue cabalgando hasta *Gay Street*. Allí se encontró a Alexandre prestando servicio a Joseph, aplicando paños húmedos a Percy o sujetándolo por si arrojaba lo poco que le quedaba en el estómago.

En cuanto a Joseph, tenía una expresión muy seria, casi enfadada, por lo que no pudo más que limitarse a esperar y a rezarle a Dios para que no se llevara a su hermano con él. Podía ser hijo de la estúpida histérica de Louisa, pero Percy era un niño inocente y bueno.

—Alexandre, trae más sábanas limpias. Están arriba, en la estancia de invitados.

El joven salió corriendo y subió las escaleras de dos en dos, seguido por un Marcus muy ofuscado. Al llegar a la habitación y buscar en el arcón las telas, el lord lo agarró de los ondulados cabellos y tiró de ellos, estampando el rostro de Alexandre contra el suelo.

—¿Por qué te ha llamado por tu nombre? —siseó Marcus entre dientes, aplastándole la cabeza con su gran mano.

—Tenemos esa confianza —jadeó intentando apartarlo.

—No me hace ni pizca de gracia que seas tan cercano a Joseph. Aléjate de él. ¿Qué pretendes? ¿Quitármelo? ¿Seducirlo para fastidiarme? Repugnante sanguijuela.

—¡Mis intenciones con él no son arteras como las tuyas! —Se zafó por fin y pudo ponerse en pie—. Eres un maldito energúmeno celoso y paranoico. Joseph y yo solo somos amigos.

—Tú no puedes ser su amigo, él está muy por encima de ti —rebatió, rabioso.

—Afortunadamente él no es como tú. Le importa bien poco que yo sea un sirviente o tenga sangre de esclavos.

Marcus fue a pegarle. No obstante, contuvo la mano en alto y luego la bajó cerrando el puño con ira.

—Coge las sábanas que te ha pedido y bájalas —dictaminó tajante.

Alexandre lo hizo ya que se lo había pedido el médico, pero no porque Marcus lo ordenase. Volvió al piso inferior y ayudó al Joseph a cambiar los lienzos sucios, sin decirle ni una palabra de lo que había pasado.

Marcus los miró desde el dintel de la puerta, rojo de vehemencia y celos enfermizos. No soportó que Joseph se comportaba de una forma tan cercana con Alexandre: lo tocaba por el brazo, lo nombraba de forma informal, confiaba en él…

Tenía que haber tomado su lugar, pero era un lord y aquel trabajo no era para un aristócrata.

De pronto apareció Beth con una jarra de porcelana y un vaso de cristal. Vertió en él el contenido y, entre ella y Joseph, se lo dieron a beber a Percy con mucha cautela para que no lo arrojara.

Después de eso, el niño se quedó más tranquilo y Joseph les pidió a todos que salieran. Luego lo hizo él y se encaminó hacia la consulta.

—Beth, necesito ácido clorhídrico y sulfato de cobre. Llévalo a la cocina, quiero echarlo sobre la empanada que ha comido Percy.

—De inmediato.

Cuando ella se fue, Marcus puso en duda las capacidades de la mujer.

—¿Por qué no lo haces tú? Ella no puede saber…

—Sí sabe, y mejor que yo, de hecho. Si no fuera porque esta sociedad le impide estudiar medicina, sería una gran médico —respondió en tono ofuscado.

El lord se quedó sin habla. Nunca había visto a Joseph así de molesto.

—¿Qué es lo que sucede con la empanada? —demandó Alexandre para cambiar de tema.

—Tengo la sospecha de que Lord Percy ha sido envenenado, por accidente, con arsénico. Vamos a intentar comprobarlo revisando la empanada. El arsénico es prácticamente indetectable, solo hay algunos métodos poco seguros para demostrar su presencia en los alimentos.

—¿Envenenado con arsénico? ¿Cómo es eso posible? —Marcus estaba anonadado.

—La empanada era para el marqués, no para Percy —sentenció Joseph.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el lord, horrorizado. Su hermano tenía razón en cuanto a que lo estaban intentando matar.

—Además, cuando estuve enfermo creo que fue también por ingesta de veneno. Su hermano y yo nos pusimos malos a la vez tras beber aquel té la última vez que lo visité.

—Dios Santo… N-no puedo creer que alguien del servicio quiera hacer eso. No concibo que la cocinera o los sirvientes tramen algo tan siniestro… —No terminó la frase y se quedó callado, dándole vueltas a la dantesca información.

—Que esto no salga de aquí —pidió Joseph—. Es la única forma de dar con quien o quienes lo estén haciendo, si es que no estoy errado en mis deducciones.

—No digas absolutamente nada, Alexandre —ordenó Marcus al chico.

—Por supuesto que no —contestó ofendido y mirando con altivez al hombre que una vez amó de una forma infecta.

Ya en las cocinas, Joseph aplicó la solución que le había llevado Beth. Esperaron con paciencia y algunas de las zonas de la masa se fueron volviendo de un verde intenso, como si le saliera moho.

—Este método no es fiable del todo, pero yo creo que es arsénico. ¿Qué opinas, Beth? —preguntó Joseph a su ayudante.

—Que sí, y que lleva una buena cantidad. De haberse comido toda la empanada, el pobre niño habría muerto.

Marcus no dijo nada por lo estupefacto que se hallaba. Pestañeó y se llevó las manos a la amplia frente intentando asimilar la situación.

—Ha tenido que ser alguien muy cercano, como Clemence —afirmó furibundo.

—¡No, no! —objetó Joseph—. Lady Clemence jamás haría eso a su esposo, estoy seguro de ello.

—¡No la conoces como yo! Es una harpía —concluyó—. No puede dar ni un heredero al marquesado y si mi hermano muere será libre.

—¡Marcus! Te digo que no es Lady Clemence. ¿Vas a fiarte de mi palabra? Porque, si no es así,…

Al lord le entró el pánico.

—Está bien. ¿Entonces quién? ¿Por qué?

Marcus dio vueltas por las cocinas, ofuscado.

Joseph le cogió por el brazo y lo miró a los ojos para que se tranquilizase, cosa que consiguió al instante.

—Lo vamos a averiguar. Pero necesito total discreción y hablar con tu hermano y con su esposa de todo esto. En cuanto a Percy… Diremos que tuvo una indigestión muy grave —resolvió.

—¿Está fuera de peligro? —quiso saber el lord.

—No. Tiene que hacer efecto el remedio que le ha preparado Beth.

Marcus no se fio demasiado de que una mujer tuviera la capacidad de crear una medicina efectiva. Ni siquiera le cabía en la cabeza que Joseph tuviera a una embarazada por ayudante. Todos sabían que las mujeres no eran lo suficientemente inteligentes para hacer cosas de hombres. Sin embargo, si el médico confiaba en su pericia, tendría que aceptarlo.

—Será mejor que vuelvas a *Wollaton Hall* con todos y les expliques que el niño está mejor y que, en cuanto se haya recuperado, podréis venir a por él. Cuando pueda yo mismo iré a hablar con los marqueses y a revisar las cocinas. También necesito una lista de los empleados. ¿Me prestarás tu ayuda?

—Claro que sí. —Suspiró—. Me voy ya… Louisa estará histérica.

—Voy a por un remedio para los nervios —avisó Beth—. Les irá bien a todos, estoy segura.

Abandonó la estancia y dejó a los tres caballeros solos.

—Alexandre, vuelve también —decidió Marcus. Cuanto más lejos lo mantuviera de Joseph, mejor.

—Sí, señ…

—No —lo cortó el médico—. Me hace falta aquí. Beth se ha de ir, no está en condiciones de quedarse toda la noche con nosotros. Prefiero que se vaya a casa. Su esposo la estará esperando fuera.

Marcus enrojeció de rabia contenida y Alexandre aguantó la media sonrisa que quería florecer en su boca.

—De acuerdo, pero al amanecer quiero que esté de vuelta. —Miró al joven con inquina, dándole a entender que, si no cumplía sus órdenes, sufriría un castigo físico.

En ese momento volvió la mujer con varios frascos en una cesta y le entregó esta al lord.

—Que tomen unas gotas, les irán bien para controlar los nervios.

—Gracias, Beth. Lamento haber tenido que pedirte ayuda, pero era la vida de una criatura —dijo Joseph.

—¿Qué harás sin mí cuando sea madre?

—Tendré que buscar a otro ayudante, pero dudo que sea tan bueno como tú.

Ella le acarició la mejilla con cariño. Joseph acompañó a la dama al lugar donde la esperaba pacientemente su esposo.

Cuando la pareja se fue, Marcus recogió el caballo que tenía atado a una piedra de amarre, al lado del carruaje que Alexandre había usado para ir a Bath tras el incidente.

—Lo vamos a solucionar, ¿de acuerdo? Te prometo que tus hermanos saldrán de esta.

—Lamento que todo este dislate haya interrumpido nuestro paseo —se pronunció el moreno—. No ha sido la noche que esperaba… —se lamentó.

—Ahora eso no tiene la menor importancia, Marcus.

Este miró al médico con anhelo, pero en la calle aún había transeúntes, por lo que no pudo ni siquiera cogerle de la mano. Terminó por auparse sobre el caballo y partió de vuelta a *Wollaton Hall*.

oOo

La noche fue larga y Percy tuvo ligeras crisis de fiebre y malestar, pero con el paso de las horas se durmió abrazado a Hipócrates que, como buen ayudante, se metió bajo las sábanas acurrucándose en la tripa del niño y ronroneando con fuerza, lo cual ayudó al bienestar del paciente.

Un agotado Joseph se arrastró fuera de la estancia y se sentó en la salita del piano, derrengado.

—Necesito dormir… —musitó con los ojos cerrados.

Alexandre se colocó a su lado y le observó. A pesar de la mala cara, le pareció más apuesto que nunca. La bondad y la entrega lo embellecían.

—Yo también, en tu placentera cama de invitados… —bromeó—. Pero me espera un catre pequeño, frío e incómodo —se lamentó.

Joseph hubiera preferido que se metiera en su lecho, abrazado a su cuerpo, piel con piel, aliento contra aliento…

Se sacudió de la cabeza aquellos impúdicos pensamientos.

—Lamento haberte arrastrado a todo esto —musitó el rubio con los ojos cerrados y la cabeza echada para atrás. Se había quitado el pañuelo y tenía la camisa un poco abierta a la altura de la nuez—. Necesitaba tener a una persona de confianza a mi lado. Y quien mejor que tú…

Alexandre se sonrojó de placer. No estaba acostumbrado a que le alabaran a ese nivel.

—El pequeño Percy es mi amigo, nunca lo dejaría sufriendo. Poder ayudarlo a sanar, y ser tu asistente, ha sido gratificante dentro de la gravedad de la situación. —Alexandre observó el perfil de Joseph, obnubilado por la belleza de este a la luz de las velas.

El médico giró el rostro hacia él y lo miró, sonriendo de forma genuina.

—Gracias por estar aquí conmigo. —Joseph alargó la mano y la posó levemente sobre el hombro del joven.

Ambos sintieron un escalofrío que les recorrió el cuerpo. Ambos anhelaron, sin que el otro lo supiera, alargar el contacto, intensificarlo y hacerlo íntimo.

Pero Alexandre sabía que no era posible, así que se puso en pie.

—Será mejor que vuelva y les cuente que Percy está mucho mejor.

—Ojalá no te fueras… Pero que lo hagas es lo correcto. —Hubo un deje de anhelo en el tono de su voz. Joseph no pudo apartar la intensa mirada de Alexandre.

Este sonrió un tanto avergonzado y muy feliz por ser de ayuda. Antes de salir de la estancia rozó el piano de Oscar, un detalle que no pasó desapercibido para el rubio.

Quiso decirle: quédate y toca para mí, quédate y no te vayas. Este piano puede ser tuyo si me aceptas.

Sin embargo, Joseph se guardó aquellas palabras imposibles de pronunciar, se puso en pie y acompañó al chico hasta la puerta, devolviéndole el abrigo y su icónico sombrero de copa.

—Eres un gran hombre, Joseph —se atrevió a decirle antes de abandonar la consulta.

—¿A pesar de lo que sabes de mí? —Joseph bajó la mirada, avergonzado por ser un renglón torcido.

—Os seguí hasta el templete y os vi... Fui yo quien hizo ruidos para que os separarais —confesó Alexandre con el corazón en un puño.

Joseph levantó la mirada, aturdido.

—Dios Santo… Qué vergüenza… —dijo con un profundo malestar, tapándose la cara con una mano y apoyándose en la pared.

—Y la noche en la que llegamos a Bath y mi padre trajo a Marcus hasta aquí, fui yo quien tocó la campanilla para evitar lo que fuera.

—¿P-por qué? —A cada confesión del joven, el médico entendía menos —. ¿Tanto te aberra que él y yo…?

—Porque no soporto verte con él, eso es cierto —le cortó—. No aguanto que te toque de esa forma, ni te acose en público poniéndote en peligro. Solo con pensar que te ha besado se me revuelven las entrañas —admitió respirando con fuerza, ofuscado y con las aletas de la nariz bien separadas.

—Lamento darte tanto asco. —Joseph creyó que el mundo se le caía encima. Recordó la situación con su familia y con la de Oscar, las malas palabras, reproches y negaciones. Las lágrimas acudieron a sus ojos azules, cayendo por su rostro agotado.

—No me das asco, Joseph… —gimió Alexandre—. Es que me muero de celos… Porque no soy yo el que recibe ese afecto tuyo, sino Marcus, que no se lo merece. Porque quiero ser yo a quien mires, toques, abraces y beses. No puedo seguir mintiéndote, no aguanto más este sinvivir.

—¡¿Q-qué?!

Alexandre tomó a Joseph por el rostro y lo besó en un arranque de anhelo. Atrapó aquellos labios temblorosos y calientes. Pero se separó de inmediato, avergonzado y creyendo que el médico lo apartaría de sí, enfadado por aquel atrevimiento.

Joseph tardó unos segundos en reaccionar a aquel giro de los acontecimientos, pero lo hizo con confianza. Deslizó los brazos por la cintura de Alexandre y se dejó llevar al atrapar esa boca tan húmeda y turgente que se abrió a él.

El joven no se esperó aquella reacción y, sin embargo, no perdió el tiempo, le rodeó por el cuello y empujó al médico contra una esquina. Los besos de este, ardientes y ansiosos, resultaron ser muy distintos a los de Marcus. Fueron dulces, pero también voraces, repletos de mordiscos en los labios, de caricias en el interior de su boca. Sonaron a gemidos y suspiros, a dos corazones bombeando juntos y muy rápido. Fue mágico, nuevo, auténtico.

Joseph, asimismo, fue consciente de la realidad de aquellos ósculos ardientes, de aquellos abrazos, de aquellas caricias en lugares ilícitos. Hacía muchos, muchísimos años, que no se sentía tan enardecido. Hubiera llevado a Alexandre a su habitación para hacérselo entender, pero prefirió parar la situación antes de que no hubiera retorno.

—Vaya… —jadeó el cochero cuando Joseph paró un poco—. Oh…

—¿Tú eres el que se sorprende? Me has besado… —Se acercó a su boca y depositó un pequeño ósculo en la comisura de sus labios. Estos se curvaron hacia arriba de forma natural.

—No me esperaba este desenlace… —Sonrió Alexandre, temblando de los nervios.

—Yo menos... No hago las cosas a la ligera, aunque contigo… —jadeó de nuevo acariciándole el cabello ondulado y suave—, contigo he perdido el control… —Apoyó la frente en la del chico.

—¿Y Marcus? —La sonrisa de Alexandre se disipó.

—Me sentía solo, yo… Me dejé engatusar por sus atenciones. Pero quien de verdad me atrae locamente eres tú —le confesó Joseph no exento de una terrible timidez.

—¿Yo? ¿El cochero mulato?

—El hombre maravilloso que eres —le corrigió—. En el que confío, con el que me encanta hablar, que me ha ayudado esta noche, que tiene un gran corazón, que es el más apuesto que he conocido aparte de Oscar.

—Joseph… —gimoteó Alexandre, sintiendo un calor ardiente en el estómago. Le temblaron hasta las canillas y tuvo que apoyarse en su compañero.

Se abrazaron con fuerza y volvieron a comerse a besos largo rato hasta que la luz del sol entró tenue y tímida entre las cortinas.

—Debo volver —le recordó Alexandre—. O Marcus me… —calló de pronto.

—¿Qué? ¿Qué te preocupa? —Le acarició la mejilla sonrojada admirando todas sus pecas, sobre todo las que salpicaban esos ardientes labios.

—No quería que lo supieras, pero él fue quien me rompió la nariz —confesó a sabiendas de que aquello tendría terribles consecuencias.

—¡¿Cómo?! —preguntó en tono escandalizado, abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

—Al quedarme aquí a dormir y volver un día tarde, me partió la cara como castigo…

Joseph se quedó mudo y tragó saliva. Sabía que Marcus tenía genio, pero no que fuese capaz de pegar a sus sirvientes. La sangre le hirvió y frunció el entrecejo.

Alexandre, al percatarse, lo besó en la frente para que sus rasgos faciales se suavizaran.

—Esto no va a quedar así, te juro que si vuelve a ponerte la mano encima el que le partirá la cara seré yo —gruñó ofuscado.

Joseph le acarició la nariz algo torcida.

—Hay muchas cosas que no sabes de él, ni de mí. Temo contártelas y que me repudies...

—No, Alexandre, no podría repudiarte. Pero ya lo hablaremos. Ahora parte, no deseo que por mi culpa recibas otro castigo. Por mucho que me pese tu marcha, por mucho que quiera… —carraspeó— tenerte entre mis brazos, lo primero es tu integridad.

—Dios, Joseph… Eres un hombre tan dulce… Querría tanto quedarme contigo… ¿Y ahora qué hacemos? P-porque yo quiero… quiero estar junto a ti —gimió el joven, aferrándose a la camisa del galeno como si la vida le fuera en ello.

—Ya lo pensaremos. —Tomó su rostro con dulzura y lo besó de nuevo, deslizando la lengua en el interior de aquella boca que tanto había anhelado. Después de probarla ya no podía vivir sin ella.

A Joseph se le hinchó el corazón casi hasta explotar. Abrazó con intensidad a Alexandre, apoyó el rostro contra su cuello y aspiró su aroma de hombre. Se excitó sin poder evitarlo y sintió que al joven le sucedía igual. Ambos tenían que ser coherentes y no dejarse llevar.

Percy estaba en la habitación de al lado y el médico tenía que cuidar de él, no podía abandonarse a la lujuria por muchas ganas que tuviera.

Solo había sentido lo mismo por Oscar. No le cupo la menor duda de que era Alexandre y no Marcus el adecuado.

Se miraron y besaron antes de que el cochero tuviera que partir a regañadientes. Este último se hubiera quedado de buena gana a dormir con Joseph, y no precisamente en el cuarto de invitados.

—¡Alexandre! —lo llamó Joseph desde la puerta de su consulta cuando el joven se dirigió hacia el carruaje—. ¡Gracias por tocar la campanilla!

Este lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

El médico lo vio partir y suspiró, volviendo al interior de su consulta. Caminó hasta la habitación donde estaban Percy e Hipócrates. El gatito lamió el pelo del niño, que seguía somnoliento pero estable.

Mientras tomaba el pulso al paciente, Joseph meditó lo sucedido entre Marcus, Alexandre y él.

Iba a ser lo más complicado del mundo terminar aquella relación con el lord. Temía romperle el corazón, pero recordar que había sido el artífice de la lesión de Alexandre le dio fuerzas para tomar una decisión en firme. Solo debía encontrar el momento oportuno.

Tapó mejor a Percy y se arrellanó en una butaca que acercó más al lecho. Hipócrates saltó sobre su regazo para buscar mimos y Joseph se los dio de buena gana.

—Oscar… Lo he encontrado sin buscarlo. Es muy joven, lo sé, pero ha sufrido mucho y quiero cuidar de él, tenerlo junto a mí…

Esperó una respuesta de Oscar y la escuchó mientras el sueño lo envolvió…

«Cariño, solo sé feliz…».



Oscar

1800



Fue durante un caluroso domingo de julio, después de acudir a misa junto a su familia, cuando el joven Joseph Edwards conoció a Oscar Thynne. Los padres de ambos, gerifaltes de las fábricas más prósperas de Mánchester, habían iniciado un consorcio para aumentar así sus beneficios.

Por aquel entonces, Joseph tenía muy claro que no quería seguir los pasos de su padre en los negocios, pues le aberraba la idea de que la exportación algodonera proviniese de la esclavitud y que, para colmo, las gentes más pobres de la ciudad trabajasen por míseros sueldos hasta la extenuación.

Había acudido, junto a su familia, al hogar de los Thynne no solo para estrechar lazos, sino también para conocer al prometido de su hermana: Frederic Thynne, el hijo mayor y heredero de la que sería una gran fortuna. Sandrine estaba muy emocionada con el futuro enlace, aunque no se podía decir lo mismo del caballero que sería su esposo, o al menos es lo que le pareció a Joseph al verlo tan serio.

En cambio, sus ojos se fijaron más en el jovencito que estaba sentado al pianoforte y lo miraba con unos enormes ojos negros llenos de curiosidad y un poco de timidez. Tenía también el cabello muy negro, liso y algo largo, además de una piel que parecía hecha de alabastro.

—Joseph, hijo. Este es Frederic Thynne, tu futuro cuñado. —Su padre lo sacó de la súbita ensoñación.

—Sandrine me ha hablado mucho de ti, te tiene en alta estima.

—Es un placer conocerlo, Sr. Thynne. Bienvenido a nuestra familia —lo saludó con diligencia.

Observó que era bastante más mayor que él, robusto y también de ojos oscuros y pelo negro. Sin embargo, no tenía nada que ver con su hermano pequeño, al que le presentaron de inmediato.

—Oscar, no seas maleducado, deja el piano y ven a saludar a Joseph —lo reprendió su padre.

El joven era alto para su edad, ya que por lo visto contaba con escasos catorce años, esbelto y lánguido.

—Hola, Sr. Edwards. —Fue la primera vez en la que sus manos se tocaron.

A Joseph le sorprendió la calidez de su contacto pues, al ser tan pálido, creyó que estaría frío como el mármol. La sonrisa que le dedicó el muchacho fue amplia y tímida, así que le hizo enrojecer como un botarate.

—Llámame Joseph, no soy tan mayor… Solo tengo dieciocho años.

Oscar miró a su padre y este asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Joseph. Espero que podamos ser amigos. ¿Te gusta el piano? A mí me encanta. Podría tocar luego para ti. —Su cara resplandeció.

—C-claro, estaré encantado de escucharte.

El resto de la velada la pasaron jugando a las cartas y escuchando a Oscar tocar algunas piezas de Clementi, Mozart y Beethoven, como sonatas y ejercicios técnicos. Hasta Sandrine se animó a acompañarlo cantando con bastante deficiencia en comparación a la maestría que tenía el jovencito.

Los caballeros tomaron el mejor *whisky* brindando por el futuro enlace y la unión de sus negocios, las damas bordaron mientras les llevaban té con pastas y los dos más jóvenes de ambas familias conversaron sobre qué querían hacer en el futuro.

—Aunque mi padre no esté de acuerdo con mi decisión, mi madre lo ha convencido: seré médico y estudiaré en la Facultad de Medicina de Edimburgo. Ahora que nuestros hermanos se van a casar, no hará falta que aprenda el oficio de patrón en las fábricas.

—¿Te tomará muchos años ser doctor?

—Calculo que unos siete para poder ser un buen médico.

—Yo quiero ser un virtuoso, un maestro del pianoforte —sin embargo, Oscar no lo dijo con alegría—. Pero mis padres no me permitirán ir a un conservatorio.

—¿Por qué?

Los párpados de Oscar se cerraron. Sus pestañas eran muy largas, rizadas y espesas.

—Soy extremadamente frágil y enfermizo. Vivo encerrado en esta casa, cualquier cosa me adolece, en especial el ambiente de la ciudad.

—Entonces estudiaré con tanto ahínco que te curaré del todo y podrás ser mejor que el mismísimo Mozart —le dijo Joseph.

La risa de Oscar fue divertida y feliz, llenó de energía a su compañero.

—Eres una buena persona y un joven apuesto —le dijo el muchacho—. Seguro que tendrás un montón de señoritas que se querrán casar contigo cuando te gradúes.

—No me quiero casar —adujo con las mejillas sonrojadas por las palabras de su nuevo amigo.

—Yo tampoco.

Ambos se quedaron callados, mirándose a los ojos. Luego apartaron la vista el uno del otro.

—Pronto partiré para estudiar, así que espero que estés bien durante ese tiempo, Oscar. Cuídate mucho.

—Lo intentaré. Pero… ¿vendrás a visitarme cuando vuelvas de vez en cuando?

—Me encanta escucharte tocar el piano, así que aquí estaré.

Oscar sonrió de alegría y le cogió por las muñecas para tironear de él y acercarlo hasta el elegante instrumento.

Joseph sintió de nuevo el calor en sus manos y estas le transmitieron calidez, ternura y alegría.

Se sentaron juntos delante de las teclas de marfil y ébano. Oscar posó sus delicados dedos sobre estas y comenzó a tocar la *Sonata fácil* de Mozart. Al llegar al segundo movimiento: *Andante*, Joseph se imbuyó en la serenidad, ternura, amor y delicadeza que el sonido le transmitió.

En ese momento supo que Oscar sería importante en su vida, mucho más de lo que nunca pudo suponer y de una forma que jamás creyó atesorar.

15



Hipócrates decidió que Percy estaba listo para volver a *Wollaton Hall* aquella misma tarde de lunes, así que su ayudante, el Dr. Joseph Edwards, mandó una nota al marqués demandando que fueran a buscarlos a ambos.

Cuál fue la alegría del niño cuando Alexandre llegó en un carruaje cerrado, con Marcus y Puppy en su interior. El perro estaba ansioso por ver a su pequeño amo.

El gato, al escuchar los aberrantes e insistentes ladridos, se escabulló hacia el fondo de la casa para perderse entre las flores del jardín.

Aquello hubiera deseado hacer Joseph al ver al lord: esconderse. Pero tuvo una idea mejor; aupó al Percy hasta el interior de la cabina, lo tapó con una mantita y dejó al niño con su perro.

—Joseph… —susurró Marcus—. ¿Vas a venir?

—Sí, pero ahora cuida de Lord Percy. Yo me sentaré con Alexandre. —Ya lo había llamado por su nombre de pila, por lo tanto no disimuló—. Cuando el niño esté en su cuarto, tranquilo y durmiendo, tendremos esa conversación pendiente con los marqueses.

—Está bien —claudicó Marcus. Tampoco hubiera podido hacer nada teniendo a su hermano pequeño allí y a Puppy dando saltos de alegría.

Joseph cerró su consulta con llave, cogió su maletín, se puso el gorro de copa y acabó sentado junto al cochero.

Ambos disimularon al principio, sobre todo mientras recorrían las calles empedradas de Bath, hasta salir al camino principal que los llevaría a la casa de campo.

Tras cruzarse con transeúntes y otros carruajes, el cochero se desvió hacia una vía secundaria entre pastos y cercados.

Joseph comprobó a conciencia que no hubiese nadie por los alrededores, deslizó la mano para tomar un rizo castaño del cochero y se lo pasó por

detrás de la oreja, alargando el contacto sin poder creerse que aquel hombre le correspondiera.

Alexandre le observó de reojo y una genuina sonrisa apareció en su rostro sonrojado. Ladeó la cabeza hacia la derecha para recibir mejor esa caricia suave y depositó un beso en la palma de la mano del médico.

El rubio se estremeció por cómo un gesto tan sencillo podía significar tanto.

No hicieron falta palabras entre ellos, solo cruzaron sus miradas, de verde a azul y de azul a verde.

Joseph deslizó la mano por el cuello y la espalda del joven hasta posarla en la cintura.

Alexandre sintió un escalofrío que le llegó hasta el corazón.

—No hagas eso o te besaré en la boca… —susurró el cochero.

Joseph, a modo de respuesta, le apretó más y soltó una carcajada risueña.

—Tendré paciencia hasta entonces.

—Eres perverso —bromeó el joven.

—No he podido parar de pensar en ti… —dijo Joseph con sigilo—. He rememorado todo, desde el día en el que nos conocimos hasta esta misma mañana. Recuerdo especialmente cuando estuvimos resguardados bajo la lluvia muy a tu pesar...

—En ese momento te odiaba un poco.

—¿Solo un poco? No mientas.

—Bastante —respondió con una media sonrisa pícara—. El médico insoportablemente amable, condescendiente, perfecto caballero y muy apuesto, demasiado para mi bien...

Joseph lo miró con una expresión de felicidad. Había seducido, sin ni siquiera planteárselo, a un hueso duro de roer.

—Eres un gruñón encantador.

Wollaton Hall no tardó en aparecer en lo alto de una loma, así que Joseph apartó la mano de aquella cintura tan deseada y carraspeó intentando ponerse serio. A partir de ese momento las cosas iban a empezar a cambiar en muchos sentidos. Antes de llegar le dijo algo a su compañero:

—Aún no sé cómo terminar lo que he empezado con Marcus, pero te prometo que lo haré en cuanto me sea posible. Solo te pido que confíes en mí…

—Ten cuidado con él, por favor… —gimió el joven.

Marcus era violento, egoísta y posesivo. Alexandre tuvo miedo de que hiciera daño a Joseph. Él mismo estaba acostumbrado a su brutalidad, especialmente cuando necesitaba descargarse sexualmente, y rezó para que no intentase nada similar con el doctor.

El carruaje se detuvo frente a las escaleras principales. Allí los recibió la familia Vane al completo. Louisa, que había estado esperando a que llegaran, corrió hacia la cabina, la abrió sin miramientos y se lanzó sobre su hijo sollozando a lágrima viva.

La joven Francis la siguió como un perrito faldero.

—¡Mi niño! ¡Mi querido niño! —se lamentó Louisa—. Te arrebataron de mis brazos, pero ya estás conmigo.

—Madre, no se preocupe, me encuentro mucho mejor de la indigestión. —Intentó tranquilizarla—. He estado con un gatito que me ha cuidado mucho. ¡Y la Sra. Smith es muy buena cocinera! Me preparó un puré de verduras riquísimo. Además conocí a mi futuro profesor, es muy chistoso.

—Mi pobre criatura… —continuó lamentándose su madre.

—Me alegra verte bien, Percy. —Su hermana lo abrazó con cariño—. Estábamos todos ansiosos por tenerte de vuelta.

—Hermana, no sufras. Me encuentro bien, ya no me duele el estómago.

—Vamos, vamos a tu cuarto —dijo Louisa—. ¡Richard! ¡Llévalo de inmediato! —le ordenó de malos modos al sirviente.

El mayordomo tomó a Percy en brazos y subió las escaleras con él. Puppy fue detrás, ladrando con energía a pesar de su avanzada edad.

Louisa se giró hacia Joseph para poder increparlo.

—¿Cómo se atrevió a dirigirse a mí en semejante tono?

—Lamento mucho haberlo hecho, Lady Louisa, pero no tenía tiempo de guardar las formas, necesitaba salvarle la vida a su hijo. De nuevo, lo lamento. —Hizo un ademán con la cabeza.

Ella miró a Marcus y se puso pálida al ver sus ojos castaños observándola con una intensidad asesina.

—Louisa, el que merece disculpas es el doctor.

—No es necesario, de veras. Agradezco la intención, pero estoy seguro de que Lady Louisa se quedará tranquila en cuanto esté con su hijo y vea que la indigestión ya ha pasado.

Ella resopló, levantó la cabeza con aire de suficiencia y se dio la vuelta para ascender la escalinata sujetándose el vestido.

—¡Frances, vamos! —ordenó a su hija.

Ambas desaparecieron tras la gran puerta de entrada.

—Ojalá mi hermano mandara lejos a esa bruja. Pero le prometió a nuestro padre, en su lecho de muerte, que cuidaría de ella y de sus hijos… —siseó con molestia.

Mientras tanto, el marqués bajó las escaleras del brazo de su esposa con evidente dificultad. No obstante, Clemence estuvo solícita en todo momento.

—Doctor… ¡Gracias por salvarle la vida a Percy! Es usted un ángel —expresó Henry tomándolo de la mano y estrechándola.

—Marqués, no tiene buen aspecto. Deberíamos ir dentro —advirtió Joseph al ver el tono cetrino de su piel y esas ojeras oscuras bajos los ojos cansados.

—Se empeñó en salir a recibirles —lo excusó su esposa—. Es mejor que nos dirijamos a la biblioteca para hablar. Marcus nos dijo que deseaba comunicarnos algo de suma importancia.

—Así es —afirmó Joseph con contundencia.

Subieron las escaleras para adentrarse de nuevo en la gran casa. Sin que Marcus se percatara, Joseph giró la cabeza para echar un último vistazo a Alexandre, que le sonrió desde lo alto del carruaje.

El médico jamás creyó que ese joven cochero fuese a robarle así el corazón. Y estaba deseando conocerlo mejor, pasar más tiempo junto a él y hacerle entender que estaba dispuesto a entregarse en cuerpo y alma.

oOo

El rostro cansado del marqués se volvió grave al escuchar la explicación de su médico. Al final su locura había sido real: intentaban envenenarlo.

Clemence se alteró y tomó a su esposo de ambas manos intentando soportar la noticia.

—Entonces, la empanada… Contenía veneno… —dijo ella.

—Así es. Probablemente arsénico —admitió el galeno—. ¿Quién más la probó?

—Percy y yo, nadie más —contestó Henry—. Él se comió un pedazo completo y yo una pequeña porción que bastó para pasar una noche de

vómitos y frioleras. No quiero ni pensar lo mal que ha estado mi hermano.

—Eso no importa ahora, porque revertimos a tiempo el envenenamiento. Puede que le queden secuelas, pero es algo que ahora mismo no puedo dictaminar. Apelo a que es un niño sano y fuerte. Pero en su caso, marqués, ha sido envenenado de forma prolongada, poco a poco por lo que puedo deducir conectando todos sus síntomas. Aquel té que tomamos juntos también me afectó a mí porque presupongo que escondía arsénico.

Clemence ahogó un grito y se llevó un pañuelo de seda a los labios para contenerse. Sin embargo, se echó a llorar y Henry tuvo la valentía de tomarla por los hombros y arroparla. Ella se lo permitió ante la estupefacta mirada de Marcus.

Este nunca los había visto de esa guisa, como si fueran recién casados. No parecía ser la artífice de aquello, como creyó a pies juntillas. Joseph tenía razón a fin de cuentas.

—De hecho, consulté este caso a un buen amigo mío, el Dr. Barry, y recientemente me llegó correo suyo —comentó Joseph sacando de su abrigo la carta que le había entregado la Sra. Smith la mañana anterior—. Les voy a leer sus conclusiones:

«No tengo la menor duda de que al Marqués de Bath lo están envenenando poco a poco. No solo al ver las muestras que me mandaste, donde se aprecia el deterioro de su salud, sino también por los síntomas referidos. Me inclino hacia el arsénico, un veneno que encaja a la perfección por ser prácticamente indetectable.

Ignoro las circunstancias alrededor de tan ilustre paciente, pero te recuerdo que los hombres usan la violencia y las mujeres el veneno, tanto para matar como para terminar con su vida. Espero que esto arroje algo de luz y que mi carta llegue a tiempo para evitar males mayores.

Mi recomendación es que le suministres óxido de hierro hidratado para ir eliminando el veneno, láudano en pequeñas dosis para controlar los dolores y que se dé parte a las autoridades y así puedan llevar a cabo una investigación.»

Joseph no continuó con la lectura, pues el resto era de índole personal.

—No leí esta carta hasta esta mañana, así que lamento enormemente no haberme percatado antes. Podría haber evitado lo sucedido en el picnic…

—se lamentó.

—Doctor —comenzó a decir el marqués—, no se flagele. Ha sido un terrible suceso, pero el culpable no será nunca usted, sino quien pretende acabar con mi vida. Y tal vez yo sea alguien horrible que merece morir, no lo sé, pero Percy es un inocente en todo esto y juro que, en cuanto cacemos a quien esté detrás de todo esto, el peso de la ley caerá sobre sus hombros —finalizó con determinación.

—¿C-cómo daremos con el culpable? —indagó su mujer intentando calmar los nervios que atenazaban sus entrañas. No concebía estar sin su esposo, y más tras haberse acercado a él como siempre deseó.

—Me temo que no lo sé —respondió Joseph—. Por lo pronto le pedí a su cuñado que me hiciera una lista de todos los sirvientes que han venido a Bath. Que la empanada tuviera arsénico no quiere decir que fuera la cocinera. Debemos ser muy prudentes. Culpar a un inocente lo puede llevar al cadalso.

—Esta es la lista… —Marcus le tendió una hoja plegada en dos.

Joseph la leyó. No era muy larga: los dos cocheros, la cocinera, su ayudante, Richard, un lacayo, la Sra. Evans, la dama de compañía de la marquesa y tres sirvientas.

El médico meditó en silencio llevándose un dedo a los labios. No se podía dar por hecho que fuera alguien del servicio.

Marcus quedaba descartado porque era el último que querría ser marqués, Lady Clemence estaba visiblemente afectada en apariencia. Le quedaron en el tintero Lady Frances y Lady Louisa.

—Antes de acudir a las autoridades necesitamos revisar la casa. Y oficialmente lo que le sucedió a Lord Percy fue una indigestión porque la carne de la empanada estaba en mal estado.

—Por supuesto, seremos muy prudentes —aseguró Henry.

—Ahora debería ir a ver cómo está antes de volver a Bath.

Joseph se puso en pie y Marcus lo imitó. Antes de que ambos abandonaran la estancia, el marqués se acercó a Joseph y posó la mano sobre el hombro del galeno.

—Quiero agradecerle el regalo de los libros. A mi esposa le gustaron mucho y anoche comenzó a leerme *Sentido y sensibilidad*. Nos ayudó a pasar las horas en vela y suavizar los nervios.

—Me alegra mucho escuchar eso.

Parecía que la felicidad conyugal comenzaba a florecer entre ellos a pesar de las circunstancias.

Marcus, ansioso por pasar un rato a solas con Joseph, tiró de su antebrazo y lo sacó fuera de la biblioteca despidiéndose de su hermano y su cuñada.

—He pensado en algo que creo será de tu agrado ya que tienes en casa un piano —le susurró el lord mientras estaban en el pasillo—. El viernes se celebra en el *Assembly Rooms* un pequeño baile y un concierto. Hemos sido invitados e iré con Frances y Louisa. Ella está empeñada en encontrarle marido a la anodina de mi hermana. Pero, la verdad, agradecería mucho que me acompañaras. Así evitaría tener que bailar con las señoritas casaderas… —gimió ante la perspectiva de tener que soportar a las hijas de toda familia pudiente.

—Lo pensaré —fue la escueta respuesta de Joseph.

Para entonces esperaba haber terminado con aquella farsa que él mismo se había creído solo por recibir atenciones de un lord atractivo e insistente.

—P-pero…

—De veras, lo pensaré. Ahora mismo hay cosas más urgentes, como ir a comprobar que Lord Percy sigue bien. He de darle su medicina.

Se escaqueó con la excusa perfecta y anduvo hasta la estancia del niño. Lo encontró en su amplia y cómoda cama, con el perro encima de él babeando la colcha. Frances se hallaba sentada a un lado, leyéndole un cuento de los hermanos Grimm. Louisa daba vueltas por la estancia, nerviosa con un pañuelo en la boca.

—Es la hora del remedio, mi pequeño lord.

—¡Está malísimo! —se quejó la criatura.

—Me es indiferente. Abra la boca.

El niño cedió de mala gana y recibió una cucharada de carbón activado, que aliviaría su tracto intestinal.

—¿El próximo día podré ver a Hipócrates? —quiso saber el niño.

—Con la condición de que se tome siempre el remedio. Podrá venir a la consulta para que su magnificencia, el Sr. Hipócrates, le dé el beneplácito médico.

—¡Fantástico!

—Bien, he de volver a la consulta, tengo muchos pacientes que atender y el Dr. Hipócrates no puede maullarlos a todos. El deber me llama. Nos veremos pronto. Señoras, Lord Percy…

Louisa le ignoró y Frances se levantó para despedirlo.

—Le agradezco en el alma todo lo que ha hecho por Percy.

—Cuide de su hermano, Lady Frances —sugirió Joseph.

—No dude en que lo haré. Es la persona que más quiero.

Joseph sonrió con afabilidad y se marchó seguido de Marcus. Ya en el pasillo le habló a este:

—No veo a tu hermana culpable de nada.

—Yo ya había llegado a esa conclusión. Es demasiado simplona como para elaborar semejante plan —se burló.

—La tratas de forma demasiado condescendiente.

—No me gustan las mujeres —afirmó con expresión hastiada.

—Es tu hermana… Deberías cuidar más de ella —sugirió con el ceño fruncido, juzgándolo con la mirada—. Yo perdí a la mía.

—¿Falleció? —Marcus temió haber metido la pata.

—No, pero el que está muerto para ella, y para nuestros padres, soy yo —añadió de forma contundente.

—L-lo lamento… No lo había pensado de ese modo, no era mi intención incomodarte...

—Me desagrada cómo ves a las mujeres.

El lord se quedó estupefacto y fue a disculparse de nuevo.

—He de irme, Marcus —lo cortó antes de que hablara—. No he dormido apenas, no puedo más… —Suspiró de puro agotamiento apoyándose en una pared. Cuando Marcus intentó tocarlo se apartó—. Vigila las cocinas, la comida, la bebida, todo… —le rogó—. Confío en ti.

—Lo haré.

Lo acompañó hasta la salida y ordenó a Richard que avisase a Tidian. Sin embargo, fue Alexandre quien se personó con un landó mientras esperaban al pie de la escalinata.

—¿Y tu padre? —inquirió Marcus al verlo.

—Está herrando a uno de los caballos, así que me ha pedido que haga yo el servicio —mintió con tal descaro que Joseph se tuvo que tapar la boca con la mano para que no se le notara una sonrisa de lo más pánfila.

—Haz tú su trabajo y que venga de inmediato —ordenó el lord.

—Marcus, no tengo espíritu para esperar… —rogó Joseph con un suspiro exagerado.

—Está bien, por supuesto… —Tuvo que claudicar de nuevo—. Espero una carta tuya respondiendo a mi invitación del viernes.

—Miraré mi agenda médica y así procederé. Hasta pronto —se despidió con una sonrisa amable mientras se colocaba su sombrero.

El médico se subió al landó y Alexandre azuzó a Zeus. El cuadrúpedo se puso en marcha a buen ritmo.

Marcus resopló como un toro encabritado y volvió al interior de la casa ascendiendo los peldaños de dos en dos. De un manotazo derribó un centenario jarrón chino que se interpuso en su deambular, terminando este hecho añicos esparcido sobre el suelo.

«¿Por qué me evita?», pensó aturullado. «¿Por qué?, ¿qué ha cambiado? ¡Por los clavos de Cristo, maldita sea!».

16



Para desazón de Alexandre, a la vuelta de *Wollaton Hall* se cruzaron con muchas personas de camino a Bath, por lo que él y el doctor tuvieron que disimular.

Este último no se sentó con el joven, sino que sacó la lista con los nombres de todos los que vivían en la casa de campo, dándole vueltas a cómo evitar que siguieran intentando envenenar, fuesen quienes fuesen, o fuera quien fuera, al marqués.

No obstante, de vez en cuando levantaba la vista para admirar la silueta del cochero. Su cabello castaño pelirrojo se colaba por debajo del sombrero de forma graciosa.

Ya en la ciudad, a pocos pies de distancia de la consulta, varios vecinos detuvieron el carruaje para saludar a Joseph y este los atendió con mucha paciencia. Alexandre le observó, constatando el gran aprecio que le tenían.

—Oh, sí, sí, mañana retomaré la consulta habitual —contestó a una mujer de avanzada edad—. Hoy tuve que atender a un paciente que estaba muy grave.

—¿Es cierto que es el médico del Marqués de Bath? —le preguntó la buena mujer.

—Sí, y de toda su familia.

—¡Es la envidia de la comunidad médica! —exclamó ella—. Porque es usted el mejor, Dr. Edwards. Qué sería de mí sin su paciencia y sus consejos médicos. Un día ha de venir a tomar el té, tengo una sobrina en edad casadera que…

La anciana continuó con su perorata ante la asombrada mirada de Alexandre, que contuvo su risa al ver la expresión de apuro en el rostro de Joseph. El médico suspiró aliviado cuando por fin pudieron seguir.

—Me quieren desposar con todas sus sobrinas, nietas, hijas, primas… —enumeró mientras descendía del carruaje—. Esto es un sinvivir. —Se carcajeó.

Alexandre ató a Zeus en un poste cercano y siguió al hombre hasta la puerta de su casa.

—No me puedo quedar… —le hizo saber con voz lastimera—. Lo siento, Joseph…

Este lo tomó por la pechera de su abrigo, le arrastró al interior y cerró la puerta antes de asirlo por el rostro y besarlo con vehemencia.

El joven le abrazó por la cintura para poder devolverle todos los besos con idéntico ímpetu. Tal fue la energía de Joseph que el sombrero de copa terminó en el suelo cuando le pasó los dedos entre los rizos y los sujetó para que Alexandre no se le escapara.

De vez en cuando se detenían unos segundos, se observaban de cerca y volvían a entrelazar sus labios y lenguas.

—Volveré de madrugada, ¿de acuerdo? —propuso Alexandre intentando recobrar el aliento.

—Solo si tú quieres.

—Quiero —dijo con brevedad antes de volver a besar al médico y abrazarlo por el cuello, hundiendo su rostro en el pañuelo que llevaba anudado y que olía a él. Aspiró ese aroma varonil, estremecido.

Joseph lo apretó contra sí, buscó su oreja sonrojada y la besó. Alexandre le embriagaba, todo él. Pero desconocía qué podía sentir exactamente el joven, ignoraba qué buscaba de aquella relación ilícita y prohibida. Eso le dio miedo.

—Te esperaré despierto entonces, y hablaremos...

El cochero no dijo nada, se mantuvo apretado contra el cuerpo del hombre, aterrado de algún modo. Joseph quería hablar y él tenía que contarle cosas sobre Marcus que probablemente hicieran que el médico lo rechazase.

—De acuerdo. —Buscó su boca caliente de nuevo y absorbió el sabor de esos labios.

Una retahíla de maullidos en lo alto de la escalera los sacaron del embrujo. Hipócrates se hallaba en la puerta de entrada al piso superior, demandando atenciones y, probablemente, comida.

—Es mi carabina —añadió Joseph con una sonrisa en la boca—. Vigila que un hombre joven y guapo no se sobrepase conmigo. Vela por mi virtud intacta… —bromeó.

—Está bien, mantendré las formas delante de él —aseveró el chico mientras se apartaba recogiendo el sombrero del suelo—. Aunque permite que ponga en duda que tu virtud esté intacta.

Hipócrates se dio la vuelta moviendo el rabo y parlando como si les estuviera reprendiendo por su actitud indecorosa.

—Te espero… —gimió Joseph antes de que su compañero saliera.

Alexandre sonrió con labios y ojos, sonrojado. Después cerró la puerta tras de sí y dejó al médico flotando en una nube.

oOo

Marcus, sentado en una butaca de la biblioteca frente a la crepitante lumbre de la chimenea, le dio vueltas a la actitud de Joseph. No solo estaba distante con él, y ya ni siquiera lo miraba, sino que encima había hecho amistad con el malnacido de Alexandre.

Quiso pensar que era todo fruto de su imaginación, que Joseph tan solo estaba fingiendo para que nadie se percatara de la relación que mantenían.

Sintió la imperiosa necesidad de ir a verlo a su casa, así que se propuso hacerle una visita para aclarar las cosas de una vez y…

Cuál fue su sorpresa cuando Henry se adentró en la estancia y se sentó en la otra butaca.

—¿Estás bien? —indagó Marcus al ver la expresión grave en el rostro de su hermano.

—No. Quién podría estarlo tras saber a ciencia cierta que te quieren en el fondo de una tumba… Y que ni siquiera sé la razón. ¿Tan mal hombre soy? ¿Un déspota?

—No, Henry. Ese fue nuestro padre. Tú… Eres diferente, te pareces a madre. Ella era bondadosa, trataba bien a todo el mundo… Incluso a mí a pesar de… —Sí, su madre también supo que era un desviado y eso, en parte, fue lo que la enfermó tornándola débil de espíritu.

Se quedaron callados bastante rato hasta que Henry rompió el silencio.

—¿Estás enamorado del doctor?

Aquella pregunta dejó estupefacto a Marcus. Sin embargo, no hizo falta responderle a su hermano, pues este vio la evidencia en el rostro del moreno.

—Sé que no lo puedes entender.

—Sí lo entiendo, simplemente no lo comparto, porque no es normal. Quiero que te cases y tengas hijos ya que yo no puedo. Ahora con más

razones que nunca…

—No quiero vivir una mentira —contestó con angustia—. No me gustan las mujeres, no podría tocar a mi esposa. Me asquea solo pensar en compartir cama… —se sinceró.

—Y a mí me asquea que yazcas con hombres, pero lo soporto porque te quiero. Haz lo que debes hasta que tengas un hijo. Luego me da igual. En cuanto al doctor… No voy a juzgarlo a él, no después de lo que está haciendo por mí… Pero sed muy prudentes.

Marcus sintió irá, angustia y frustración. Se puso en pie sin decir nada al principio. Después asintió con la cabeza, claudicando ante la orden de su hermano.

—Lamento que Clemence no pueda darte un hijo… Y tenga que responsabilizarme yo —siseó con inquina.

—Ella no tiene la culpa, pero no es algo que te incumba —zanjó el tema —. Al menos ahora sé que me estima y puedo sobrellevar el problema de no poder ser yo el que le dé los hijos que siempre quiso.

Marcus se dio la vuelta un instante, observó a su hermano y no supo ni qué sentir.

Había llegado el momento de llevar la vida a la que se había negado categóricamente. Al menos tenía a Joseph. Le contaría todo y, entre los dos, encontrarían la solución para estar juntos aunque el médico tuviera que ser su amante. Mientras estuviera con él, lo demás sería soportable.

Luego se fue dejando solo a Henry y desechó la idea de ir a ver al doctor aquella madrugada. Si conseguía que Joseph acudiese con él al baile, entonces le explicaría su plan de vida y cómo podrían estar juntos el resto de sus días.

oOo

Alexandre, por su parte, se aseó bien en la cuba, usando el jabón perfumado que había sustraído del lavadero y que se utilizaba para las ropas de las damas Vane. Quería oler bien para Joseph.

Al secarse, vestirse y entrar en la buhardilla que compartía con su padre, este sintió el aroma y arrugó la nariz. Estaba postrado en su catre, con solo una vela encendida.

—¿Ahora te crees una señorita? Tu depravación va a peor —se burló en tono de repugnancia.

—¿Y oler a cuadra y sudor te hace más hombre o solo más puerco?

—Tu madre te estropeó volviéndote una mujer.

—No hables de ella —siseó con los dientes apretados.

Tidian se volteó y le dio la espalda para no contestarle.

Alexandre odiaba a su padre y estaba deseando que se muriese de una maldita vez. Pero tenía una salud de hierro a pesar de su edad.

Le habían casado con Violet, mucho más joven que él, porque así lo quiso el difunto marqués. Tidian ya llevaba unos años a su servicio y, por lo que Alexandre tenía entendido, se había fijado en la dama de compañía sin ser correspondido. Su señor no tuvo reparo alguno en dársela como tributo… Y el joven seguía sin entender por qué alguien como un marqués había concedido semejante deseo a un simple sirviente mulato.

En momentos como aquellos, Alexandre hubiera deseado azotar a Tidian hasta dejarlo medio muerto, para que supiera lo que de verdad era el dolor.

Pese a ello, tomó su gabán, el sombrero, y salió de la estancia dando un portazo. Bajó hasta las cuadras alumbrándose con una lámpara de aceite portátil. Dejó a Zeus descansar tranquilo, pues ese día ya había hecho un par de viajes, y se llevó a otro de los cuadrúpedos que se utilizaban para tirar de los diversos carruajes. Lo ensilló preparándolo y, finalmente, partió hacia Bath sin prisa pero sin pausa ya que la luna no iluminaba del todo bien los caminos por culpa de algunas nubes.

A Alexandre le latió el corazón con más intensidad que nunca y los nervios le atenazaron. Jamás había sentido algo así cuando Marcus lo buscaba. Lo de aquel maldito habían sido abusos, sin una pizca de cariño, sin palabras de afecto, solo encuentros ilícitos.

Tras conocer a Joseph se había dado cuenta de la tremenda diferencia. El médico era un verdadero caballero en todos los sentidos. Pero ¿qué buscaría exactamente?

Alexandre estaba muy seguro de sus sentimientos: sentía atracción, deseo y felicidad entre los brazos de Joseph, las palabras «te amo» pujaban por salir de su boca y ser expresadas. Pero también le aterraba no ser suficiente como para que le quisiera de igual forma. Era consciente de que hubo alguien, Oscar, que lo fue todo y que seguía muy presente en la vida del médico. No podía competir contra un muerto.

Aunque haber pasado por encima de Marcus le dio alas para soñar y creer posible que el médico le considerara alguien especial.

No sabía qué sucedería aquella noche entre Joseph y él, pero antes de hacerse ilusiones para terminar siendo un desgraciado, prefirió ser sincero con el hombre que tanto le arrebataba. La verdad por delante, aunque eso le costase la dicha.

oOo

El sonido lejano de la campanilla de su consulta hizo pegar un brinco a Joseph ya que se había quedado traspuesto en el sofá con Hipócrates ronroneando sobre su pecho.

El gato se bajó de un salto y corrió hacia la entrada maullando con fuerza. Sabía muy bien quién estaba al otro lado.

El médico llevaba el cabello revuelto y el chaleco abierto. Caminó descalzo hasta la puerta y abrió con cuidado. Una sonrisa conocida le recibió al otro lado y un muchacho encantador se coló en su casa.

Casi no le dio tiempo a cerrar antes de recibir un beso acompañado del abrazo más intenso que le habían dado en mucho tiempo.

El felino se frotó entre las piernas de ambos amantes dando su beneplácito y después se fue moviendo el trasero y el rabo para dejarlos solos.

—Qué bien hueles. Yo, en cambio, no me he puesto una muda limpia. Me quedé dormido… —jadeó entre aquellos brazos.

—Tu olor me embriaga, Joseph. —Alexandre hundió la nariz en su cuello desnudo y le besó la nuez consiguiendo que el médico se estremeciera. Luego le peinó el flequillo en un gesto muy tierno.

En ocasiones, los detalles más ínfimos expresaban más que cualquier palabra dicha o escrita. Y Joseph vio adoración en los ojos verdes de Alexandre mientras este le pasaba los dedos largos por entre los cabellos.

Aquello era lo que echaba de menos el médico: la cotidianeidad de una relación en la que dos personas estaban totalmente compenetradas, más allá de la pasión.

—Vamos arriba, prenderé la chimenea. Dios mío, soy un desastre… No debí quedarme adormilado.

—Estabas rendido, han sido dos días muy ajetreados repletos de emociones, tanto malas como buenas.

—Pero ahora estás aquí y… Y tú haces que me vuelva a sentir vivo. ¿Sabes lo apuesto que eres? —Joseph le devolvió el gesto acariciando esos cabellos ondulados con reflejos pelirrojos.

—Me ves con buenos ojos. Solo soy un cochero, un mozo de cuadras, un sirviente mulato…

—Eres más que todo eso y, además, no son cosas de las que sentirse avergonzado. Trabajas duro, me has ayudado en todo, tienes buen corazón aunque pretendas hacer creer a los demás que eres irascible. —Sonrió al recordar el momento en el que se conocieron y esas miradas llenas de inquina que Alexandre le echaba—. Perdóname por no haberme fijado en ti entonces. Marcus me tenía un poco sugestionado.

El ceño de Alexandre se frunció. Qué paradoja, pensó, el haber estado celoso de Joseph y, en aquel instante, no soportar a Marcus.

—Tengo que contarte algo que es de gran importancia para mí. Si después de escuchar mi relato ya no deseas aceptarme, lo comprenderé… —La angustia se tornó palpable en su voz, como ahogada por un conato de llanto.

—Alexandre, no me asustes. Vamos, subamos a mi habitación y hablemos de lo que te haga falta decir.

Nada de lo que le pudiera contar el joven le haría apartarse de él. Tenía una segunda oportunidad en la vida, tras la marcha de Oscar, y no pensaba dejar que nada ni nadie la estropeara.

Al entrar en la estancia de Joseph, Alexandre recordó el instante en el que lo había confundido con Oscar. Observó al médico prender los troncos de la chimenea ya que había refrescado bastante durante aquel verano extraño y frío. Se sentó al borde del amplio lecho, asido a una de las columnas del dosel. Las manos le temblaron.

Joseph se colocó a su lado y las tomó con fuerza, esperando a que Alexandre se decidiera a hablar. Como no parecía atreverse, inclinó la cabeza y tomó sus labios con un tierno beso que se deslizó por la pecosa mejilla. El chico inclinó la cabeza y gimió.

Se hallaban en la cama de Joseph y ambos estaban desesperados por quitarle la ropa al otro, deslizarse entre las sábanas de algodón y que sus cuerpos fueran fuego. A pesar de ello, Alexandre se puso en pie para poner distancia. Necesitaba tener la cabeza despejada para expresarse.

—No tengas miedo. Di lo que tengas que decir.

—De acuerdo… —jadeó—. Siempre… Siempre he sido consciente de que era un invertido.

Joseph odió aquella palabra con todas sus fuerzas.

—Y yo… —añadió muy a su pesar.

—Cuando tenía catorce años me di cuenta de que Marcus también lo era y llevo enamorado de él desde entonces. B-bueno… Llevaba… —rectificó mirando a un sorprendido Joseph—. Y-ya no lo estoy, créeme, te lo ruego.

—Te creo. —El rubio tragó saliva y comenzó a entender mejor las razones de que el joven hubiera sido tan arisco con él desde el principio—. ¿Tenías celos de mí?

—Sí. Muchos celos. P-porque Marcus me despreció desde que apareciste, ya no me buscó más.

Joseph se quedó sin aliento ante aquella declaración. Todo encajó: Marcus y Alexandre habían mantenido relaciones indebidas.

—¿Te doy asco, verdad? Debo resultarte patético. —Alexandre se enjuició solo. Como Joseph no le miró ni abrió la boca, continuó con su historia—: Marcus nunca me quiso, solo me usó a su antojo y cuando le convino. Yo solo era un niño cuando todo empezó. Un niño sin madre, al que su padre le pegaba. Estoy seguro que viste las marcas en mi espalda…

—¿Te las hizo tu padre?

—Sí.

Joseph miró al suelo de nuevo y observó los pies de Alexandre caminar de un lado a otro.

—¿Cuántos años tenías cuando Marcus te buscó?

—Catorce.

—¿Te forzó?

—No estoy seguro, no tengo la capacidad de recordar si quise o no. Pero no importa, siempre que volvía de un viaje, o cuando pasaba largos períodos en la mansión sin poder salir, yo era su forma de desfogarse. Jamás me ha querido y yo no sabía que… Que había otra forma de amar hasta que te conocí.

Joseph se puso en pie con la cara desencajada por la ira. Dio vueltas de un lado para otro sin saber cómo expresar la rabia que lo estaba carcomiendo. Cogió un libro que tenía sobre la mesilla y lo lanzó contra la

pared con mucha fuerza. Luego bramó de furia varias veces, apretando los puños.

Alexandre se angustió y corrió hacia la puerta para marcharse. Sabía que aquello pasaría. Cuál fue su sorpresa cuando Joseph lo asió del antebrazo para detenerlo, obligándolo a permanecer en la estancia.

—Has debido de sufrir muchísimo con todos esos abusos —susurró agarrándolo del rostro lloroso. Le limpió las lágrimas con el reverso de la palma—. No eras más que un niño y él te violentó. ¿Entiendes? ¡Abusó de ti! ¡Si tuviera delante a Marcus le golpearía una y otra vez…! —resopló.

—No, no lo hagas. ¡Ya terminó! —rogó angustiado—. No se merece ni siquiera eso.

—¿Pensabas que te iba a rechazar? ¿Verdad? ¿Por eso huías? —El chico asintió—. No estoy tan chalado como para permitir que te fugues, ¿me oyes? No eres culpable, sino víctima. Si intenta tocarte de nuevo, lo mato… —dijo con los dientes muy apretados.

—No permitiría que me volviese a poner un dedo encima. Ni a ti, ¿me oyes? ¡Ni a ti! ¡A ti menos que a nadie! —exclamó Alexandre.

—Gracias por tocar la campanilla aquella noche —reiteró con una breve sonrisa—, porque casi caigo en sus falacias y me dejo llevar por haber estado tanto tiempo solo.

Se abrazaron ambos con mucha intensidad, tanto que les dolieron los huesos. Se buscaron los labios para darse un beso largo y ansioso.

—Contigo sí quiero, Joseph —jadeó—. Soy adulto, consciente y quiero…

El médico lo levantó en brazos para trasladarlo hasta la cama y dejarlo caer sobre el lecho. Le desabotonó el abrigo que aún llevaba y se lo quitó. Después se despojó él mismo del chaleco y la camisa, dejando a la vista su torso velludo.

Alexandre se deshizo de sus propias vestimentas con nerviosismo, como si nunca hubiera mantenido relaciones antes. Ambos se rieron cuando Joseph estiró de una de sus botas y casi se cayó al suelo del culo.

Aún con los pantalones de ambos en su sitio, acabaron abrazados sobre la cama, acariciándose de forma mutua.

—Llevo muchos años solo, lamento si lo hago mal —se disculpó el médico, avergonzado mientras deslizaba la mano hacia el trasero de

Alexandre y lo apretaba con lascivia.

Este, estremecido por la caricia, sonrió antes de devolverle el gesto. Finalmente esa última muralla de ropa se derribó, quedando desnudos el uno entre los brazos del otro.

—¿Puedo tocarte dónde yo quiera? —indagó Alexandre al no estar acostumbrado a poder decidir.

—Sí… Donde quieras y en todas partes, te lo suplico… ¿Y tú? ¿Me lo permites?

—Por favor, hazme sentir lo que de verdad es hacer el amor con alguien que sí te… —se detuvo un momento, a punto de decir algo indebido—. Sigue y no te pares nunca. Todo me va a satisfacer.

Joseph, siempre solícito, quiso hacerle saber a Alexandre lo que de veras era gozar, por lo que besó su cuerpo esbelto y sin apenas vello, lamiendo esa piel caliente que ardía bajo sus labios. Se topó con el fruto prohibido y no pensó en otra cosa que no fuese hundirse entre aquellos muslos bien torneados, absorber el aroma de lo que le crecía entre las piernas y escuchar al chico jadear ante la sorpresa, complacido por arrancarle gemidos de deleite.

Alexandre se apoyó en los codos para apreciar lo que Joseph le estaba haciendo, algo nuevo para él. Cuando aquella boca le recorrió su miembro viril, este se endureció mucho más. Y al ver lo que le hacía después, cómo lo introducía en su boca, ya lo hizo echarse sobre la almohada, estremecido de gozo.

—Para un poco o no podré aguantarme… —rogó entre lamentos y gemidos, a la par que asía a Joseph de los cabellos y hacía movimientos rítmicos con la pelvis. No podía hacer otra cosa más que contradecirse.

Joseph, consciente de ello, continuó con más énfasis hasta que sintió aquel néctar caliente inundarle la garganta. El jadeo largo y placentero de Alexandre fue música para sus oídos.

El joven, de pronto, tuvo a Joseph encima buscando su boca para morderla con hambre. Podía notar su tremenda erección contra la ingle y eso le hizo volver a excitarse. Era muy joven y tenía cuerda para toda la noche. Abrazó al médico con piernas y brazos, buscando sus nalgas prietas, arañando su espalda arqueada, dejándose devorar.

—¿Quieres penetrarme tú a mí? —indagó Joseph ante la mirada estupefacta de su amante—. No quiero forzarte a hacer…

—*Shhh*, tómame entero. —Lo acalló girándolo sobre la cama para terminar encima del médico, como si lo fuera a cabalgar—. Quiero sentir esto dentro de mí, hasta que me caliente las entrañas.

Asió con ambas manos su miembro erecto y lo estimuló todavía más. Eso hizo que Joseph se irguiera y lo abrazara por la cintura, besara su cuello, la curva de sus hombros, mordiera los pectorales, los pezones duros y cada recoveco de su anatomía.

Mientras deslizaba la manos por la espalda llena de cicatrices, acarició estas con ternura, poco a poco, de forma reverencial.

Alexandre lo sintió así y dejó caer el cuerpo contra el de Joseph, permitiendo que este lo sujetara con todo el peso que llevaba a cuestas tras años de torturas físicas y psicológicas.

—Nunca más te harán daño, te lo prometo, amado mío… —susurró Joseph casi sin darse cuenta de sus palabras, solo dejándose llevar por el intenso momento de cariño y pasión.

—Joseph —gimió su pareja—, no me sueltes nunca.

—Nunca, te lo juro. Deja que me enamore de ti del todo, permíteme que mis sentimientos te toquen el corazón así. Te lo suplico. Me tienes hechizado en cuerpo y alma… —Se rio al decir aquello.

—No creí que este tipo de amor existiera. Pero tú me lo has brindado, solo para mí. Sin buscarlo, apareció…

—Yo sí te buscaba, Alex… —abrevió su nombre en un acto de cariño—, mi cochero gruñón. —Besó sus labios largo rato hasta que estos se tornaron más voraces.

Cambiaron de postura y el médico se chupó los dedos para luego deslizarlos lentamente entre las nalgas de su amante. Entraron con facilidad, sin oponer resistencia alguna. A cada empujón, la carne cedía hasta estar preparada.

—Perdóname si te hago daño. Me detendré si te duele.

—No pares nunca. —Alexandre le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con los muslos, cruzando los tobillos. Poco a poco lo sintió entrando, ardiente y húmedo. Estaba acostumbrado, y sin ningún tipo de

remilgo, así que aquella experiencia fue muy placentera pues Joseph tuvo todo el cuidado del mundo para que estuviera cómodo.

—¿Bien? —consultó sin dejar de mirar el rostro de Alexandre, buscando cualquier gesto de dolor en sus facciones. No lo halló, muy al contrario: sus ojos entrecerrados brillaban de placer, sus labios estaban hinchados y calientes por todos los besos recibidos y dados, sus mejillas sonrojadas y su pelo húmedo por el sudor compartido.

—Joseph, tómame y llénam, te lo ruego —demandó removiéndose.

Este empujó estremecido de gozo. Sintió enseguida cómo su amante apretaba el recto en un espasmo, seguido de un gemido lascivo. Continuó haciéndole el amor sin parar, cada vez más rápido y más fuerte, jadeando dentro de la boca de Alexandre, entre lametones, besos y mordiscos.

La habitación se llenó de clamores fuera de control.

—¡Joseph! ¡Más fuerte! —demandó el joven sintiendo un placer como nunca antes. El miembro viril de su médico tenía la envergadura ideal, le presionaba justo en su punto más erógeno, le hacía ver las estrellas, le hacía querer más y más.

El doctor se dejó de remilgos y empujó como de verdad deseaba, dejándose llevar por la lujuria y los años de soledad, anhelo y ganas de acostarse con otros hombres.

—Dios mío, Joseph… No me aguanto… ¡Qué placer!

La fricción fue tal, que Joseph no resistió mucho más, sobre todo al notar el orgasmo seco de Alexandre y después otro húmedo, el segundo que le hacía tener aquella noche, derramarse con tal fuerza que le manchó el torso.

Complacido al conseguir aquello, vertió su semen largamente en el interior del joven que le había arrebatado el corazón, el cuerpo y el alma hasta volverlo loco de amor y placer. El orgasmo lo sacudió con fuerza y empujó apretando las nalgas, gruñendo de deleite mientras le mordía el grueso labio inferior.

Se derrumbó sobre el cuerpo caliente de Alexandre, que también respiraba de forma entrecortada, permitiendo que este le acariciara el cabello mojado por el esfuerzo. Bajo su oreja pudo escuchar los intensos latidos del corazón que bombeaba por el esfuerzo. Poco a poco ambos se calmaron, mirándose y riéndose.

—Me tiemblan las piernas —confesó Alexandre.

—Imagina lo que me tiembla a mí —bromeó Joseph—. No hacía esto desde hace mucho tiempo.

Las carcajadas inundaron la estancia hasta apaciguarse y volverse susurros cariñosos.

—¿Con Oscar? —se atrevió a indagar.

—Sí…

Joseph vio una sombra de duda en los ojos verdes de su amante. Se apresuró a darle una explicación:

—No temas. Te parecerá una locura, pero en ocasiones mantengo conversaciones con él, aunque sepa que ya no está… Y le parece muy bien que me haya prendado de ti como un botarate.

—De acuerdo, me quedo más tranquilo. —Suspiró con alivio.

Siguieron en aquella postura, sin moverse, unidos.

—Escúchame, Marcus me ha invitado a un baile. Aprovecharé esa tarde para decirle que no podemos volver a vernos en privado, ni de una forma que no sea amistosa.

—Jamás parará hasta conseguir lo que quiere —advirtió.

—No conoce a Joseph Edwards. Suerte tiene de que no le rete a un duelo por todas las barbaridades que te ha hecho —gruñó de muy mal humor.

—No debe saber nunca lo nuestro, o nos destrozará a ambos.

—Nadie puede saberlo, mi amor… —susurró con una pena tremenda—. Aunque… Beth conoce mis inclinaciones.

—¿Qué? —gritó asustado.

—Tranquilo, está de nuestra parte. Ella lo entiende, acepta y calla.

—Está bien. Pero hemos de ser muy discretos.

—Ya lo sé, de ello depende que no acabemos en el patíbulo. —Joseph acarició el rostro precioso de su amor—. Y si te pasara algo así, yo no quiero volver a quedarme solo, prefiero morirme.

—¡No digas algo así!

—Cariño, ya perdí a Oscar y lo tuve que soportar, no podría hacerlo de nuevo. Perdóname por sentirme tan desesperado… Es que te quiero. Aunque me haya vuelto loco y creas imposible que te ame sin apenas conocerte, sé que te quiero.

—Joseph, mírame. Yo también te amo, por eso prométeme que, pase lo que pase, seguiremos adelante. Y si es juntos, mejor… Porque yo no quiero

seguir sirviendo a los Vane, deseo quedarme contigo. Me buscaré un trabajo, haré lo que sea, pero necesito alejarme de Marcus y de mi padre.

—Entonces lo haremos poco a poco, con discreción y mucha paciencia —dijo con audacia—. Cuando Beth tenga a su hijo ya no volverá a ser mi ayudante, solo trabajará de partera. ¿Quieres aprender su oficio con la botica? ¿Ser mi asistente? Eso nos daría, durante mucho tiempo, la justificación perfecta. Aunque tendremos que mudarnos cada cierto tiempo buscando lugares donde vivir y ejercer.

—Sí, sí a todo. —No hicieron falta más palabras.

Se abrazaron de nuevo, esta vez tras asearse a conciencia.

—Alex…

—Me gusta que me llames así, mi madre lo hacía…

—Recórcholis… Entonces es bonito para ti.

—Lo es... —Se echó a reír—. ¿Qué querías decirme? —El joven giró la cabeza y lo miró de reojo mientras Joseph acariciaba con ternura las múltiples cicatrices.

—Voy a tener que contenerme muchísimo y fingir serenidad para no liarme a trompadas con tu padre… —masculló.

—Ay, Joseph… —Se volteó por completo—. Hace mucho que no se atreve a ponerme un dedo encima porque sabe que soy más fuerte que él. Le saco una cabeza y tengo más músculo. Es un maldito viejo apestoso que terminará solo, amargado y esclavo de sí mismo, que es lo que se considera por sus orígenes. Y yo ya me he liberado gracias a ti… Santo Dios, Joseph… Te amo —se declaró de nuevo, abrazándolo contra sí.

—Pienso constantemente en cómo algo hermoso como lo que sentimos el uno por el otro, puede ser tan aberrante para el resto del mundo… —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Tanto como para que la familia te rechace, tanto como para ser antinatural, tanto para que te ahorquen por sodomía de la forma más cruel posible…

Alexandre se quedó mudo al sentirlo sollozar de aquel modo tan afligido.

—Joseph, ¿me contarás qué pasó con Oscar?

Joseph lo miró con los ojos enrojecidos y asintió en silencio.



Oscar

1805

Aquel verano, tras los duros estudios de Joseph en Edimburgo, el joven de veintitrés años volvió a la casa familiar en la deslucida Mánchester. El retorno al hogar fue algo que desalentó al recién licenciado Doctor en Medicina, pues no se llevaba bien con su padre ni con el déspota de su cuñado.

Al menos gozaba de una buena relación con su hermana, su madre y con Oscar, al cual no había podido ver en los dos años anteriores, pues este había conseguido que sus padres lo enviaran a hacer un Grado de Música a la Universidad de Oxford pese a ser una persona de salud delicada.

Cuando pisó el saloncito de té, nada más llegar, y vio al hombre en el que Oscar se había convertido, se quedó prendado durante unos segundos en los que él le sostuvo su mirada de pupilas obsidiana.

—¡Querido hijo! —exclamó su madre, levantándose del sofá para ir a darle un abrazo—. Cada vez más apuesto. Esta temporada las jóvenes casaderas van a pelearse por bailar contigo en las fiestas.

A Joseph se le revolvieron las entrañas solo de pensar en ello. Tenía un gran respeto por el género femenino y opinaba que las damas estaban infravaloradas, pero sabía perfectamente que no existía, ni existiría, mujer alguna que le robase el corazón. Eso era imposible.

Su hermana también se acercó a él y le dio un abrazo. La pobre seguía sin poder darle hijos a su esposo, lo cual la tenía sumida en una debilidad de espíritu perenne, aunque se notaba en sus ojos que se alegraba de tener allí a su confidente y hermano.

—Te echaba de menos, Joseph —susurró ella tras darle un beso en la rasurada mejilla—. Felicidades por conseguir el título de doctor en la universidad de medicina más prestigiosa.

—Te lo agradezco, hermana. —Le sonrió—. ¿Dónde está padre? —quiso saber el médico, extrañado al no hallarlo en casa.

—En una de las fábricas, querido —informó su madre—. Con Peter y Frederic. Hubo una revuelta de esos apestados —soltó su madre de forma despectiva.

—Por favor, no hable así de los obreros… —Joseph usó un tono de reprimenda mientras no podía dejar de voltear la mirada hacia Oscar, que seguía sentado y en silencio. Al final se dirigió a él—. Oscar, ¿cómo estás?

Le tendió la mano y este la tomó con la misma delicadeza que de costumbre. Era ya un hombre, pero su fisionomía continuaba siendo esbelta y lánguida.

—Cuando supe que llegarías hoy, le pedí a Sandrine acompañarla. Tenía muchas ganas de volver a verte, Joseph. Felicidades, señor médico titulado. Creo de veras que curarás a muchas personas.

El joven se puso en pie sacándole una cabeza a Joseph, que ya era alto de por sí. El cabello negro, liso y suelto, para nada a la moda, se deslizó sobre un lado de su masculino rostro. No quedaba nada de aquel adolescente.

A Joseph se le cortó el aliento y balbuceó un par de sandeces que hicieron reír a Oscar.

—¿Cuándo has crecido tanto? —atinó a decir mirándolo de arriba abajo.

—Estudiando en Oxford, supongo. Tú también estás cambiado, muy gallardo. —Joseph hubiera jurado que Oscar sonreía de una manera similar a como lo hacían las damas al verlo pasar.

Era consciente de su atractivo físico, no solo porque tenía ojos en la cara y se miraba al espejo, sino por cómo lo trataban las mujeres en general, ya fueran señoras con nietos o señoritas casaderas. Eso lo incomodaba en ocasiones, a menos que la mirada viniera de otro hombre.

Solo que nunca se había atrevido a dar semejante paso. Al pensarlo le entraba taquicardia y miedo por las represalias hacia las personas que cometían sodomía. Estaba seguro de que pasaría la vida solo, sin nadie a su lado con quien compartirla. Porque llevar una existencia de engaño y hacer infeliz a una pobre esposa no estaba dentro de su moralidad.

—¿Y qué tal va por allí? ¿Tocas mucho el piano?

Se sentaron todos y Sandrine vertió té en sus tazas, pegada a su hermano.

—En realidad es prácticamente todo teoría —resopló Oscar, molesto—. Toco el piano en la residencia estudiantil, en las clases me aburro

profundamente. Además, mis compañeros tienen dos manos izquierdas —bromeó—. No tengo parangón.

Joseph se echó a reír de buena gana, divertido.

—Tampoco modestia, me temo.

—¿Y tú, Joseph? ¿No eres el mejor médico de este año? Porque algo me han contado al respecto…

Joseph se puso rojo como la grana.

—Mi hermano ha sido el alumno con la mayor calificación en Edimburgo —comentó Sandrine, orgullosa—. Como no podía ser de otro modo.

—¿Y qué harás a partir de ahora? ¿Abrirás tu propia consulta?

La sonrisa suave en el rostro de alabastro que tenía Oscar dejó hechizado a Joseph. Siempre le había parecido un muchacho apuesto, cuatro años más joven que él, y recordó la primera vez en la que se conocieron. Pero ya no eran chiquillos, sino dos caballeros.

—Voy a continuar formándome en Edimburgo durante unos años más, para especializarme y coger destreza en el hospital. De nada sirve la teoría sin la práctica.

—Completamente de acuerdo contigo. Me das envidia. Yo, como mucho, he de soportar con apatía las clases de viejos profesores que se aferran a las composiciones arcaicas en vez de a los nuevos sonidos.

—Me parece que tenemos mucho en común en nuestra forma de pensar. Cuando expongo mis teorías sobre ciertos métodos médicos, muchos me desprecian. No hay que olvidar que lo que antes era válido ahora no lo es, y así se ha comprobado con el paso de los años y los descubrimientos científicos.

—¡Qué bien os lleváis! —apreció Sandrine—. Me alegro mucho. Tener juntos a mis dos hermanos me hace dichosa.

Ambos la miraron con una cierta lástima ya que su esposo no le prestaba la menor atención. Una mujer yerma carecía de valor en el mundo. Y ella era consciente y se culpaba de ello.

En ese momento entraron por la puerta los dos cabezas de la familia Thynne y el Sr. Edwards.

—¡Joseph! —exclamó este último—. Has llegado pronto—. Tomó a su hijo por los hombros sin mucha emoción—. Estarás agotado y tendrás hambre. Querida, ¿ya está disponible el almuerzo? —le preguntó a su esposa sin darle a su hijo la enhorabuena por ser Doctor en Medicina.

Pero el joven estaba acostumbrado a esos desplantes al no haber seguido la senda familiar. Su padre ya tenía allí al despreciable Frederic Thynne para ejercer con él de suegro orgulloso.

—Enhorabuena, Joseph —el susodicho sí lo felicitó—. Ya contamos con un médico en la familia.

—Gracias, Frederic —respondió con suma educación aunque le fuese insoportable.

Peter Thynne también fue considerado con Joseph, pero luego le ignoraron y se pusieron a departir sobre política y todos los problemas que tenían con los asalariados, sobre todo con los que se ponían enfermos y no rendían lo suficiente.

—¿Vamos al invernadero? Me aburre soberanamente esta conversación —propuso Oscar a Joseph, que asintió de buena gana.

—Madre, cuando el almuerzo esté preparado, que nos lo hagan saber.

—Por supuesto, querido. Ya verás qué bonitas están las flores.

Dejaron a las mujeres hablando de sus cosas, a los hombres de la suyas, y se encaminaron a la parte trasera de la casa.

El invernadero no era muy grande, aunque entraba bastante luz por las cristaleras. En una zona pegada a una de las paredes, la Sra. Edwards había mandado colocar un encantador diván, con una mesita redonda rodeada de sillas de jardín. Allí solía tomar el té con sus amistades y su hija.

—Echo de menos plantar patatas… —susurró Joseph admirando las diversas plantas, verduras, frutas y hortalizas—. Me divertía muchísimo de niño.

Oscar soltó una carcajada, incapaz de aguantarse la risa.

—Eso no me lo esperaba, Joseph. Me hubiera encantado verlo.

—Sueño con tener mi propia casita, con un jardín trasero al que dedicarme en mis ratos solitarios. No todo ha de ser trabajar hasta la extenuación.

—Me imagino que buscarás esposa pronto... Puedes tener a cualquier mujer que te propongas… —Hubo un deje de tristeza en su voz que se extendió a sus labios.

—No me voy a casar —reiteró Joseph como años atrás—. Te lo conté cuando nos conocimos, ¿recuerdas?

—Sí, y por eso yo tampoco me desposaré —añadió Oscar—. Prefiero tocar el piano… Él es mi amante…

Escucharle decir aquello estremeció a Joseph.

«Él es mi amante».

Aunque se tratara de un instrumento, lo había expresado en masculino.

Volvió a notar esa mirada de Oscar sobre él, así que se atrevió a devolvérsela de arriba abajo.

Este pareció notarlo y arqueó las cejas de forma fugaz. La sonrisa regresó a aquellos labios tan apetecibles.

Joseph comenzó a verlo con otros ojos. El muchachito de catorce años ya no estaba allí, sino un joven de diecinueve recién cumplidos, alto, esbelto, apuesto y, en cierta manera, enigmático.

Tras la caída lánguida de sus párpados, había unos ojos oscuros que miraban a Joseph con cierta adoración disimulada, pero no imperceptible.

Joseph no pudo evitar que el corazón le latiera con una intensidad inusitada.

—¿Cuándo volverás a Edimburgo? —Oscar rompió el silencio.

—A finales de este mes. N-no pensaba quedarme mucho, no me gusta Mánchester… Ni esta casa.

—A mí no me entusiasma la vida en este lugar, me enferma profundamente desde que mi madre falleció. ¿Sabes cuál es mi sueño? Tener mi propia casita, con una estancia para el piano más blanco que haya, mientras alguien planta patatas en el jardín trasero.

Joseph, a su lado en el diván, se quedó estupefacto.

¿Podían haber sido más claras las intenciones de Oscar?

—Pero… dijiste que no te querías casar —fue lo único que salió de la boca de Joseph, perplejo.

—Y lo reitero.

—Oscar, discúlpame si no lo he entendido bien…

—Sí, lo has entendido a la perfección. Tú y yo somos iguales. Hace tiempo que me di cuenta y no tengo miedo de expresarlo, no ante ti.

Joseph jadeó de angustia y se llevó las manos al pecho, respirando de forma entrecortada.

—Tranquilo, es un secreto nuestro y de nadie más. —Oscar lo tomó por ambas manos para sostenerlas con fuerza—. No está en mis planes acabar en la horca. Ni dejaría que fueras al patíbulo.

—No había hablado jamás de esto. Me aterra.

Se quedaron callados y asidos por las manos durante bastante tiempo, hasta que Joseph recobró la compostura.

—Lo lamento, he tenido una crisis de debilidad mental —pidió disculpas el doctor.

—Siento haber sido el causante de tu aflicción.

—No, tú no has hecho nada malo. Son mis miedos los que me han llevado a esto. Al menos ahora nos tenemos el uno al otro para…

Oscar lo besó de pronto y a Joseph le dio un vuelco al corazón, incapaz de apartarse. De hecho, gimió al percibir aquella sensación nueva en el estómago.

—Quería saber qué se sentía —se justificó al apartarse.

—Yo… —jadeó el médico, casi sin aire.

—No te preocupes, jamás lo repetiré. —En su voz hubo un deje de decepción.

—Es que no me esperaba nada de todo esto —habló por fin—. Y menos viniendo de ti.

—¿En serio no lo habías notado las veces en las que nos hemos visto? Han sido pocas, pero… Te admiro profundamente desde que te conocí. No se puede negar que eres atractivo y tan… Tan tímido.

Joseph bajó la cabeza, avergonzado.

—Antes no eras el hombre de ahora, Oscar… Sino un chiquillo.

—No esperaba que me correspondieras, pero quería saber lo que era besarte, que fueras consciente de que somos iguales y que no estás solo.

—Es todo muy repentino —jadeó el rubio.

—Sé de tu extrema prudencia. La entiendo, la respeto… Y… Mis sensiblerías hacia ti no deben cambiar la amistad que atesoramos.

Joseph quiso devolverle el beso, sentir nuevamente esa sacudida de placer, pero tuvo miedo y no supo muy bien cuáles eran sus sentimientos en relación a Oscar.

—Me iré pronto a Edimburgo… —fue lo único coherente que salió por su boca—. ¿Podemos mantener correspondencia?

Oscar sonrió de forma genuina.

—Me encantaría.

Al escuchar unos sonidos al otro lado del invernadero, se soltaron las manos y tomaron distancia.

Sandrine apareció apartando las plantas.

—Vamos a almorzar.

—C-claro. —Joseph se puso en pie con la rapidez de un rayo y Oscar lo siguió a cierta distancia.

Sandrine se asió al brazo de su gallardo hermano, orgullosa de él, mientras este le echaba un vistazo a Oscar que, afable, le sonrió como si no hubiera pasado nada relevante.

Joseph comenzó a sentirse distinto, como en una nube. Pero, al mismo tiempo, sabía que debía mantener los pies en el suelo y no perder el juicio.

oOo

Los días se sucedieron muy rápido durante aquel mes de julio de 1805. Oscar y Joseph se reunieron en diversas ocasiones, siempre en el invernadero, lejos de miradas indiscretas.

Oscar le contó lo aburrido que era estar en Oxford y que, al volver, tenía que presentarles una composición original y defenderla ante un jurado de vejestorios.

Joseph, a su vez, le habló de sus planes para ser un médico excelente aunque los demás le pusieran la zancadilla constantemente por pura rivalidad.

No volvieron a tratar el tema de sus gustos impropios. Joseph mantuvo las distancias por miedo y Oscar respetó aquella decisión, aunque por dentro le consumiera la desdicha de querer y no poder.

Una calurosa noche, el día antes de que Joseph se fuese a Edimburgo, y tras la cena familiar en casa de los Edwards, ambos se fueron a su lugar preferido de la casa.

—No soporto ni llevar chaleco —dijo Oscar mientras se despojaba de él y lo depositaba sobre la mesita de jardín—. De hecho me quedaría como Dios me trajo al mundo.

—Eres incorregible.

—¿Por qué? Hace un bochorno insoportable. Pero tú siempre con chaleco y frac, como perfecto caballero, impecable y meticuloso. Ni un cabello fuera de su sitio —se burló.

—Los artistas sois unos excéntricos.

—Joseph… —susurró acercándose a él—. He terminado de componer mi pieza. Sé que no sabes leer un pentagrama, pero me gustaría regalarte una copia.

—P-por supuesto, será un honor. Pero ¿por qué no la has tocado esta noche durante la velada?

—Porque no quiero que la escuche nadie más que tú.

El médico se quedó callado. Solo oyó el sonido de su corazón golpear con fuerza el pecho, intentando romper la barrera que se había impuesto.

—¿No la interpretarás delante de los profesores? —Joseph estaba confundido.

—La leerán, no la escucharán.

—Entiendo…

Oscar buscó una carpeta de cuero con sus iniciales inscritas en pan de oro y se la entregó. La había dejado allí el día antes, entre unas macetas, con la intención de darle una sorpresa.

Joseph, sentado en el diván, desplegó la carpeta y miró el pentagrama, con la Clave de Sol abriendo la pieza musical. No comprendió nada. Sin embargo, la rúbrica de Oscar le pareció una preciosidad. Sonrió al joven, feliz.

—Se llama *Sonata para un plantador de patatas*.

Ambos rieron a carcajada limpia ante la chanza.

—Así no los vas a convencer, mucho me temo. Es un título demasiado arriesgado.

—En realidad… —Oscar se sentó a su lado para apoyarse en el brazo de Joseph— la he titulado: *Sonata azul cerúleo*.

—¿Por qué? —indagó Joseph.

Oscar sonrió enternecido ante aquella repentina inocencia.

—Porque es el color de tus ojos.

Joseph dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Oscar… —susurró su nombre como si fuera el causante de una herida abierta en el corazón.

—Te vas mañana, no sé cuándo volveré a verte, o en qué momento me responderás las decenas de cartas que te enviaré… Somos dos hombres jóvenes, pero también adultos. Permíteme al menos declarar mis sentimientos por ti de la única forma en la que puedo, que es creando música…

Joseph jadeó de forma lastimera y apretó la carpeta contra su pecho, intentando no echarse a llorar como un niño pequeño.

En aquel invernadero, rodeados de vegetación, solo iluminados por la tenue luz de una lámpara de Argand, no se escuchó nada hasta que Oscar rompió el silencio impuesto por Joseph.

—Solo guárdala.

—Te amo… —susurró Joseph sin levantar la cabeza. Después lo hizo, mirando a un sorprendido Oscar—. Te amo con locura.

Tomó al joven músico por el cuello y buscó sus labios con desesperación. Había soñado con hacerlo cada noche al irse a dormir y cada mañana al despertarse.

Tantas veces había volado su imaginación que los besos habían ido mucho más allá, descontrolándose por el deseo y la lujuria.

Oscar lo abrazó por el cuello y le devolvió todos los ósculos y caricias. Terminaron sobre el diván, enredados en cada sentido de la palabra, dejándose llevar por la pasión, en anhelo contenido y el afecto ardiente que sentían el uno por el otro.

Hicieron el amor por vez primera, en silencio, conteniendo cada gemido, jadeo y orgasmo para no ser descubiertos.

Se escaparon del lugar hasta llegar a la habitación de Joseph y continuaron toda la noche, dejándose llevar por sus instintos más primarios, pero también por la idolatría que se tenían…

En aquel verano de 1805, Oscar y Joseph comenzaron su historia de amor. Una que terminaría en desgracia.



1816

Segunda parte



17



La noche del baile llegó, reuniéndose en *Assembly Rooms* gran parte de la flor y nata de la ciudad. El hecho de que el atractivo Lord Vane acudiese acompañado de su hermana y de la antigua marquesa era todo un hito.

Joseph llegó por su cuenta, dando un paseo nocturno, pese a que Marcus le envió una nota con la intención de ir a recogerlo. Le respondió que no era necesario.

Durante esos días había evitado acudir a *Wollaton Hall*. Debía templar sus belicosos ánimos hacia el lord y hacia Tidian. El médico no era un hombre violento pero, al pensar en todas las cosas que le había contado Alexandre sobre ellos, le entraban ganas de matarlos a ambos.

En cuanto a los marqueses, se comunicó con ellos a través de correspondencia privada. Les propuso que la Sra. Smith y su hijo Daniel, tras contarles lo que estaba pasando, fuesen parte del personal de verano. Ella era una excelente cocinera, por lo que se encargaría de preparar toda su comida, mientras que el joven profesor daría clase a Percy pudiendo así fijarse en cualquier detalle extraño. De ese modo residirían allí mientras la familia Vane siguiera en la mansión. A los marqueses les pareció una excelente idea, por lo que madre e hijo se trasladaron de inmediato.

Joseph dedicó el resto del tiempo a pasarlo fuera de casa, por si Marcus se personaba en la consulta. Se entregó en cuerpo y alma a sus pacientes, incluso haciendo visitas innecesarias. Las abuelitas estaban encantadas de ofrecerle té, pastas y a sus nietas en matrimonio. También se pasó por los burdeles para atender a las pobres prostitutas. Era el único médico en todo Bath que se preocupaba por ellas.

En cuanto a su relación con Alexandre, este consiguió escabullirse una madrugada. Hicieron el amor hasta quedar exhaustos, disfrutando de aquella relación clandestina pero preciosa en la que había cariño y

compenetración. El joven le pidió de nuevo que le contara anécdotas sobre Oscar para demostrarle que no estaba celoso y que comprendía lo importante que había sido para él.

Joseph estaba encandilado. No podía evitar que sus sentimientos por Alexandre fueran a más cada día que pasaba. Tener la oportunidad de volver a sentirse así había sido como un milagro. Aunque el miedo a que todo terminara mal de nuevo lo consumía en ocasiones, solo que no quería que su joven amante fuera consciente de ese temor.

Finalmente pisó el interior de *Assembly Rooms*, ataviado de forma muy elegante, con un frac de un color azul oscuro, que le quedaba como un guante, y un precioso chaleco celeste con bordados que le había regalado Beth por su último cumpleaños.

El lugar estaba a rebosar e iban todos de punta en blanco. Especialmente las damas, ataviadas con vestidos de muselinas y sedas de altas calidades, chales bordados y los cabellos recogidos a la última moda en graciosos bucles.

Los asistentes no tardaron ni un minuto en descubrir que estaba allí y tuvo que templar los nervios ante la forma en la que lo avasallaron.

—¡Mi buen doctor! —exclamó la Sra. Lougthy, una de sus pacientes habituales desde hacía ya un tiempo.

—Señora mía… —Se dio la vuelta, la tomó de la mano y le dio un beso en el reverso—. ¿Cómo está su hijo? ¿Y sus nietos?

—Gozan de una salud excelente. Los echo mucho de menos, están demasiado lejos —se quejó—. Pero el mes que viene nos reuniremos todos en *Violet Pavilion*.

—Por favor, salúdelos de mi parte. Y espero que el Sr. Stapleton siguiera mis recomendaciones de matasanos y no probara nunca más el alcohol.

—No se lo puedo asegurar. —Ella se echó a reír.

Joseph pensó en lo mucho que había cambiado el carácter de aquella mujer desde que la había conocido. Le hizo feliz saber que todos estaban bien. Durante el tiempo que pasó con los Stapleton en Derbyshire, se dio cuenta de que el amor verdadero podía vencerlo todo y, en parte, fue gracias a eso que él consiguió ir cerrando heridas para abrir de nuevo su corazón.

Joseph se despidió y continuó con su paseo, esperando a que llegara Marcus, a pesar de que se daría una situación de lo más desagradable para ambos. Solo que el lord no la veía venir.

Una voz chillona lo sacó de sus pensamientos. Se dio la vuelta intentando comportarse como un caballero, pero con aquella mujer resultaba complicado.

—Sra. Clifford. —Hizo una reverencia ante la joven rubia que tenía frente a él. A su lado la acompañaba su esposo, unas cuantas décadas mayor que ella.

—Llámeme Susan, siempre se lo digo, pero no me hace caso. Está usted muy apuesto esta noche. Supongo que, si a mi querido esposo no le molesta, tal vez podría sacarme a bailar… —sugirió esperanzada.

—Supone mal —la cortó con una sonrisa radiante en el rostro—. Se me da muy mal y no querría pisar sus pinreles ensuciando esos preciosos zapatos que luce.

—Qué modesto es, doctor… De veras, no me importaría que me los pisara… —Abrió su abanico y escondió la sonrisa pícara. Su esposo suspiró agotado.

A Joseph no le pudo producir más repelús. Todos sabían que era una mujer de mala reputación y ya había tenido el «placer» de conocerla de soltera, cuando era Susan Rusnforth.

En esos instantes hubo un silencio generalizado. Marcus y sus acompañantes habían llegado.

—¡Oh! Es Lord Vane… Qué apuesto… —dijo Susan a la par que se abanicaba—. Tal vez pueda bailar con él… ¿No crees, esposo?

Joseph aprovechó para escabullirse, alejándose de allí pero sin dejar de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Lady Frances, más arreglada que de costumbre, tomaba por el brazo a su hermano. Al otro lado del hombre se hallaba Lady Louisa, una encantadora de serpientes de la que no se fiaba demasiado.

Mientras los ilustres invitados iban saludando a todos, Joseph se paseó por la enorme sala. Observó a los músicos y también el magnífico pianoforte. Tomó una octavilla que encontró encima de una de las largas mesas con bebidas y aperitivos, y leyó el programa de aquella velada. El

concierto sería al principio, después se podría picotear y finalmente habría un baile.

De pronto escuchó que una voz conocida y masculina lo reclamaba.

El temido momento llegó cuando Marcus se hizo paso entre la gente para llegar hasta él. Joseph se bebió una copa de ponche de un trago. Luego aspiró fuerte y se preparó para lidiar con aquella situación.

oOo

El lord llevaba unos días intentando hablar con Joseph sin resultados satisfactorios. Llegó a creer que no asistiría al evento, por lo que verlo allí le tranquilizó. Había acudido a la consulta en tres ocasiones y Joseph siempre estaba fuera atendiendo pacientes. Desistió al recibir la respuesta de que no fuera a buscarlo aquella noche.

—Doctor… ¡Por fin lo encuentro! —le dijo cuando llegó hasta él. Sus ojos castaños brillaron con afecto—. Estaba consternado al creer que no vendría…

Joseph sonrió haciendo de tripas corazón.

—¿Por qué no iba a venir? —fingió amabilidad llevándose la mano a la barbilla—. Veo que su hermana está muy bonita esta noche. ¿Bailará con ella? Debería.

—Sí, sí, lo haré… —Suspiró hastiado.

—¿Me permite que le pida que baile conmigo una pieza? Aunque se me da muy mal y probablemente le ensucie los zapatos, me temo —bromeó intentando sonar afable.

—¡Por supuesto!

—Bien, entonces voy a saludarla. —Joseph hizo un amago con la cabeza y se dirigió hacia Lady Frances para rogarle que le guardase un baile. Esta pareció animada al verlo y aceptó encantada pese a la mala cara que puso Lady Louisa.

Marcus confió en que, tras el evento, él y Joseph hablaran largo y tendido sobre su relación. Debían planear su futuro, uno en el que también habría una esposa e hijos.

oOo

El concierto a piano fue magistral. El pianista había tocado piezas de Beethoven, Schubert, Clementi y Hummel. En todas podía apreciarse el

cambio que se estaba dando en la música de aquellos últimos años. Las melodías eran mucho más expresivas que las de antaño.

Se emocionó tanto al escuchar el virtuosismo del músico, que no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al imaginar a Oscar.

Joseph pensó en que a este le hubieran encantado todas aquellas composiciones nuevas. Él seguía sin ser capaz de leer un pentagrama, ni siquiera los que tenía guardados de Oscar. Pero hacía más de seis años que no escuchaba las piezas ni se atrevía a pedirle a nadie que la tocase para él. Temía romperse de nuevo y no se sentía preparado para dar ese paso.

Lady Frances, que vio la emoción en el rostro de Joseph, le prestó su pañuelo de seda y le sonrió. La muchacha sabía que era un buen hombre y estaba sumamente agradecida de que le hubiera salvado la vida a su hermanito. Bailar con él, aunque no fuera un aristócrata, no le haría gracia a su madre, pero bien poco le importaba. Había acudido allí siendo plenamente consciente de que la venderían al mejor postor. Estaba abocada a un matrimonio sin amor. Por lo visto solo importaban los títulos y las fortunas, las posesiones y las apariencias… Pero ella anhelaba ser amada y amar. Sabía que el doctor no estaba a su alcance, por obvias razones que no pensaba comentar jamás con nadie. Era más que evidente que Marcus sentía por él un interés enfermizo y eso solo podía significar que Joseph tenía los mismos gustos, lo que explicaría que este no tuviera esposa siendo tan encantador.

Cuando el concierto terminó, todos aplaudieron con educación pero sumamente satisfechos, así que pasaron a la sala donde bebieron y degustaron las diversas *delicatessen*.

Joseph tuvo una animada charla con varios de sus pacientes, mientras Marcus fruncía cada vez más el ceño al no ser su centro de atención.

El médico decidió salir a tomar el aire para despejar la mente porque notaba la penetrante mirada del lord sobre él a cada paso que daba. El frescor de la noche le despejó un poco las ideas. Cada vez quedaba menos para cortar la absurda relación con un hombre engatusador y sin escrúpulos. En ocasiones se imaginaba a Alexandre manteniendo relaciones con él y le ardían las entrañas de asco y rabia. No eran celos, sino odio hacia Marcus por el maltrato reiterado al chico durante siete años, sobre todo cuando este aún no era más que un mancebo de catorce.

Cuál fue su sorpresa al ver a Alexandre en el edificio de enfrente, esperando apoyado en la pared, junto a Zeus, lejos de la zona donde estaban apostados los carruajes. Supuso entonces que Tidian había sido el que había llevado a los Vane a la fiesta.

Le hizo un gesto y sonrió como un estúpido. El joven le resultaba tan hermoso, con su sombrero de copa y su atuendo de cochero… Ojalá hubiera podido bailar con él, como hacían las parejas en el interior del *Assembly Rooms*. Ya se podía escuchar de fondo un *Minué,* por lo que supuso que Marcus y su hermana habían abierto el baile.

Durante el tiempo en el que duró la pieza, ambos hombres no se quitaron la vista de encima.

Alexandre tiró del caballo de pronto y se escondió. Joseph entendió el gesto y se dio la vuelta encontrándose con Marcus, que miró hacia donde había estado el joven con gesto extrañado.

—Marcus… —susurró—. ¿Sucede algo?

—Eso me lo tendrías que decir tú a mí. ¿Por qué me ignoras?

—No es el lugar… —le advirtió.

—Mi hermana espera su baile contigo —gruñó el lord.

—Cierto. Más tarde aclararemos las cosas —prometió.

—Quiero llevarte a un lugar privado donde podremos estar tranquilos y tratar varios temas importantes.

Joseph lo sopesó, asintiendo.

Marcus sonrió de oreja a oreja, satisfecho. Aquella noche estaba seguro de que caería rendido entre sus brazos y, por fin, bajo su cuerpo.

oOo

Fuera, en la zona donde los cocheros esperaban a sus señores, Alexandre estaba apartado del resto, escondido observando a su padre fumar junto a otros, despotricando como hacían todos y jugando a las cartas para pasar el rato.

Lo que le importaba realmente estaba dentro del *Assembly Rooms*: Joseph. Sabía que su querido médico lo iba a pasar francamente mal y tenía miedo por él y la reacción que pudiera tener ese malnacido en cuanto este viera que no era correspondido.

Cuando lo vio salir y tomar el aire, se animó a dejarse ver. Su rubio particular lo saludó con la mano. Estaba tan apuesto aquella noche que le

hubiera quitado la elegante ropa de un tirón.

Las relaciones con Joseph eran tan satisfactorias, tan distintas a las que había tenido con Marcus, que no podía evitar haber desarrollado un sentimiento de protección hacia el doctor. Lo quería tanto que el mero hecho de pensar en que Marcus le intentara hacer algo vulgar, lo enfurecía.

Se fue en cuanto avistó al susodicho mantener una breve conversación con Joseph. Duró poco y los dos caballeros volvieron al interior del edificio.

A Alexandre tan solo le quedó esperar con el corazón en un puño a que la tormenta se desatara.

oOo

El resto de la velada se sucedió con normalidad. Marcus se dedicó a hacer lo que mejor se le daba: ser un pedante y fingir interés en la gente. Bailó con unas cuantas jóvenes casaderas, en especial eligió a Lady Charlotte Cavendish, hija de un Vizconde, a la cual agasajó de forma reiterada. Lo más gracioso fue que era rubia y tenía los ojos azules.

A Joseph le pareció patético hasta decir basta. Si hubiera terminado enamorado de él, habría padecido mucho al ver a Marcus tan interesado en una dama. Por fortuna eso le importó un bledo.

Por otro lado, observó que la incomodidad de Lady Frances iba en aumento ya que tuvo que soportar las atenciones de Sir Montagu, magistrado de la corte de Bath y heredero de una inmensa fortuna pero con el que ninguna dama quería casarse ya que era, como poco, repulsivo. La fama le precedía: asiduo a los prostíbulos y a maltratar a muchas de las pobres meretrices que Joseph conocía.

Joseph sintió demasiada lástima, así que le robó uno de los bailes a Sir Montagu y se llevó a Lady Frances consigo, que suspiró aliviada al librarse de aquel hombre.

—No sé cómo agradecérselo, doctor. Me repugna ese caballero. Le apesta el aliento a alcohol y estaba demasiado cerca de mí…

—No es ningún caballero. No permita que le ponga la mano encima. Montagu es un mal hombre, lo conozco bien aunque no pueda contarle los detalles.

—Me fiaré de su palabra.

Bailaron una *Quadrille* mientras charlaban.

—Me ha contado el Sr. Smith que es usted muy virtuosa con las matemáticas y que acude a todas las clases de Lord Percy —cambió de tema para alivio de la joven.

—¡Oh, sí! El Sr. Smith es muy divertido. —Los ojos le brillaron al recordar al hombre—. Aunque mi madre no está de acuerdo, pues teme que me quede a solas con él, pero siempre está mi hermano presente. Percy es un alma cándida y el único que me quiere de verdad.

—No diga eso, Lady Frances. Es usted una joven muy agradable.

—Mi madre me somete demasiado, Marcus me ignora y Henry ha estado ausente estos últimos tiempos. Clemence no es desagradable conmigo, pero no poder tener hijos le amargó el carácter. Además, mi madre no la soporta porque piensa que le quitó el marquesado, y yo estoy en medio de esa guerra entre ellas.

El baile terminó y el médico le guiñó un ojo para que supiera que tenía un aliado en él. Luego observó a la mujer volver con su madre.

El evento estaba llegando a su fin, así que Joseph se tomó una copa de champán para coger fuerzas. Fue entonces cuando se le acercó Sir Montagu, con cierto aire enfurecido por haberle robado, literalmente, a su pareja de baile.

—No se ha comportado usted de forma caballerosa, Dr. Edwards.

—No me diga. Pues ya somos dos. Ayer estuve en cierto sitio curando ciertas heridas de ciertas desdichadas —replicó en tono seco.

Montagu se bebió una de las copas de champán mientras se sonreía.

—Es inevitable —le dijo este sin más—. Creo que he encontrado a la adecuada: sumisa, delicada como a mí me gustan, hermana del marqués y con una madre dispuesta a venderla a cualquiera. —La sonrisa del hombre fue artera.

Joseph lo miró con el ceño fruncido.

—No se le ocurra ponerle una mano encima a Lady Frances, se lo advierto.

—¿Cuándo piensa casarse, doctor? Lleva ya unos cuantos años en Bath y jamás le he visto con una dama… ¿O es que tiene otros gustos?

El médico se quedó petrificado ante aquel comentario. Sabía que ese día llegaría. Tragó saliva, se terminó su copa de champán, le ignoró y salió de allí muy alterado.

Pegar mujeres hasta dejarlas medio muertas estaba bien, pero amar a otro hombre era una aberración. Joseph hubiera querido arrancarle la cabeza a ese desgraciado y quemar en la hoguera a toda la sociedad.

—¡Joseph! —Marcus buscó al médico para despedirse, así que este se dio la vuelta intentando aparentar serenidad—. Volvemos a *Wollaton Hall*. ¿Quieres que te acerquemos a casa?

—Te lo agradezco, pero me apetece caminar. Necesito tomar el aire.

—Después iré con Alexandre a buscarte para que nos lleve donde podamos hablar con calma y estar tranquilos en un lugar especial…

—De acuerdo —respondió sin permitirle continuar—. Te espero—. Se dio la vuelta sin más, molesto y con los puños encrespados.

Marcus se quedó estupefacto, pestañeando. ¿Qué diablos le pasaba a Joseph? No era el hombre tranquilo y dulce que había conocido, estaba evidentemente muy alterado.

oOo

Joseph escuchó los cascos de un caballo acercarse por la empedrada *Gay Street*. Al constatar que se trataba de Alexandre algo en su interior se tranquilizó.

El joven se bajó del equino y lo tomó de las bridas, caminando al lado de Joseph, casi pegado a él. Le rozó los dedos de forma disimulada.

—Eras el hombre más apuesto y elegante de esa fiesta —lo halagó—. El azul te favorece, ¿por qué será?

—Vas a conseguir que sonría aunque no quiera. —Joseph arqueó los labios hacia arriba, sonrojado.

—Quería saber que estabas bien, por eso te espiaba. Me han entrado muchos recelos al verte hablando con Marcus.

—No tienes nada que temer, Alex… Yo solo tengo ojos para ti… —susurró mirándolo de reojo.

Joseph entonces cayó en la cuenta de un detalle muy importante.

—¡Marcus va a volver a por mí! Ha dicho que nos llevarías a un lugar donde hablar con tranquilidad. ¡Tienes que irte! —lo apremió.

—¡Ese malnacido no me ha dicho nada! —exclamó asustado. Sin perder el tiempo montó a Zeus y salió al trote en dirección a *Wollaton Hall* antes de que Marcus se percatara de su ausencia.

Joseph lo vio partir, preocupado. Entró en casa y se quedó sentado en la cocina, a la espera de lo que estuviera por llegar. Hipócrates se subió a su regazo y se frotó en la ropa dejando sus pelitos de amor. El médico lo abrazó con mucho afecto y besó su cabecita suave.

Tuvo un mal presentimiento.

18



Cuando Alexandre llegó a las cuadras, Marcus estaba allí hablando con Tidian. Ambos lo miraron con expresión de desprecio.

—¿Dónde diablos te habías metido? —inquirió su padre de malos modos —. ¡Estás haciendo esperar al señor!

—¿Esperar? —Se hizo el tonto ante la situación.

—Te dije antes que tenías que estar preparado para cuando volviéramos del baile.

Alexandre frunció el ceño ante aquella patraña tan descarada. Había sido su padre el que había omitido esa orden.

—Lo lamento, no lo entendí bien. Enseguida me preparo.

—Que no se vuelva a repetir —avisó Marcus subiéndose al carruaje—. Llévame a casa del doctor —ordenó antes de cerrar la portezuela de un golpazo.

Alexandre dejó a Zeus en manos de Tidian y tomó su puesto. Espoleó a los caballos y recorrió el mismo camino de nuevo, pero a la inversa, hasta llegar a *Gay Street*.

Marcus se bajó y llamó a la campanilla mientras el chico le observaba de reojo, angustiado. ¿Qué pretendía hacer con Joseph? Apretó con fuerza la fusta, deseando atizar con ella al lord.

El médico salió con la misma ropa que llevaba en el baile y escuchó unas palabras que Marcus le susurró al oído. Luego asintió y se subió al carruaje tras cerrar con llave su casa.

Marcus se acercó a Alexandre y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara. No quería que Joseph le escuchase.

—Llévanos donde ya sabes que me gusta ir.

El cochero tragó saliva y se planteó seriamente negarse, pero aquello hubiera producido un escándalo en medio de la calle y no podía hacerle eso a Joseph. Asintió sin decir una palabra y, cuando Marcus se subió a la

cabina, puso en marcha el carruaje en dirección a la *Molly House* que estaba situada en una zona cercana a la *Avon Street*, al lado del río, entre los barrios marginales, las tabernas y los prostíbulos.

Estaba seguro de que Joseph no sabía nada porque, conociéndolo, se habría negado en rotundo. Pero Marcus era un egoísta que solo pensaba en sí mismo, en su placer y en sus deseos.

También sabía por qué le había elegido para llevarlos: era su forma de martirizarlo por tener una amistad con Joseph. No se podía ser más despreciable.

oOo

El doctor empezó a angustiarse en cuanto comprobó hacia dónde se dirigía el carruaje, ya que conocía la zona de sobra por los actos de caridad que practicaba en ella.

Marcus se sentó junto a él y le pasó el brazo por los hombros, apretando al médico contra él al ver que se ponía nervioso.

—¿Dónde pretendes llevarme? ¿No podíamos hablar en mi casa? Por los clavos de Cristo —siseó furioso y apartándolo—, no me digas que vamos a la *Molly House*.

—¿La conoces? ¿Has estado ya?

—¡No! ¡No he pisado una en mi vida! —exclamó furioso, sentándose enfrente—. Pídele a Alexandre que dé la vuelta.

—Amor mío, confía en mí —susurró tomándole de las manos—. Jamás te pondría en peligro. Nadie nos molestará y hablaremos de muchas cosas importantes…

Joseph se deshizo del contacto y cruzó los brazos sobre el pecho. Sopesó la situación. Pensó en el cochero y en que también lo estaría pasando mal. Tenía que terminar con tamaño despropósito.

—He ido tres veces a verte para hablar… Lo he intentado en el baile… No me permites enviarte cartas, ni has aparecido por la casa. ¿Qué otra alternativa me has dejado? —Marcus jugó con el buen corazón de Joseph a sabiendas de que le haría sentirse mal.

—No quiero permanecer en ese lugar más de lo estrictamente necesario —claudicó al verse acorralado.

—Luego iremos a tu casa si lo prefieres. —A Marcus le daba igual el lugar donde mantener relaciones con él.

Joseph no respondió, consciente de la encerrona.

El carruaje se detuvo para agonía del médico. Marcus bajó primero y Joseph le siguió entre las calles llenas de borrachos y prostitutas. Algunas de ellas, al reconocerlo, se quedaron sorprendidas. Sin embargo, ni una sola se acercó por el gran respeto que le tenían. Todas daban por hecho que al doctor no le interesaban las mujeres y por eso le permitían atenderlas. Pero jamás lo habían visto deambular de noche por allí y menos cerca de la *Molly House*, ni acompañado de otro caballero.

Por parte de Alexandre, se quedó mirando a las dos figuras desaparecer en la oscuridad de aquellas apestosas callejuelas. Él no podía pasar con el carruaje y tuvo que reconducirlo a otra zona, una donde los cocheros aparcaban a la espera de que los señores volvieran de sus libertinajes.

Sus compañeros de profesión se dedicaron a beber, reír y jugar a las cartas. Uno de ellos lo reconoció de un año anterior y se le acercó.

—¡Ey! El chico de los rizos —le dijo haciéndole un aspaviento—. ¿Y tu padre? Me debe dinero y me dijo esta noche que me lo entregaría cuando nos encontráramos aquí.

—¿Mi padre?

—Sí, ¿no eres el hijo de ese negro? Tidian.

—Sí, es mi padre —respondió con extrañeza.

—Pues dile que me pague lo que me debe.

—¿Cómo te llamas?

—Solo dile que soy el cochero del Magistrado Sir Montagu. Tu padre ha perdido a las cartas varias veces. ¡Ese malnacido te ha mandado a ti para librarse él!

En realidad no era el caso, pero a Tidian la tesitura le había ido de perlas para librarse del confrontamiento con aquel tipo.

Alexandre le aseguró que le haría llegar el mensaje y se quedó sentado con los demás, aunque en silencio pese a que le animaron a beber con ellos.

Sin embargo, en lo único que podía pensar era en que Joseph había ido directo a la boca del lobo, y con el lobo en sí…

Rezó para que fuera capaz de salir airoso. Confió en ello. Necesitó que fuera así para no salir corriendo tras ellos y llevarse de allí al médico. Marcus podía llegar a ser un bestia cuando perdía la cordura…

oOo

Se accedía al interior de la *Molly House* a través de las cocinas de una hedionda taberna.

Marcus pagó al encargado de dejarlos pasar y caminaron por un largo pasillo que daba a otro edificio, más concretamente al subsuelo de este tras bajar unas angostas escaleras. Marcus volvió a abonar la tarifa y la puerta fue abierta para ellos.

El ambiente en el interior cambió por completo: música alegre sonando, un salón amplio lleno de caballeros en actitudes cariñosas, bailando o bebiendo en grupos donde charlaban de forma animada.

Algunos iban en pareja y a otros los acompañaban jovencitos atractivos u hombres vestidos de mujer.

A Joseph aquello no le escandalizó pues conocía perfectamente cómo era el submundo de las relaciones entre hombres, pero la incomodidad le asaltó con fuerza y quiso salir corriendo ya que ese modo de vida no iba con su filosofía.

—¿Estás bien? —Marcus deslizó el brazo por su cintura para poder apretarlo contra él y le dio un beso en la comisura de los labios.

—No. —Joseph se apartó un poco, asqueado pero intentando que no se le notase.

—Pediré *whisky* para los dos.

—¿Podemos hablar ya e irnos? —exigió.

—Amor mío, relájate. —Marcus vertió todo su amor en la forma de mirarlo —. Aquí nadie nos va a juzgar. Ve, siéntate en ese reservado y te llevaré una copa.

Ignorando por completo los deseos de Joseph, Marcus se fue a buscar la bebida mientras el médico, con la cabeza gacha, se sentó en una butaca tras un biombo de tres piezas, observando a través de las rendijas. Desde allí reconoció a varios hombres.

Se acercó entonces un joven vestido de mujer, con una indumentaria femenina y una peluca de rizados cabellos recogidos.

—¿Ha venido solo, caballero? Nunca le había visto por aquí… ¿Anhela compañía? Soy Miss Lindsay —susurró en tono afeminado y dulzón.

—Se lo agradezco, Miss Lindsay, pero sí vengo acompañado y… *Em*… Me agradan solo los caballeros. —Intentó ser cortés. Algunos hombres nacían

sintiéndose mujeres y solo en la intimidad podía manifestarlo. Muchos se prostituían, de hecho.

—No se preocupe, lo comprendo. Aun así me tiene como a una amiga si quiere hablar de cualquier tema.

—Largo de aquí, maldito *mollie*[12] —lo increpó Marcus en tono peyorativo, empujándolo.

—¡Qué grosero! —El joven se fue, airado.

—¡Marcus! No la trates de ese modo.

—Es un invertido por creerse una mujer. Resulta repugnante.

Joseph se quedó petrificado ante esa reacción. Pero qué se podía esperar de alguien cómo él, que odiaba a las mujeres en todos los sentidos. Hasta dentro de la propia sodomía había prejuicios, lo cual era absurdo ya que para las autoridades todos eran iguales a la hora de ser ahorcados.

—Pues por mucho que te repugnen las mujeres, hoy has pretendido a una hermosa dama durante toda la noche —le sermoneó.

—No estés celoso, amor mío. Fue todo por pura apariencia. Con quien deseo bailar es contigo, te lo aseguro.

—Eso jamás pasará, Marcus.

—Aquí sí podemos. ¿Lo ves? Todos están felices con sus amantes o simplemente rodeados de sus iguales.

—Ya he visto a dos de mis pacientes desde aquí, ¿sabes? Ambos caballeros casados, con hijos y nietos. Estaban con Mary-Anns[13]. Todo feliz, precioso y estupendo —ironizó—. Me temo que tenemos formas distintas de ver este mundo.

—Creo que estaríamos más tranquilos en una de las alcobas. —Al ver la expresión de pasmo de Joseph, Marcus se apresuró a seguir—: No temas, solo será para hablar de nuestro futuro juntos. Es algo muy privado y aquí no podemos… ¿De acuerdo? No pasará nada que no quieras.

Joseph no se fio en absoluto de aquello, pero accedió con tal de que nadie lo reconociera.

Siguió a Marcus hasta un pasillo que llevaba a la zona donde estaban las estancias. Sintió angustia al escuchar los gemidos de carácter sexual que traspasaban las puertas cerradas. Le resultó sumamente violento.

El lord sacó una llave y abrió la habitación que estaba más al fondo dejando pasar al médico primero.

Este observó que estaba bien iluminada, amueblada con una cama de dosel impoluta y limpia, una bañera de patas, un armario imponente, mesillas y toda clase de bebidas en un pequeño mueble. Había mucho lujo en la habitación. Fue a sentarse directamente al sofá, lo más alejado posible de aquel lecho.

—Lo mejor para mi querido. —Marcus se colocó a su lado y le tomó del rostro para besarlo con cada vez más vehemencia.

—P-para… —Respiró con dificultad—. Hablemos. Hablemos ya, te lo suplico. Escuchar fornicar a otros me pone enfermo.

—¿No te excita? A mí sí… —Marcus deslizó la mano por su pierna y le apretó con la palma de la mano los testículos.

Joseph lo apartó, furioso, y se puso en pie.

—¡Se acabó! ¡Llévame a casa de una vez! ¿Te crees que soy estúpido y no sé para qué me has traído a este lugar?

Marcus cambió su expresión de deseo por una de monumental enfado.

—¡Estoy harto de esperar! ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me evitas? —estalló en un acceso de ira, asiendo a Joseph por el brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

El médico se soltó de un tirón, reculando varios pasos.

—No me vuelvas a poner la mano encima, no soy tu esclavo, ni tu amante, ni nada parecido.

—P-pero… ¿Pero qué dices? ¡No entiendo nada! —exclamó el lord, confundido ante aquel giro de los acontecimientos.

—¡No quiero estar contigo! ¡Me he dado cuenta qué tipo de persona eres! ¡Y no me gustas en absoluto! Solo estaba sugestionado por mi sentimiento de soledad. Ni siquiera me has preguntado por Oscar, nunca te has interesado por saber qué pasó con él, me has intentado manipular una y otra vez, has insistido sin cesar hasta la saciedad —jadeó casi sin aire.

Marcus, realmente estupefacto, se sentó de nuevo intentando gestionar lo que le había dicho Joseph.

—¿N-no me amas?

—No, Marcus, no te amo —se sinceró por fin.

—¿Has estado jugando conmigo?

—No —negó en rotundo—. Simplemente tú y yo no buscamos lo mismo.

Marcus se levantó y acorraló a Joseph contra la pared, aunque este le sostuvo la mirada con intensidad.

—Ha sido Alexandre, ha sido ese maldito hijo de ramera el que nos ha separado. ¿Qué te ha contado de mí? ¿Sois amantes? ¡Contesta! —gritó a pleno pulmón, haciendo que Joseph se asustara de veras.

—Él no tiene nada que ver, así que déjalo tranquilo —respondió templando la voz para que no se le notase el miedo por el chico.

—¿Sabes? Estaba dispuesto a dejar esta vida disoluta por ti. Proponerte que fueras mi amante para el resto de nuestros días. Hasta mi hermano me dio su beneplácito con la condición de que me casara y diera un heredero al marquesado… —tragó saliva antes de continuar hablando—. Por eso esta noche elegí pretender a esa mujer, para poder llevar una vida juntos, tú y yo.

—¡Nada te daba derecho a contárselo a tu hermano! Y jamás habría aceptado ser el amante de un hombre casado. ¿Lo entiendes ya? No pensamos igual, no somos iguales, no podemos convivir. ¡No eres Oscar! —le salió del alma gritar aquello—. ¡Y nunca lo serás! ¡No le llegas ni a la suela del zapato! Así que no quiero nada que esté por debajo de él. ¡Y tú lo estás! —bramó.

Marcus, ofuscado y dolido, sujetó a Joseph por la ropa y lo empujó contra la cama con la intención de gozar de él. Este se resistió con todas su fuerzas, pero Marcus era demasiado corpulento incluso para él. Pese a ello, le pegó en varias ocasiones en el rostro hasta hacerle sangrar la nariz y conseguir que parase.

Reculó en el lecho, angustiado y con el chaleco destrozado por los tirones.

—¿En serio crees que puedes violentarme? ¿Esa es tu forma de amar? ¡Resultas patético! ¡Soy un hombre adulto al que no puedes manejar a tu antojo!

Marcus se echó a llorar de rabia y frustración.

—Me has roto en pedazos, Joseph… —Apretó los dientes—. ¡Te amo y me has roto! —Casi se ahogó en llanto.

Joseph hubiera podido llegar a sentir lástima, pero no fue capaz de ser empático. Le había hecho mucho daño a su amado Alexandre.

De pronto se escucharon gritos fuera y ambos se asustaron. Alguien aporreó la puerta con pujanza y vigor.

oOo

Alexandre perdió tan solo unas monedas jugando a las cartas, intentando no pensar en Marcus y Joseph en la *Molly House.* Confiaba con plenitud en

el médico, pero no en ese malnacido del lord. Estaban tardando demasiado…

De pronto se acercó una prostituta a él y varios de los cocheros silbaron y rieron. Normalmente, cuando estaban esperando a su señores, algunos de ellos aprovechaban para pasar un buen rato con aquellas mujeres de malvivir.

—No estoy interesado —le explicó al sentirla tan cerca.

Ella, en cambio, le pasó la mano por el brazo para llevarlo a un lado, sonriendo melosa y mostrando su enorme busto, saludando a los otros hombres y contoneando las caderas.

—¿Eres el cochero de ese lord? —le preguntó en un susurro, fingiendo estar flirteando con él, pegada a su pecho.

—P-perdone, pero…

—Escucha, va a haber una redada. La ha ordenado el Magistrado Sir Montagu. Le hemos escuchado reírse de ello mientras estaba en el burdel. Y como hemos visto al Dr. Edwards entrar en la *Molly House*, y no queremos que le pase nada porque es un buen samaritano con nosotras, necesitamos que vayas a dar el aviso. No se nos permite entrar al ser mujeres, pero a ti sí. ¿Entiendes?

Alexandre se quedó petrificado y sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de pies a cabeza.

Ella se sacó de entre los generosos pechos unas cuantas libras y se las tendió al joven.

—Es nuestra recaudación de esta noche, para que pagues la entrada a la *Molly*. Por favor, avisa al doctor y salid de allí cuanto antes, porque no sabemos cuándo llegarán los *constables*[14].

Alexandre echó a correr calle arriba, desesperado, haciéndose paso entre los borrachos y otras meretrices que lo llamaban. Llegó a la parte trasera de la taberna, pagó la tarifa y continuó hasta la puerta que daba a la *Molly House*.

—¡Va a haber una redada! —avisó al hombre de la entrada, que lo miró perplejo—. ¡Déjame pasar! —exigió con ansia.

—Paga el coste.

—¡Te digo que va a haber una redada! —Le lanzó los billetes al pecho y lo empujó para poder adentrarse.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Eso es imposible! ¡Hemos pagado mucho dinero para que…! —Alexandre ya estaba en la otra punta de la sala, buscando con desesperación a Joseph, pero no estaba a la vista.

Comenzó a preguntar a varios hombres, hasta que se le acercó Miss Lindsay, preocupada por aquel comportamiento tan errático.

—¿Buscas a un caballero muy apuesto, rubio de ojos azules?

—¡Sí! ¡Es muy importante que hable con él!

—Acompáñame, te diré dónde está con su amante.

Lo siguió hacia las habitaciones y le indicó que se encontraban en la estancia del fondo.

—Vete, va a haber una redada. ¡Gracias por la ayuda! —le avisó.

El joven *mollie* abrió mucho los ojos.

—¿Cómo lo sabes? Se ha pagado mucho dinero para que no la hagan…

—Me ha dado el soplo una prostituta.

Miss Lindsay tenía buena relación con ellas ya que la trataban como la mujer que se sentía, así que dio por fidedigna dicha información.

Echó a correr para avisar a todo el mundo a voz en grito. El pánico se desató y hombres a medio vestir salieron de las habitaciones.

Alexandre se centró en aporrear la puerta del fondo y llamar a Joseph hasta quedarse sin voz.

Marcus la abrió y se quedó pasmado al verlo. El médico aprovechó el momento y salió corriendo de la estancia, tomando al joven de la mano para alejarlo de aquel energúmeno.

—¡Redada! —gritaron al fondo.

El rudimentario cuerpo de policía irrumpió en la *Molly House* y comenzó a golpear con porras a todos los hombres vestidos de mujer que encontraron a su paso, así como también a detener a los caballeros que no habían podido escabullirse.

—¡Malditos sodomitas! ¡Repugnantes enfermos! —gritaron mientras iban sacando a la gente a empellones.

Alexandre y Joseph se escondieron bajo una mesa con mantel y Marcus los siguió. Los tres se quedaron callados con el corazón en un puño. Marcus, a pesar de lo sucedido, temió por Joseph. A él no le pasaría nada, solo tenía que sobornar a todo el mundo para salir indemne, pero no quería que el médico

acabara en la horca y que, para colmo, su hermano se viera involucrado en un escándalo por haber tenido un médico que practicaba la sodomía.

Cuando el mantel subió se temieron lo peor, pero allí estaba Miss Lindsay haciéndoles un gesto de silencio con el dedo sobre sus labios pintados. Les pidió que salieran y los ayudó a escurrirse por una puerta secreta, junto a otros hombres. Había tanto caos que no resultó complicado cuando se conocían los pasadizos secretos.

Salieron a una calle llena de basura que apestaba a comida en mal estado, vómitos y otras cosas poco agradables.

—¡Adiós, caballero mío! —dijo el joven lanzándole un beso al doctor.

—¡Gracias, lady! —le respondió este, aún muy afectado por aquella situación. Casi no pudo tenerse en pie.

Alexandre lo sujetó con fuerza y observó las ropas rasgadas y luego las marcas de puñetazos en el rostro de Marcus.

—¡¿Qué le has hecho?! —le gritó iracundo.

—¡Cállate! —le ordenó el lord.

—¡Grandísimo malnacido! —respondió con rabia.

—Alexandre, no es el momento. Por favor, vayámonos todos —rogó Joseph con un ataque de nervios que casi no le dejaba respirar. Tuvo que desatarse el pañuelo del cuello.

Con mucho cuidado fueron rodeando las calles afectadas por la redada hasta llegar a la zona de los cocheros.

Muchos ya se habían ido, pero otros aún esperaban a sus señores. Afortunadamente el carruaje seguía allí, guardado por el tipo al que Tidian le debía dinero.

—¡Eh, chico! Recuerda lo que te he dicho antes sobre tu padre.

Alexandre asintió mientras ayudaba a Joseph a subir a la cabina. Marcus fue tras él y no hizo falta una orden para que el cochero pusiera en marcha el carruaje en dirección a casa del médico.

oOo

Marcus observó con angustia cómo Joseph sollozaba durante todo el camino, en silencio, hecho un ovillo sobre el asiento.

No hizo el amago de sentarse a su lado, ni de tocarlo. De hecho, se dio cuenta de que tenía roto el chaleco.

Había intentado forzar a Joseph Edwards. El lord lo comprendió, sí, pero no fue capaz de interiorizarlo, arrepentirse y pedirle perdón. Al contrario, el odio se emplazó en él y este tendría que salir por algún sitio.

Estaba seguro de que Alexandre era el culpable de que Joseph no le amara, de su desprecio, de su rechazo absoluto.

Ese maldito se las iba a pagar en cuanto llegaran a *Wollaton Hall*.

19



No tardaron demasiado en llegar a *Gay Street*, a la normalidad de una zona tranquila donde las familias ya estaban durmiendo y muy pocas luces se colaban entre las cortinas, aquí y allá.

Alexandre había temido que los siguiera algún otro carruaje lleno de *constables,* para llevarlos directamente a la cárcel *Bath Gaol*, con el resto de maleantes y criminales. Sin embargo, no se escuchó nada en cuanto se detuvieron frente a la casa de Joseph.

Alexandre se apresuró a bajar de un salto y abrir la portezuela. Entró para sacar al médico, al cual encontró en estado de estupor, hecho un ovillo y sin moverse.

—¿Es qué no piensas ayudarme? —inquirió con furia al lord.

Marcus lo miró como si no lo viera y luego reaccionó a sus palabras. Cuando fue a tocar a Joseph, este se irguió apartándolo de un manotazo.

—¡No! —gritó mientras se colaba por la portezuela bajando a trompicones. Por fortuna, Alexandre evitó que se cayese acompañándolo hasta la puerta.

—¡Joseph, perdóname, te lo suplico! —exclamó Marcus con aflicción—. Te lo ruego… —gimió tras apearse.

—No te acerques a él —advirtió Alexandre con un gruñido protector. Joseph estaba asido a sus ropas y aún temblaba—. De hecho lárgate, porque no pienso dejarle solo en este estado.

—¡Tú te vuelves conmigo a *Wollaton*! —exigió agarrándolo con violencia por la pechera de su abrigo.

Joseph reaccionó y le dio un empujón rabioso para que soltara al cochero.

Algunas voces se escucharon en las ventanas y se encendieron diversas luces. Habían gritado demasiado y eso llamó la atención de la vecindad.

—Mañana iré a presentar mi renuncia a tu hermano y pediré a los Smith que vuelvan. No quiero volver a verte en toda mi existencia, Marcus Vane —

sentenció el médico.

El lord reculó, cerró la puerta del carruaje y se subió a él para conducirlo. Atizó a los caballos con la fusta y estos arrancaron a correr.

Joseph sacó la llave de su casa con mano temblorosa y abrió la puerta acompañado de Alexandre, que lo ayudó a subir las escaleras. A mitad de camino el buen doctor se derrumbó, sollozando a lágrima viva por lo aterrado que estaba y la terrible experiencia en la *Molly House*. Se abrazó a Alexandre con toda la fuerza de la que fue capaz, tiritando. Ambos se quedaron sentados y unidos hasta que Joseph consiguió respirar con menos dificultad y volver a tener el control de sus actos. Tomó al joven por el rostro y lo acarició buscando sus besos.

Alexandre le dio todo su cariño en aquellas escaleras, lo estrechó contra sí, le sujetó por la nuca, vertió en él el amor que sentía hasta que Joseph se fue calmando, poco a poco.

Se escuchó a Hipócrates desde lo alto de la escalera, dándoles un sermón. Joseph miró a su parlanchín y pudo sonreír de alivio. El gato, ni corto ni perezoso, bajó hasta donde ellos estaban y se enroscó entre los cuerpos de ambos, ronroneando con fuerza y frotándose contra el médico.

—Nota cuando alguien no está bien. Los gatos son animales muy empáticos…

—Deberíamos ir a la cama. Necesitas quitarte la ropa, la tienes ensangrentada. Dime que no te hirió, dime que no llegó a…

—La sangre es suya, le aticé en la cara cuando se sobrepasó.

Alexandre enrojeció de ira y fue Joseph quien tuvo que mitigar ese ánimo violento. Lo besó de nuevo, lo abrazó y le dio las gracias por salvarlo de un destino horrible. Porque el final era la horca, pero el camino hasta ella hubiese sido un infierno mucho peor.

—Dale las gracias a las prostitutas, fue una de ellas quien me avisó de la redada y me dio el dinero para poder entrar. Deben estimarte mucho…

Joseph lo miró con estupor.

—Yo solo las he tratado cuando estaban enfermas y curado cuando se han sobrepasado con ellas…

—¿Y te parece poco? Si los ángeles existen en la tierra, tú eres uno de ellos, amor mío —musitó acariciándole el rostro húmedo por el llanto—. Y yo tengo la suerte de tenerte frente a mí.

—Vamos a la alcoba —susurró sujetando a Hipócrates contra sí mientras se ponía en pie, le daba la mano a Alexandre y subían el tramo de escaleras que faltaba.

El gato saltó de su regazo y se escabulló entre las sombras, maullando. A oscuras ambos hombres llegaron a la habitación. A oscuras se desnudaron el uno al otro y a oscuras terminaron entrelazados bajo las sábanas, besándose.

—Estaba aterrorizado por si Marcus te violentaba. Solo quería ir y sacarte de ese lugar…

—Cuando le dije que no le amaba, que no quería tener una relación clandestina con él, reaccionó muy mal y lo intentó. Pero no se lo permití. Aún me duelen los nudillos de los golpes que le propiné.

Alexandre le besó esa zona de la mano con sumo cuidado.

—Es un energúmeno. Pero me alivia saber que ya no te tocará más.

—Él cree que es todo culpa tuya y temo por tu seguridad.

—Me considero un culpable orgulloso de serlo.

—No puedes volver a ese lugar, cariño mío. Por favor, quédate a mi lado, sé mi compañero… —le propuso con anhelo.

Alexandre le acarició la mejilla, el cabello, las patillas, los labios, el mentón, la nariz, los párpados… Aquel caballero le quería a él para compartir su vida. Una sensación muy cálida le calentó la zona del pecho.

—Si ahora hago eso las consecuencias serán desastrosas —respondió—. Conozco a Marcus y no puede saber que estamos juntos como amantes o nos destrozará a ambos.

—¿Estás seguro?

—Sí, no te preocupes, sé defenderme. Solo debemos tener paciencia y en cuanto todos se vuelvan a *Longleat*, entonces me quedaré contigo. Te quiero, te quiero muchísimo, Joseph. Me has salvado de una vida horrible.

—Mi Alex. —Lo estrechó contra sí, no sin miedo al futuro—. Y tú me has salvado de una soledad muy triste en la que estaba sumido sin poder salir. Conocerte ha sido un milagro. Dices que soy un ángel terrenal, pero tú lo eres más que yo. A pesar de lo que has padecido, eres muy fuerte.

—También te hiciste muy fuerte tras lo que le pasó a Oscar.

—Tú y yo somos dos personas perdidas, que se han encontrado en la vida. En ocasiones pienso que soy muy inocente. —Rio un poco—. Que un

día te darás cuenta de la diferencia de edad, conocerás a otro más joven, dejarás de quererme y me volveré a quedar solo.

—Estaría tarado si dejara de quererte… No existe en el mundo un hombre mejor que tú. —Suspiró—. ¿Crees que a mí no me pasa algo similar? Apenas sé escribir sin cometer fallos, he trabajado siempre de mozo y cochero… Solo soy un joven sin mucho que ofrecer. Ni siquiera entiendo por qué me quieres habiendo tenido a alguien como Oscar.

Alexandre no pudo evitar sentirse inferior y escondió el rostro en el velludo pecho de Joseph.

Este le acarició los suaves rizos, besándolos con devoción. Un sentimiento muy profundo lo embargó.

—Siempre me dije que jamás aceptaría a otro hombre que estuviera por debajo de él. Y créeme, si me he enamorado de ti es porque eres su igual. No os parecéis nada en absoluto, en ningún sentido más que en la bondad de vuestros corazones.

Alexandre levantó el rostro y lo besó con ímpetu, emocionado y enardecido. No obstante, no fue más allá porque Joseph debía seguir traumatizado. Dormir juntos era más que suficiente.

Pero fue el doctor quien no pensó de igual forma y se colocó encima del joven, abriéndole las piernas y frotándose contra él.

—¿Estás seguro? Hemos pasado por algo traumático.

—Sí —jadeó entre besos—. No quiero perder ni un segundo más de mi tiempo siendo un indeciso. Ya he estado muerto en vida demasiados años.

Alexandre le permitió seguir de buena gana. Pese al tremendo susto vivido aquella noche, ambos se enardecieron rápidamente. Los besos, lametones, mordiscos y caricias les llevaron directos hacia la lujuria.

Joseph se liberó de algún modo de todo el lastre que llevaba encima y se permitió ser él mismo en esa intimidad compartida con Alexandre.

De hecho, este se sorprendió de cómo lo tocaba, de manera mucho más vehemente que en las anteriores ocasiones.

—Ponte bocabajo —le ordenó Joseph con la boca pegada a su oreja y Alexandre no lo dudó ni un instante, ansioso.

Sintió el brazo del médico por debajo de su vientre, levantándole las caderas y masturbándolo con pericia pero también cuidado. Gimoteó de

puro placer, aferrado a las sábanas. Sus encuentros sexuales cada vez eran mejores porque empezaban a conocerse bien.

Joseph sacó del cajón de la mesilla una botellita de cristal. Se embadurnó las manos con su contenido y después lo vertió entre las nalgas de Alexandre, el cual emitió un sonido de sorpresa.

—Tranquilo, solo es aceite de almendras.

Con las manos abiertas masajeó sus nalgas, caderas y testículos. Introdujo un dedo con cuidado, que se deslizó con mucha facilidad.

Alexandre se derritió de placer, sobre todo cuando aumentó la cadencia para prepararlo.

Joseph consideró que estaba listo y tomó su propio miembro para ser él quien se metiera en Alexandre de la forma más íntima y profunda posible. El calor de aquel interior le hizo arder, sobre todo al escuchar los gemiditos del joven. Lo tomó con fuerza de las caderas y empujó para entrar del todo. Ver su espalda arqueada, las nalgas respingonas y el cabello ondulado esparcido por la sábanas, le volvieron loco.

Gracias al aceite todo fue más fácil y placentero para ambos. Joseph embistió con cada vez más énfasis, casi sin poder controlarse y temiendo terminar demasiado rápido. Alexandre apretó todo lo que pudo hasta que no pudo más y, simplemente, se dejó llevar por los certeros envites. Nunca en su vida había sentido tanto placer. No hizo falta ni tocarse ni que Joseph le tocara para soltar un chorro de semen cuando el orgasmo más fuerte de su vida le recorrió. Fue tan intenso que mordió la almohada gimoteando después.

Joseph, satisfecho de haberlo hecho sentir así, continuó concentrado en su propio deleite. Aquel interior ardía, le derretía, le instaba a derramarse dentro y hasta el fondo. Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones, en cómo los testículos de ambos chocaban con cada empellón, o en los sonidos de sus cuerpos húmedos frotarse y los gemidos de Alexandre rogándole que fuera más rápido…

El orgasmo le llegó como un rayo en la tormenta, simplemente apareció y le hizo gemir de gozo, empujando un par de veces más a Alexandre.

Este sintió el calor del semen inundarlo y eso le hizo sonreír entre jadeos. Aquella semilla era solo suya.

—¿Estás bien? —Se preocupó Joseph.

—Dios Santo, Joseph… Eres maravilloso…

Con cuidado, este salió del chico y se limpió con las sábanas. Luego hizo lo mismo con Alexandre, que se quedó bocabajo con las piernas abiertas. Aquello todavía ardía.

—¿Has usado ese aceite para no hacerme daño? —susurró en tono de pregunta.

—Sí, y para darnos más placer ambos. Tranquilo, no pasará nada, ni te escocerá después. —Joseph se tumbó a su lado y le rodeó la cintura con el brazo, apretándolo contra él. También le besó la mejilla enrojecida por el esfuerzo.

—Mañana… ¿desayunarás conmigo en el jardín?

—Claro que sí…

Se quedaron callados unos instantes, con los ojos entrecerrados.

—¿Estás seguro de querer volver a *Wollaton Hall*?

—Sí. Y, por mucho que me duela, creo que tenemos que mantenernos separados un tiempo para evitar que Marcus lo pague con ambos. De verdad, no le conoces como yo. Es por el bien de nuestro futuro juntos.

—¿Crees que debo renunciar a curar al marqués? Se que lo he dicho antes, sin embargo, me sentiría un mal médico…

—No renuncies, sé el gran doctor que eres, demuéstrale a Marcus que eres mejor que él. Cuando sepamos quién es el culpable de los envenenamientos todos se irán y nosotros podremos seguir con nuestras vidas.

—Entonces, ¿aceptas ser mi compañero? —indagó Joseph con los ojos enrojecidos de emoción.

Alexandre asintió y lo abrazó más fuerte. Luego los tapó a ambos con una manta y se unió a ellos el bendito Hipócrates, que se quedó hecho una bola junto a la cabeza de Joseph.

Este último tardó un poco más en conciliar el sueño, dándole vueltas al despropósito acontecido aquella noche. Habían estado a punto de ser descubiertos, detenidos, enjuiciados y ahorcados.

Cuando todo aquello terminase, abandonarían Bath en busca de un nuevo destino. Aquel lugar ya no era seguro.

oOo

Beth llegó a la consulta el sábado por la mañana, sin esperar encontrarse con aquella estampa en el jardín: Joseph y Alexandre sentados junto al

pozo. El más joven apoyado en las pantorrillas del otro que le estaba adornando el pelo con pequeñas florecillas blancas. El gato estaba al lado de ambos, tirado sobre el herbaje.

Sabía que a Joseph le gustaba el chico, aunque estuviera sopesando la posibilidad de iniciar un idilio con el insistente Lord Vane, pero ¿cuándo habían cambiado tanto las cosas?

Carraspeó un poco y ambos saltaron como un resorte, asustados. Joseph, al verla, se tranquilizó de inmediato, pero no así Alexandre.

—No te preocupes, recuerda que ella ya conoce mis gustos.

—Se me ha salido el corazón por la boca —jadeó Alexandre llevándose la mano al pecho.

—Lamento la interrupción, pero… ¿No pensabas contármelo, Joseph? —Colocó los brazos en jarras y pareció un botijo con su enorme panza.

—Pasó hace días… —confesó sonrojado como si Beth fuera una madre gruñona.

—¿Y el otro individuo insistente? El lord.

Joseph negó con la cabeza y cara de asco.

—Tengo que contarte unas cuantas cosas. Ven, siéntate.

Le preparó una de las sillas de jardín y la ayudó a colocarse mientras ella se agarraba la tripa. Luego le vertió un poco de té en la taza que había sobre la mesa.

Junto a Alexandre, Joseph relató lo sucedido entre ellos, omitiendo los datos privados, y lo acontecido la noche anterior.

Beth se quedó pálida y sin palabras. Luego le cambió el color del rostro a uno purpúreo, pues sintió una gran aversión hacia Marcus.

—¡Por los clavos de Cristo, Joseph! ¡Te expusiste demasiado! —lo regañó preocupada—. ¡Y ese horrible hombre te empujó a ello! Sabía que no era trigo limpio. ¡Tres veces vino a verte insistiendo en esperarte!

—Nunca había temido tanto por mi vida como anoche. Y por la de Alexandre. —Deslizó la mano, de forma natural, hacia la del joven. Este, aunque un poco avergonzado, la apretó con cariño.

—Chico. —Beth se dirigió hacia el cochero—. Tenéis que andar con mil ojos —advirtió—. Menos mal que solo yo tengo la llave y que la Sra. Smith está en *Wollaton Hall*, aunque para el caso es lo mismo…

—¿Qué quieres decir? —indagó el médico.

—Que no es tonta, Joseph.

—Por Dios… —El rubio se llevó una mano a la frente—. Con lo religiosa que es. Debe estar horripilada.

—Hiciste todo lo posible, y lo imposible, para que su esposo sobreviviera a una terrible enfermedad sin cura. Trabaja para ti y te tiene en gran estima. ¿Realmente crees que le horripilas?

—Supongo que no…

—En ese pozo oscuro en el que estáis vosotros, a veces hay personas que os tenderán la mano para que podáis salir a flote. Pero también hay muchas malas gentes que os lanzarán piedras para que os hundáis y ahoguéis.

A Joseph se le saltaron las lágrimas, todavía afectado por los recientes acontecimientos. Alexandre le rodeó el cuello con los brazos y hundió la nariz en su pelo.

Beth sintió calor en su corazón. Joseph estaba superando aquel prematuro adiós de Oscar.

—Sed prudentes.

—Lo seremos, Sra. Anderson —aseguró Alexandre—. Mientras los Vane permanezcan aquí, Joseph y yo mantendremos las distancias y no tendremos encuentros secretos.

Ella secundó la decisión.

—¿Crees que tu esposo podría acercarnos hoy a *Wollaton Hall*? Alexandre debe volver y yo tengo que hablar con los marqueses.

—Se encuentra fuera esperándome. De hecho, venía a decirte que no puedo seguir ayudándote, Joseph. Estoy ya demasiado embarazada para salir de casa —dijo con pena ya que ella amaba ser su ayudante.

—Te he permitido seguir porque eres la persona más tozuda del mundo, pero te aseguro que si no me lo hubieras dicho tú, te habría quitado la llave en breve para que no pudieras entrar. —Tendió la palma abierta y Beth depositó el objeto en ella—. Voy a vestirme en condiciones y nos vamos.

Cuando Joseph abandonó el jardín, Beth giró el rostro hacia Alexandre.

—¿Le amas de verdad? Porque no permitiré que sufra de nuevo por la pérdida. —Frunció el ceño—. Lo conozco hace unos años y es muy sensible, amable, bueno, inocente en ocasiones, e indeciso. Si ha dado el paso es porque debe estar profundamente enamorado de ti.

Alexandre boqueó al principio. Aquella mujer podía dar miedo si se lo proponía.

—Le correspondo por completo, en cuerpo y alma. Le seguiré allá donde vaya y secundaré toda decisión que tome.

—Excelente, no tendré que usar la tranca y atizarte. —Luego su carita cambió de nuevo y se tornó inocente en cuanto Joseph volvió vestido como todo un caballero.

Alexandre se mostró muy solícito con la embarazada y la acompañó a la salida tomando su brazo con mucho cuidado.

—Buenos días, Sr. Anderson. ¿Nos podría acercar a *Wollaton Hall*?

—Por supuesto, Dr. Edwards —aceptó con una sonrisa en su agradable rostro. Era un hombretón de aspecto afable y tierno.

Su mujer se aferró a su brazo y los otros dos se subieron a la parte trasera, sentados sobre heno fresco.

Durante el camino, el hombre comentó algo muy preocupante que hizo ponerse lívido a Joseph.

—Anoche hubo redada en *Avon Street.* Por lo visto fue tremendo y han metido a muchos hombres en la cárcel por sod…

—Amor mío —lo cortó su mujer con una rapidez pasmosa—, no queremos escuchar cosas desagradables con el bonito día que hace hoy.

—Pero…

—Ay… —gimió ella—, creo que me ha dado una punzada. —Exageró para que su esposo se olvidase de lo que estaba diciendo y apurase al caballo—. Estos dolores de vientre son cada vez más intensos… Cuanto antes lleguemos a casa, mejor.

—Avísame en cuanto todo empiece —rogó Joseph.

—Lo haré, lo haré. Quien mejor que el Dr. Edwards para asistir el parto de una primeriza —aseguró.

Los Anderson los acercaron hasta la entrada a los dominios que conformaban *Wollaton Hall*.

Tras despedirse de la pareja, Joseph y Alexandre continuaron a pie por el camino de entrada, jalonado por árboles, andando sobre la hojarasca y respirando el aire puro.

—¿Estás nervioso? —preguntó el joven.

—¡Mis pobres nervios! —bromeó el médico—. ¿Recuerdas a la Sra. Bennet del libro *Orgullo y prejuicio* que te presté? Esa soy yo ahora.

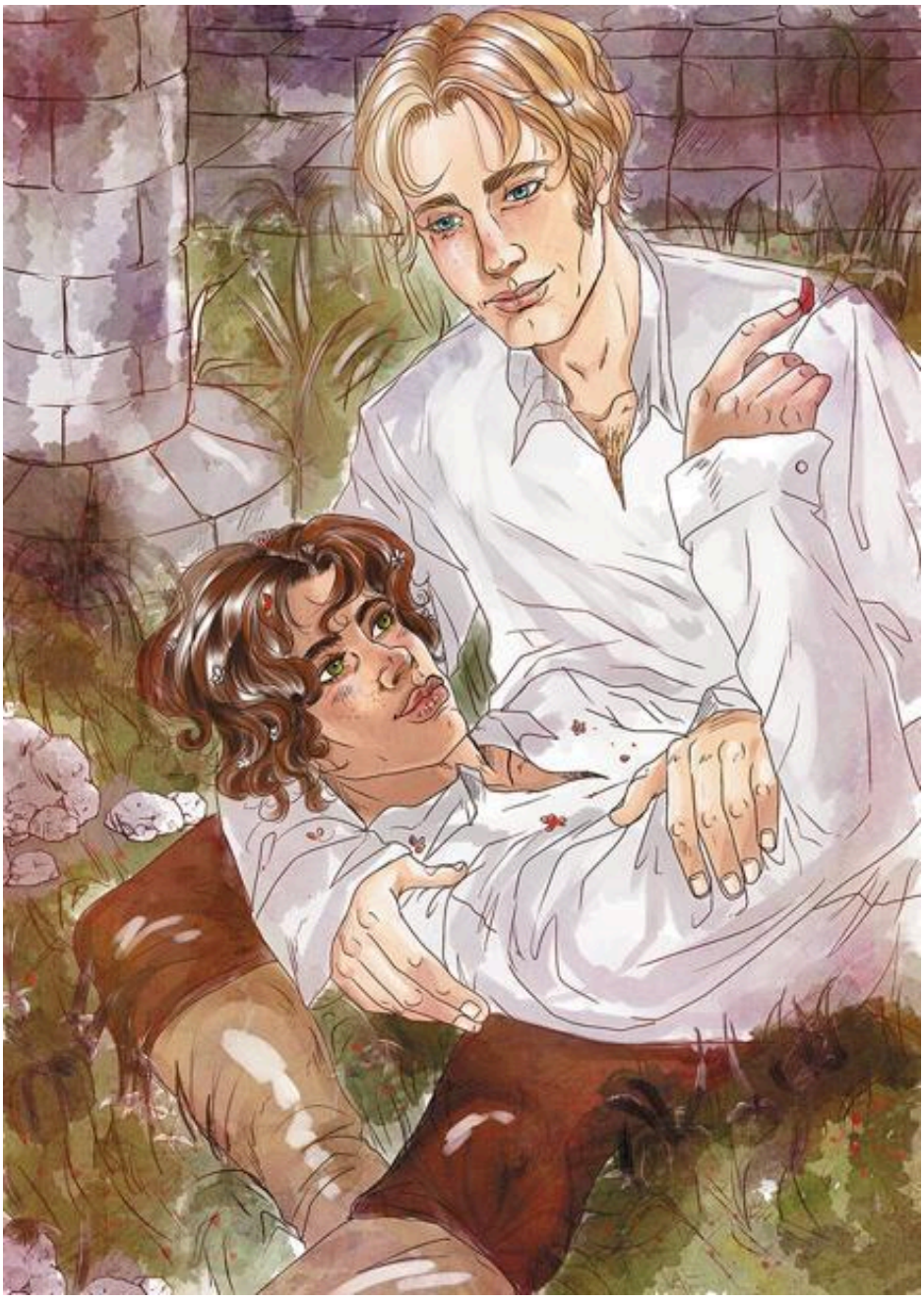
El chico también sonrió. El doctor tenía una capacidad de recuperación extraordinaria.

—Aquí debemos distanciarnos, Joseph —dijo cuando llegaron a la entrada de la enorme casa.

—Lo sé, Alex.

Se miraron a sabiendas de que no podrían apenas hablar, mucho menos tocarse, durante un tiempo indeterminado. No obstante, se dedicaron una mirada de amor incondicional. De azul a verde y de verde a azul. Fue como besarse con los ojos.

Joseph subió la escalinata y Alexandre se dirigió hacia las cuadras, tomando caminos separados.



20



El marqués observó con detenimiento a Joseph, sentado frente a él en la biblioteca. Había escuchado con atención al médico sin mudar su expresión adusta.

Joseph, por su lado, tragó saliva con dificultad. Se acababa de exponer frente a un hombre poderoso y no tenía ni idea de cómo podía reaccionar ante aquella confesión de sodomía.

Tras un largo y denso silencio, Henry se pronunció:

—Me alivia saber que mi hermano no va a insistirle más y que usted le haya puesto límites. No me agradaba nada en absoluto esta situación.

—Yo solo espero no haberle incomodado, marqués… —Joseph bajó la mirada, avergonzado—. Aunque siempre he sido un profesional con usted, entenderé que desee que deje de ser su médico… No debe ser agradable saber que alguien como yo le toque…

—Me ha salvado la vida y también la de Percy —le cortó—. Además me ha ayudado a que mi esposa y yo intimemos con resultados bastante satisfactorios.

—Me alegra saber eso. —Continuó con la mirada puesta sobre sus propias manos, abochornado.

—Solo quiero saber una cosa. —Joseph asintió estando de acuerdo—. ¿Ha cometido actos de sodomía con Marcus?

—¡No! —jadeó Joseph, levantando por fin la vista—. ¡En absoluto! Mi cautela me lo ha impedido.

Henry pareció muy aliviado al respecto.

—Si no hay delito, no hay razón para que deje de ser mi médico. Y que quede claro que desapruebo por completo los gustos de mi hermano y los suyos. Pero él es mi hermano y usted, como he dicho, ha sido un caballero que ha mantenido la cordura. Por lo tanto, haremos como si esta

conversación jamás se hubiera dado. Solo le prohíbo algo: hablar con Marcus de forma íntima.

—Créame, no es esa mi intención. —Joseph se guardó para sí las verdaderas razones. Solo le había confesado que sabía que Marcus y él se habían planteado mantener una relación indecorosa y prohibida, pero que le había dicho que no. Por el bien de todos tuvo que obviar la parte en la que el lord intentó abusar de su persona.

—Reitero lo dicho, entonces.

Hubo otro silencio.

—¿Los Smith son de su agrado, marqués? —cambió de tema de forma deliberada.

—Por completo. David Smith es un profesor excelente. Percy está entusiasmado con él ya que las clases se han convertido en una diversión. No procrastina en absoluto. Y la Sra. Smith nos cocina a mi esposa y a mí unos platos deliciosos. Cada vez me encuentro mejor.

—¿Va a reportar a las autoridades lo sucedido?

—Lo haré en breve, no puedo arriesgarme más.

—Es lo mejor que puede hacer.

—Bien, he de retirarme, vamos a tener visita esta tarde y quiero estar presentable. Ya es hora de que me deje ver en sociedad.

Joseph se puso en pie e hizo un gesto con la cabeza.

—Yo también me retiro, marqués. No dude en escribirme para lo que necesite…

Joseph dejó atrás la biblioteca y se encontró, al otro lado del pasillo, a Marcus que lo observaba con cara de perrillo abandonado. El médico, en cambio, le echó una mirada fulminante y se dio la vuelta para marcharse.

Escuchó los rápidos pasos del lord que iban tras él, así que le confrontó para que quedaran claros un par de asuntos.

—Ya que tu hermano sabía cosas que no debía, he tenido que hablar con él y le he asegurado que tú y yo jamás volveríamos a relacionarnos de ninguna manera íntima.

—Lo podemos arreglar, Joseph —rogó en tono de súplica intentando asirle de una mano.

Joseph la apartó y luego alzó el puño. No fue para pegarle, sino para que viera cómo tenía los nudillos.

—Esa fue mi respuesta a tu falta de raciocinio y por eso ahora tienes ese moratón en la cara. ¿Suficiente respuesta?

Marcus bajó la mirada y torció el gesto.

—Me has roto, Joseph.

—Y tú me has decepcionado. No intentes manipular mis sentimientos. Esta es la última conversación a solas e informal que tendremos.

—Sé que ha sido Alexandre —afirmó con contundencia.

—Deja a ese pobre chico en paz. Gracias a él estamos aquí y no con un montón de maleantes en la cárcel.

—¿Qué sientes por él?

—¿Sentir? ¡Es muy joven para que me interese! —mintió por el bien de su amante—. Siento lástima por la vida que le ha tocado soportar, pero un profundo agradecimiento. Así que, si de verdad alguna vez me amaste de veras, déjalo tranquilo. El único culpable de todo este despropósito eres tú. Sigue con tu vida y yo lo haré con la mía.

Dicho aquello, Joseph se dio la vuelta y abandonó el pasillo para desaparecer por una esquina.

A Marcus le temblaron los labios de pura rabia. Al darse la vuelta se encontró con Henry de cara, que lo miró con una seriedad que hacía mucho que no proyectaba.

—El doctor es un hombre de honor, sin duda. Cumple lo que promete. Tú, en cambio, has desoído de nuevo mis órdenes. Así que anoche te diste un golpe en la cara sin querer... Ese doctor tiene más agallas que tú y supo ponerte en tu sitio. No me mientas más o te juro que tendrás razones para querer que me maten de una vez.

Dicho aquello se fue también dejando a su hermano profundamente humillado.

oOo

Cuando Alexandre se acercó a las cuadras, escuchó a su padre hablar en susurros con una mujer. Estaban escondidos tras las puertas de una caballeriza. Él hizo lo mismo en la de Zeus, con mucho cuidado, y aguzó el oído.

—Pero necesito más dinero, tengo muchas deudas —dijo Tidian en tono de súplica.

—No has cumplido, no has traído lo que te pedí —susurró la mujer, pero fue tan bajito que no pudo reconocerla.

—Lo sé, lo sé… No es fácil conseguir esos polvos. Pero, con un poco más de dinero…

—Te lo has jugado todo a las cartas, negro inútil y estúpido.

—Le juro que no volverá a pasar.

La había tratado con respeto, así que no podía ser alguien del servicio, sino de la familia Vane.

—Más te vale que así sea, porque se nos está terminando la paciencia. Si no cumples buscaremos otra alternativa y dejarás de recibir el dinero que te prometimos. ¿Entiendes?

—Sí, señora, sí…

«Efectivamente», pensó Alexandre, «es una de las damas».

Escuchó la puerta abrirse y a alguien caminar por entre el heno que cubría el suelo. Luego su padre le pegó varias patadas a una de las paredes de la cuadra y se puso a despotricar como un loco.

—¡Ramera del infierno! ¡Maldita chiflada!

Los caballos se pusieron muy nerviosos y Tidian salió a tranquilizarlos, aunque con poco tacto.

Alexandre temió que lo encontrara allí, así que acarició a Zeus con suavidad y el caballo dejó de moverse, por lo que se libró de que Tidian abriera ese cubil. Se parapetó tras el animal y aguantó la respiración hasta que su padre se fue.

Salió con sumo cuidado y se dispuso a buscarlo intentando comportarse de forma natural. Aún no entendía muy bien qué era lo que había escuchado, así que tendría que permanecer ojo avizor.

Se encontró a Tidian lidiando con unos fardos de heno. Su rostro crispado denotaba el enfado mayúsculo que llevaba a cuestas.

—Padre… —comenzó a decir cuando este alzó la cabeza y lo vio.

Ni corto ni perezoso, Tidian soltó el fardo que tenía entre las manos y fue hacia su hijo con la intención de atizarle un buen bofetón.

El joven reculó de forma que al otro hombre le fuese imposible atinar la golpiza. De hecho, Tidian trastabilló y acabó tirado en el suelo.

—¡Maldito hijo de ramera! —escupió con odio.

—¡No hable así de mi madre, bastardo! ¡Yo sí soy hijo legítimo, no de una pobre esclava violada por un terrateniente!

—Ahora te crees que eres un ciudadano de pleno derecho. ¡No olvides que sigues siendo un esclavo con una mísera paga en el bolsillo! —le increpó su padre mientras se ponía en pie.

—No soy un esclavo —respondió cruzándose de brazos—. Y, por cierto, ayer me enteré de que debe dinero a varios cocheros. Tenga cuidado, no vaya a terminar apuñalado y flotando en el Avon por no pagar las deudas —le advirtió con una sonrisa socarrona en los labios.

—¡No sabes nada de mis asuntos!

—¡A lo mejor sí!

Antes de que Tidian pudiera responder a eso, vio a Marcus caminar hacia ellos y agarrar del cabello a Alexandre. Lo siguiente fue un bofetón que dejó al joven desorientado y con la nariz sangrando.

—¡Cómo vuelvas a negarte a una orden mía, te juro que te mato! ¿Lo has entendido? —bramó el lord, fuera de sí.

Tidian se comenzó a reír a carcajadas, como un demente. Marcus no le hizo el menor caso y arrastró al chico hasta el interior de las caballerizas.

Alexandre se revolvió con todas sus fuerzas hasta conseguir soltarse, rabioso. Pero cuando vio la pistola de chispa que llevaba Marcus en la mano izquierda, se quedó congelado. Creyó que, sin duda, le iba a pegar un tiro y no pudo ni reaccionar del pavor que sintió. Quiso escapar y su propio cuerpo se lo impidió.

Marcus jugó con eso y preparó el arma con la rapidez de alguien acostumbrado a la caza, sacándose de los bolsillos todo lo necesario: cargó la pólvora por la boca del cañón, insertó la bala de plomo, colocó el taco, añadió más pólvora en el mecanismo de chispa y lo amartilló colocando piedra de sílex para que pudiera crear la chispa. Luego apuntó a Alexandre a la cabeza mientras este lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, aterrorizado.

En lo último que pensó el chico fue en Joseph y en lo mucho que sufriría por su muerte.

Marcus, con una sonrisa en la boca, desvió el arma y se acercó a Zeus. Lo agarró de la crin para retenerlo y le disparó entre los ojos. El caballo se desplomó sin más, muerto en el acto.

Alexandre gritó y lloró de forma desgarradora, como si le hubieran disparado a él mismo. De fondo escuchó las carcajadas de Tidian mientras él abrazaba el cuerpo sin vida del que consideraba su caballo aunque no le perteneciera, sollozando con desesperación.

—Estás advertido, Alexandre. Y no vuelvas a acercarte a Joseph Edwards o el próximo serás tú —dijo Marcus sin más. Luego se giró hacia Tidian y le dio una orden clara—: enterrad al caballo en una fosa y mantened la boca cerrada.

Tras haber matado a bocajarro a Zeus, se fue como si nada hubiera pasado. Nadie más que el marqués estaba por encima de él y solo seguiría órdenes de su hermano. Todos los demás estaban por debajo y haría lo que le diera la gana con ellos.

El desamor y el odio lo habían trastornado por completo, volviéndolo más frío de lo que ya era.

oOo

Percy, Frances y David estaban dando clase en la sala de estudio cuando escucharon un disparo. El niño corrió hacia el ventanal, curioso. Gran cantidad de aves habían salido volando, espantadas.

—¡Mirad! —exclamó señalando a los pájaros.

—¿Qué habrá pasado? —Frances se llevó las manos al rostro, asustada.

—Seguro que solo están cazando faisanes para la cena, Lady Frances. No se preocupe —intentó tranquilizarla el profesor.

La joven le miró con afabilidad y el pobre intentó sonreír sin ponerse nervioso. No solía pasar tanto tiempo con damas, ni estas le hablaban de matemáticas. Para su desgracia, que a Lady Frances le entusiasmara la aritmética era un rasgo muy atractivo. Ella no era la señorita más bella del mundo, pero él tampoco era el más apuesto. Aun así, tampoco tenía posibilidad alguna de pretenderla siendo la hermana de un marqués. Suspiró por su mala ventura.

—Deberíamos continuar con las lecturas, Lord Percy —le dijo al niño—. Vamos, no nos distraigamos.

Volvieron a sentarse alrededor de una mesa circular y siguieron con lo que habían dejado antes de escuchar el disparo.

Lady Frances miró de reojo a David. No era muy agraciado, pero su simpatía y amabilidad le agradaban. Ojalá no fuera un simple profesor, ni

ella la hija de un marqués. Tal vez podrían haber comenzado una sincera amistad que hubiera terminado en…

Se quitó de la cabeza semejante idea absurda. Había cosas que no podían ser. Sin más.

Mientras Percy hacía sus tareas, ella aprovechó para charlar de lo que más le gustaba.

—Sr. Smith, ¿qué opina de las teorías de Fourier? ¿Lo conoce?

—¡Por supuesto! No todo el mundo tiene la suerte de ir de expedición a Egipto, y nada menos que con Napoleón. Sobre sus teorías, las creo acertadas, aunque ya sabe que soy más de letras.

—Es una lástima que crean que su teoría de que se pueden analizar funciones en frecuencias, no solo con derivadas, sea poco rigurosa. ¿Por qué los académicos actuales son tan obtusos?

David se puso colorado al escucharla hablar en términos matemáticos.

—No entiendo nada de lo que decís —se quejó Percy—. Hablad normal.

—Bueno, cuando usted sea mayor y vaya a la universidad, tendrá que aprender muchas cosas, Lord Percy. Su hermana es muy inteligente, así que aproveche antes de que se case y se vaya.

—¡Yo no quiero que se case! —exclamó Percy, alarmado y mirando a su hermana—. Estaremos siempre juntos, ¿verdad, Frances? Y con Puppy —añadió.

—Hermanito, te lo he explicado varias veces… Puppy es muy mayor… Los animales no son eternos, ni las personas.

El perrillo estaba dormido bajo la mesa, ajeno a aquello.

—Pero tú sí que te quedarás conmigo, ¿verdad? —insistió.

—Un día conocerás a una dama hermosa y buena, te enamorarás de ella y te casarás —intervino David—. Formarás una familia.

—Para entonces yo estaré casada también y tendrás un montón de sobrinitos con los que jugar —no lo dijo muy convencida.

—¿Y usted, profesor? ¿Se va a casar? —curioseó el niño.

—Y-yo… No soy popular entre las señoritas, me temo. ¡Buscan hombres apuestos y ricos! Y yo soy feo y pobre. No tengo mucho que ofrecer más que amor y una pequeña casita en la que vivo con mi madre. También tenemos gallinas.

—¡Me encantan las gallinas! —Rio a carcajadas el niño—. ¡Quiero conocerlas!

Frances suspiró. Aquel hombre cada vez le parecía más ideal para ella. Estaba hastiada de soportar las ínfulas de su madre, los dramas familiares, los desplantes de Marcus y que ya hubieran decidido por ella por ser una mujer sin derechos a la hora de heredar.

Justo en ese momento entró Lady Louisa en la estancia y se dirigió hacia ella, sin saludar siquiera al profesor.

—Querida, vamos a tener visita, así que debes prepararte de inmediato para estar presentable.

—¿De quién?

—Del Magistrado Sir Montagu, ¿de quién si no? Le ha enviado una carta a Henry pidiendo permiso para verte hoy, así que le ha dicho que sí, por supuesto. ¡¿No es maravilloso?! Yo creía que costaría más encontrarte marido. No has heredado mi belleza, pero parece que a él eso no le importa demasiado.

David apretó tanto el lápiz que lo partió en dos. Aquella forma de tratar a su propia hija le pareció horrible. Pero no pudo hacer ni decir nada.

La joven se puso en pie, nerviosa y angustiada, dejando atrás a su hermano y al profesor. Cuando madre e hija salieron, Percy le preguntó a David:

—¿Ese señor va a pedirle a mi hermana que se casen? —Su tono denotó preocupación.

—No lo sé, Lord Percy.

—¿Y no se lo podría pedir usted? Me cae bien y no me importaría.

—Me temo que estas cosas no van así. Venga, centrémonos en terminar la tarea de hoy, ¿de acuerdo?

El niño siguió con la pizarra mientras David miraba hacia la puerta. Sabía muy bien quién era Sir Montagu y no pudo sentir más que pena y preocupación por Lady Frances.

oOo

Tras charlar un rato con la Sra. Smith, y que esta le diera el parte de novedades, Joseph se dispuso a marcharse a pie de vuelta a Bath. No quería pedirle al marqués que lo devolvieran a la ciudad para evitar a Alexandre en lo posible. Y, por descontado, tampoco deseaba coincidir con Tidian.

Tendría que echar mano de los ahorros y comprarse un caballo y un *gig*[15]. Ya iba siendo hora, y más si pensaba en irse de Bath a una zona rural. Lo estaba deseando para poder formar una familia con Alexandre.

De pronto escuchó un disparo que le puso los pelos de punta. Los pájaros escondidos entre las ramas de los árboles alzaron el vuelo, asustados. Miró en todas direcciones pero no escuchó nada más.

Caminó por los alrededores y vio a Marcus con un arma en la mano. La sangre se le congeló, temiéndose lo peor. Corrió hacia él dispuesto a averiguar lo sucedido.

El lord, al verlo, no mudó la expresión adusta, pero escondió el arma tras su espalda.

—¿Qué ha pasado? —lo interrogó el médico.

—No sufras por tu querido amigo, no lo he matado ni herido. Solo le he dado un susto para que tenga claro dónde está su lugar.

—¡¿Cómo puedes ser tan rastrero?! —le gritó.

—Tú me has hecho así —respondió con frialdad—. Y te aviso: aléjate de él o la próxima vez no dudaré en matarlo. Dejo su vida en tus manos. Si os veo juntos en una situación anormal, lo haré. Porque si no eres mío, no serás de nadie.

A Joseph le latió el corazón con una fuerza inusitada.

El lord se fue dejando al médico intranquilo. Hubiera corrido a buscar a Alexandre para llevárselo de allí, pero fue consciente de que, en esos instantes, Marcus no estaba en sus cabales. Así que hizo de tripas corazón y abandonó *Wollaton Hall* con una sensación de angustia terrible.

oOo

Joseph, cansado de caminar durante varias millas, vio un lujoso carruaje acercarse por el camino. Se apartó para dejarlo pasar, pero el cochero que lo conducía se detuvo a su altura. La portezuela se abrió y vio apearse a Sir Montagu.

El día aún podía empeorar más, sin lugar a dudas.

—¡Dr. Edwards! ¡Pero qué grata sorpresa verlo! ¿Qué hace caminando solo por estos lares? ¿Viene de visitar a algún paciente?

—Sí.

—Qué escueto —bromeó—. Yo me dirijo hacia *Wollaton Hall*, el marqués ha tenido la bondad de aceptar mi propuesta de visitar a la

encantadora Lady Frances.

Joseph le lanzó una mirada asesina.

—Veo que no está muy de acuerdo con mi elección. Es hora de que siente cabeza, ¿no cree?

El médico sabía muy bien quién había sido el artífice de la persecución de la noche anterior ya que Alexandre se lo había explicado. Se dio la vuelta y continuó caminando bajo el sol de la tarde, dejando atrás al magistrado.

Pero este no había terminado con él y lo siguió hasta ponerse a su lado.

—¿Sabe ya lo que sucedió anoche? ¿Ha leído las noticias? Hubo una redada en la *Molly House*… —siseó—. Y muchos hombres serán juzgados y ahorcados. Si intenta impedir mi enlace con Lady Frances, lo acusaré de sodomía.

—¡No tiene ninguna prueba de que yo la practique! Las razones de que no esté casado son cosa mía. ¡Ya lo estuve y murió! —dijo aquella medio mentira medio verdad.

—¡Ah! ¿Es viudo? Cuánto lo lamento, señor mío. Pero no necesito pruebas fehacientes para acusarle, me sirve con que cualquier crío que se prostituya admita que mantuvo relaciones indecorosas con usted.

El estupor de Joseph fue en aumento. Estuvo atrapado entre proteger a una pobre muchacha de un matrimonio lleno de agresiones, o de salvarse a sí mismo. En aquel momento no fue capaz de pensar con claridad ni trazar un plan.

—Qué pase una feliz tarde, doctor.

Montagu se dio la vuelta y volvió a subirse al carruaje. Este se movió en dirección a *Wollaton Hall*.

Joseph sintió que las lágrimas se le derramaban por el rostro sin más y la congoja lo invadió.

No supo qué hacer. No supo.

Oscar

1807



Joseph llevaba cuatro meses sin ver a Oscar ni volver a Mánchester para visitar a su familia. Los estudios y el trabajo en el *Royal Infirmary* copaban todas sus horas, y en especial se encargaba de tratar a los soldados escoceses que volvían heridos de las Guerras Napoleónicas, pese a ser un hospital civil.

Sin embargo, la correspondencia entre su querido amor y él era constante. Ni un día pasaba entre que le llegaba una epístola de Oscar y respondía a este con otra.

En aquellos momentos se sentía muy nervioso, pues estaba llegando a la ciudad en diligencia tras un larguísimo e incómodo viaje de tres días en los que no pudo parar de pensar en el joven que le había robado el corazón.

Aquella relación clandestina había continuado y cada día que pasaba se amaban más, deseando que llegaran esos breves periodos en los que podían verse en Mánchester al estar sus familias emparentadas.

Oscar había concluido los estudios en Oxford y volvía a estar con su padre en la triste ciudad del hollín eterno. Para poder continuar haciendo lo que le gustaba había tenido que seguir los pasos de su padre y hermano mayor, involucrándose en los negocios familiares. Era algo que a Oscar le hacía sentirse enfermo, pero lo paliaba con el sonido del piano, la sonata para esos ojos cerúleos, las cartas de amor y promesas de un futuro juntos, muy lejos de allí en cuanto Joseph terminara del todo sus estudios de medicina.

Por esa razón, cuando esa mañana de finales de marzo Joseph se apeó de aquel carruaje, Oscar lo estaba esperando muy nervioso en casa de los Edwards, con la excusa de acompañar a su cuñada. Tuvo que hacer un gran esfuerzo al ver entrar en la salita de té al hombre que anhelaba, tan apuesto como de costumbre pese a su aspecto agotado.

Se puso en pie y dejó que este mostrara afecto hacia su madre y hermana. Luego le sonrió a él tendiéndole la mano. Al tocarse sus epidermis algo se despertó en ambos: el deseo de ser el uno del otro, la urgencia de abrazarse hasta fundirse y besarse sin parar.

—Oscar, qué alegría verte —le dijo el médico, disimulando.

—Igualmente. Supe que llegabas hoy y aproveché para acompañar a tu hermana.

—Te lo agradezco.

—Querido, estarás agotado. ¿Quieres que te preparen un baño? —intervino la Sra. Edwards.

—Estaría bien, madre. Muchas gracias.

Esta se fue a avisar a la Sra. Norris para que su querido hijo pudiera asearse en condiciones.

Al volver la mujer, se encontró a sus dos hijos sentados en el sofá y a Oscar al lado de Joseph. Aquellos dos muchachos siempre tan unidos, iban juntos a cualquier parte cuando ambos coincidían en Mánchester.

—La pregunta de siempre, madre: ¿dónde está mi padre? —indagó Joseph.

—La respuesta de costumbre, querido: con Frederic y Peter, pero en una reunión con el resto de señores del algodón. Están… Explícalo tú mejor, querido Oscar. Las damas no entendemos de estas cosas, ¿verdad, Sandrine?

—Me temo que solo sé de muselinas, pero no de algodón… —contestó la mujer, algo azorada. Su esposo no le contaba nada sobre su trabajo, ni sobre ningún tema. Ya ni siquiera dormían juntos.

Oscar suspiró y rodó los ojos, hastiado.

—Están alborotados por la Ley de Abolición del Comercio de Esclavos que se aprobó hace unos días en el Parlamento. Buscan soluciones porque no van a poder incrementar la mano de obra gratuita y eso reportará menos beneficios a la larga.

—¡Ah! —exclamó Joseph—. Sí, en Edimburgo no andan demasiado contentos tampoco. Se ve que es más importante engordar fortunas que atajar algo tan horrible como seguir con la trata de personas.

—¿Personas esos negros? Por favor, Joseph. —Su madre estaba escandalizada, pero se avergonzó al ver la mirada de reproche que le echó su hijo.

—Quiero creer que solo lo has dicho porque es lo que has vivido siempre. Ni siquiera has visto a un negro en tu vida. Son personas como nosotros. Les late el corazón, respiran, sufren dolor, aman… —la increpó.

—Hermano… —Sandrine le sujetó por el brazo intentando dulcificar el ambiente—, es lo que conocemos. No les deseamos mal a esas… personas negras. Madre ha sido algo desafortunada con su comentario.

—Yo estoy a favor de lo que ha conseguido Wilberforce en el Parlamento, a pesar de ser un *tory*[16]. Ha imperado la caridad cristiana —añadió Joseph—. Y ojalá se consiga eliminar la esclavitud del todo. ¿O es que seguimos en la época del Imperio Romano?

—Yo también pienso lo mismo —afirmó Oscar con contundencia—. Por eso me he negado a asistir a la reunión.

«Y para verte, mi amor», le hizo saber a Joseph con una mirada encubierta.

—Ay, hijo, dejemos de tratar sobre temas de hombres y negocios, no son cosas ni de Sandrine ni mías. Habladlo entre vosotros luego. —Estaba muy molesta y no quería discutir con su querido vástago—. Os ruego a ambos que no mentéis el tema delante de vuestros padres y Frederic.

—No sufra, madre, es lo último que pretendo hacer —le aseguró el médico—. De hecho…

«De hecho, no quiero hablar con ninguno, solo estar con él», se dijo sonriendo sin poder evitarlo y mirando directamente al hombre al que iban dirigidos sus pensamientos.

En ese momento entró la Sra. Norris y les avisó de que estaba la bañera preparada.

—Me voy a asear. ¿Nos vemos en la cena? —Joseph se puso en pie—. Creo que luego me quedaré en mi habitación hasta entonces, estoy cansado.

—¿Te acompaño? —La voz de Oscar sonó inocente y jovial—. Así me cuentas si… hay alguna dama en Edimburgo que te haya robado el corazón —susurró de forma pícara.

—No tienes remedio —le contestó tras una carcajada.

—¿Hay alguna dama, Joseph? —indagó su hermana con ilusión. Lo que más ansiaba en la vida era tener una cuñada con la que poder hacer amistad en su solitaria vida diaria.

—Lo siento, por ahora son cosas de hombres, así que… —Le hizo un gesto a Oscar para que lo siguiera.

Cuando salieron, ambas damas se miraron y sonrieron sin tener ni idea de lo que estaba pasando en realidad.

oOo

—Así que alguna dama… —Joseph estaba atrapado entre Oscar y la pared de su habitación, solo tapado con una bata que se había puesto tras el baño.

Oscar le respondió dándole un ardiente beso repleto de codicia y deseo, le desnudó sin dilación y lo empujó hacia el lecho para ponerse encima. Luego se quitó su propia ropa mientras Joseph intentaba aguantar los jadeos de placer al ver el cuerpo desnudo y esbelto de Oscar desde aquella perspectiva que lo hacía tan deseable.

No dijeron nada, solo se besaron y abrazaron entrelazándose como cada vez que estaban a solas. Joseph rodeó con las extremidades a su amante cuando este se hundió entre sus piernas con urgencia, empujándolo ansioso. Ahogaron los gemidos en el cuello del otro, se susurraron que se amaban, eyacularon casi a la vez.

Pero estaban tan enardecidos tras meses sin verse, y cartas fogosas prometiendo todo tipo de placeres, que continuaron haciendo el amor hasta que se quedaron vacíos.

Allí estaban, el uno entre los brazos del otro y con sonrisas plenas en los labios, besándose cada poco de forma romántica, mirándose a los ojos, susurrando palabras entre obscenas y bonitas.

—Eso que me has hecho antes, ¿se puede saber cómo lo has aprendido? —preguntó Joseph apartándole el pelo del rostro para verle mejor la expresión de pícaro que le dedicó Oscar.

—Leyendo el *Kamasutra* que tiene mi padre escondido en su biblioteca, mi amor, y practicando mucho con la imaginación mientras me daba placer pensando en nosotros.

—Pues quiero repetirlo. Y hacértelo yo.

Oscar se echó a reír a carcajadas y se tuvo que tapar la boca para que no le escuchara nadie. De pronto las risas se tornaron toses bastante insistentes y roncas hasta el punto de que el joven tuvo que tomar una sábana y arrojar una flema en ella.

Joseph se preocupó y lo tapó con una manta por si se había resfriado. Poco a poco lo vio tranquilizarse y respirar mejor, aunque en la espalda notó una vibración que no le gustó nada.

—Vístete, hace fresco. Además, tenemos que bajar a cenar.

—Sí, será mejor que no nos demoremos. Seguiremos más tarde, con ese libro he aprendido más cosas... —Le dio un beso a Joseph y luego se fue recolocando las prendas mientras este buscaba ropa para la cena.

Ambos se ataron bien el pañuelo para el cuello y se abotonaron los chalecos el uno al otro en un acto de intimidad.

—Te quiero muchísimo, Oscar… Estoy totalmente enamorado de ti.

—Y yo de ti, mi amor. —El moreno acarició la mejilla de Joseph—. Estoy deseando que termines tu formación, vuelvas y… Y podamos estar juntos de verdad. Los meses sin ti se me hacen eternos e insoportables —reconoció apoyando la frente en la de Joseph.

Esos ojos obsidiana, profundos y hermosos, dejaron al médico hechizado. Era increíblemente feliz en ese momento.

—Solo un poco más, ten paciencia. Abriré una consulta cuando termine, no tendrás que seguir encargándote de los negocios familiares.

—No los soporto. Mi padre y el tuyo son iguales, y Fred es demasiado protector. Últimamente está muy raro, demasiado pendiente de mí.

—¿En qué sentido?

—No sé, anda distraído, pero me mira como si yo le diera pena. Está obsesionado con que aprenda el oficio, acuda a bailes a pretender señoritas…

—¿Y has conocido a muchas? —susurró divertido.

—Unas cuantas que no me interesan en absoluto. Lo que daría por poder bailar contigo…

—Lo sé. Confía en mí. Encontraremos la forma. Tú me haces ser valiente, Oscar.

—Con lo indeciso que eres me alegra saber que lo tienes tan claro.

—Ayúdame a quitar las sábanas y esconderlas. Ya las llevaré a lavar sin que se enteren —le pidió de pronto Joseph—. Las hemos dejado… En fin… —Soltó una risita.

Oscar tosió de nuevo, aunque de forma más suave. Otra vez llamó la atención de Joseph. No podía evitarlo al ser médico. Le disgustó cómo

sonaba aquello, le recordaba a algunos pacientes de Edimburgo, en especial a los que trabajaban en fábricas.

Después de esconder los objetos del delito, bajaron al salón de cenas. Allí ya los estaban esperando todos, inclusive Peter y Frederic, que se quedaron a la velada tras ser invitados por el cabeza de familia de los Edwards.

—Buenas noches —dijo Joseph al verlos, saludando a los Thynne también—. ¿Qué tal la reunión?

Sabía que con eso abriría la caja de Pandora, pero le dio igual. Tenía una relación mala con su padre y le gustaba llevarle la contraria. Oscar le dio un codazo y le hizo un gesto.

—Hijo, ha sido desastroso. ¡Todo lo es! Nuestra fortuna pende de un hilo por culpa de esos mentecatos del Parlamento —exageró como de costumbre —. Menudos cretinos —añadió.

—No será para tanto, padre. Si sigue tan enfadado le puede dar un vahído, no me haga trabajar esta noche —se burló mientras Oscar se aguantaba la risa.

—Querido, no enfurezcas más a tu padre —le pidió su madre, atacada de sus pobres nervios.

Se sentaron a la mesa y todos comenzaron a cenar tras ser servida la sopa y los faisanes.

Durante la velada, Joseph se percató de que Frederic lo miraba con especial seriedad, más de la que ya proyectaba de forma habitual. En ningún momento se metió en las conversaciones, no habló a su esposa, apenas probó bocado. Solo lo miraba a él de forma fija con esos ojos negros que rezumaban malquerencia.

Joseph sabía que no era santo de su devoción. Sin embargo, la última vez que cenaron todos juntos, Frederic no se había comportado de aquella manera tan extraña.

Oscar, por otro lado, volvió a padecer carrasperas.

—¿Desde cuándo tienes estos accesos?

—Hace un par de meses. Simplemente me entra la tos, pero no he estado enfermo.

—Tendré que revisarte. Mañana, ¿de acuerdo? Iré a tu casa y llevaré mi maletín. Tengo también algunos remedios herbales para aliviar la tos.

—Claro, ven cuando quieras. ¡Siempre eres bienvenido! Tocaré el piano… ¡Esa pieza que te gusta tanto! —Oscar le guiñó un ojo.

—Me encantaría… —respondió de forma tierna sin poder disimular.

Ninguno de los dos se percató de cómo Frederic apretaba el mango de uno de los cuchillos hasta que los nudillos se le pusieron rojos. Aunque sí lo vio su esposa, que posó la mano sobre su antebrazo.

—Querido, ¿estás bien?

Él la miró sin un ápice de sentimiento cariñoso en sus pupilas, pero relajó el gesto y soltó el cubierto de plata.

—La reunión me ha dado dolor de cabeza —respondió de forma escueta antes de volver a acechar a su querido hermano menor y a Joseph con una actitud siniestra.

oOo

Tal y como había prometido, el médico fue a casa de los Thynne a la mañana siguiente, con su maletín preparado. Él y Oscar tuvieron que despedirse tras la cena, muy a su pesar, pero la tarde juntos había valido la pena. Aún tenían días por delante para encontrarse de forma clandestina y hacer el amor hasta quedar rendidos, como siempre que Joseph viajaba a Mánchester.

Al llegar se encontró con Sandrine, que vivía allí en vez de en un hogar propio con su esposo.

—¡Bienvenido! —exclamó contenta. Para ella su hermano era como un oasis y le adoraba.

Él le dio un beso en la mejilla suave y rosada. Lamentó profundamente que no supiera qué significaba ser querida. Era una mujer preciosa y dulce, pero con un esposo que no la había amado jamás, ni la amaría.

De fondo se podía escuchar *Sonata azul cerúleo,* lo que estremeció a Joseph por el profundo significado que escondían cada una de sus notas.

Ambos hermanos acudieron hasta la sala donde se hallaba Oscar deslizando sus largos dedos por las teclas.

Este los recibió con una sonrisa llena de alegría y los ojos brillantes, especialmente al ver a su maravilloso hombre de ojos azules.

Sandrine y Joseph se sentaron a escucharlo hasta que el pianista terminó la pieza poco a poco. Aplaudieron con entusiasmo, riéndose.

Oscar se puso en pie e hizo un gesto elegante con la mano, saludando y cruzando una pierna tras la otra.

—Tengo un público muy entregado. Pero es normal, porque el artista es extraordinario.

—Y pedante —añadió Joseph.

—Por supuesto, porque roza la excelencia —respondió Oscar—. Y bien, ¿me va a auscultar el Dr. Edwards? Me han dicho que es un médico insuperable, de los mejores que hay en este país.

—Sin duda alguna.

—¡Los dos sois unos pretenciosos! —expresó la mujer, divertida.

—Bien, será mejor que vayamos a tu alcoba para poder hacer un exhaustivo examen. —Joseph se puso serio.

—Os espero aquí tomando unas pastas. ¿Almorzarás con nosotros, Joseph?

—Por supuesto, querida. —Le dio otro beso en la mejilla y luego siguió a Oscar escaleras arriba.

La mujer suspiró mordiendo una galleta de manzana y vertiendo un poco de té en una tacita. Su vida era muy aburrida en general. Solo cuando estaba con Oscar el tiempo valía la pena. Lo consideraba un hermano pequeño y su estima hacia él era muy grande.

Sabía que para Frederic era lo más preciado. Tras la prematura muerte de la Sra. Thynne, a la que ella no llegó a conocer, su esposo se había ocupado de su delicado hermano pequeño permitiendo que estudiara solfeo y piano a pesar de que el cabeza de familia no estaba muy de acuerdo. En definitiva, Frederic solo guardaba su afecto para Oscar y lo sobreprotegía a pesar de que ya fuese todo un hombre.

Pero le comprendía porque, para ella, Joseph también era la persona a la que más quería y con quien mejor se llevaba, que la trataba con cariño, animándola a ser mejor sin hacerla de menos por ser una mujer.

Justo en ese momento entró Frederic por la puerta y no con su mejor expresión.

—¿Dónde están? —inquirió de forma colérica.

—¿Joseph y Oscar?

—¡¿Quién si no, mujer?!

—A-arriba, en la alcoba de Oscar. Mi hermano ha venido a…

Frederic la ignoró dándose la vuelta y subiendo las escaleras de forma acelerada. Sandrine lo siguió sujetándose las faldas y sin entender qué estaba pasando.

Cuando llegó al cuarto de Oscar, Frederic había asido a Joseph por la solapa de la chaqueta y le estaba gritando con violencia.

—¡No toques a mi hermano, maldito y perverso sodomita!

—¡Déjale en paz! —Oscar se puso en medio, descamisado, y consiguió separarlos—. ¡Maldita sea, Fred!

Joseph se había quedado como congelado en el tiempo sin saber reaccionar ante aquello.

—¿Qué te estaba haciendo? ¿Abusaba de ti? —inquirió con agresividad y a voz en grito.

—¡Fred! ¡Solo estaba intentando averiguar por qué tengo tanta tos!

—No me mientas, Oscar. Sé muy bien que ese degenerado es un sodomita —expuso señalándole con un dedo. Su rostro estaba desencajado por la ira.

—¡Frederic, no digas algo tan horrible de mi hermano! —rogó Sandrine.

—¡Cállate! —exigió sin ni siquiera mirarla.

Ella se echó a llorar de angustia y más al ver que su hermano no mudaba su estado de estupefacción ante unas acusaciones tan sumamente graves.

—Joseph… dile que no es cierto, ¡díselo! —rogó ella tomándolo por los hombros.

El médico miró a su hermana con los ojos enrojecidos por la vergüenza y el llanto. Fue incapaz de negarlo.

—Te voy a matar, ¿me has oído bien? —amenazó Frederic—. O mejor: que te juzguen por sodomía y te ahorquen, que es lo que te mereces. ¡Estaré en primera fila mientras veo como se te parte el cuello y te orinas encima! ¡Eres repugnante!

—¡Basta! —chilló Oscar a pleno pulmón, lo que desató una retahíla de toses de lo más roncas que acabaron haciendo que tuviera que sentarse, sin poder casi ni respirar.

Fue lo único que hizo reaccionar a Joseph, que intentó prestarle su ayuda. Sin embargo, Frederic se lo impidió al empujarlo y ser él quien se ocupara de su hermano.

—No vas a denunciar a Joseph, ¿me oyes? —dijo Oscar tras recuperar la respiración—. Todo eso que dices es infundado, no es cierto, él no me ha hecho nada malo.

Frederic se sacó del bolsillo una carta. Tanto Oscar como el médico se quedaron petrificados al reconocerla. Un sudor frío les recorrió el cuerpo.

—¿En serio? ¿No es esta la letra de ese sodomita? ¿Quieres que la lea?

Se separó de ellos, reculando, y abrió el papel.

—¡No tienes derecho, es privada! —Oscar intentó quitársela sin éxito.

—Mi querido Oscar, estos meses sin ti han sido un suplicio, pero pronto nos veremos. Te echo de menos en mi lecho cada noche, te quiero conmigo y que… y que… —no pudo seguir hablando del asco que le produjo, tanto que estrujó la carta y la rasgó en dos de pura rabia, gritando de asco—. ¡Ahora dime que no es cierto! —bramó en dirección a Joseph.

Este se secó las lágrimas intentando recomponerse.

—Es cierto, estoy enamorado de Oscar —admitió.

—¿Cómo te has atrevido a tocar a mi hermano? ¿Cómo…? —Frederic también se echó a llorar de pura ira.

—Fred, es mutuo —le explicó Oscar—. ¡Es mutuo! ¡Fui yo quien empezó todo esto! ¡Fui yo quien me declaré y quien lo arrastró a una relación clandestina! ¡Porque también le amo!

—¡No mientas! ¡Tú no eres así! —le gritó.

—¡Sí lo soy, Fred! ¡Soy un maldito sodomita que irá al infierno! Así que si Joseph se va a la horca, será junto a mí —sentenció empujando a su hermano hasta una pared—. ¡No soy un niño inocente, sino un hombre adulto que sabe lo que hace! ¡Amo a Joseph Edwards y él me ama a mí! ¡Si lo denuncias a las autoridades, iremos ambos de la mano hasta el maldito cadalso!

Sandrine, que se había deslizado hasta el suelo por la impresión, miró a Joseph sollozar sentado en la cama con la cabeza entre las manos y no supo ni qué decir, ni mucho menos qué hacer.

Quiso abrazarlo pero, a la vez, saber que había perpetrado algo tan antinatural le produjo rechazo.

Frederic se quedó perplejo sin saber cómo proceder. No quería ver a su hermano en la horca por mucho que fuera un desviado.

Oscar reculó hasta Joseph y ambos se abrazaron con lágrimas en los ojos, temiendo que esa fuese a ser la última vez que estuvieran juntos.

—Te amo, te amo —susurró Joseph hundiendo el rostro en su cuello.

—Mi amor —respondió Oscar—. Juntos hasta el final.

—¡Cómo vais a amaros! ¡Es antinatural! —insistió Frederic negando la evidencia que tenía ante sí.

—¡Cállate, Fred! Tú ni siquiera te casaste por amor, tú ni siquiera has hecho el más mínimo esfuerzo de querer a Sandrine y está sumida en una melancolía de la que no es capaz de salir.

La mujer sollozó con más fuerza al escuchar aquella certeza.

—Qué sabrás tú lo que es estar enamorado —finalizó Oscar con la voz ronca por el esfuerzo.

Frederic bramó de rabia. Había querido creer que su hermano estaba siendo controlado por Joseph, que este lo había llevado hacia aquella aberración. Su querido hermano pequeño, ese niño que perdió a su madre tan joven, al que se ocupó de educar y al que adoraba. No podía denunciar a Joseph sin que Oscar fuese detrás y las familias de ambos sufrieran una terrible desgracia social señalados por todo Mánchester como apestados.

Sandrine llegó a la misma conclusión, solo que de otro modo: vio a su hermano abrazando a un tembloroso Oscar con todas sus fuerzas. Ambos eran uno, nada los podría separar jamás, estaba segura. Vio el afecto que tanto leía en las novelas para damas a las que era asidua. Dos amantes que preferían morir juntos, un Romeo y una Julieta abocados al desastre.

—¡Frederic! ¡No podemos contarlo! —Se levantó y fue hacia su marido, que la miró incrédulo. Se asió a él, lo tomó de los brazos.

—Q-qué dices…

—¿No lo ves? ¡Es amor! ¡Aunque sea uno que no entendamos! Se aman, se aman y prefieren morir juntos a estar separados. Si no lo contamos, si inventamos cualquier otra excusa, ellos vivirán. ¡Por Dios, Frederic, son nuestros hermanos!

El hombre no supo qué responder. Cerró los ojos, se pellizcó el puente de la nariz y respiró con fuerza intentando calmarse.

—No podemos dejarlo pasar, Sandrine… Esta relación ilícita no puede continuar.

Sandrine lo soltó apática, dejando caer sus brazos a los costados. Observó a su hermano, que le devolvió una mirada líquida llena de miedo y de súplica.

—No me separaré de él —alegó Oscar con contundencia—. ¡No me separaré de Joseph jamás porque le amo desde que le conocí! ¡Porque siempre he sabido lo que yo era y esperé a ser adulto para que él me amara ya que sabía lo que él era! Si nos separáis, me mataré, ¿me has oído, Fred? ¡Me mato y se acabó el problema!

—Oscar… No digas algo así, te lo suplico… —le rogó Joseph.

—Es la única forma de tratar con él —alegó sobre su oreja en un susurro —. Saldremos de esta juntos, confía en mí.

Joseph lo abrazó rogando porque así fuera. Estaba aterrado.

—Frederic, por el amor de Dios, te lo suplico… —Sandrine apeló a la conciencia de su esposo—. Son nuestros hermanos —reiteró.

Este miró a aquella pareja y sintió angustia y asco, más que cuando abrió la carta por error días antes y la empezó a leer, dándose cuenta de todo. Rebuscó en los cajones de Oscar y encontró más cartas que no se atrevió más que a mirar por encima.

Convencido de que su cuñado había urdido una estratagema para depravar a Oscar, estaba dispuesto a apartarlo de él y conseguir que lo colgaran. Pero la confesión de su hermano lo cambió todo.

—Lo trataremos con nuestros padres y hallaremos la solución más adecuada. Es lo único que soy capaz de hacer… —Luego miró a su hermano—. P-para mí estás muerto, Oscar. Muerto.

Se dio la vuelta y salió de la estancia bajo la mirada abatida de su mujer.

—Lo siento, Sandrine… —musitó Joseph—. Nunca deseamos hacer daño a nadie…

Ella asintió con la cabeza y también salió de la alcoba.

Oscar tomó a Joseph por el rostro y apoyó la frente en la suya.

—Nada nos separará, solo la muerte —alegó el moreno.

El médico no dijo nada, cerró los ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

oOo

A pesar del terrible drama que sacudió a ambas familias, Joseph y Oscar salieron físicamente ilesos, pero las consecuencias fueron nefastas.

Peter Thynne renegó de su hijo, como era lógico, e hizo circular que lo había mandado a formarse musicalmente al Imperio Austríaco. Con el tiempo contaría que Oscar había contraído matrimonio y formado una feliz familia allí.

Los Edwards desheredaron a Joseph expulsándolo del linaje sin remilgos. Ni su padre ni su madre tuvieron ningún tipo de piedad hacia él, aunque ella sufrió por la vergüenza de tener un hijo desviado. Simplemente alegarían diferencias irreconciliables. Le pidieron que nunca más volviese a aquella casa ni les escribiera.

Las dos estirpes, a expensas de Oscar y Joseph, pactaron que todo quedaría sellado y enterrado para siempre para evitar la infamia de que sus hijos fueran contra natura. De ese modo no afectaría a sus negocios ni a su posición social dentro de la industria.

Joseph y Oscar partieron hacia Edimburgo con una parte del corazón roto por el rechazo de las personas a las que amaban, pero con la esperanza de que jamás se supiera la verdad para poder vivir juntos hasta el resto de sus días…

21



David fue a visitar la consulta de Joseph unos días después. Este se hallaba imbuido en un libro enorme de términos médicos cuando el profesor entró. Antes incluso de que el doctor le pudiera decir una palabra, Hipócrates se puso a parlotear alrededor del desgarbado joven y a frotarse entre sus piernas, a la espera de unas buenas palmaditas en el lomo que acabó recibiendo de buena gana.

—Adoro a este malandrín. ¡Un día te lo robaré! —bromeó sentándose frente al escritorio de su amigo. El felino se subió de un salto y se dejó caer como un *maharajá*.

—Esta mañana ha debido de verme hambriento, porque me ha dejado una cucaracha medio masticada encima de la almohada. Ha sido un despertar muy agradable.

—Lo cierto es que no se te ve buena cara. Tienes unas ojeras muy oscuras debajo de los ojos. ¿Estás descansando bien?

Joseph fue incapaz de fingir y se derrumbó en su butaca con los hombros hacia delante.

—Apenas puedo pegar ojo, no dejo de darle vueltas a todos los problemas que se me están acumulando. Cosas de las que puedo hablar y cosas de las que no.

—En mí puedes confiar con total plenitud —dijo David de corazón, llevándose la mano al pecho.

—No, amigo, hay cosas que debo soportar a solas. Es algo que aprendí hace mucho. —Suspiró de puro agotamiento.

David supuso a qué se refería, pero no quería asustar a Joseph diciéndole que conocía su condición. No la entendía, su religión la negaba, pero Joseph jamás había hecho daño a nadie.

—Vengo por dos razones —cambió de tema y fue directo al meollo—: la primera es para decirte que ni mi madre ni yo hemos observado

movimientos extraños en *Wollaton Hall* en cuanto a lo del veneno. De hecho, han comenzado a ir visitas y el marqués las está recibiendo en persona. Su salud ha mejorado de forma muy notable aunque aún tiene noches malas…

—¿De veras? —Los ojos de Joseph brillaron con interés—. ¿Qué ha pasado?

—Anoche se puso muy nervioso. Exigió tomar opio, pero entre el mayordomo, Lord Marcus y yo conseguimos reducirlo y que se tranquilizase. Lady Clemence le administró láudano y poco a poco se serenó. Yo insistí en que te avisaran, pero Lord Marcus se negó en rotundo ya que era de madrugada.

—¡Vaya! Lamento muchísimo que tengas que soportar estas situaciones.

—De verdad, no es una molestia. Adoro dar clase al pequeño Lord Percy y… —De pronto se puso rojo y nervioso—, y pasar las mañana charlando con Lady Frances. ¡Qué joven tan educada!

—Ya veo… —Joseph captó el brillo en los ojos de su amigo y sonrió para sí, divertido—. Una dama muy linda.

—B-bueno, yo no puedo d-decir que… que… La verdad es que se le dan muy bien las matemáticas —concluyó sin saber cómo salir de aquella encrucijada.

El médico soltó una carcajada a su costa.

—¿Qué era la segunda cuestión que querías tratar?

—Oh, sí. —Rebuscó en el interior de su chaqueta y sacó una carta lacrada de forma muy sencilla, sin sello—. Me la ha dado Alexandre para ti, pero me ha comentado que no quiere respuesta, solo que leas su contenido.

Joseph se enderezó en su asiento y se puso rígido además de pálido. La tomó con cuidado depositándola sobre el libro que tenía abierto. Luego lo cerró dejando la epístola en su interior para leerla cuando David se fuera.

—¿Puedo saber qué personas influyentes han visitado a la estirpe Vane? —indagó con cierto miedo.

—Los Midleton acompañados de la Sra. Lougthy, el respetable alcalde Anderdon, los Vizcondes de Cavendish, junto con su hija Lady Charlotte… Por lo visto puede que Lord Marcus y esa joven contraigan matrimonio —hizo un inciso— pues este la colma de atenciones y presentes.

Joseph no supo cómo sentirse al respecto, si asqueado por semejante pantomima o aliviado al saber que por fin cejaría en su empeño de molestarlo a él.

—¿Y Sir Montagu ha vuelto a ir a la mansión? El último día que estuve allí me lo encontré por el camino principal. Iba a visitar a los Vane.

La cara de David se ensombreció de pronto y Joseph observó cómo tragaba saliva al moverse su nuez.

—Sí, ese hombre horrible ha vuelto en tres ocasiones para pretender a Lady Frances. Ella no me lo ha expresado, pero es evidente que le resulta muy desagradable que vaya a verla.

—¿Le ha pedido matrimonio? —indagó el médico con el corazón en un puño, sintiéndose en una encrucijada de nuevo.

—No, todavía no. Creo que quiere ganarse a Lord Henry primero ya que le ha de pedir su mano a él, lógicamente… —Se sintió estúpido ante la evidencia.

—Entonces tenemos tiempo —adujo Joseph con decisión.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te agrada Lady Frances?

—¡¿Qué?! —David se puso en pie y trastabilló con la silla de tal modo que no se cayó de bruces de puro milagro.

—Que si te agrada, te atrae, te gusta como mujer —especificó a sabiendas de que así era.

El pelirrojo pasó de su blancura natural al bermellón más intenso. Balbució, se le trabó la lengua y no dijo nada más, así que el médico fue al meollo de la cuestión.

—David, lo que te estoy diciendo es que le hagas entender que te interesa. ¿Qué tienes que perder?

—¿El corazón? ¿La dignidad? Eso como poco. Solo soy un profesor, no un conde o alguien influyente en Bath. No tengo donde caerme muerto.

—Paparruchas. Creo en el amor verdadero. —Joseph se puso en pie y posó las manos en los caídos hombros de David—. Me consta de primera mano que a ella le asquea el magistrado. Y no me extraña, es un bastardo —escupió el improperio sin más—. Y tú eres un hombre digno, temeroso de Dios, que la respetaría y con el que podría ser feliz.

—Es más sencillo que tú la enamores con un simple pestañeo que yo en mil años de cortejo.

—Algo me dice que no somos compatibles y ella lo sabe, así que quedo descartado. David, ayúdame, te lo suplico. Montagu le destrozará la vida.

El profesor bajó la cabeza, sonrojado.

—Joseph, es imposible que yo le agrade. Y, aunque así fuera, su hermano jamás lo permitiría… Seamos realistas.

Joseph le palmeó la espalda con tanta fuerza que casi lo tiró al suelo. Vio en David una salida al problema, aunque fuese complicado.

—Nos encargaremos, de alguna forma que aún no sé, de que el marqués sepa qué clase de malnacido es Montagu.

—Le odias de verdad —afirmó David mientras recogía su sombrero con la intención de irse.

—Ni te lo imaginas —gruñó.

Acompañó al profesor hasta la puerta y le dio la mano con energía antes de despedirlo.

—David —comenzó a decirle —tu mayor cualidad es la labia, así que usa ese don de la palabra que tienes y, sobre todo, elogia a esa mujer—. Luego le guiñó un ojo y le palmeó el brazo.

El pelirrojo se fue por fin y Joseph cerró la puerta con pestillo y llave, arrojándose sobre la mesa y abriendo el libro para tomar la carta y abrirla.

La letra de Alexandre era irregular y tenía faltas. Sin embargo, había que recordar que llevaba cerca de una década sin recibir educación. Joseph se sintió orgulloso al percibir el esfuerzo al redactarla a pesar de las limitaciones que tenía.

Te escribo esta carta para darsela a David. Sé qe puedo confiar en él porqe es tu amigo y sabe lo qu está pasando aqui.

Estoy bien, pero Marcus~~a~~ ha tomado represalias. No quiero qe te preocupes, pero mató a Zeus para castigarme.

Joseph se detuvo ahí y entonces entendió qué había sucedido el día del disparo. Se llevó una mano a la boca al sentir la náusea. Infortunado animal inocente y pobre Alexandre. Él ayudó en el nacimiento del potrillo y lo

había cuidado y enseñado hasta que el caballo alcanzó la adultez. Debía estar sufriendo lo indecible por su pérdida.

Intentó recomponerse y seguir leyendo:

He descubierto qe mi padre tiene muchas deudas de juego y debe dinero a personas de mala reputacion. Le escuché hablando con una mujer (estoy casi seguro qe era lady Louisa) sobre conseguir unos polvos. Ella le paga a mi padre para qe lo compre. No se qe hacer, lo siento, no me ~~atrebo~~ atrevo a hablar con lord Henry. Necesito tu ayuda, tienes qe venir cuanto antes.

A.L

—Joseph Edwards, no puedes esconderte más —llegó a la conclusión—. Él te necesita, todos te necesitan.

oOo

El médico le pidió a su vecino que le recomendara un buen lugar en el que comprar un caballo y un *chaise*[17] con capota para su trabajo. También llegaron al acuerdo económico de que lo acomodaría en su caballeriza.

Ya había pospuesto demasiado aquello y, tras conocer la terrible noticia de la ejecución de Zeus, quería que Alexandre tuviera un caballo al cual poder atender y entregar todo su cariño, como había hecho siempre con su malogrado amigo. La maldad de Marcus no conocía límites y Joseph le hubiese dado otro puñetazo de haber sido libre de poder hacerlo.

Tan solo dos días después de recibir aquella carta, Joseph tomó las riendas de su vida, de forma literal y figurada, y condujo hasta *Wollaton Hall* sin previo aviso. El tiempo no acompañó demasiado. Una tormenta de verano azotó Bath y sus inmediaciones. Por fortuna llegó a tiempo antes de que empeorara la situación climatológica.

Llevó el *chaise* hasta las caballerizas con la esperanza de encontrarse a Alexandre. Y así fue, solo que estaba acompañado de Tidian que, al verlo llegar, frunció más el arrugado ceño.

El joven sintió alivio al ver a Joseph. Este se bajó del carruaje y le tendió las riendas del caballo, un *Cleveland Bay* de pelaje color bayo tirando a

cobrizo y crines negras.

—Alexandre, sé tan amable de secar a Perseo y darle algo de alfalfa.

—Por supuesto… —No se atrevió a mirar al médico más de lo debido ya que Tidian los estaba observando con especial interés.

—¿Y ese penco? —indagó el hombre haciendo un gesto hacia el caballo que Alexandre estaba desunciendo para meterlo en una cuadra.

—Lo he comprado, Sr. Lambert, para poder circular a mi gusto sin la necesidad de ser una molestia, en especial para el marqués y en particular para usted y su hijo.

—No está mal, parece un buen ejemplar, sano y fuerte —añadió tras observar su dentadura.

—Que no le pase nada —contestó Joseph en un tono seco.

Alexandre supo de ese modo que había leído su patética misiva llena de tachones y faltas.

Joseph hizo un gesto y salió trotando bajo la lluvia en dirección a la entrada, subió la escalinata y golpeó con fuerza una de las aldabas en forma de mano asiendo una esfera.

Richard, el mayordomo, no tardó en abrirle, quedándose perplejo al verlo aparecer sin avisar. Sin dilación permitió al médico pasar y ponerse a resguardo. La lluvia se había intensificado mucho aquella tarde.

—¿Está el marqués disponible? El Sr. Smith me contó lo sucedido la otra noche y deseo comprobar cómo se encuentra.

—En estos momentos está en el salón principal atendiendo a unas visitas. Puede esperar en la salita, si gusta.

—Sí, gracias.

Richard lo acompañó hasta la estancia y le ofreció un té que el médico aceptó de buena gana. El hombre prendió la chimenea para que se caldeara la habitación. Un trueno resonó contra las ventanas, las cuales vibraron.

—He elegido el peor día para venir… —musitó.

—Si no puede volver siempre hay alcobas libres, ya sabe que aquí es bienvenido por los marqueses.

—Le agradezco su amabilidad. Por cierto, si no es indiscreción, ¿qué visitas son esas?

—Los Vizcondes de Cavendish y su hija. Ya sabe, por la futura boda.

—¿Boda?

—Lord Marcus pidió la mano de Lady Cavendish a su padre y este aceptó de buena gana, como no podía ser de otra manera. Están ultimando los preparativos del enlace.

Joseph no se sorprendió en absoluto, aunque lo lamentó por la pobre dama. Esa desdichada mujer llevaría la misma vida que su hermana Sandrine: casada con un alguien que nunca la amaría. Añadiendo que, en el caso de Marcus, le sería infiel con todo hombre que se cruzara en su camino.

—¡Qué hermosa noticia! En cuanto pueda le daré la enhorabuena a Lord Marcus —comentó intentando parecer natural.

Tras eso, el mayordomo se retiró y Joseph estuvo esperando. Cuál fue su sorpresa cuando Lord Percy entró en la habitación, seguido de Puppy, y se lanzó en sus brazos.

—¡Doctor! ¡Le echaba de menos! —gritó con alegría mientras su perrillo viejo ladraba contento.

Tras él aparecieron Lady Frances y David, que guiñó un ojo a su amigo en señal de complicidad.

—Nos hemos encontrado a Richard y ha comentado que estabas aquí —alegó el profesor—. Nos disponíamos a tomar un tentempié tras una ardua jornada de estudio. ¿Verdad, jovencito?

—¡Así es! Richard nos traerá aquí los *scones*[18] de mermelada de fresa. —El niño se relamió de gusto—. Los hace la Sra. Smith y se han convertido en mis preferidos.

—Porque están muy buenos, que ya los he probado —respondió el médico tras despeinarle los cabellos.

Puppy se tumbó junto al niño, que se sentó con las piernas cruzadas delante de la chimenea.

—Buenas tardes, Lady Frances —Joseph la saludó poniéndose en pie y depositando un casto ósculo en el reverso de aquella delicada mano—. Me ha contado un pajarito que su hermano se ha prometido.

—Sí, ayer mismo… —No pareció muy entusiasmada. Ella sabía muy bien que era una farsa. Todos los sabían menos los Cavendish.

David y ella se sentaron alrededor de la mesa, junto con Joseph. Richard les acercó los bollos y otras pastas.

—Espero que Sir Montagu no la molestase más, Lady Frances —dijo el doctor intentando sonsacarle información y haciéndose el tonto—. Fue muy insistente durante el baile.

Ella suspiró abatida.

—Ha venido en cuatro ocasiones a visitarme. Temo que le pida mi mano a Henry. Ese hombre me da escalofríos y es muy mayor para mí...

Un trueno retumbó de nuevo y ella se pegó un buen susto. David estuvo avispado y le tendió el chal para que se tapase en un acto de caballerosidad que ella agradeció con un delicado gesto de cabeza.

Joseph no quitó ojo de encima a aquella pareja y asintió mirando a David, como dándole su aprobación.

—No creo que hoy se presente tal y como está el tiempo, así que disfrutemos de la mutua compañía. Y bien, ¿qué son esos libros que ha traído, Lady Frances?

—¡Oh! Han sido un presente del Sr. Smith. —Lo miró de reojo, sonriendo—. *Arithmetica Universalis*, de Newton, y este otro es *Introducción a la aritmética*, de Nicomaco de Gerasa, un clásico griego. Tengo una pequeña biblioteca en *Longleat*. Cuando volvamos los incluiré.

—¿Piensan irse pronto? —Joseph se enderezó con interés.

—Por lo que me ha contado Clemence, en septiembre a más tardar. Quieren que Marcus contraiga matrimonio en agosto y probablemente esta sea su residencia principal tras volver del viaje de luna de miel.

«Una razón más para irnos de Bath», pensó Joseph.

—Dr. Edwards, ¿le puedo hacer una consulta médica?

—Faltaría más, ¿qué le ocurre?

—Desde que Sir Montagu me visita, siento una angustia muy fuerte en el estómago que me impide comer con normalidad. Mi madre insiste en que debo ser más cercana a él, que seguramente pida mi mano. Solo de pensar en ello me siento enferma, apática… —De pronto se puso a sollozar por la angustia.

Joseph se levantó para tomarle el pulso mientras David le daba un pañuelo. Ojalá hubiera podido hacer algo más por ella.

—Hermana, si ese hombre tan asqueroso te toca, me batiré en duelo con él —alegó Percy de forma rotunda—. Cuidare de ti.

El niño, de pie junto a Frances, se puso muy serio y luego abrazó a la joven y le dio su cariño sincero.

—Gracias, Percy —susurró ella con ternura—. Pero nuestra madre…

—¡Me da igual! —exclamó el niño—. No le daré tu mano a ese mequetrefe.

—¡Percy! —La joven se echó a reír ante aquello—. Vigila tu lenguaje.

—El profesor sí puede pedir tu mano —afirmó.

—¡Y n-no digas eso! ¿Qué va a pensar el Sr. Smith? —Se escandalizó, sonrojada.

—No pasa nada —dijo este—, son cosas de… —Hizo un además con el cabeza señalando a Percy—. Él no entiende cómo funciona nuestra sociedad.

—¿Qué no entiendo? Si un hombre y una mujer se aman, han de casarse. ¡Yo me casaré solo con quien quiera! —añadió contundente.

Joseph, sentado de nuevo, observó la estampa con una tierna sonrisa en los labios. David le miró un instante y él le guiñó un ojo.

—De verdad, hermano, nos estás poniendo a ambos en un aprieto —dijo ella. Había parado de sollozar y estaba sonrojada de forma evidente—. El Sr. Smith puede que tenga… —Carraspeó— una dama a la que cortejar en Bath.

—No la hay —respondió David.

—¿Y mi hermana no le parece bien?

—Me parece una señorita inteligente y amable, sin duda es una estupenda y grata compañía, Lord Percy.

—¡B-basta, Percy! ¡No entiendes nada! —Ella se puso en pie, se arrebujó en su chal y salió de la estancia, abochornada.

—David, se ha dejado los libros. Deberías llevárselos —ordenó Joseph de forma tajante.

El profesor lo hizo y salió tras Lady Frances.

—Lord Percy, sé que es usted un jovencito muy avispado, pero no diga una palabra delante de nadie sobre todo esto. Porque podrían echar al profesor.

—Pero yo quiero que se case con mi hermana —respondió con impaciencia—. Cuando estamos los tres juntos nos reímos mucho porque David es muy divertido. Y Frances antes no se reía nunca.

—Lo sé. —Joseph se puso a su altura y lo tomó por los hombros—. No diga nada a su madre, ¿me lo promete?

El niño asintió de forma enérgica con la cabeza y Joseph le revolvió el cabello oscuro.

—Muy bien, pues sigamos comiendo los deliciosos bollos que nos ha horneado la Sra. Smith.

oOo

David interceptó a Frances justo antes de que esta entrara en su alcoba. Por suerte estaban todos en la reunión de los Cavendish.

—Lady Frances… —susurró él desde detrás de una gruesa cortina—. Se ha olvidado de los libros.

La dama se quedó perpleja al verlo allí y miró hacia todos lados, asustada. Al comprobar que no había nadie, asió al profesor por la manga de su chaqueta y tiró de él hacia el interior de la estancia.

Al hombre casi le dio un síncope al estar a solas con ella. La observó mientras prendía unas cuantas velas. Fuera tronaba y relampagueaba con intensidad. El sonido de la lluvia repiqueteaba contra los ventanales.

David bajó la cabeza intentando no desmayarse allí mismo.

—Siéntese, Sr. Smith.

—P-pero no podemos estar a solas, debería volver a la salita ahora que le he entregado los libros… Si alguien se entera, a mí me matan sus hermanos de un tiro y usted podría perder la reputación…

—¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirió ignorando aquello.

—Faltaría más.

—¿De veras me ha seguido para traerme los libros?

—S-sí.

A pesar de estar en la misma habitación, había unos cuantos pies de distancia entre ambos.

El rostro de ella se ensombreció.

—Bueno, pues váyase, será lo mejor —ordenó con un evidente enfado.

—¿Está usted bien? ¿Llamo a Joseph?

—No estoy bien, no lo estoy —reiteró haciendo un puchero—. No quiero casarme con ese hombre espantoso. —El berrinche fue tal que David buscó su pañuelo, pero ya se lo había dado con anterioridad. Miró alrededor hasta que escuchó cómo ella se sonaba las mucosidades en el chal de seda.

—Lo lamento profundamente, ojalá pudiera ayudarla de alguna forma.

—¡Pues pídale mi mano a Henry! —La llorera continuó ante la estupefacción del profesor—. ¿No quiere? ¿Tan fea le parezco?

—¿Qué? ¡No! P-p-pero —balbució— solo soy un profesor, yo no tengo dinero, no puedo darle nada. El marqués jamás lo aceptaría.

—¿Entonces no le agrado?

—¿Cómo no va a agradarme? Es usted una dama inteligente a la que le gustan las matemáticas. Eso es muy encantador. —Fue la declaración de amor más tonta del mundo, pero pareció surtir efecto en ella.

Frances salvó la distancia que los separaba, lo abrazó sin ningún reparo y él la estrechó entre sus brazos sin entender qué había sucedido.

—Usted a mí me agrada, Sr. Smith —susurró apoyada en su pecho.

—No lo comprendo… Si soy todo lo contrario a un gallardo caballero. —A pesar de eso, se sintió muy dichoso y a la vez la situación le aterró por miedo a sus dos hermanos mayores.

—Me hace reír, adora a mi hermano, su madre es maravillosa y… Siempre me han gustado los hombres pelirrojos —confesó—. Pero sobre todo, usted me agrada porque no me ve como un cero a la izquierda, sino como una persona inteligente. Desde que le conozco mi vida ha cobrado sentido y deseo estudiar todo lo posible, aunque no sirva para nada.

—Yo la veo como números infinitos, Lady Frances. Y el estudio la embellece.

—Siempre sabe cómo hacerme sonreír. —La joven lo miró desde abajo, esperando un beso. Como no llegó, porque David se vio incapaz de dar un paso tan cualitativo, ella se puso de puntillas y le dio un ósculo rápido para que él lo entendiera.

Terminaron besándose de forma torpe, muy torpe, pero así sellaron lo mucho que se gustaban y todo lo que lucharían por estar juntos.

oOo

El buen doctor acudió a las estancias personales de los marqueses tras cenar. Tanto Henry como Clemence lo esperaron en la salita previa, con la chimenea encendida. Fuera de la casa la lluvia se había intensificado de forma virulenta.

—No puede irse así, tendrá que quedarse en una de las estancias de invitados, igual que los Cavendish. Querida, ¿puedes solicitar a la Sra.

Evans que le preparen una alcoba? —pidió Henry a su esposa.

Ella se fue y entonces el marqués se acercó a Joseph para hablarle de algo importante antes de que Clemence volviese.

—Me dijo que mi problema podía solucionarse.

—¿No ha mejorado en ese sentido?

—Sí, me siento más viril desde que he vuelto a mi peso, me he arreglado el cabello y ella duerme conmigo. Pero…

—Usted siempre ha creído que no podía satisfacerla porque ella no le amaba… ¿Cierto? —Él asintió—. Pero Lady Clemence sí le quiere.

—Así es —respondió con los ojos brillantes.

—Seré claro: déjese llevar.

—¿No necesito algún tipo de tónico para enardecerme más? Me aterra no ser suficiente. Sé que las mujeres tienen el deber conyugal de acostarse con sus maridos, que se supone que no tienen deseo sexual… Pero esto último es una falacia.

—Por supuesto que es una falacia. Ya se ha amancebado con ella en el pasado cuando ambos eran unos inexpertos. A estas alturas no le va a hacer daño, sino todo lo contrario. Además, quítese de la cabeza que la única forma de dar placer es con sus genitales.

—¡Doctor! —Henry se puso rojo de vergüenza.

—¿Se lo he de explicar? ¿Yo precisamente?

—No…

—Pues póngalo en práctica. ¿Tiene en la biblioteca algún ejemplar del *Kamasutra*? Es muy ilustrativo.

—Usted no tiene pelos en la lengua.

—Use esto, los ayudará… —Sacó del maletín una botellita con aceite de almendras—. No es peligroso y solo sirve para facilitar las relaciones conyugales.

Justo en ese momento volvió Clemence y se sentó junto a Henry, tomándolo de la mano con cariño. Ambos se miraron de una forma muy distinta a cuando Joseph los conoció.

—Marqués, sea tan amable de quitarse la camisa, le voy a auscultar.

Este lo hizo, sentándose en una silla mientras Joseph sacaba sus utensilios y se preparaba para hacer su trabajo.

—¿Náuseas o vómitos? ¿Deposiciones blandas? ¿Dolores de cabeza? —El hombre negó—. Los eccemas han ido sanando, le ha crecido el cabello de nuevo… Al cesar el envenenamiento, ha mejorado su salud de forma muy notable. No le puedo prometer que esté saludable del todo, porque el arsénico afecta a diversos órganos, pero con una vida sana y mis recomendaciones opino que podrá vivir bastantes años.

Clemence se puso a sollozar de pronto, aliviada. Su esposo se levantó para abrazarla.

—No sé cómo pagarle todo lo que ha hecho por nosotros —suspiró ella —. Me veía viuda y perdida…

—Con mis honorarios será bastante, yo no necesito más. Es mi trabajo y su esposo mi paciente.

—Mañana le daré su paga, como de costumbre —comentó Henry.

—Antes de irme a descansar… —Joseph sopesó las consecuencias de lo que iba a contarles—, debo enseñarles algo.

Sacó la carta de Alexandre del maletín y se la leyó. Los marqueses quedaron muy impactados por aquella nueva información.

—¿Confía en lo que Alexandre le ha escrito? —preguntó el marqués.

—Plenamente.

—¿Por qué no me lo ha contado a mí?

—Tiene miedo. Su hermano mató a Zeus en un arranque de rabia.

—A mí me dijo que el caballo se partió una pata y lo sacrificó para que no sufriera —musitó Henry.

—Le aseguro que Alexandre no me mentiría. Confía en mí. Yo le pedí que me contara cualquier cosa que pasara. —Joseph intentó que no se notaran sus sentimientos hacia el cochero—. Pero debemos centrarnos en que escuchó al Sr. Lambert hablar con una dama. No es su esposa ni Lady Frances, así que solo nos queda Lady Louisa.

—Tiene sentido —se pronunció la mujer—. Pero ¿qué le estaría pidiendo a Tidian? Es lo que no logro comprender.

—Me temo que no lo sé. Tengo teorías, pero no quiero adelantarme. Será mejor que me vaya a mi alcoba. Seguiremos hablando mañana, es el momento de descansar.

—Frederic está fuera, lo acompañará —comunicó la mujer.

—Qué pasen buena noche. —Miró a Henry y le guiñó un ojo.

Después de eso, salió para dejarlos a solas en lo que sería el inicio de una relación conyugal sana y consensuada.

22



El cochero, después de resguardar bien a Perseo y al resto de cuadrúpedos, se fue a la casa pasando por las cocinas para picotear algo. Se encontró allí con la Sra. Smith preparando un té y unos bollitos. Ella hizo la vista gorda cuando el joven le robó uno y lo masticó.

—Me han dicho que ha venido el buen doctor.

—Así es. —Alexandre se sintió feliz por haberlo visto.

—Con la tormenta que está cayendo, dudo mucho que pueda volver a casa esta noche. Tendrá que quedarse en una alcoba para invitados, como los Cavendish.

Alexandre estaba al tanto de la pedida de mano y le resultó francamente patético por parte de Marcus.

—Sra. Smith, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Adelante, joven.

—¿Ha visto a Lady Louisa rondar por aquí en alguna ocasión?

—¡No! Esa mujer no se acercaría a las cocinas ni aunque estuviera muerta de hambre. De hecho, opina que mi comida es hedionda.

—Está amargada, no le haga caso. Sus platos son maravillosos —la aduló dándole un beso en la vieja mejilla.

—¡Ay, pendenciero! Seguro que tienes a todas las jovencitas a tus pies con esa planta que te gastas…

—No me interesan —contestó contundente.

—Ya veo…

Aunque la Sra. Smith no lo pudiera entender bien porque su devoción cristiana se lo impidiese, deseó que el doctor fuera feliz con aquel muchacho. Por lo que sabía, Lord Vane había cejado en su empeño de perseguir a Joseph, lo cual le alivió pues podía sentir a distancia lo mala persona que era. No había que ser muy lista para percatarse de las cosas que pasaban a su alrededor.

Apareció de pronto el mayordomo, ese estirado que no la quería allí. Tomó las pastas sin decir nada y se fue. En ocasiones veía a Richard y Tidian hablar mientras fumaban cigarrillos. No podían ser más distintos, pero se llevaban bastante bien a pesar de ello. Supuso que estar tantos años al servicio de los diversos marqueses forjaba extrañas amistades.

En cuanto a Tidian, le parecía un hombre horrible que trataba a su hijo con el mayor desprecio del mundo, cuando el joven era un tesoro.

El hombre en el que estaba pensando entró de pronto en la cocina y le pegó un susto de muerte.

—¡Sr. Lambert! Diga algo al menos. Qué poca educación.

—Cállese, señora. Usted ni siquiera es del servicio, ni duerme con nosotros. —Escupió en el suelo pasando de largo y yéndose hacia la escalera trasera que llevaba a las alcobas de los sirvientes.

—Grosero y puerco.

oOo

Joseph, ya en su cama escuchando el sonido de la lluvia mientras sentía que Morfeo lo llevaba al mundo de los sueños, escuchó unos golpecitos en la puerta que lo espabilaron.

Salió de la cama por si había alguna emergencia y preguntó:

—¿Quién es?

—Yo…

Al reconocer la voz del joven abrió de inmediato y luego cerró con llave de nuevo tras permitirle el paso.

—Alex, ¿has perdido la cordura?

—Por ti, sí.

Aquello derritió a Joseph como una vela encendida. Lo abrazó con intensidad y estuvieron de esa guisa varios minutos. Alexandre se puso a sollozar de pronto, derrumbándose por la ejecución de Zeus.

El médico lo llevó hasta la cama para que se sentase y lo volvió a abrazar.

—Me hizo creer que iba a matarme y luego… Fue hacia Zeus y lo hizo sin más…

—Lamento no haber estado ahí para consolarte, cariño mío. —Le acarició dulcemente.

—Mi padre y yo enterramos al caballo lejos de la casa, lo más profundo posible para evitar que las aves carroñeras destrozaran el cuerpo. Sé que es

un caballo, pero le puse una cruz de madera que hice con unas ramas y cada día le llevo flores silvestres…

—Eso es muy dulce, Alex. Zeus era tu amigo, tu compañero fiel...

—Sí, y ese maldito bastardo me lo arrebató…

Joseph lo volvió a abrazar para que se desahogara.

—¿Sabes quién es Perseo?

—Tu caballo —gimió intentando recomponerse.

Joseph sonrió mientras le acariciaba el cabello ondulado.

—El hijo de Zeus en la mitología griega. Es símbolo de valentía, ingenio y valor divino. Por eso le puse ese nombre.

—Entonces me gusta mucho más. Es un magnífico ejemplar, has sabido elegir.

—Es tuyo —le hizo saber sin más.

Alexandre abrió mucho los ojos y luego abrazó a Joseph con más fuerza que nunca, sin replicar, aceptando aquel precioso regalo.

—Gracias… Gracias por existir.

—Gracias a ti por amarme y esperar con paciencia. Te quiero, Alex. Ten mucho cuidado, te lo suplico. Evita a Marcus todo lo que te sea posible, ¿de acuerdo?

—Ya lo hago, de verdad. Además, ahora está centrado en su futura boda. Es tan lamentable lo que va a hacer... Aunque me consta que mi padre lo ha llevado por las noches a desfogarse en los prostíbulos donde hay hombres.

—Lo importante es que no lo hace contigo.

—Si me toca te juro que lo mato —dijo Alexandre apretando los dientes —. Y pensar que antes creía que estaba enamorado de ese despojo. Tú sí que eres un hombre de verdad. Dios Santo, Joseph, te deseo… —le hizo saber sin tapujos—. Me muero de ganas de yacer contigo. No puedo parar de pensar en nosotros dos…

Se puso a horcajadas sobre el cuerpo de Joseph, el cual fue incapaz de resistirse ante el ímpetu de Alexandre. Aquello resultaba ser una temeridad, pero si tenían cuidado no se enteraría nadie.

Tras quedarse desnudos y taparse con las mantas, con el sonido de la tormenta de fondo, se frotaron con urgencia.

—¿Quieres poseerme? —le susurró Joseph, juguetón con la lengua en su zona más erógena.

—Sí… —afirmó entre suspiros—. Estas noches sin ti lo he imaginado...

El médico lo preparó a conciencia y luego le tomó la mano para chuparle los dedos de forma muy erótica. Aquello enardeció al joven, pues ver así de expuesto a Joseph lo volvió loco de deseo. Lo empujó contra la cama y deslizó aquellos dedos por entre las nalgas, como le había enseñado a hacerlo en anteriores ocasiones. Solo que, aquella vez, sería él quien lo poseería.

Ayudado por el doctor, Alexandre fue empujando poco a poco hasta introducir el glande. Al ver que Joseph lo miraba con los ojos velados por el deseo, continuó a empellones hasta introducirse del todo en aquel lugar tan caliente y nuevo para él.

—Dios… —blasfemó mientras hundía la cabeza en el cuello de Joseph a la espera de que este le diera permiso.

—Sigue sin parar hasta hacer que me muera de placer… —susurró Joseph en su oído, mordiéndole la oreja y lamiéndole el lóbulo.

Se besaron con ardor, abrazados, estremecidos. Para Alexandre porque aquello era nuevo para él y en el caso de Joseph porque había echado de menos ser poseído.

—No puedo más, perdóname… —susurró el joven entre espasmos de gozo, derramándose en aquel interior ardiente.

Joseph sintió los últimos empujones y él también llegó al orgasmo entre temblores, mordiendo con fuerza el hombro de su amante para no gritar.

Quedaron los dos desmadejados sobre el lecho, respirando de forma entrecortada pero muy satisfechos.

—Madre mía… —susurró Alexandre tras semejante experiencia—. No sé qué me gusta más, si que seas tú o lo haga yo.

—No hay que elegir pudiendo gozar de ambas experiencias. —Rio bajito.

De pronto alguien tocó a la puerta y ambos pegaron un respingo. Alexandre rodó hasta el suelo y se escondió al otro lado de la cama. Joseph se puso la camisa de dormir rápidamente y guardó la ropa y el calzado del joven debajo de la colcha.

—¿Quién es?

—Soy Marcus. Ábreme, te lo suplico… —gimió al otro lado en tono lastimero.

Joseph no fue capaz de soportar aquello y apoyó la cabeza en la puerta mientras cerraba los puños con fuerza.

—Ahora salgo.

Vio a Alexandre hacerle un gesto de preocupación y Joseph se llevó el dedo a los labios en señal de silencio. Luego buscó la bata y se la echó por encima.

Abrió con cuidado y se deslizó fuera.

—¿Qué quieres? ¿Le pasa algo a tu hermano? Antes estaba perfectamente —gruñó.

—Supe de tu presencia en la casa… Y quería verte para saber si ya se te había pasado el enfado conmigo…

Joseph se quedó estupefacto e incrédulo.

—Vete a tu alcoba y déjame en paz.

—Joseph… —jadeó Marcus con los ojos enrojecidos—. De verdad, no quiero casarme con esa mujer, solo te amo a ti y podríamos huir a Escocia antes de...

—Me importa un carajo.

—Pero Alexandre sí te importa, ¿verdad? —Marcus supo que había dado en el clavo cuando la expresión del médico cambió—. Si eres mío, el chico no sufrirá, lo dejaré en paz del todo.

Joseph miró a Marcus de forma inocua y habló con serenidad:

—Si le tocas un solo pelo te juro por Dios que me encargaré de que mueras de la forma más horrible y agonizante posible, sin que sepas cuándo pasará, ni cómo...

Dicho aquello se dio la vuelta y entró en la estancia cerrando con llave.

Marcus sintió un sudor frío cayendo por su espalda. Se había tomado la amenaza de Joseph muy en serio. Aquella baza había sido la última y ya no tenía solución. Tendría que olvidarlo del todo.

Dio la vuelta de camino hacia su propia alcoba, ofuscado, y entonces vio marcharse al mayordomo de la habitación de Louisa. Ella también salió un poco y besó al hombre, despidiéndolo. Ambos iban vestidos con ropa de cama.

Ellos no le vieron gracias a que había apagado la vela que llevaba, así que los espió hasta que Richard desapareció por el pasillo en dirección a las escaleras del servicio. No había que ser muy espabilado para entender qué

estaba pasando, así que sonrió para sí. Aquella información le resultó muy valiosa.

oOo

A la mañana siguiente todos desayunaron juntos. Fue así cómo el doctor conoció a los vizcondes y a Lady Charlotte.

—Es un placer, señor. —Joseph hizo una reverencia.

El vizconde le mostró la mano y el médico la estrechó en señal de respeto.

—Ya me habían hablado muy bien de usted, Dr. Edwards. Es un médico excelente. El marqués está muy satisfecho con sus tratamientos.

—Se lo agradezco. —Luego se dirigió a su esposa, a la cual besó con cuidado en la mano y también a Lady Charlotte.

—Mi prometido lo elogió mucho, le tiene en alta estima.

—Qué honor —musitó intentando sonar amable pero con ganas de gritarle al lord que se fuera al infierno.

A Joseph le pareció una joven que podía haber elegido a cualquier pretendiente, pero que iba a tener una vida terrible junto a Marcus. Lo lamentó profundamente.

—Por favor, sentémonos a almorzar. Me muero de hambre —pidió el marqués. En el rostro de este se pudo observar que estaba muy contento.

Joseph observó a Lady Clemence y ella también lucía una expresión de felicidad. Asintió para sí, satisfecho. Parecía que habían pasado una noche conyugal complaciente.

El médico rememoró unos instantes su propia experiencia nocturna con Alexandre. Tras la interrupción de Marcus, volvieron a la cama y continuaron hasta quedar desfallecidos por completo. Habían agotado hasta el último segundo porque ignoraban cuándo volverían a tener una oportunidad similar.

Se sonrojó solo de pensar en todo lo que habían hecho, así que carraspeó, bebió un poco de té con leche y probó unos bollos de mantequilla.

—Doctor. —Llamó su atención el más joven de la familia—. ¿Se quedará hoy?

—Debo irme, Lord Percy. He de visitar a mis pacientes, me necesitan. Pero prometo volver pronto.

—Está bien —claudicó.

Joseph le revolvió los cabellos y terminó de almorzar. Después de eso se despidió de todos con educación, inclusive de Marcus para que nadie sospechase, y se encaminó a las caballerizas.

Allí estaba Alexandre. No pudo evitar reírse al entrar y verlo cepillar con cariño a Perseo.

—Es muy dócil y muy bonito —le dijo a Joseph mientras acariciaba su lomo suave.

El médico sintió una sensación muy cálida en el pecho.

—Me llamó la atención por el color de su pelaje. Es similar al de tu cabello.

Se miraron en silencio. Los iris azules de Joseph mostraron perfectamente lo enamorado que estaba de Alexandre. Y las pupilas verdes de este le devolvieron el profundo sentimiento.

—Voy a preparar el *chaise* —dijo de pronto al percatarse de que había entrado Tidian con su clásico gesto de hastío.

—Esperaré fuera.

Joseph salió dejando a solas a los dos hombres.

Tidian miró a su hijo con un asco nada disimulado.

—Anoche no dormiste en tu catre.

—¿Y qué más le da, padre?

—Un día acabarás colgado por tus desviaciones.

—¿Eso le gustaría? Me lo imagino en primera fila voceando con el resto de jueces morales. Yo no hago daño a nadie, no soy un asesino —siseó mirando directamente a los ojos oscuros de su padre.

Este desvió la mirada entendiendo a la perfección la referencia. Sí, mató a Violet, aunque no había sido a propósito. Solo quiso darle una lección de quién era el que mandaba, como tantas otras veces.

Lord Henry había determinado que fue un desafortunado accidente, ya sabía que debía tener un trato preferente con él. Así lo designó el anterior marqués.

Solo Tidian conocía las razones de ello. Era mejor que el secreto siguiera siéndolo y su hijo no lo supiera.

oOo

David Smith corrió hacia Joseph, que estaba dando una vuelta a la espera de que estuviera su carruaje preparado, para poder contarle lo sucedido la

tarde anterior. Llegó hasta el médico y se dobló en dos intentando recuperar la respiración.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien, Joseph. —La sonrisa del profesor llegó de una oreja a otra—. Voy a pedirle al marqués que me permita casarme con Lady Frances. Estoy aterrorizado, pero decidido.

—¿De veras?

—Ella siente lo mismo por mí, ¿no resulta maravilloso? ¡Y todo gracias a ti! —Lo abrazó con tanta fuerza que dejó al médico sin aliento.

—¡Claro que es maravilloso! ¡Enhorabuena!

—Q-quiero ahorrar primero, al menos para poder ofrecerle un presente a...

Joseph sacó sus honorarios del interior de la chaqueta y se los dio como si tal cosa. David no pudo ni replicar.

—Traza un plan con Lady Frances para que Montagu no la visite y tenga que retrasar la pedida de mano. Que se invente que está enferma y se lo haga saber. No es la primera vez que participo en una pantomima semejante. Y si necesitas más dinero, dímelo.

—P-pero…

—Haz lo que te he dicho. Esperaré a que el marqués me avise del mal de su hermana y volveré. Nos vemos pronto —se despidió al ver que Alexandre sacaba el *chaise*.

—Este hombre es un ángel… —susurró David.

Y rezó para que pudiera ser feliz a pesar de su condición.

23

Tal y como había esperado Joseph, al día siguiente por la tarde le llegó una nota sobre la extraña enfermedad que aquejaba a Lady Frances. La dama estaba sumida en un mal desconocido, con dolores de cabeza que le impedían salir de su habitación y atender a las visitas.

Se estaba preparando para salir hacia *Wollaton Hall* cuando la campanilla de su consulta sonó y un hombre muy alto y corpulento, de oscuros cabellos y nariz prominente entró en la antesala.

Joseph se quedó perplejo al verlo allí, pero soltó sus cosas y abrió los brazos para darle un sentido abrazo a su buen amigo.

—¡Robert Lougthy!

—¡Joseph Edwards! —replicó el hombretón—. ¡Qué alegría haberte encontrado en la consulta! Ayer pasé, pero no estabas.

—¿Has venido a ver a tu madre? ¿Está tu esposa contigo?

—He venido solo. Ella se ha quedado en casa preparándolo todo. Me llevo a mi madre a pasar el resto del verano con toda la familia. No quería que hiciera un viaje tan largo a solas.

—Ya empieza a tener una edad, es cierto. Pero siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿*Whisky*? —bromeó.

—Joseph, sabes que me sienta muy mal el alcohol y mi suegro se burla de mí obligándome a tomarlo.

—Aún me rio recordando sus peculiaridades.

—Me dijo que saludara al matasanos. Y aquí estoy.

—¿Y sigue mis indicaciones?

—Lo hace, te lo aseguro. Mi suegra se encarga de ello con su habitual candor. Por cierto, me ha contado mi madre que eres el médico del Marqués de Bath. Veo que has prosperado mucho.

—Es cierto. Pero… Me planteo cambiar de destino. A un lugar apartado, tranquilo, lejos de las grandes ciudades…

—Lo cierto es que desde que vivo en Derby soy mucho más feliz. No echo de menos Bath. Pasaron cosas buenas y malas… —suspiró al recordar.

—Eso ya forma parte del pasado, Robert. Lo importante es que sois felices en el lugar adecuado y gozáis de buena salud —añadió mientras terminaba de preparar su maletín.

—¿Te disponías a salir?

—Me temo que sí, lamento mucho no poder atenderte durante el tiempo que mereces.

—Ven a cenar esta noche a casa, mi madre siempre está encantada de ver a un caballero apuesto. —Soltó una carcajada al aire.

—De acuerdo, acepto la invitación de buena gana.

Le iría bien cambiar de ambiente.

Robert se puso en pie y le dio la mano al doctor que tanto le había ayudado en el pasado, de muchas formas distintas. Después se fue, dejándolo solo.

Joseph fue hasta la caballeriza de su vecino, preparó el *chaise* y a Perseo mientras Hipócrates lo miraba, receloso, desde lo alto de una ventana que daba a ese patio. Joseph le hizo un gesto y el gato le enseñó su trasero.

—¡Pues os vais a tener que llevar bien! —le gritó al felino.

—Doctor, está usted un poco tarado, ¿me oye? El malandrín de su gato no le entiende —dijo su vecino.

—Ya lo creo que me entiende, es muy listo.

—Lo que yo le diga, está usted un poco tarado. En fin, qué pase un buen día. Esperemos que no vuelva a llover…

—Ojalá…

Joseph salió con el carruaje y la capota echada, por si caía alguna gota que otra. Aunque la tormenta de verano ya había amainado, unas nubes muy oscuras auguraban nuevos chaparrones.

De camino hacia *Wollaton Hall*, casi llegando a su destino, se cruzó con Tidian. Ambos hicieron detenerse a los caballos.

—Buenos días, doctor —gruñó.

—Buenos días, Sr. Lambert. ¿Se va de recados?

—Sí —dijo de forma escueta. Luego hizo un gesto con el sombrero y reanudó la marcha dándole un buen latigazo al cuadrúpedo.

Joseph negó con la cabeza y después azuzó a Perseo para que trotara hasta llegar a la casa, dirigiéndose directamente hasta las caballerizas.

Se encontró a Alexandre trabajando sin camisa, enseñando su físico esculpido por el esfuerzo de años. Las vistas le hicieron sonreír de manera estúpida. Aquel mozo tan bien dotado era suyo y de nadie más.

El médico bajó de un salto y le tendió las riendas a Alexandre. Entonces se fijó en que llevaba tapado el hombro con un apósito.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño?

El joven soltó una carcajada.

—Me mordiste, ¿o no te acuerdas? ¿Quieres que vaya enseñando el rastro de tus dientes?

Joseph se sonrojó y bajó la cabeza al recordarlo, avergonzado.

—Lo lamento mucho.

—Ya te marcaré yo a ti… —susurró, apoyado en el carruaje en una pose de lo más sensual, sudando por el esfuerzo.

—Será mejor que me vaya dentro o me va a dar un síncope. —Salió casi corriendo, acalorado. La bestia que había tenido oculta durante seis años estaba desatada.

—Si me vieras ahora… ¿Qué pensarías de mí? Tú eras el más fogoso de los dos… —susurró mirando al cielo como si Oscar lo pudiera ver desde allí.

La forma de las nubes fue cambiando por el viento y le pareció escuchar la voz de su amor perdido.

«Sé feliz, te lo mereces, mi vida».

—Nunca te olvidaré…

«Lo sé».

oOo

Lady Louisa estaba fuera de la habitación de su hija, dando vueltas de un lado a otro, preocupada por el estado de salud tan malo que presentaba.

—Doctor, ayer a mediodía, tras las clases de Percy, empezó a marearse y se metió en cama con un terrible dolor de cabeza. Le han salido manchas oscuras bajo los ojos. ¡Oh, Santo Cielo! Mi pobre niña. ¿Cree que serán necesarias unas sangrías para equilibrar los humores?

—Yo no practico ese método, señora mía. Eso solo dejaría a su hija más debilitada al perder sangre. Parece que soy el único médico de este mundo que lo tiene claro —gruñó. Era algo que siempre le criticaban todos sus colegas—. Permítame entrar y quedarme a solas con ella.

—P-pero…

—Soy médico, Lady Louisa, y no tengo ningún interés en su hija más que el de saber qué le pasa y encontrar una solución. Si le resulta inadecuado, le sugiero que la Sra. Smith entre junto a mí, pero… Cuanto más me demore…, puede que… —La gravedad en el tono de su voz puso más nerviosa a Lady Louisa. —No me atrevo a decirlo en voz alta, sería muy cruel que una dama tan joven…

—¡Entre! ¡Le doy mi permiso! —Casi lo empujó y cerró la puerta de un golpe.

Cuando Joseph se cercioró de que ella no iba a interrumpirlos, llamó a Lady Frances entre susurros, acercándose a la cama.

—Lady Fran…

Ella se destapó la cabeza y Joseph se pegó un susto de muerte al verla despeinada y con la cara mugrienta.

—Dr. Edwards, mi madre se ha creído la pantomima —musitó con una sonrisilla en la boca.

—¿Qué se ha puesto en el rostro?

—Me tizné con ceniza de un tronco a medio quemar.

—Inteligente, sin duda.

Tomó una silla y la colocó al lado de la cama para poder sentarse a hablar con ella de la forma más confidente posible. Seguro que su madre tenía pegada la oreja a la puerta.

—David me contó el plan. —A pesar del terrible aspecto le relucieron los ojos por la emoción—. Es usted brillante, doctor.

—Bien, entonces le diré a su madre que está muy enferma y necesita reposo absoluto, que sus humores le impiden recibir visitas y que necesita guardar cama.

Sacó una botellita de su maletín y la dejó sobre la mesilla de noche.

—¿Qué es?

—Nada, solo agua con un poco de azahar. Pero para todo el mundo esto es un elixir. Y quítese eso de la cara o matará a su madre de un susto.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar encerrada fingiendo?

—Hasta que Sir Montagu desista y David pueda hablar con su hermano. Yo me comprometo a hacer todo lo que pueda para que estén juntos y se casen.

—¡Qué bueno es usted, doctor! —La joven se puso a llorar y los chorretones de suciedad rodaron hasta su cuello.

—No es para tanto, solo intento hacer lo que es justo y correcto, aunque tenga que mentir en cuanto a su salud… —Suspiró tendiéndole un pañuelo.

—Muchas gracias… —Continuó llorando y Joseph le dio unas palmaditas en el brazo—. Ahora voy a informar a su madre.

Después de aquella primera visita, Lady Louisa se comprometió a seguir al pie de la letra todas sus indicaciones: no llamar a otros médicos, no permitir que nadie la visitase, dejarla en reposo y al cargo de la Sra. Smith ya que sería la que le suministraría la medicina y le llevaría la comida.

La madre de David estaba ya al tanto, aunque tuvo que rezarle a Dios para que los perdonase por semejante fechoría.

—Pero no creo que el marqués acepte a mi hijo… —susurró ella mientras Joseph tomaba un té a su lado.

—De eso me encargo yo. Lord Henry confía plenamente en mi criterio. Además, voy a pedirle a un amigo algo y espero que me ayude…

Tras aquella visita, Joseph volvió a las cuadras, se despidió de Alexandre con un roce de manos a escondidas y se fue a Bath para visitar a sus pacientes.

oOo

Al terminar fue directo a *King's Circus*, las viviendas de estilo georgiano más fastuosas de la ciudad. La familia Lougthy era una de las más adineradas de Bath y tenían también otra casa en el *Royal Crescent*.

Allí pasó una estupenda velada con madre e hijo, rememorando anécdotas y viejos tiempos, o charlando de todo lo que haría aquella estupenda familia cuando se reunieran en Derby. Recibió también una invitación para ir. Sin embargo, tuvo que declinarla. No podría moverse de Bath hasta que todo aquello se arreglara y cada asunto se pusiera en su lugar.

—Robert, tengo que pedirte un favor.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Ambos se quedaron a solas cuando la Sra. Lougthy decidió irse a dormir, así que Joseph aprovechó para hablar con su amigo.

—Supongo que conoces al magistrado Sir Montagu y… —La cara de Robert pasó de la curiosidad al asco más profundo—, me gustaría que le escribieras una carta al marqués para avisarlo de que no lo acepte en su familia, pero sin mentarme.

—¿Por qué?

—Planea casarse con Lady Frances, la hermana menor del marqués. Me consta que ella lo aborrece. Pero yo no puedo decirle al marqués que Montagu es un hombre espantoso que se pasa las noches en los prostíbulos maltratando a las prostitutas. Hablar de esto me pone enfermo.

—Lo haré, faltaría más. Sin embargo, ¿por qué no puedes decírselo tú mismo?

Joseph se sintió incómodo.

—Montagu me ha amenazado y no puedo explicarte en qué sentido.

Robert se quedó mirando al médico sin entender nada. No obstante, conocía a Montagu al ser un personaje influyente de Bath, pero también porque su cuñado Albert había tenido que lidiar con él en juicios y siempre había dicho que era un bastardo con el que era mejor no vérselas.

—Si crees que eso puede perjudicarte, no lo hagas, Robert.

—¿Perjudicarme a mí cuando no tengo ningún trato con él? Que intente hacerme algo, saldrá escaldado y más teniendo a Albert de abogado. Solo dime qué quieres que escriba y lo haré al pie de la letra.

Joseph asintió. Tomaron papel, pluma y tinta y redactaron una carta que Robert enviaría a la mañana siguiente antes de partir hacia Derby.

—Gracias de corazón. Vamos a ayudar no solo a una dama en apuros, sino también a que un marqués considere que un profesor es digno de su hermana. Aunque esa parte aún no sé cómo conseguir que suceda…

—Joseph, nos ayudaste a mi esposa y a mí con aquellas cartas escondidas entre las tuyas, me curaste una herida en la cabeza, velaste por mis costillas rotas, salvaste a mi amiga Anne, domaste a mi suegro y eso ya es casi un imposible… —Ambos se echaron a reír a carcajadas—. El ser humano siempre recoge lo que siembra. Y en tu caso debería ser todo bueno.

—Por desgracia la vida no funciona así.

—Lo sé, amigo. —Robert puso su manaza sobre el hombro del médico —. Solo espero que puedas tener la vida que te mereces y ser feliz.

—Yo también… —Pensó en Alexandre, una casita con huerto donde plantar sus patatas, cuidando de Hipócrates y Perseo.

Se sonrojó sin poder evitarlo.

—¿Hay alguien en tu vida? Me lo van a preguntar todas y lo sabes — indagó Robert.

—Hay alguien… —Joseph sonrió—. Pero no es fácil.

—¡Ánimo! Si alguien tan feo como yo consiguió una esposa, tú lo tienes muy sencillo.

—¡Robert! —Se dieron varias palmadas y rieron.

Después de aquello el médico partió de camino a su casa en el *chaise*, ya de noche. Fue entonces cuando comenzó a descargar otra tormenta. Por suerte tuvo tiempo de desenganchar a Perseo y ponerlo a cubierto. El caballo bebió de su abrevadero y comió alfalfa. No parecía ser asustadizo con las inclemencias del tiempo, así que Joseph se quedó más tranquilo y salió de nuevo para entrar en su casa bajo un aguacero que lo dejó empapado.

Se quedó sorprendido al encontrarse allí un carruaje tirado por un solo caballo, que minutos antes no estaba, pero sin conductor. Reconoció el blasón de los Vane y miró hacia todos lados con extrañeza. Abrió la puerta y halló a Tidian acostado de lado sobre uno de los asientos.

—¿Sr. Lambert…?

—D-doctor… —gimió el cochero con un traqueteo en los pulmones.

Joseph, al tocarlo, notó la humedad pegajosa de la sangre en su mano.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Joseph intentando arrastrarlo fuera y llevarlo hasta la consulta sin que el herido se desmayase en el intento.

Lo dejó sobre el suelo de la entrada y se apresuró a encender varios quinqués. Dejó uno al lado del cuerpo tembloroso y ensangrentado del viejo para ver mejor y apreció varias puñaladas. Le quitó el abrigo, el chaleco y rasgó la camisa. Tenía cuatro en el estómago y una más muy cerca de un pulmón, pero no tan profunda gracias a que las costillas habían parapetado el órgano.

Tomó el maletín y sacó un paño para apretar y detener las múltiples hemorragias.

—Sr. Lambert, presione con todas sus fuerzas. —Este hizo lo que pudo mientras Joseph revisaba la herida más peligrosa. Por esa razón tenía una respiración tan sibilante—. ¿Quién le ha hecho esto?

—Matones por d-deudas de… —siseó terminar.

—¿Deudas de juego?

Tidian no pudo responder, estaba entrando en estado de choque, lo cual era una mala señal. Joseph se apresuró a ponerle unas tiras de tela limpias para detener la pérdida de sangre. Por el color de piel de Tidian le fue más complicado dictaminar cuánta había perdido, pero sus labios estaban azulados y tenía la mirada ausente con las pupilas dilatadas.

Le hizo tomar láudano para el dolor y que así pudiera tranquilizarse. Poco a poco le cerró las heridas con varios puntos de sutura que había aprendido en Edimburgo mientras trabajaba en el hospital. Volvió a ponerle vendajes compresivos tras terminar, pero la que le preocupó fue la puñalada del pulmón. Si era muy profunda no habría nada que hacer por ese hombre.

Lo arrastró hasta la estancia donde tenía el piano ya que era la única de la planta baja con una chimenea que prender. Lo dejó en el suelo justo delante, puso bajo su cabeza un almohadón y lo tapó para conservar el calor corporal hasta que ardieran los troncos.

Tidian recuperó un poco el sentido y miró a Joseph con la vista algo perdida, intentando entender dónde estaba.

—Sr. Lambert, lo han apuñalado. Está en mi consulta. ¿Me reconoce?

—Sí… Ay-yuda…

—Lo estoy ayudando. Me ha dicho que le han atacado unos matones. ¿Dónde?

—Debía m-mucho dinero… —contestó con una respiración sibilante. Un esputo sanguinolento se escapó de su boca y le hizo toser sangre.

—No hable.

Al galeno le iba el corazón a cien. Allí estaba el hombre que había matado a su propia esposa y maltratado a su pobre hijo. Pero él era médico y había hecho una promesa de salvarle la vida a quien lo necesitase.

Sin embargo, por cómo evolucionaba el malherido, era consciente de que no pasaría de aquella noche: su respiración era cada vez más lenta y tenía la

piel fría y la mirada fija. Con total seguridad el pulmón estaba afectado.

—N-necesitaba dinero, por eso lo hice… —Tidian susurró.

—¿Hacer qué?

—Conseguir… —Comenzó a salirle sangre por la nariz.

—¿Conseguir…? —preguntó Joseph con urgencia. No hubo respuesta—. Sr. Lambert… Maldita sea.

Le limpió la nariz mientras el hombre parpadeó con lentitud.

—Yo tenía… derecho… Yo era el marqués.

Joseph se quedó atónito. Sin duda ya estaba delirando del todo y no podría conseguir más información de él, ni tampoco salvarle la vida.

—Sr. Lambert, no hable —le rogó con lágrimas en los ojos. A pesar de todo, él era médico y perder a un paciente de ese modo le resultaba frustrante.

—Yo era el marqués —repitió en un hilo de voz—. El esclavo era el marqués…

Una espuma rosada se deslizó por las comisuras de sus labios antes de que brotara la sangre. Los ojos no tardaron en perder el brillo, quedando opacos.

Joseph le tomó el pulso en la femoral y ya no lo notó. Simplemente había fallecido llevándose con él unas cuantas incógnitas.

Con las manos llenas de sangre seca y la ropa empapada, se apoyó en una pata del piano de Oscar y observó las llamas danzarinas de la chimenea, como si fueran a llevarse al infierno el alma oscura de Tidian Lambert.

Si de veras existía aquel lugar, ya debía de estar en él.

oOo

Antes de que los de las pompas fúnebres recogieran el cuerpo sin vida de Tidian, Joseph rebuscó en su ropa hallando una bolsita de cuero. En ella había acónito, un veneno vegetal tan potente que mataba en el acto. No se necesitaba mucho para causar un paro cardíaco fulminante. En Bath no lo vendía ningún boticario, estaba seguro de ello. Por lo tanto, Tidian lo había conseguido pagando mucho dinero por él. Dinero que solo podía darle alguien que fuese de clase acomodada.

Lo que Alexandre había escuchado en las caballerizas cobró sentido si no erraba en sus deducciones.

En cuanto a la agresión mortal, supuso que simplemente había sido un ajuste de cuentas.

En ese momento llamaron a la campanilla de su consulta, la cual tenía cerrada, y corrió a abrir. Al otro lado se encontró al marqués acompañado de Alexandre. Joseph miró al chico al dejarlos pasar y observó que tenía los ojos enrojecidos.

—Hemos venido en cuanto recibí su misiva, doctor… —El marqués estaba afectado por la situación—. Estamos todos… atónitos.

Alexandre mantuvo una postura seria, con las manos tras la espalda y la cabeza algo baja.

—¿Dónde se lo han llevado? —indagó el lord.

—Dadas las circunstancias de lo sucedido, tuve que escribir al empresario de pompas fúnebres con el cual trabajamos casi todos los médicos… Está en *Reeves of Bath*.

—No se preocupe por nada más, a partir de ahora me encargaré de todo y le pagaré los honorarios por… En fin, intentar salvarle. Supongo que Tidian acudió a usted en busca de ayuda y… Debió de ser impactante.

—Lo lamento, no pude hacer nada por él. Le hirieron en un pulmón y eso fue lo que terminó con su vida.

Joseph observó a Alexandre mirar hacia el suelo, donde aún quedaba una marca de sangre seca. El médico había limpiado todo, pero la sangre siempre era traicionera.

—Marqués, ¿podría concederme unos minutos con el doctor? —demandó el cochero—. Saldré enseguida, se lo aseguro. Solo quiero saber cómo fue.

—Todo el tiempo que necesites, faltaría más. Te espero en el carruaje.

Lord Henry se fue y Joseph no esperó ni un segundo para abrazar a Alexandre con todas sus fuerzas. Este le devolvió el gesto aunque sin mucha intensidad.

—Le odiaba a muerte, pero…

—Pero era tu padre, Alex.

—No sabría decir si le quería. Sin embargo, tampoco le deseaba un final semejante. Gracias por haber hecho todo lo posible, eres un gran médico.

—Durante un instante dudé… Pensé en dejarlo desangrarse sin más. No pude, tuve que intentar salvarlo.

—Porque eres una bellísima persona. Joseph, gracias.

El médico le limpió una lágrima con la yema del dedo.

—Debo irme, supongo que hay muchos trámites que el marqués debe hacer antes de que entierren a mi padre.

—Alex, hazle saber que en cuanto pueda iré a hablar con él. Es sobre un asunto muy importante que le incumbe.

El joven asintió y luego se fue.

Joseph suspiró, metió la mano en el bolsillo y volvió a sacar el saquito de cuero. Aquel misterio parecía que pronto llegaría a su final, pero seguía sin entender las últimas palabras de Tidian:

«Yo era el marqués. El esclavo era el marqués».

24



El sepelio fue breve y aquella misma tarde. A Tidian Lambert se le dio sepultura en *St James's Churchyard,* un cementerio parroquial. Al ser el propio marqués el demandante, el párroco no puso pegas.

Tanto el médico como el noble dejaron al joven a solas delante de la tumba de su padre, mientras ellos esperaban a cierta distancia.

—Marqués, anoche el difunto me reveló algunas cosas. Creo que lo mataron por las deudas de juego.

—Lo imagino... Siempre tuvo problemas en ese aspecto… Fue un hombre huraño y raro. Mi padre me dejó muy claro que lo tenía que mantener trabajando para la familia hasta el final de sus días. De no ser por eso, le hubiese echado por su carácter violento.

—Balbució también lo siguiente: Yo tenía derecho. Yo era el marqués. El esclavo era el marqués.

El hombre miró a Joseph con estupefacción.

—¿Cómo?

—Literalmente fue lo que dijo antes de expirar. El delirio terminal es corriente cuando se está agonizando.

—No lo entiendo.

—Lo hizo para sí, como si se refiriera a él.

Henry se quedó pensativo, mirando con fijeza la figura de Alexandre que se había agachado para recoger un poco de tierra que luego echó sobre la tumba.

—Desde que tengo uso de razón, Tidian ya estaba ahí… Lo trajo mi tío desde Jamaica, es lo poco que sé de sus orígenes.

El cochero llegó hasta ellos y sonrió un poco, intentando aceptar que su nueva normalidad era la de estar sin su padre.

—Alexandre, si necesitas un día libre no dudes en pedírmelo —le hizo saber Henry.

—Prefiero trabajar, señor.

—Violet te educó bien.

Alexandre sonrió de forma sincera y Joseph se estremeció. Ojalá hubiera sido libre para poder abrazarlo contra sí y decirle lo muy orgulloso que estaba de él.

Tras aquello, el joven condujo el carruaje en dirección a la consulta de Joseph. Mientras tanto, en la cabina, este último y el marqués continuaron departiendo sobre lo sucedido.

—He de mostrarle algo que el Sr. Lambert llevaba consigo cuando murió. —Joseph se sacó la bolsita de cuero de un bolsillo—. Esto es acónito, un veneno que causa la muerte inmediata y que es muy difícil de conseguir y también muy costoso. Alguien le dio el dinero para comprarlo.

—Lo que escuchó Alexandre en las caballerizas cobra sentido.

—Así es, estoy casi seguro. Sin embargo, eso deberían investigarlo las autoridades ya que nosotros no podemos hacer un juicio de valor.

—Ya que lo saca a colación… Ayer fue Sir Montagu a *Wollaton* para ver a mi hermana. Como bien sabe sigue encamada, así que aproveché la tesitura y le conté al magistrado lo sucedido estos últimos tiempos: mi envenenamiento paulatino por arsénico, lo de la empanada que casi mata a Percy…

—¿Y qué le dijo?

—Que enviaría a unos cuantos *constables* para que investigaran a fondo e hicieran las preguntas pertinentes. Di mi permiso para que incluyeran también a los miembros de la familia, no solo a los sirvientes.

—No olvide mentar lo que le he contado hoy sobre el Sr. Lambert y el acónito. Creo que es clave.

—Me cuesta comprender las razones de que alguien pretenda acabar con mi vida. ¿Por qué todo esto? ¿Qué he hecho? No paro de darle vueltas.

Joseph, que tenía la sospecha de que era Lady Louisa la culpable, pensó en las razones que llevarían a una mujer como ella a querer deshacerse de Lord Henry cuando este la mantenía a ella y a sus hijos viviendo de forma más que acomodada.

Se dispuso a comentarlo a su interlocutor, no obstante llegaron a *Gay Street* y Joseph tuvo que despedirse. En cuanto pudiese, iría a *Wollaton Hall* con la excusa de ver a Lady Frances y se enteraría bien de todo.

Se despidió del marqués, se apeó del carruaje y le hizo un gesto con la mano a Alexandre.

Este gesticuló con la boca sin emitir sonido, pero Joseph lo entendió a la perfección.

«Te amo».

Le sonrió e imitó a su querido muchacho de ojos verdes.

oOo

Aquella tarde, tras cenar algo escueto, Joseph se introdujo en su lecho con la intención de dormir al fin. Llevaba cerca de un día entero sin pegar ojo y estaba agotado. Hipócrates, que había estado escondido hasta ese momento, se subió a la cama e hizo el amago de escarbar porque quería meterse bajo las mantas. Joseph las levantó para que entrara. El gato terminó ronroneando contra su pecho, lamiéndole la mano con su lengüita rasposa, lo que relajó al médico del todo sumiéndolo en un sueño profundo. No le dio tiempo ni a pensar en Alexandre…

Unas cuantas horas más tarde, una mano desconocida lo zarandeó pegándole un susto tremebundo. Pegó un grito, pero se calmó al ver allí a David. Aunque tenía el rostro demudado.

—Joseph, perdona que haya entrado con la llave de mi madre, pero ha pasado algo terrible y no hay tiempo que perder.

—¿Han matado al marqués? —Fue lo primero que se le vino a la mente.

—No, no. Él está bien. Es Alexandre, se lo han llevado detenido los *constables*.

—¿Cómo? ¿Por qué? —No dio crédito.

Se levantó de inmediato y, sin pudor, se despojó de su camisola para comenzar a vestirse lo más rápido posible.

—Llegaron con ese patán de Montagu, hablaron con el servicio y se pusieron a rebuscar por todas partes. Encontraron arsénico entre las pertenencias de Alexandre. Así que se lo han llevado por esa razón.

Joseph se quedó atónito.

—Eso no es posible…

—Sinceramente, creo que le han tendido una trampa, porque...

—¡No perdamos el tiempo! ¿Dónde se lo han llevado? —Tomó a David por el codo y lo arrastró escaleras abajo en dirección a la salida.

—¡A *Gildhall*! —gritó mientras ambos salían.

—¡Ayúdame a ensillar al caballo! —le pidió mientras entraban en la pequeña caballeriza que Perseo compartía con el cuadrúpedo de su vecino.

No tardaron en prepararlo y Joseph se montó tras sacarlo a la calle.

—David, vuelve a *Wollaton Hall* y entérate de todo lo que puedas, ¿de acuerdo? Yo voy a *Gildhall* —dicho aquello espoleó a Perseo y su amigo lo perdió de vista.

Jamás había visto aquella expresión de pánico y gravedad en el rostro de Joseph. Debía amar de veras a aquel muchacho y, aunque no lo compartiera, podía entenderlo por fin. Si a Frances le pasara algo terrible, él se moriría de pena.

Después de aquella epifanía, volvió a *Wollaton Hall*.

oOo

Gildhall no era una cárcel como tal, sino la sede de la justicia local o donde se reunía en Consejo Municipal, entre otras funciones. Albergaba, en el subterráneo, una zona común donde se retenían a los delincuentes o detenidos a la espera de que un magistrado los juzgara.

Alexandre estaba aterrorizado. Lo habían detenido sin darle una explicación coherente. Solo sabía que habían hallado, en el arcón donde guardaba sus pertenencias, una buena cantidad de arsénico y bastante dinero. Sin embargo, por más que juró y perjuró que no era suyo, ni siquiera se dignaron a escucharlo.

Bajo la atenta y pasmada mirada de los Vane, y del resto de sirvientes, lo habían metido en un carruaje a empellones y sin ningún tipo de consideración. Lo bajaron a aquel sótano apestoso, húmedo y mugriento, dejándolo encerrado junto a borrachos y maleantes.

Se agarró a las barras de la celda y reiteró su inocencia. No obstante, fue ignorado. El resto de reos se rieron de él, uno en particular lo empujó contra la pared aunque opuso resistencia.

—¡Eh! Cara bonita, no creas que te harán caso. Los *constables* son peores que nosotros —le dijo tomándolo por la barbilla.

Alexandre le pegó un manotazo para quitárselo de encima, pues el individuo era corpulento y olía que apestaba. Le entraron ganas de vomitar.

—¡Estoy aquí por error! Yo no he hecho nada —reiteró con los dientes apretados. Mostrar debilidad hubiese sido mucho peor.

Hubo una carcajada general.

—Claro que sí, cara bonita, aquí estamos todos por error. —El tipo se pegó contra su cuerpo y le frotó sus partes pudendas.

—¡No me toques, bastardo! —Le dio un empellón, asqueado.

Se fue al otro lado de la celda, evitando a ese hombre.

—Cuando esos no miren, nos divertiremos juntos —deslizó las palabras cerca de su oído, relamiéndose los labios.

A Alexandre le entró un escalofrío y acabó por expeler lo poco que había comido aquel día.

—Si me tocas, te mato —siseó con rabia tras limpiarse la boca con el reverso de la mano—. Si me van a ahorcar, será por una causa real, no por error —añadió.

—¡Oh! El muchachito tiene agallas —se carcajeó.

En ese momento llegó Sir Montagu, acompañado de dos *constables*, y les ordenó que sacaran a Alexandre.

Este se puso rígido, pero no se resistió ya que prefirió estar fuera con el magistrado, que dentro con ese apestoso sujeto.

Cada uno de los hombres lo sujetaron por un brazo y los cuatro subieron hasta el despacho personal de Montagu. Este se sentó tras su opulenta mesa y ellos quedaron de pie frente a él.

El cochero sabía muy bien quién era aquel prefecto: el causante de la redada en la *Molly House* y, además, el pretendiente de la pobre Lady Frances.

—Se te acusa de intento de asesinato al Marqués de Bath —anunció sin más.

Alexandre fue a replicar, pero uno de los *constables* le atizó un puñetazo en la cara que le partió el labio inferior. De su boca se deslizaron babas y sangre.

—Nadie te ha dado permiso para que hables —continuó Montagu—. Así que mantente en silencio si no quieres que te cortemos la lengua aquí mismo —sentenció con una sonrisa sátrapa—. Hay varias opciones: deportarte de por vida a Australia, trabajos forzados, cárcel… Y mi predilecta; pena de muerte.

El joven tembló pero se mantuvo callado.

—¿Qué opináis? —inquirió haciéndole un gesto a los dos guardias.

—Yo creo que la pena de muerte es más justa. Ha intentado envenenar a un nombre muy importante —expresó uno.

—Yo le veo más haciendo trabajos forzados. Se nota que lleva la sangre bastarda de un negro asqueroso. Que le azoten y trabaje hasta caer muerto como esos esclavos.

Montagu emitió una carcajada al aire.

—Me lo ponéis complicado, ambas opciones me parecen excelentes.

El magistrado se puso en pie y dio unas vueltas por la estancia, aparentemente concentrado pensando en qué decisión tomar al respecto.

—Sr. Lambert, tiene derecho a comparecer ante un tribunal, pero su condición social no es ventajosa. El jurado se decantará por la opinión de los jueces Además, dado que es un delito grave, carecerá de abogado. ¿Sabe leer?

Alexandre lo miró con una expresión de odio muy intensa.

—¡Responde! —El mismo que antes le había pegado, le espetó.

—Sí —siseó el acusado.

—Excelente, podrá defenderse a sí mismo. Pero no hoy, sino en el juicio. Ahí le permitiremos… ¿expresar su opinión? Aunque le advierto que no valdrá para nada que se declare no culpable.

Fue obvio que Montagu estaba disfrutando de aquel momento. Sabía bien que el joven era una de las amistades de Joseph Edwards.

En esos instantes alguien golpeó la puerta de forma insistente.

—¡Pase! —ordenó de mala gana, molesto por la interrupción.

—Magistrado, ha venido un hombre, el Dr. Edwards —le informó uno de sus subalternos—. Insiste en visitar al detenido.

Lejos de negar la petición, Montagu permitió que lo condujesen hasta el despacho. Estaba deseando ver su maldita cara de sodomita.

Alexandre esperó en absoluto silencio, temblando de miedo. Puede que aquella fuera la última oportunidad en la que pudiera estar con Joseph antes de ser ahorcado.

El médico pasó al despacho y miró a todos, en silencio.

—¿En qué le puedo servir, Dr. Edwards? —Montagu sonrió con serenidad, como si allí no estuviera el reo con la boca partida y sangrando.

—Tiene que haber un error. El Sr. Lambert es inocente —afirmó Joseph con contundencia.

—No, señor, no hay ningún error. Hallamos entre sus pertenencias una buena cantidad de arsénico y cien libras. Dudo que haya estado ahorrando tantos años con el salario que debe ganar.

—El arsénico es fácil conseguirlo en muchos sitios, es de uso común para gran cantidad de cosas cotidianas —rebatió Joseph—. Y el dinero lo ha podido ahorrar perfectamente. Yo mismo le di propinas por sus servicios cuando me trasladaba a *Wollaton Hall* o a mi casa —se inventó sobre la marcha.

—No sabía que también era usted letrado.

—Conozco a uno muy bueno. Albert Berry.

—¡Y gracias que se fue a Londres! —Era el único abogado que le había hecho tener que fallar a favor de varios acusados—. Da igual, el Sr. Lambert no tiene derecho a que le defiendan porque su delito es gravísimo.

—¡Eso no es justo! —espetó Joseph a la desesperada—. ¡No ha hecho nada! ¡Eso no son ni pruebas! —Se estaba volviendo loco al ver en ese estado al hombre que amaba.

—También tengo a un testigo.

Joseph enmudeció y Alexandre abrió mucho los ojos, aturdido. Quiso hablar, defenderse, pero recordó que hablar estaba prohibido si quería conservar los dientes.

—¡Eso es imposible! —gritó Joseph.

—Le invito a abandonar el edificio. No es usted familiar del acusado. De hecho, me consta que el padre murió la pasada madrugada en su casa, doctor, y de forma dudosa…

—Alexandre, te sacaré de aquí —afirmó con contundencia antes de salir —. ¡Confía en mí, por favor!

Alexandre no se movió, solo sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando la puerta se cerró y volvió a quedarse a solas con los tres hombres.

—Vaya, sí que le tienes… embelesado, muchacho.

—¡A él no! —chilló Alexandre intentando zafarse. Sin embargo, los guardias lo estamparon contra el suelo para darle una somanta de patadas que lo dejó medio inconsciente.

Montagu suspiró. Ya le habían manchado la alfombra persa.

—Llevadlo a una de las celdas, pero solo. Me interesa que siga vivo y no le pase nada por el momento. A pan y agua, nada más —añadió.

Arrastraron al herido dejando al magistrado a solas. Este se sentó en su butaca, complacido.

—Con suerte mato dos pájaros de un tiro —resolvió, mostrando una de sus sonrisas socarronas. El plan había salido mejor que bien.

oOo

Joseph salió muy afectado del edificio *Gildhall*. Tuvo que apoyarse en una pared e intentar respirar sin ahogarse. La angustia lo invadió como una peste negra, como si cayese en un profundo pozo oscuro de nuevo tras años luchando por salir de él.

No se encontraba el amor verdadero dos veces en la vida, y mucho menos en el caso de personas como él. Si perdía a Alexandre no sería capaz de seguir adelante. El destino estaba siendo demasiado cruel e insoportable.

Alguien había urdido un plan para inculpar a Alexandre de algo que no había hecho. Ya no estaba Tidian, que hubiera sido un testigo clave en la defensa de su hijo. Tenía que averiguar quién había mentido.

—He de hablar con el marqués —se dijo.

Fue a por Perseo para cabalgarlo sin descanso y llegar cuanto antes a la mansión. Durante ese tiempo no pudo dejar de ver el rostro de Alexandre, con el labio abierto, la sangre cayéndole por la barbilla y los ojos enrojecidos por el llanto contenido.

Nada más llegar a la entrada de la gran casa, se bajó dejando a Perseo paseando solo. Subió los escalones de dos en dos y llamó con insistencia a la puerta, aporreando la aldaba.

El mayordomo le abrió, sorprendido por verlo allí en aquel estado de enajenación, con el rostro enrojecido y los cabellos revueltos.

—¡Tengo que hablar con el marqués!

—No es posible. En estos momentos está reunido…

—¡Me importa un carajo! —Empujó a Richard sin miramientos y se fue directo a buscar al cabeza de familia.

David lo interceptó de camino a la biblioteca al verlo tan alterado. Con él estaba su madre.

—¡Suéltame!

—¡Espera unos momentos! ¡Por el amor de Dios, Joseph, cálmate! —rogó el profesor al comprobar que no podía con la furia que era el médico en esos momentos.

—¡No me puedo calmar! —bramó—. ¡Alexandre está detenido y le han maltratado! ¡Lo juzgarán y ahorcarán y yo no podré hacer nada! —Se echó a llorar con desconsuelo.

La Sra. Smith lo abrazó y entre madre e hijo lo recondujeron a las cocinas, junto al resto del personal, que estaba en un estado de estupefacción por lo sucedido.

Allí le ofrecieron agua fresca al doctor e hicieron que se sentara. Este sollozó con la cabeza entre los brazos, apoyado sobre una mesa.

Cuando por fin pudo calmarse los miró a todos de hito en hito, como si no los reconociera o ignorara dónde estaba.

—Joseph… —David llamó su atención, sentado frente a él.

—Alexandre no es culpable. Le han tendido una trampa —reiteró.

—Estamos seguros de ello, pero ahora mismo no podemos hacer más por él. Lo lamentamos mucho.

—Si descubro quién ha sido, lo mataré —siseó con los dientes apretados.

—Salvas vidas, no las quitas. —David alargó la mano y lo tomó por un antebrazo, insuflándole valor—. Acabaremos dando con quien le ha inculpado.

—Es solo cuestión de días, u horas… Montagu lo declarará culpable y será enviado al patíbulo. Y yo he sido estúpido y le he dejado claro lo mucho que me importa… Eso ha empeorado las cosas —se lamentó.

La Sra. Evans entró en las cocinas y se encontró con el panorama, asustándose.

—¡Dr. Edwards! ¿Qué le sucede? ¿Es por Alexandre?

—Sí…

—Todos sabemos que ese pobre muchacho no ha hecho nada. Ahora mismo está el señor hablando con su propia familia. En cuanto a usted, le prepararé un té. Tiene muy mal aspecto. Y a los demás, id ya a descansar que son cerca de las doce de la noche. Nos quedaremos los Smith y yo acompañando al doctor.

El servicio se fue retirando sin dilación tras la orden del ama de llaves.

—Será mejor que yo también me quede —añadió Richard.

—Oh, no, Richard, usted será mejor que ronde la biblioteca por si la familia necesita algo. Luego descanse, bastante ha hecho hoy. Ha habido

mucho trabajo para arreglar todo lo que esos *constables* del demonio han puesto patas arriba.

El mayordomo asintió, retirándose.

En cuanto se hubo marchado, la Sra. Evans se sentó junto al doctor y le habló en confidencia.

—Esta mañana, cuando he ido a retirar las pertenencias del Tidian, he llevado ropa limpia a Alexandre y la he dejado en su arcón. Puedo asegurar que no había más que unos pocos chelines, libros y ropa. Ni arsénico, ni dinero. A esa hora de la mañana ya habían partido él y el señor. Así que alguien lo puso allí, sin lugar a dudas.

—¿Y se lo ha dicho a Montagu? —indagó el galeno.

—Por supuesto, pero me ha respondido que debía de estar confundida porque soy ya muy mayor —añadió afrentada—. Tengo una memoria excelente y ese petulante es un hombre horrible.

—¿Y ha hablado con el marqués de esto?

—Sí, no podía quedarme callada ante tamaña injusticia. Por eso están reunidos…

—Entiendo… —susurró—. Montagu pecó de pedante y me dijo que tenía un testigo que sabía que Alexandre era culpable.

—Puede haber sido cualquiera, pues nos han interrogado a todos los miembros del servicio por separado y prohibido hablar de ello bajo pena de multa.

—Solo puedo pensar en lo mal que lo estará pasando Alexandre —jadeó Joseph.

—Le ha cogido mucho cariño a ese muchacho —dijo inocentemente el ama de llaves—. Rezaremos mucho por él y para que todo esto se aclare.

David y su madre intercambiaron miradas.

—Joseph, lo solucionaremos —aseguró David mientras le daba unas palmaditas en el hombro.

—Dios te oiga…

En ese momento apareció el marqués en las cocinas y se quedó mirando a los allí reunidos.

—Sean tan amables de dejarme a solas con el doctor —indicó de forma educada pero firme.

David, su madre y el ama de llaves abandonaron las cocinas de inmediato. Joseph se puso en pie.

—Alexandre es inocente —afirmó Joseph con contundencia.

—Lo sé. Y lo vamos a aclarar, pero necesito su ayuda, doctor.

El médico asintió sin dudar.

—Bien, paseemos por el jardín, donde nadie nos escuche.

Dicho aquello, salieron a la intemperie.

Oscar

1810

El piano blanco hacía casi un año que no sonaba en la casa que Oscar y Joseph compartían a las afueras de Edimburgo. El joven pianista estaba sumido en una acedía de la que le era imposible salir, igual que de la cama.

Joseph ya no sabía qué hacer para ayudarlo con esa melancolía lacónica. Eso, añadido a su graves problemas de salud pulmonar, habían dejado a Oscar muy delgado y sin apenas fuerzas. Las toses le complicaban alimentarse e incluso hablar con normalidad.

Esa voz tan dulce y varonil que tenía estaba gastada y ronca, agotada. Cualquier sobreesfuerzo le cortaba el aliento o dificultaba su respiración. Estar en la cama era lo más conveniente para él.

Aquella tos que comenzó como un catarro inocente, fue volviéndose persistente, progresiva, acompañada de flemas, dificultades respiratorias y sibilancias. Oscar padecía de pecho débil y aquello no tenía cura.

Lo único que Joseph podía hacer por él era mantenerlo cómodo, lo mejor alimentado posible y lejos del aire frío o la humedad.

Trabaja muchísimo para tener suficiente dinero, no solo en el hospital, sino también de forma particular. Estaba ahorrando para llevar a Oscar a Bath a tomar las aguas y, con suerte, trasladarse a vivir allí. Su esperanza era que, gracias a un clima más cálido, Oscar pudiera ir recuperándose aunque no fuese del todo. Eso era lo que le impulsaba a ejercer sin descanso. El resto del tiempo lo dedicaba a cuidar de su amado.

El amor mutuo continuaba intacto y más fuerte que nunca.

Y eso era también lo único que ayudaba a Oscar a seguir adelante en un estado tan grave de salud, tanto física como espiritual.

Por esa razón, aquella mañana de mediados de junio, Oscar empezó a sentirse mejor y aprovechó esa tesitura para levantarse y comenzar a escribir una nueva partitura, aunque aún no supiera qué nombre ponerle.

Era la única forma que tenía de agradecerle a Joseph, de alguna manera, todo lo que hacía por él desde que se había puesto tan enfermo.

Estuvo todo el día componiendo y trasladándolo al pianoforte.

Por esa razón, cuando su amado llegó y escuchó aquellas notas flotar por la casa, este corrió para abrazarlo, notablemente confortado.

—¡Mi amor! —exclamó Joseph—. ¡Estás tocando! ¿Te encuentras mejor hoy? —Hubo alegría en su rostro.

—Sí, hasta he comido sólido… —dijo Oscar con voz ronca pero más fuerte de lo normal—. Mira, he aprovechado el buen día que hace para abrir las ventanas y respirar aire puro.

—¿Y no te ha sido dificultoso?

—En absoluto. —Rio un poco, divertido al ver la dicha en aquellos ojos azules y preciosos.

—No sabes lo contento que me pone saberlo, cariño. —Joseph lo abrazó contra su pecho y Oscar le rodeó la cintura con los brazos, aspirando ese olor a sudor por haber estado trabajando sin descanso.

—¿Te apetece que nos bañemos juntos? —le propuso.

—¿Me estás queriendo decir que huelo que apesto?

—Sí.

Joseph soltó una carcajada al aire. Tomó de la mano a Oscar y ambos prepararon el agua caliente hasta llenar la tina de roble. Apenas cabían los dos, pero se las arreglaron como siempre.

Los vecinos creían que eran primos y que Joseph cuidaba del más joven por su enfermedad. Si alguna persona tenía la más mínima sospecha de que practicaban la sodomía, a ellos no les constaba. Por allí nadie se metía en la vida de los demás, a pesar de que las casas estuvieran pegadas.

Era un barrio normal, con familias o personas mayores, alejado de las zonas más pobres, pero también de los ricos.

—¿Ya no huelo tan mal? —indagó Joseph mientras le lavaba el cabello oscuro y largo.

Oscar estaba de espaldas a él, apoyado entre sus piernas.

—Hasta sudado me gustas, ya sabes que soy un pícaro.

—Calla, que te echo de menos… —susurró el médico abrazándolo y besándole el cuello con sensualidad.

El joven se giró y atrapó los labios del médico con premura. Joseph deslizó las manos entre sus piernas y sintió la erección que crecía. La frotó con pericia, dándole placer a su pícaro.

Este jadeó al sentir el orgasmo. Hacía mucho que no le pasaba, así que sonrió de gozo. Por desgracia, luego tuvo un acceso de tos muy fuerte que lo dejó sin fuerzas.

Joseph se sintió mal por haberle seguido el juego. Lo ayudó a salir de la tina, le secó por completo y ambos se acostaron, mirándose.

—Lo siento… —carraspeó Oscar—. Quería que tú también…

—Sabes que eso no me importa. Antes lo podíamos hacer a menudo y ahora no. Pero cuando mejore todo volverá a la normalidad. Y, aunque no fuera igual, yo te amo y ya está.

Oscar acarició el rostro rasposo de Joseph. Tenía barba de dos días. Se acercó para frotar la mejilla contra ella.

—Te doy permiso para que te enamores de otro hombre —dijo de pronto ante el pasmo de Joseph.

—¿Pero qué boberías dices? Solo tengo ojos para ti y te soy fiel. No necesito a otro hombre.

Oscar sonrió y lo abrazó con toda la fuerza de la que fue capaz, con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Y ese amigo tuyo? James Barry… ¿No te agrada?

Joseph se echó a reír sobre el cuello de Oscar.

—¡No! Es jovencísimo y, además, él también tiene un secreto, aunque distinto del nuestro. Lo sospechaba por su fisionomía pero, no sé cómo, acabamos ambos siendo sinceros el uno con el otro. Sobre todo cuando me preguntó si eras mi amante, añadiendo que a él le daba igual si así era y que no me preocupase.

Oscar abrió mucho los ojos.

—¿Y te reveló su secreto a cambio?

—Oh, sí. Resulta que no es un hombre.

—¿Y si no es un hombre qué se supone qué es? —Oscar no lo entendió.

—Pues una mujer vestida de hombre…

—No te creo —Se carcajeó con voz raspada.

—Te lo juro. Es una mujer y me lo mostró sin pudor.

—¡Pero estudia medicina! —exclamó asombrado—. ¿De qué forma lo ha hecho?

—Me contó que desde niña había querido ser médico. Se atrevió a cortarse el pelo, vestirse de hombre y presentarse como James Barry. De otro modo no hubiera podido estudiar, ya sabes que no se admiten damas. Es una estudiante destacada y ambos tenemos muchas ideas en común. Llegará todo lo lejos que se proponga mientras no se revele su secreto.

—Es fascinante… Sabía que algunos hombres se vestían de mujeres, pero no al revés…

—Vamos a ir todos al infierno, Oscar —bromeó. Estaba contento de poder mantener una conversación con su amado y verlo mejor.

Después de aquella tarde, preciosa para ambos, Oscar se quedó dormido y Joseph se levantó de la cama. Fue hasta el piano y tomó las partituras llenas de notas y tachones. Sonrió con regocijo y esperanza.

oOo

Los tres siguientes días, Oscar siguió bastante animado y pletórico, componiendo mientras Joseph ejercía su vocación.

Aunque aún tosía y escupía flema, no era de forma tan constante, por lo que creyó que se recuperaría. Le había pedido a Joseph que invitara a James Barry a cenar con ellos. Estaba deseando conocer a aquella persona tan curiosa.

Dejó la casa lo más ordenada posible, en especial la zona del piano, recogiendo las partituras que había ido pasando a limpio. Aquella noche tocaría algo para su invitado, pero no lo que estaba componiendo, eso era un regalo para Joseph. Quería dárselo en su quinto aniversario, un mes más tarde.

Escuchó la puerta abrirse y anduvo hasta la entrada. Vio pasar a un jovencísimo muchacho pelirrojo, de cabellos rizados y cortos. Su estatura era menor que la de un hombre promedio y bajo unas ropas masculinas e impecables sabía que había el cuerpo menudo de mujer.

—Oscar, este es James —los presentó Joseph.

—Es un placer conocerlo, Oscar. Me han hablado mucho y muy bien de usted. —La joven alargó la mano y el moreno recibió un buen apretón de su parte.

—Lo mismo digo. Joseph siempre alaba sus capacidades médicas y dice que le augura un gran futuro.

—Mi intención es ser cirujano militar. Muchos soldados van a la guerra, es necesario tratarlos como es debido. —Aunque su voz era suave y aguda, estaba dotada de carácter.

En ningún momento se la trató como a una dama, sino como a un caballero y ella pareció satisfecha así.

Joseph, que había comprado la cena en una de las tabernas cercanas al hospital, la sirvió con diligencia y los tres se sentaron alrededor de la mesa en la salita donde estaba el piano.

—Es un instrumento espléndido.

—Un día conseguiré un pianoforte de Broadwood de seis octavas— comentó Oscar—. Dicen que Beethoven tiene uno.

—Te lo compraré, mi amor, pero cuando sea un médico rico —bromeó Joseph.

James y él se rieron dando por hecho que nunca harían fortuna.

Oscar se sintió muy dichoso aquella noche, con la grata compañía y hablando de forma natural a Joseph, como si estuvieran casados…

Añoró algo que nunca podría llevar a cabo, no al menos de forma real. Así que ideó algo más para su aniversario con Joseph y encontró el título de la nueva sonata.

—Me dijo Joseph que padece de pecho débil, pero le veo bastante bien.

—¡Oh! Sí, he mejorado repentinamente. La voz sigue muy ronca, pero la vitalidad y las ganas de hacer cosas han resurgido. Hace tan solo cuatro días no me hubiera podido comer este estofado con patatas.

James le miró durante unos segundos, como examinándolo. La sonrisa se le borró del rostro, pero no dijo nada y siguió departiendo con ellos de otras cuestiones.

Tomaron un poco de vino caliente, que reconfortó la garganta de Oscar, y lo animó a tocar una sonata de su adorado Beethoven.

—Se le da muy bien, sin duda —lo aduló James—. Es muy talentoso.

—Si consigo que se recupere del todo le compraré ese piano… —susurró Joseph.

James tocó el antebrazo de su colega y le miró con seriedad. Este último supo entonces que su amigo tenía algo que decirle al respecto.

Al terminar la pieza, Oscar los observó. Ambos se pusieron a aplaudir con entusiasmo.

Tras ello, James Barry se despidió pues ya era tarde. Tenía el caballo apostado fuera, por lo que Joseph le acompañó.

—Amigo, ¿eres consciente de lo que pasa con Oscar?

—No te entiendo, pero me has dejado preocupado con tu gesto.

—Lucidez terminal —resolvió sin andarse con rodeos.

La tez de Joseph palideció y su expresión fue de perturbación.

—No, no… Me niego a pensar eso...

—Tienes que verlo como médico, no como… —Se mantuvo en silencio unos segundos. No sabía qué era el amor y tampoco le interesaba—. Lo lamento mucho, espero equivocarme. Al fin y al cabo, solo soy estudiante…

Joseph intentó sonreír y posó la mano en su hombro menudo.

—Gracias por esta noche. Es la primera vez que Oscar y yo hemos podido hablarnos con cariño delante de otra persona.

—Gracias a ti por mostrarme que todos tenemos derecho a estar en este mundo viviendo como nos gustaría. Me voy… Nos vemos pronto.

Joseph le observó partir y esperó unos minutos antes de entrar en casa. Tenía que sobreponerse como fuera para que Oscar no viera lo afectado que estaba. Quería creer que James se había equivocado. Lo necesitaba para seguir adelante.

Después se metió en el hogar donde había sido feliz, durante casi tres años, al lado del hombre que amaba con todo su corazón.

oOo

Por la mañana besó a Oscar, que dormitaba con placidez a su lado, se puso en pie, se vistió y cogió el maletín. Le esperaba otro día de mucho trabajo, aunque volvería antes costase lo que costase.

De nuevo le dio un beso a su amante y este abrió un ojo, sonriente.

—Buenos días, bella durmiente —bromeó el médico.

—Buenos días, príncipe encantador. —Bostezó.

—Ayer te quedaste hasta tarde componiendo. Hoy no te fuerces. Te lo prescribe tu médico particular.

—Te lo prometo, amor mío.

—Cuánto te quiero —le dijo sin más, dándole un beso en los labios.

Oscar enredó la lengua entre la suya, alargando el momento.

—No más que yo —replicó juguetón.

—Escucha, elige algunas prendas de ambos y mételas en el baúl. Mañana nos vamos a Bath, como te prometí. Tomarás las aguas y te sentirás muy bien, estoy seguro —le hizo saber con animosidad. Necesitaba creérselo él también—. Hoy me haré con los pasajes de la diligencia.

—P-pero es un viaje muy largo, ¿estás seguro? ¡Aunque yo estoy deseando ir! —se apuró en aclarar.

—Segurísimo. —Le dio otro beso y se apartó—. Me voy, llego tarde.

Se fue corriendo sin desayunar siquiera, por lo nervioso que se sentía, y dejó a Oscar en el lecho, sonriente y pensando que eran los dos hombres más afortunados del mundo por tenerse...

Sin embargo, cuando Joseph volvió aquella soleada tarde de un veinte de junio, Oscar ni siquiera había llegado a salir de la cama y nunca hubo viaje a Bath…

Su alma había volado para siempre.

oOo

Joseph Edwards observó al sepulturero de *St. Anne's Church* echar los últimos montículos de tierra húmeda sobre la tumba de Oscar. Había trasladado el cuerpo hasta su Mánchester natal, avisando por carta a ambas familias. No obstante, nadie se presentó al entierro. Para ellos estaban muertos hacía tiempo.

—No te preocupes, volveré cada año —susurró a la sencilla lápida.

«Te esperaré, mi amor».

Joseph sonrió mirando al cielo y sintiendo la brisa acariciándole el rostro. Para él, aquel viento eran las palabras de Oscar.

Después de pasar el mal trago, solo y entristecido, volvió a Edimburgo y fue recogiendo sus pertenencias y las de Oscar. Donó todo lo que pudo a la beneficencia, avisó a su arrendador de que se marcharía, arregló la forma de llevarse el piano consigo a Bath y lloró durante días sopesando si darse a la bebida o tomar opio para no sentir ningún dolor.

Sin embargo, eso no era lo que hubiese querido Oscar y siguió adelante conservando en su memoria cada momento juntos, cada instante de amor y convivencia, incluso cada ocasión en la que habían discutido por alguna nimiedad.

Recogió las partituras de Oscar con la intención de guardarlas como un recuerdo. Cuál fue su sorpresa al abrir una de las carpetas de cuero y ver el título de la partitura que había estado componiendo hasta el día antes de su muerte.

—*Sonata de una Luna de miel* —leyó. El resto fue incapaz de descifrarlo, como de costumbre.

Entre los papeles había una carta simplemente plegada, sin lacrar. La abrió para saber qué era y se encontró con una epístola dirigida a él.

19 de junio de 1810

Querido amor mío y de nadie más:

Esta partitura es un regalo por nuestro quinto aniversario. Tienes que esperar a que llegue ese día para poder escuchar lo que he compuesto. Como no podemos contraer matrimonio, al menos tengamos la Luna de miel que nos merecemos.

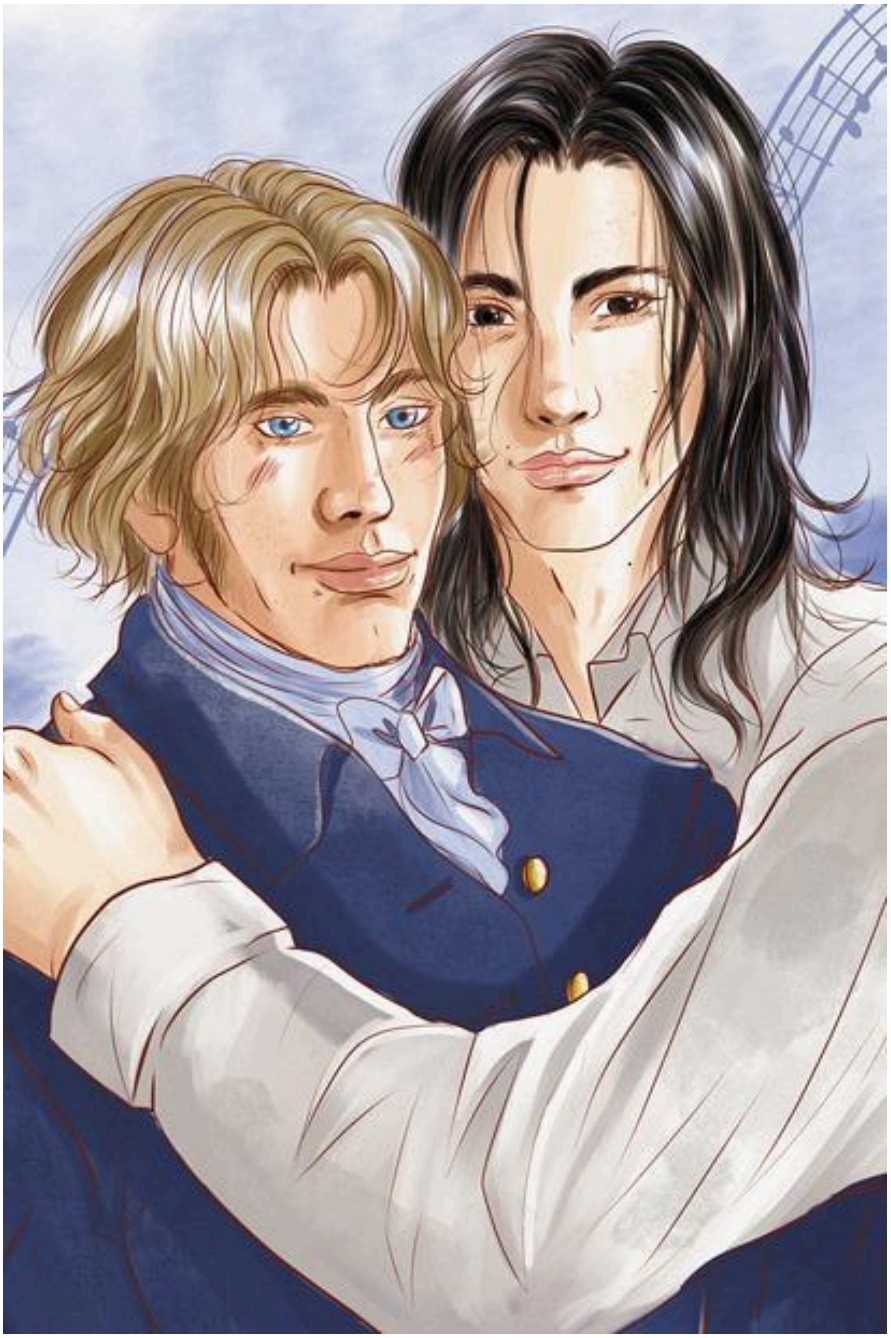
Te ama tu Oscar.

Joseph se dobló en dos, sollozando hasta quedar exhausto. Nunca, nunca sabría cómo sonaría aquello, porque nunca habría nadie que se mereciera tocar algo compuesto por Oscar. Ni *Sonata de una Luna de miel*, ni *Sonata azul cerúleo*.

Jamás.

«Éramos felices por estar juntos, hasta que el destino nos separó de forma irremediable. Oscar y yo nos quisimos como solo se aman dos almas puras. Sin embargo, nadie lo entendió».





25

Montagu, pagado de sí mismo y henchido de orgullo como un pavo real, anduvo directo a su audiencia con el Marqués de Bath. El mayordomo lo condujo hasta la biblioteca, donde Lord Henry Vane tenía su despacho.

Golpeteó la puerta y pasó al escuchar que podía adentrarse en aquellos dominios.

Allí sentado, tras un hermoso escritorio de teca, se hallaba el marqués, con los dedos entrelazados sobre la pulida superficie.

—Tome asiento, Sir Montagu. —Le señaló una silla forrada en terciopelo.

—Marqués, muchas gracias por tener la amabilidad de recibirme. Esta vez sin armar el revuelo de ayer. Le pido disculpas por… la ineptitud de mis subalternos, no saben tratar a la nobleza con respeto y educación. Espero que no incomodaran a las damas.

—Yo fui el que le pidió que abriera una investigación. Y ahora le pido que la cierre.

—Estamos en ello, se lo aseguro.

—No me ha entendido.

—¿Disculpe? —Montagu se quedó perplejo.

—Suelte a Alexandre Lambert. Es inocente —dijo con el semblante muy serio.

—Hay pruebas que lo inculpan, sin lugar a dudas. De hecho, debería contratar a un letrado para que defienda sus intereses. Ese mulato ha intentado asesinarlo y tengo un testigo que corrobora los hechos.

Henry frunció el ceño. ¿Quién habría sido capaz de mentir de aquella forma? Alguien implicado, sin duda.

—Dígame quién es ese testigo.

—Lo siento, pero no puedo. Ni tampoco dejar libre a ese hombre.

—Entiendo… —susurró Henry sin dejar de mirar al magistrado con cara de pocos amigos—. Entonces sí, contrataré a un abogado tal y como me ha advertido. Hoy mismo buscaré al más adecuado para que represente mis intereses y los de mi familia.

—Veo que entra en razón —se congratuló Montagu—. Me alegra que lo comprenda, que se dé cuenta de que su vida ha corrido un gravísimo peligro, ya no digamos la de su hermano Lord Percy. Pobre criatura… Hay que tener el corazón muy negro para querer asesinar a un niño inocente.

Henry lo miró sin cambiar un ápice su expresión grave. El marqués podía imponer mucho cuando se enfadaba.

—Si no tiene nada más que decir, puede irse —le comunicó al magistrado.

—Bueno, yo… Si me permite la osadía… Querría hacerle una petición muy especial que tiene que ver con Lady Frances. —Esperó a que su interlocutor dijera algo, pero al corroborar que no parecía esa su intención, continuó—: Desde que la conocí en el baile sabe bien que la he visitado en varias ocasiones, siempre acompañados de Lady Louisa, una dama de lo más elegante.

—Vaya al meollo —le ordenó.

—Pese a estar enferma estos últimos días y no poder tratarlo con ella, sí lo hice con Lady Louisa. Ambos estamos muy interesados en que le pida la mano de Lady Frances… —Esperó algún tipo de reacción por parte de Lord Vane, pero este no mudó su expresión parca. Siguió entonces con su conversación casi unidireccional—. Le he traído un escrito con todas mis peticiones para que su hermana y yo contraigamos matrimonio y este resulte ventajoso.

Sacó de su cartera una hoja, escrita de su puño y letra, que el marqués tomó para leerla. Trataba sobre la dote que Frances aportaría al matrimonio, la cantidad de miles de libras a obtener cada año por parte del marquesado para poder llevar la vida que un miembro de la nobleza necesitaba, así como de las propiedades que pasarían a ser del magistrado en cuanto ella perdiera la posesión de estas tras el casamiento.

—No —dijo Henry.

—¿No?

—No le concedo la mano de mi hermana. No va a casarse con usted.

—P-pero… ¿Me considera indigno? ¡Soy el magistrado más importante de Bath! ¡No he pedido nada fuera de lo común! —exclamó contrariado—. Vengo de una familia adinerada y poderosa.

Henry sacó una epístola del cajón y la desplegó.

—Ayer recibí esta carta, que leí anoche tras la detención de Alexandre. Es de un caballero oriundo de Bath, uno que también es adinerado y muy importante. Al enterarse de sus intenciones con mi hermana, que todos pudieron observar en el baile, se decidió a contarme unas cuantas cosas sobre usted. Cosas que me revuelven el estómago.

Montagu enmudeció y comenzó a ponerse rojo.

—¡Ha sido ese sodomita del doctor! ¡No lo niegue!

—No entiendo qué tiene que ver un doctor aquí. —Se hizo el tonto.

—¡Edwards! —bramó colérico, levantándole la voz al marqués.

—Está usted equivocado. Ya le he dicho que es de un caballero muy importante de Bath. —Plegó la misiva y la guardó de nuevo—. Y ahora váyase de mi casa y no la vuelva a pisar. Nos veremos en el juicio ya que se niega a soltar a mi cochero.

Sir Montagu se dio la vuelta, airado. Caminó hacia la puerta y se marchó de allí como alma que lleva el diablo.

Henry suspiró, no había salido como hubiese querido, pero era de esperar que se negara a dejar libre a Alexandre. Al menos había salvado a su hermana de un matrimonio de todo menos ventajoso. Antes prefería que se quedara solterona a que terminase en manos de un maltratador y un putañero.

oOo

A Joseph se le negaron todas y cada una de las peticiones de visitar a Alexandre. Rompieron delante de él la carta que le dejó, y le prohibieron el paso a la cárcel de *Bath Old Gaol*, a las afueras de la ciudad, aunque lo intentó como médico interesado en la salud de los presos.

En aquella cárcel se dejaba a los penados en espera de juicio, deudores y malhechores condenados a penas cortas, así que el cochero no estaba ubicado en el lugar de los delincuentes más peligrosos.

Sin embargo, la angustia por no conseguir saber nada de Alexandre lo estaba consumiendo. Hasta la propia Beth, ya muy cerca de dar a luz, había ido a verlo al enterarse de toda la historia.

—Joseph, tengo buenas noticias que darte —le dijo—, he hablado con una de las mujeres que trabajan en las cocinas de la cárcel. La ayudé a dar a luz hace dos años y le salvé la vida a ella y a su hijo.

El médico la miró con los ojos húmedos.

—¿De veras? ¿Sabe algo de Alexandre?

—Lo tienen en una celda con un viejo timador, así que en ese sentido ha habido suerte. Aunque parece que se ha peleado ya en varias ocasiones con otros presos. Lo consideran inferior por llevar sangre negra.

—Dios Santo, menos mal que está fuerte.

—Suelen salir peor parados los demás. Ese chico tuyo es una fiera. De todos modos ya queda poco, no sufras. Mañana lo podrás ver en el juicio… —lo consoló lo mejor que pudo.

—Me aterroriza que no lo liberen.

—Confía en ese amigo tuyo, el abogado londinense. ¿Cómo se llamaba?

—Albert Berry.

—Es paradójico que represente a la acusación pero vaya a ayudar a Alexandre, que no tiene derecho a un abogado. Es una jugada maestra.

El marqués, él y el abogado sabían muy bien quién era la persona responsable de todo aquel desaguisado. Solo que no tenían las pruebas todavía.

Beth depositó un ósculo en la frente de Joseph, que se abrazó a ella para reconfortarse.

—Tengo que irme, salgo de cuentas en unos días y este ser infernal no para de darme unos puntapiés tremendos.

Joseph posó la mano sobre el vientre abultado de su amiga. La miró a los ojos y vio en ellos la misma bondad que en la de su amigo James Barry. Dos mujeres muy distintas pero parecidas. Una de ellas había tenido que vestirse de hombre para triunfar como cirujano en el ejército y la otra ejercer de boticaria experta casi a escondidas.

—Cuídate y reza por nosotros.

—Lo haré, no te quepa duda. Quiero veros de nuevo en el jardín, con Hipócrates a vuestro lado y tú prendiendo de florecitas ese pelo rizado. —Sonrió al recordar la tierna escena.

Después de aquello, Beth se fue sujetándose la tremenda panza para volver con su esposo y esperar al bebé que estaba a punto de llegar al mundo.

Ojalá estuviese sano y fuese normal, para no padecer como ellos. Que si era un niño no naciera invertido, y si era una niña pudiese llegar a ser quien quisiera...

oOo

Albert Berry no había dudado ni un segundo en coger una diligencia y viajar hasta Bath dada la gravedad del asunto. Le habían llegado dos cartas en un mismo paquete: una de Joseph Edwards y otra del Marqués de Bath. El primero le contaba la situación de Alexandre y el segundo qué era lo que quería de él.

Le satisfizo la idea de darle su merecido a Montagu, el magistrado más despreciable de Bath, el condado de Somerset, todo el estado y el mundo entero. Pero lo que realmente le movió fue la injusticia cometida hacia una persona vulnerable sin recursos y el gran respeto hacia el doctor.

Defender a un preso siendo el abogado de la acusación sería todo un desafío, pero él ya estaba curtido en toda clase de lides jurídicas.

De hecho, su esposa lo animó a irse de inmediato y eso fue lo que hizo. Directamente no respondió las cartas, sino que se presentó en *Wollaton Hall* dos días después, para estupefacción de los Vane.

Las tres damas se quedaron prendadas de inmediato del apuesto caballero y Marcus no dio crédito al ver lo atractivo que era. Sin embargo, de inmediato supieron que era amigo de Joseph y que estaba felizmente casado con la hija de los Midleton, aunque estos habían renegado de ella al elegir al jurista en vez de un matrimonio ventajoso.

Por lo demás, Albert se quedó alojado en *Wollaton Hall* y fue enseguida a visitar al doctor. Este, al verlo, lo había abrazado con fuerza dándole las gracias hasta la saciedad.

Así que la mañana del juicio todos se dispusieron a llegar hasta el Castillo de Taunton, donde se llevaban los casos graves como el intento de asesinato.

—Creía que Montagu participaría… —susurró Joseph al ver que aparecían en la sala dos jueces con togas rojas y pelucas.

Albert, que también llevaba su propia peluca blanca y la vestimenta negra oficial, le miró guiñándole un ojo.

—No puede, y eso es excelente. Estos magistrados son los llamados jueces del Rey.

—Suerte, espero que pierdas.

—Confía en mí.

Joseph dejó a Albert hacer su trabajo y se sentó en la grada superior, junto a los Vane. Marcus se puso a su lado para incomodarlo, rozándole con la pierna y pegándose a él.

—Tendrá lo que se merece —le susurró al oído.

—No es culpable y lo sabes perfectamente, igual que lo sabe tu hermano. ¿Por qué no eres capaz de dejar en paz a Alexandre?

Marcus lo miró achinando los ojos y ensanchando los orificios de su nariz. Los celos fueron tan evidentes que Joseph se abochornó. Marcus era consciente de lo que sentía por el joven.

Los jueces pidieron silencio cuando entró el jurado, compuesto por doce hombres pudientes.

Vio también a Montagu en primera fila. Este se giró y observó la grada superior, mirándolo directamente con una expresión de triunfo en el rostro. Daba por ganado el juicio.

Se dio paso al acusado y Joseph se agarró con fuerza a la barandilla, inclinando el cuerpo. Rezó para que el joven lo viera. Estaba en un estado deplorable: llevaba la misma ropa que el día que lo detuvieron, el pelo enredado y sucio, además de tener magulladuras en el rostro.

Sus ojos verdes lo buscaron por la sala, hasta que levantó la cabeza y vio al médico. Le sonrió en un esfuerzo por parecer valiente.

Luego fue llevado a su estrado con los grilletes puestos.

Cuando la sala estuvo completa gracias a los vecinos, curiosos y escritores de noticias, los jueces mandaron callar.

Un alguacil le pidió a Marcus que lo acompañase, lo cual dejó a todos bastante extrañados.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se lo llevan? —indagó Henry.

—Es un testigo, no puede estar aquí. Ha de bajar con el resto.

Joseph miró al marqués, que estaba tan sorprendido como él.

—No me lo había dicho el muy desgraciado… —farfulló Henry, furioso.

—Tranquilo, querido… —lo calmó su esposa.

A partir de ese momento, los jueces expusieron los hechos acaecidos y luego las razones por las que se juzgaba al acusado de gravedad.

—¿Cómo se declara, Sr. Lambert?

—No culpable —dijo con contundencia.

—Bien, pues comencemos. Que los miembros del jurado y el abogado de la acusación juren sobre la Biblia.

A Alexandre también se lo permitieron pues quería testificar al tener que defenderse solo. De hecho, observó al abogado de la acusación y supuso que no tendría nada que hacer contra él. Había llegado al juicio sin saber nada de lo acontecido aquellos días. Estaba convencido de que iría directo a la horca. Así que su único consuelo era el hombre de ojos azules que lo miraba desde las alturas. Ojalá hubiera podido ahorrarle todo aquel sufrimiento innecesario.

—Sr. Lambert, soy Albert Berry, abogado y representante del Marqués de Bath. Voy a realizarle algunas preguntas ya que me consta que quiere testificar. Responda de forma breve, clara y concisa. ¿Lo ha entendido?

—Sí.

—Bien. Para empezar, ¿era usted el cochero del Marqués?

—Sí.

—¿Por qué ha intentado asesinar, de forma paulatina, a Lord Henry Vane? —Albert fue al meollo del asunto.

—No he intentado asesinarlo de ninguna forma. Soy inocente —reiteró.

—Los *constables* encontraron arsénico y dinero entre sus pertenencias... Aunque me permito explicar al jurado que el arsénico se puede conseguir en cualquier boticario y se usa para todo tipo de tareas domésticas y agrícolas. El Sr. Lambert podría haberlo tenido allí para su trabajo en las cuadras —comentó para enfado de Montagu, que entendió qué estaba haciendo Berry—. ¿También lo usaba para eso?

—No lo puse entre mis cosas y tampoco lo usaba en mi trabajo. No he tocado el arsénico en mi vida.

Joseph sonrió al escuchar esa fuerza en su voz. También entendió mejor el plan de Berry.

—¿Y qué me dice de las cien libras? Para un joven como usted es toda una fortuna. ¿De dónde las sacó?

—De ninguna parte, alguien las dejó en mi arcón.

—Bueno, en cualquier caso… Un trabajador ahorrativo puede llegar a esa cantidad si se lo propone. ¿No creen?

Alexandre no entendió la razón de que el abogado diera explicaciones verosímiles cuando se suponía que debía probar su culpabilidad.

—Por lo que me explicó el Dr. Edwards —se dirigió al jurado—, médico del marqués, este estaba siendo envenenado a través de la comida y la bebida. Descartada la cocinera y otros sirvientes, cualquiera podría echar arsénico en los alimentos, no solo el Sr. Lambert.

—¡Basta! —explotó Montagu—. ¡No está defendiendo los intereses de su cliente! ¡Está representando de forma velada al acusado!

—¡Siéntese, magistrado! —le ordenó uno de los jueces—. Esa acusación es muy grave. Prosiga, letrado.

Albert miró a su rival jurídico y le sonrió de lado. Había hecho exactamente lo que él quería, ponerse en evidencia.

—¿Qué pasó el día en el que el pequeño Lord Percy se envenenó con una empanada?

—Ayudé al Dr. Edwards a llevarlo a su consulta para que pudiera salvarle la vida.

—Pero usted no pretendía envenenar al niño… —Albert le habló con lentitud y haciéndole un gesto con las cejas.

Alexandre tardó unos segundos en responder:

—Yo no toqué esa empanada en ningún momento.

—¿No introdujo arsénico en la mezcla?

—No.

—Así que fue un accidente ya que la empanada la podría haber comido cualquiera, incluido el acusado ya que estaba allí. ¿Y si en algún desafortunado momento cayó arsénico en la harina y se mezcló? Se usa para matar ratas y ratones, el compuesto estaría presente en las cocinas con total seguridad.

De esa forma despachó aquella cuestión haciendo que el jurado comenzara a tener serias dudas de la culpabilidad de Alexandre.

Montagu se puso rojo de ira. Odiaba a Berry con todas sus fuerzas. Siempre se salía con la suya.

—¿Qué hizo el día en el que se le detuvo? —Cambió de tercio.

—Me vestí, bajé a desayunar y la Sra. Smith me avisó de que mi padre había muerto. Me sobrepuse, llevé al marqués hasta la consulta del Dr. Edwards y después hicimos los trámites. Estuvimos presentes en la misa y

el entierro. Después llevé de vuelta a mi señor hasta *Wollaton Hall* y allí me detuvieron.

—O sea, que estuvo a solas con el marqués en los viajes de ida y vuelta.

—Sí.

—¿Y por qué no lo mató entonces?

—No quiero matarlo —siseó apretando los dientes.

—No lo entiendo —se dirigió al jurado—. El Sr. Lambert intenta envenenar lentamente a su señor, pero no lo consigue ya que se descubre el método. ¿Y para qué le servía entonces tanto arsénico si ya no podía usarlo? ¡Ah! Pero entonces le surge la oportunidad de acabar con su vida en cualquier camino perdido entre *Wollaton Hall* y Bath. Sin embargo, no lo hace… No le mata y huye.

Joseph y Henry se miraron con complicidad.

—Letrado, no divague tanto —pidió uno de los jueces mientras Montagu se mordía el labio inferior intentando no gritar de nuevo.

—Pido disculpas, Su Señoría. Creo que deberíamos dejar hablar a los testigos —sugirió.

—Que vayan pasando y jurando sobre la Biblia —indicó el otro juez.

El primero en llegar fue el mayordomo, que se subió al estrado e hizo lo pertinente.

—Durante su trabajo en *Longleat* y *Wollaton Hall*, ¿vio algo extraño que llamara su atención? —preguntó Albert.

—No, señor.

—Eso es todo —lo despachó con rapidez.

Luego apareció el ama de llaves y Albert le hizo la misma pregunta.

—No, señor. Pero…

—¿Pero?

—Indiqué al magistrado aquí presente, Sir Montagu, que el día en el que detuvieron a Alexandre Lambert yo había llevado ropa limpia a su cuartito y la había dejado en el arcón donde encontraron el arsénico y el dinero, y le puedo asegurar que allí no había nada de eso.

—¿Ya se había ido el Sr. Lambert a Bath?

—Sí, por supuesto.

—¿Insinúa que lo pusieron allí para incriminarlo?

—Simplemente digo que allí no había arsénico ni dinero, solo ropa y libros de la autora de *Orgullo y Prejuicio,* para ser más exactos. ¡Ah! Y unos chelines sueltos.

Albert se quedó callado y miró a Montagu un largo rato.

—¿Y por qué su declaración no fue tomada en serio?

—Sir Montagu me dijo, palabras textuales: señora, está ya mayor y no sabe lo que ve, le falla la memoria —parafraseó—. Y yo tengo una memoria excelente y estoy en plenas facultades —aclaró con mucha seriedad.

Algunos miembros del jurado miraron a Montagu y negaron con la cabeza.

—Bien, gracias. Creo que ha quedado clara la profesionalidad de Sir...

—Letrado, siga con el último testigo —le ordenó el juez de la derecha.

Se notaba que tenía claro el resultado y quería terminar de una vez con aquella pantomima.

—Sí, Su Señoría.

Montagu siguió contenido. Aún le quedaba una baza y Berry iba a salir ganando el juicio, con Alexandre como culpable.

Apareció entonces Marcus Vane. Los presentes cuchichearon al verlo tan gallardo ir caminando hacia el estrado.

Alexandre, callado hasta ese momento y rezando para que el jurado viera que no era culpable de nada, se vino abajo al ver a Marcus. Le fallaron las piernas y se tuvo que sujetar a la madera para no desfallecer.

—Lord Vane… —comenzó a decir el abogado, algo contrariado al verlo allí, pues sabía muy bien que el plan era conseguir que absolvieran a Alexandre. En ningún momento les había dicho que fuese testigo—. Lord Vane, ¿vio o escuchó algo que le hiciera pensar que el Sr. Lambert intentaba matar al marqués?

—Sí —mintió.

Joseph se puso en pie y Henry se quedó sin fuerzas al escuchar semejante falacia.

—¿Pero qué dice? —Clemence se llevó las manos a la boca.

—No, no… —Joseph bajó corriendo, pero dos alguaciles le impidieron seguir y lo retuvieron con fuerza. El médico se sintió impotente.

—¿Y qué vio o escuchó? —Albert observó de reojo a Alexandre, que estaba temblando.

—Escuché a Tidian Lambert y a su hijo trazar un plan.

—¡Eso es mentira! ¡Maldito desgraciado! —le gritó Alexandre a pleno pulmón.

—¡Silencio! —decretó tajante el juez de mayor rango, levantándose para imponer el orden—. Prosiga, letrado.

—¿Y cuál eran sus razones? ¿Las conoce?

—Odio por las diferencias de clase social, supongo.

—¿Supone? —Albert recondujo la conversación, algo que molestó a Marcus—. Lo lamento, Lord Vane, pero en un juicio las suposiciones no son válidas, solo las pruebas fehacientes. Tendrá que explicarnos algo más.

—El plan… —Marcus dudó— creo que era envenenar a mi hermano. Puede que el arsénico y el dinero fueran de Tidian Lambert —cambió su declaración al ver a su hermano mirarlo con furia.

—Tidian Lambert, que está muerto.

—Sí.

—Su Señoría, ¿me permite hacerle unas preguntas al Sr. Lambert? —El juez asintió y Albert ignoró deliberadamente a Marcus, dándole la espalda —. ¿Cómo se llevaba con su padre?

—Mal.

—¿Y diría que odiaba al marqués?

—Mi padre odiaba a todo el mundo, en especial a la clase social alta ya que era hijo de una esclava jamaicana.

—¿Lo creía capaz de matar?

—Sí, mató a mi madre de un golpazo.

La sala al completo se llenó de cuchicheos y los jueces volvieron a pedir silencio.

—¿Y de matar al marqués?

—No lo sé. —La salida fácil hubiera sido afirmarlo, pero Alexandre no quería mentir bajo juramento, iba en contra de sus creencias.

—Me consta que su padre murió apuñalado por gente a la que debía dinero. Entiendo que cien libras eran muy jugosas… Que hubiera hecho cualquier cosa por esa fortuna…

—Lo ignoro —alegó el joven.

Berry volvió a prestar atención a Marcus y le miró con una frialdad que el propio lord sintió como si fueran puñaladas.

—Mentir bajo juramento es perjurio. ¿Sabe lo que eso implica?

—Sí.

—Igualmente se lo voy a recordar: es un delito penal y moral que se paga con prisión aun siendo miembro de la nobleza, por no hablar de que su familia quedaría deshonrada. He de velar por los intereses de mi cliente.

Marcus miró a su hermano de nuevo, que le observaba con un desprecio que le dolió profundamente porque sabía que le estaba fallando.

—Lord Vane, ¿Alexandre Lambert participó en ese plan del que habla?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Vaya, ¿entonces no tiene pruebas reales de que Alexandre Lambert hiciese algo en contra del marqués?

—No las tengo.

—Eso es todo, gracias por su declaración —dijo Albert mientras indicaban a Marcus por dónde podía irse—. Sus Señorías, he finalizado.

—Letrado, ¿no va a hacer su alegato final? —preguntó uno de los jueces.

—Lo considero innecesario. Creo que los caballeros del jurado lo han entendido todo a la perfección.

—Entonces estos pueden deliberar.

Los doce hombres se retiraron a una sala contigua y a puerta cerrada, con un alguacil vigilando para que nadie los interrumpiera.

Montagu cerró los ojos y rezó para que esos hombres no fueran una panda de majaderos fáciles de engatusar.

Los jueces aprovecharon para hacer un descanso y fue cuando Alexandre se giró con la intención de observar a Joseph, que había vuelto a las graderías junto con los marqueses, Lady Louisa y su hija.

Tragó saliva, exhausto, aguantando todo lo posible como un hombre hecho y derecho. Llevaba días a pan y agua, sucio, con heridas y contusiones por todo el cuerpo debido a las peleas.

Y así estuvo durante cerca de una hora, hasta que los jueces volvieron a lo alto de su tribuna seguidos del jurado. ¿Tendrían ya un veredicto claro?

Eso no tranquilizó a Alexandre, que estaba seguro de ser juzgado sin miramientos por doce hombres pudientes. Él solo era un pobre mulato acusado de querer matar a un marqués. El desenlace estaba claro.

Se agarro a la madera e intentó no desmayarse. El sonido de su propio corazón le ensordeció, palpitando en sus sienes con fuerza.

—¿Tiene el jurado un veredicto?

—Sí, Sus Señorías —afirmó el portavoz.

—¿Y cuál es? —Los jueces los instaron a revelarlo

—No culpable.

En la sala hubo un alborozo generalizado. No porque les sorprendiera, sino porque la mayoría estaba de acuerdo con el resultado.

Alexandre se agachó, incrédulo, intentando asimilar lo que acababa de oír.

«No culpable».

Las lágrimas se desbordaron y se echó a llorar como un niño, pero de puro alivio.

Los alguaciles lo levantaron para quitarle los grilletes y de pronto se sintió perdido. Unos brazos lo sujetaron para conducirlo fuera de la sala, lejos del gentío, hasta una sala donde lo sentaron y le ofrecieron agua.

Cuando levantó la mirada vio a Joseph en la puerta.

—Tengo que revisar que el Sr. Lambert esté en condiciones. Déjennos a solas —pidió a los alguaciles y estos se lo permitieron.

Cuando la puerta se cerró, Joseph corrió hacia Alexandre y lo estrechó entre sus brazos, buscó sus labios heridos y resecos para besarlo y sollozó con él.

No lo había perdido, a él no.

oOo

En la sala principal, mientras se iba desalojando, Albert se acercó a un Montagu aun en estado de choque por lo acontecido.

—Estará contento, he perdido el juicio por una vez.

—Eres un bastardo, Berry —escupió con inquina.

—No más que usted, solo que mi conciencia y mi moralidad están intactas. He hecho exactamente lo que mi cliente quería, ya que usted se negó a soltar al acusado a sabiendas de que era inocente. El caso hacía aguas por sí mismo, solo había que explicárselo al jurado.

Montagu lo miró con odio verdadero, se puso en pie y se fue sin decir una sola palabra más.

Albert se despojó de la molesta peluca para dejar ver su cabello ondulado y rubio, que se peinó con los dedos. Sonrió muy satisfecho.

Henry bajó a felicitar a su nuevo abogado. Le dio un enérgico apretón de manos por conseguir la absolución de Alexandre.

—Se ha ganado sus honorarios. Es usted un portento. ¡La forma en la que le ha dado la vuelta a todo!

—Nunca había estado tan contento por perder. De verdad, solo he hecho lo que me pidió, lo que se debía, lo justo.

—¡Exactamente! Tenemos que celebrarlo, ¿verdad, querida? —Se giró hacia su esposa.

—Podríamos hacer un pequeño baile, pero solo para nosotros y los sirvientes.

—¡Oh! Eso sería encantador —añadió Frances, aferrada a la marquesa, con la que ya se llevaba mejor—. ¿Verdad, madre?

—Sí, por supuesto… —susurró horrorizada—. ¿Dónde estará Marcus? —preguntó para cambiar de tema.

La expresión de Henry cambió de inmediato en cuanto escuchó mentar a su hermano. Los había puesto a todos en un brete tremendo. Suerte que Berry había estado rápido arreglando la injerencia de Marcus.

—No lo sé, pero va a tener que darme una explicación si no quiere que lo expulse de esta familia para siempre —sentenció.

Después de aquello, abandonaron el lugar para siempre.

Sin embargo, aún tenían que desenmascarar al verdadero culpable.

26

Lo primero que hicieron nada más llegar a Bath, fue llevar a Alexandre al hospital *Royal Mineral Water,* donde un médico se hizo cargo del joven para determinar en qué estado de salud se hallaba. Joseph estuvo presente en todo momento, horrorizándose al ver los moretones, magulladuras y golpazos que tenía por todo el cuerpo.

Después le pidieron que se refregase a conciencia tras tantos días sin tener una rutina de higiene normal. Y, finalmente, lo instaron a meterse en una cuba de aguas medicinales vestido con una camisola de lino.

El calor invadió su maltrecho cuerpo y poco a poco sus músculos se relajaron. Cuando pudo sumergirse del todo en aquella calidez, y lavarse el cabello, se volvió a sentir un ser humano.

Joseph tomó una silla para sentarse a su lado, observándolo con amor en cuanto se quedaron solos.

—Has adelgazado y te ha salido un poco de barba. —El médico se la rozó con un dedo.

—Tú también estás más delgado.

—No podía comer… —admitió—. Ni dormir. Estaba desesperado pensando en todo lo malo que te podía pasar.

—Me defendí bien… —Sonrió—. Recibieron más que yo y a uno le partí el brazo en tres partes. Se lo llevaron llorando de dolor como si fuera un niño pequeño. Entonces dejaron de molestarme.

Joseph soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—Estoy muy orgulloso de ti, no te puedes ni imaginar cuánto. No solo por cómo has aguantado desde que te detuvieron, sino el modo en el que te comportaste durante el juicio.

—Iba a ciegas. Nadie tuvo la decencia de explicarme cómo sería. Cuando vi a ese hombre, el Sr. Berry, me asusté. Pero pronto me di cuenta de que me estaba defendiendo, no acusando.

—Es amigo mío.

—Uno muy apuesto y carismático. —Rio por lo bajo—. Me voy a poner celoso…

—No digas boberías, yo no me fijo en hombres a los que les gustan las mujeres —susurró—. Y, además, solo tengo ojos para ti, ¿o no te has dado cuenta de lo embelesado que me tienes?

—Te rodeas siempre de gente buena, ayudas a los demás… Así que recibes lo que siembras —musitó.

—Es una buena alegoría, sí… Te traté bien y caíste rendido a mi pies —soltó una chanza que hizo carcajearse a Alexandre.

El joven se recostó en la tina y cerró los ojos, relajándose. De pronto se puso a sollozar, sacando fuera todo lo que había estado aguantando.

Joseph lo tomó del rostro y se lo limpió con un paño húmedo. Acarició con este el labio partido que estaba sanando. Le quedaría una marca. Y besaría esa marca cada día del resto de su vida.

Perdió a Oscar por culpa de una salud delicada, pero no pasaría lo mismo con Alexandre. Era un hombre sano y fuerte.

—Gracias por llegar a mi vida y sembrar cosas buenas —le dijo el joven mientras se miraban.

—Se me da bien sembrar, en especial tubérculos. ¿Y sabes qué? Las patatas han florecido por fin.

—¿Las patatas tienen flores? —No dio crédito.

—Sí, y en este caso son azuladas. Cuando vayamos a casa las verás.

—Lo estoy deseando —gimió—. No quiero volver a *Wollaton Hall* ni a *Longleat*. ¿Crees que Lord Vane lo entenderá? Se ha portado muy bien conmigo y siempre ha creído en mi inocencia.

—No eres un esclavo con paga, Alex, sino su sirviente. Te puedes ir cuando gustes. Estoy seguro de que lo entenderá a la perfección.

—¿Y qué haré cuando vivamos juntos? —preguntó con ilusión.

—Te nombro mi ayudante oficial, cochero particular, cautivo de Hipócrates y dueño de Perseo.

—Me gusta. Acepto.

Ambos se miraron de nuevo. De pupilas azules a iris verdes.

Ya nadie los podría volver a separar.

oOo

El marqués había rentado un par de *hackneys* [19]para que los transportaran ese día. Volvieron a casa tras dejar a Joseph y a Alexandre en el hospital.

Marcus se pasó en silencio todo el camino hasta *Wollaton Hall* bajo la mirada fija de su hermano. Podía notar su ira mezclada con decepción.

Se había dejado llevar por los celos de una forma burda y estúpida. Sabía muy bien, por cómo había afectado a Joseph la detención de Alexandre, que el doctor estaba enamorado del chico, así que había decidido testificar contra él sin pensar un ápice en las consecuencias que eso implicaría para la familia.

Berry había sido muy listo y, en aquellos momentos, dio gracias al abogado por permitirle recular redirigiendo el interrogatorio.

Pero en cuanto pisaran la propiedad, su juez sería Henry y no podía estar más aterrado ante eso.

Ambos carruajes los dejaron en la mismísima puerta de la propiedad. Bajó primero Henry, que ayudó a su esposa y a su hermana a apearse, pero ignoró a Louisa de forma deliberada. Marcus tampoco le hizo caso. Fue Albert Berry quien tuvo la deferencia de ofrecerle su brazo para que se apoyara y ella lo hizo, aunque de mala gana y muy ofendida por el feo del marqués delante de todo el mundo.

Percy y el resto del servicio los estaban esperando con el corazón en un puño. Al no ver a Joseph ni a Alexandre, todos temieron lo peor.

—Tranquilos, Alexandre ha sido encontrado no culpable y lo hemos dejado en el hospital para que le traten —se apresuró a esclarecer el marqués.

Todos empezaron a abrazarse, reírse y a celebrarlo, perdiendo la compostura ante su señor. Sin embargo, este les permitió seguir con la algarabía. Era motivo de festejo que el chico hubiera sido exculpado de lo que se le acusaba falsamente.

—Oh, marqués, es toda una alegría —le dijo la Sra. Smith mientras sollozaba de alivio y su hijo la estrechaba contra sí.

—Ha sido todo gracias a la maestría del Sr. Berry, un letrado excelente —respondió dándole crédito a quien se lo merecía. Luego aplaudió y todos se sumaron, excepto Louisa y Marcus que se metieron en la casa.

—¡Basta, basta! —exclamó Albert, sonrojado—. No he hecho nada, solo perder un juicio. —Se carcajeó de buena gana.

—¡¿Entonces Alexandre volverá?! —indagó el más pequeño de la familia —. ¡Jugábamos mucho con los caballos!

—No sé si volverá —le dijo su hermana—, pero lo importante es que ya no está en la cárcel.

Le habían tenido que explicar a Percy las razones de que el cochero estuviera encerrado y lo entendió con bastante lucidez.

—Estoy muy contento. No era justo… —Se puso a llorar de forma tierna y su hermana lo abrazó. También David le revolvió el pelo para hacerlo reír y que se le pasara el mal trago.

Fueron adentrándose en la mansión para descansar tras una jornada muy intensa, pero Henry fue directo a buscar a Marcus.

—Querido —le detuvo su esposa—. ¿Qué vas a hacer?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo, pero no quise. La paciencia se me ha terminado.

Ella asintió.

Henry no solo había renacido, sino que se había vuelto más fuerte, siendo consciente por fin de quién era y cuál era su papel en la familia.

No tardó en dar con él, pues este estaba en la biblioteca esperando a su hermano ya que no valía la pena retrasar lo inevitable.

El marqués cerró la puerta tras de sí, anduvo hasta Marcus y le atizó un bofetón que le giró la cabeza por la fuerza del impacto.

Marcus se mordió el labio inferior para soportar el escozor de aquel golpe que le había hecho más daño en su orgullo que en el rostro.

—Cuando volvamos a *Longleat* quiero que te vayas —expresó con seriedad yendo hacia su mesa—. No te quitaré la renta, pero sí la disminuiré. No te preocupes, que no te morirás de hambre, podrás seguir llevando la vida disoluta que tanto te gusta. Pero te quiero lejos, ¿lo comprendes? ¡Muy lejos! ¡En otro continente!

—¿Y mi compromiso con…?

—Hoy mismo me encargaré de eso ya que fui yo quien te obligó. No voy a permitir que mi apellido se manche por culpa tuya. Es lo que pasaría a la larga. ¿O te crees que soy imbécil? Sé muy bien que no pensabas dejar la sodomía.

Marcus apretó los puños, temblando.

—Los celos te han cegado, Marcus. ¡Los celos hacia un pobre cochero! ¡Y todo porque el doctor no quiere saber nada de ti! ¡Y no me extraña! —le gritó dando un golpe a la mesa que los separaba.

—Ellos, ¡ellos están juntos! —respondió lleno de ira.

—¡No es asunto tuyo! ¡Ni mío! —alegó a voz en grito—. Tienes suerte de ser hijo y hermano de un marqués, de haber nacido noble. Si no, ya estarías muerto hace mucho por culpa de tus inclinaciones.

—No puedo cambiarlas —gimió.

Henry lo miró con lástima de pronto, negando con la cabeza.

—Has estado a punto de mandar al garete no solo la libertad de un inocente, sino también encontrar al verdadero culpable, a la persona que ha intentado matarme a mí y a Percy. Menos mal que el Sr. Berry es inteligente, no como tú.

Marcus tembló al escuchar aquello. Tenía toda la razón y fue un jarro de agua fría que le hizo ser plenamente consciente de su error.

—Durante el tiempo que nos quede en *Wollaton*, compórtate. ¿Me has escuchado? No te metas, mantente al margen.

—Por supuesto —respondió sin mirar a su hermano a la cara.

—Fuera de mi vista —lo despachó sin miramientos.

Marcus se dio la vuelta y salió dejando atrás la biblioteca. Subió hasta su alcoba y se sentó en la cama. Se echó a llorar con desconsuelo. Siempre había admirado a Henry, lo era todo para él ya que su padre jamás le dio cariño. Sintió que su vida carecía de sentido sin una familia y sin una persona que lo amara. Pero ya era tarde. No se podía volver atrás y cambiar las decisiones, solo cohabitar con las consecuencias.

oOo

Clemence había escuchado prácticamente toda la conversación, escondida tras una cortina de terciopelo. Cuando Marcus salió de la biblioteca y desapareció por el pasillo, ella dejó su escondrijo y entró en la estancia.

Se encontró a su marido sollozando a lágrima viva, así que corrió para consolarlo.

—No quería ser como mi padre —admitió—. De verdad que no quería… Pero ¿qué otra cosa podía hacer con Marcus?

—¿Lo has echado? —Henry asintió con la cabeza apoyada en el regazo de su mujer.

—Se irá cuando volvamos a casa.

—Has tomado la decisión correcta, cariño. No te sientas culpable por tomar medidas complicadas. Ser marqués tiene sus implicaciones y Marcus nunca ha sido consecuente con sus actos. Quería las ventajas de ser noble, pero no los deberes.

—He de mirar por nosotros, por el futuro del marquesado.

—He estado pensando… —susurró ella—, creo que Percy es un niño muy dulce y listo, a pesar de tener una madre tan horrible… Si lo conviertes en tu heredero, y lo educamos en consecuencia y con los valores correctos…

Henry le acarició el rostro y asintió.

—Marcus tampoco tendrá descendencia jamás, por lo que Percy acabará siendo el marqués en algún momento.

—Hagamos entonces que sea un buen hombre.

—Primero tenemos que llevar a término algo más importante y doloroso…

Ella asintió con contundencia, apretando la mano de su esposo para insuflarle valor.

oOo

Joseph y Alexandre llegaron ya de noche a la casa del primero. Le habían dado al joven un traje de caballero que le quedaba como un guante. Ya no tendría que vestir con uniforme nunca más.

—¿Debería cortarme el cabello a la moda? —le preguntó a Joseph cuando se adentraron a la alcoba que compartirían cada noche.

—Serás apuesto de cualquier forma, incluso si te quedas calvo.

—¡No digas eso! —Alexandre asió sus preciados rizos, asustado.

Hipócrates estaba encima de la colcha, mirándolos con la cara aplastada y bostezando. Joseph lo empujó para que bajase y el gato saltó hasta el suelo, parlando como si se quejara por semejante afrenta.

—Ven… —Joseph tomó la mano del joven para que se sentara junto a él en el lecho. Poco a poco fue desabotonando su chaqueta, mientras lo besaba con cuidado en la boca para no dañarle la herida.

—¿Me echabas de menos?

—Todo el tiempo… —Siguió deshaciéndose de las molestas prendas.

—Te amo, Joseph… —gimió imitando al doctor y desvistiéndolo.

—Y yo a ti, Alex…

Terminaron desnudos sobre la cama, abrazados. Joseph besó todos y cada uno de los moretones que encontró en aquella piel lampiña, le dio placer a su amante con la boca, consiguió que llegara al éxtasis del orgasmo, que riera, jadeara y gritara de placer.

—Entra en mí, Joseph, estaré bien… —Alexandre acarició el rostro de su médico particular—. Sigo vivo, soy libre y estoy contigo… La felicidad existe y lleva tu nombre.

—También lleva el tuyo —susurró Joseph mientras se colaba entre sus piernas.

—Oh, mi amor… No pares nunca… —jadeó Alexandre, estremecido al sentirlo en su interior.

Ambos rieron durante el acto, gimieron y sollozaron de alivio. Todo a la vez. Terminaron exhaustos tras unos días tan terribles, así que se fueron durmiendo el uno entre los brazos del otro en aquella cama y aquella casa a la que llamaron hogar.

oOo

El sol se coló entre las ventanas e hizo despertarse a Joseph. Lo primero que vio fue el trasero de su gato que, para colmo, tenía la cola levantada. Este estaba subido encima de su pecho, así que tuvo que apartarlo para poder erguirse.

A su lado no estaba Alexandre, pero tampoco le preocupó. De hecho, escuchó el sonido del piano y le hizo sonreír. Se puso el pantalón y la camisa para bajar cuanto antes. Llegó sin hacer ruido y miró al joven que estaba sentado en la banqueta tocando el pianoforte poco a poco. Él no se percató de su presencia, así que se deleitó con su figura.

Cuando Alexandre hubo practicado un poco, deslizó los dedos por las teclas tocando una pieza que Joseph no logró descifrar de quién era. De hecho, era la primera vez que escuchaba esa melodía suave. La ejecución estuvo muy lejos de ser perfecta, pero a pesar de eso a Joseph le pareció una composición de una belleza sinigual.

Alexandre advirtió de que tanto Joseph como Hipócrates lo estaban mirando desde el dintel de la puerta.

—Y pensar que con ocho años sabía tocar perfectamente… —Rio—. Ahora a duras penas soy capaz de seguir bien la partitura.

—¿Qué partitura?

El médico se acercó y vio las hojas con las notas musicales que Alexandre había estado haciendo sonar. Se quedó petrificado al reconocerlas.

—¿Estás bien? ¿Joseph? —Se puso en pie y le tomó del rostro.

—¿De d-dónde las has sacado?

—Las tenías en esa cómoda, ¿no lo recuerdas? —Señaló el mueble donde Joseph guardaba las partituras de Oscar—. ¿He tocado algo que no debía? ¿Eran de Oscar? —Llegó a la conclusión.

—No has hecho nada malo, cariño. Todo lo contrario… —Joseph se emocionó—. Por favor, vuelve a tocar. No pasa nada si lo haces mal…

Alexandre retomó la interpretación, repitiéndola varias veces, mejorando con cada nuevo intento hasta que sonó de forma más fluida.

—Esa composición fue la última que creó Oscar. Me la iba a regalar en nuestro quinto aniversario. Sin embargo, murió antes… Así que nunca había escuchado cómo sonaba…

El joven se estremeció ante aquella confesión y tragó saliva. Se sentó al lado de Joseph y lo abrazó.

—Me siento un poco culpable.

—No, no. —Lo tomó de las manos—. Me has hecho muy feliz.

—¿De veras?

Joseph asintió con la cabeza y le acarició el cabello.

—¿Sabes? No te cortes el pelo, yo creo que es parte de tu encanto salvaje. Me gustas así. Sé tú mismo siempre… Y continúa tocando. Hay más composiciones de Oscar y me encantaría escucharlas.

—¿Como la que compuso para ti la primera vez?

—Está ahí, sí. Ahora es tuya, al igual que el piano y mi corazón.

—Eres un tonto romántico. —Alexandre lo abrazó con fuerza.

—Un día Oscar me dio permiso para enamorarme de otro hombre y es lo que he hecho…

Hipócrates se subió al regazo de Alexandre y se puso a frotar la cabeza contra su camisa, ronroneando.

—Este pilluelo pretende quitarme a mi amado —dijo Joseph, divertido.

—Ya te lo ha quitado. ¿Verdad, Hipocratito? —Lo rascó con cariño.

—¡Ah! —exclamó Joseph dándole un susto a Alexandre—. ¡La flor de patata! Tienes que verla antes de que se marchite. Dura muy poco.

Salieron al jardín, que andaba descuidado por las circunstancias, y observaron las flores azuladas que había en el huerto.

—Son muy bonitas. Quién lo habría dicho…

Joseph tomó una y la prendió en el cabello de Alexandre. Este se echó a reír por aquel gesto.

—Ahora es más bonita aún. Tu madre debía ser muy guapa, porque a tu padre no saliste.

—Afortunadamente… Y sí, era una mujer preciosa. Aunque solo heredé sus ojos, las pecas y algo del color de sus cabellos. Era muy pelirroja. Supongo que mis rasgos vienen de mis abuelos, no lo sé.

Joseph recordó las últimas palabras de Tidian y se quedó mirando con detenimiento a Alexandre. Tuvo una especie de epifanía, pero no le dio tiempo a explicársela al chico ya que la campanilla de la consulta sonó con insistencia.

Anduvieron hasta la puerta y Joseph se encontró al otro lado con el esposo de Beth. Estaba rojo y asustado.

—¡Dr. Edwards, necesitamos su ayuda! ¡El niño viene de nalgas!

—¡Por los clavos de Cristo! Alexandre, tenemos que irnos.

Se terminaron de vestir y Joseph cogió todo lo necesario. Se subieron a la carreta del Sr. Anderson y este espoleó a su caballo para recorrer la distancia que lo separaba de su modesto hogar a las afueras de Bath.

Joseph se bajó de un salto y corrió hasta la habitación donde Beth gritaba de dolor. Su madre estaba con ella, asistiéndola.

—¡Ay, doctor! ¡Qué desgracia! —se lamentó la mujer.

—Madre, no sea agorera —gimió Beth—. Tenemos al mejor médico posible de todo el país.

Alexandre llegó y se tapó los ojos para no ver sus intimidades ya que estaba abierta de piernas.

—¡No culpable! ¡Lo sabía, maldita sea! —gritó ella—. ¡Se ha hecho justicia! —bramó a la par que tenía una contracción.

—Ahora no, Beth. Ahora concéntrate porque voy a intentar darle la vuelta. Por favor, necesito lavarme las manos con jabón y que todo esté

muy limpio. ¡De inmediato!

Alexandre fue el primero en reaccionar y llevarle lo necesario. La madre de Beth sacó a su yerno de allí porque se había quedado blanco al ver la sangre.

Entre los tres colocaron paños limpios bajo la embarazada, airearon la estancia y siguieron las órdenes de Joseph, que se arremangó las mangas hasta los codos.

—Alexandre, dale láudano. Está en mi maletín. Esto va a dolerle…

Beth apretó un pañuelo con los dientes y cerró los ojos al sentir la mano de Joseph ir introduciéndose a través de su vagina. Fue un dolor intenso e insoportable, pero no tuvo más remedio que aguantarlo, agarrada a Alexandre y a su madre, que la sujetaron con fuerza.

La Sra. White, madre de Beth y también partera, sabía perfectamente que lo que estaba intentando el doctor era casi un imposible. Así que rezó plegarias en voz alta por las almas de su hija y su nieto.

Joseph tocó al bebé y, con extremo cuidado, intentó darle la vuelta, pero enseguida vio que era imposible, así que sacó la mano y volvió a lavarse a conciencia con jabón.

—¿Tienen bebidas alcohólicas?

—Sí —asintió la partera.

—Tráigame la que sea más fuerte y también un recipiente limpio y hondo.

La mujer se dio toda la prisa del mundo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Alexandre al verlo sacar su instrumental quirúrgico: bisturí, pinzas, aguja curva e hilo de seda.

—Tengo un amigo médico, James Barry. Siempre tuvimos la teoría de que la limpieza es fundamental para evitar males mayores. Así que voy a sacarle el bebé por el vientre.

—¡Pero está viva! —exclamó la Sra. White, horrorizada.

Aquel método solo se practicaba cuando la madre había muerto y se tenía que extraer a la criatura para que no falleciera también.

—¡Cállate, madre, y déjale hacer! ¡Si tengo que morirme que así sea, pero que salve al bebé! —gritó Beth escupiendo la tela de su boca.

Joseph sumergió sus utensilios en el alcohol y los secó con un paño limpio que desechó de inmediato. Aspiró hondo y sujetó el bisturí.

—¿Preparada?

Ella asintió mordiendo el pañuelo, cerrando los ojos y agarrándose de nuevo a su madre y a Alexandre.

Joseph limpió la zona del pubis con un paño humedecido en alcohol. Y luego comenzó a realizar una incisión horizontal que hizo que Beth se tensara. Alexandre la retuvo con todas sus fuerzas para que no se moviera, a pesar de los gemidos de dolor.

El galeno continuó haciendo incisiones hasta llegar al útero. Para entonces, Beth se había desmayado debido a semejante tortura, lo cual era lo mejor que le podía pasar.

Todo estaba lleno de sangre, pero Joseph pareció ajeno a todo ello por el grado de abstracción en el que estaba sumido. Cuando vio la cabecita del bebé la tomó con cuidado y fue extrayendo al pequeño ante la estupefacta mirada de la abuela.

Se cortó el cordón umbilical y la Sra. White tomó a su pequeño para llevarlo a una mesa donde le dio golpecitos para que rompiera a llorar. El niño berreó como si fuera un cantante de ópera.

Joseph volvió a lavarse las manos con rapidez y se apresuró a extraer la placenta. Si la dejaba dentro de la parturienta, esta podría morir por un problema de humores. Luego tomó aguja e hilo y comenzó a suturar todo lo rápido que pudo, capa por capa, con una precisión asombrosa.

Limpió de nuevo la zona y vendó a la madre a conciencia. A Joseph le fue el corazón a velocidades imposibles. Ya solo podía esperar a que su amiga despertase. Al menos había conseguido que la criatura viviera, que había sido su último deseo.

Fue a revisar al niño en cuanto dejó a Beth bien atendida por un Alexandre asombrado por lo que acababa de pasar.

—Está sano —le dijo la abuela.

—Vamos a limpiarlo bien y que lo vea su padre.

Lo bañaron en agua templada mientras seguía llorando a pleno pulmón. Su abuela le tapó con una mantita de lana que había tejido y se lo llevó a su yerno. Cual fue la sorpresa al encontrarlo desmayado en una butaca, probablemente por la impresión de escuchar gritar y blasfemar a su esposa.

—Está bien, se despertará. —Joseph le atizó un tortazo en el rostro y consiguió su objetivo.

—¿Qué ha… pasado? —De pronto vio a su hijo y lo estrechó con cuidado contra sí, sollozando—. ¿Y Beth?

—Duerme, ha sido una operación muy complicada. Si sus humores se mantienen tengo esperanza. Pero debo quedarme con ella y necesito que todo se mantenga limpio y ventilado.

—Haremos todo lo que usted diga, Dr. Edwards —aseguró el pobre hombre con su hijo en el regazo, rezando para que su esposa sobreviviera.

—El bebé tiene que ser amamantado lo antes posible. ¿Hay nodriza?

—No se preocupe, nuestra vecina fue madre hace unos meses y nos aseguró que contáramos con ella si era necesario —dijo la Sra. White.

—Entonces que tenga la amabilidad de venir, es urgente.

Joseph volvió a la estancia donde yacía Beth y se sentó en una silla, agotado. Alexandre se colocó a su lado.

—Lo que has hecho es una proeza.

—Es mi trabajo.

—No, es tu vocación. Eres feliz siendo médico y los demás tenemos la suerte de tenerte cerca.

—No sé si sobrevivirá. Los humores son algo complicado y ya no depende de mí.

El joven le tomó la mano para apretarla con cariño. Luego miró a Beth, empalidecida por la pérdida de sangre. Lanzó una plegaria al cielo por ella. Ojalá Dios fuera benevolente y aquel pequeño no se quedar sin madre, como le pasó a él.

27



Los días fueron pasando y Beth sufrió bastantes dolores. Al principio Joseph no se movió de su lado, siempre limpiando las suturas, observando que no cambiara la piel a tonalidades perjudiciales o se inflamara la zona de las incisiones.

Pasó unas jornadas con fiebre intensa, pero era una mujer muy fuerte y la superó. Afortunadamente pudo alimentarse y amamantar a su hijo, por lo que el retoño siguió adelante sin ningún tipo de problema.

Junto a su esposo y su madre, Beth fue recuperándose, pero seguía sin poder ponerse en pie. Lo tenía terminantemente prohibido y ella no se saltaría las pautas del mejor médico del mundo.

Alexandre hacía turnos con Joseph para que este pudiera descansar, y aquella tarde estaba acompañando a Beth.

—¿Entonces no volverás a trabajar para el marqués?

—No, ya no. Me reuní esta mañana con él para agradecerle todo lo que había hecho por mí y también le informé que dejaba mi trabajo. Me dio una paga muy generosa… Cuando abrí el sobre y vi la cantidad… No di crédito. Me gustaría comprarle algo a Joseph, pero no se me ocurre qué podría ser. Tiene de todo.

Beth, con su niño durmiendo junto a ella en el lecho, alargó la mano y tomó la muñeca del joven.

—Alexandre, lo único que Joseph necesita es que estés con él.

—Eso ya lo hago y de buena gana —susurró.

—Regálale flores. También semillas para su huerto.

—Pero las flores son para las mujeres —objetó.

—Pues bien que te dejaste cuando te las puso en el pelo —se burló ella para bochorno del joven—. Le tienen que gustar a él, recuérdalo.

Alexandre asintió en silencio.

—¿Sabes lo que también le gustaría mucho? —Continuó ella—. Noches de pasión.

—¡Beth! —Alexandre se sonrojó mientras ella se reía, adolorida—. Se nota que estás mejor.

—Lo que ha hecho Joseph conmigo es algo casi imposible… Apenas hay registros de cesáreas en las que madre e hijo hayan sobrevivido.[20]

—Es un hombre extraordinario… Y es el mío… —musitó en confidencia —. A veces no puedo creerlo... —admitió.

En esos instantes llegó el médico y se los quedó mirando, ajeno a lo que habían estado diciendo sobre él.

—Vamos a ver cómo va cicatrizando.

Le levantó la camisola a la mujer y palpó la zona con cuidado. Ella le fue informando del grado de dolor que padecía, mucho menor que al principio.

—Estoy muy esperanzado, evolucionas de una manera extraordinaria.

—Eso es porque mi médico es el mejor que hay. —Joseph sonrió en silencio—. ¿Cuándo podré levantarme?

—Aún no. Déjate cuidar por tu madre y tu esposo, que es un santo varón. No había visto nunca a un hombre limpiando y cambiando a su hijo con tanto esmero.

—Lo vamos a bautizar pronto. Se va a llamar Joseph —le informó Beth a sabiendas de que se quedaría asombrado. Era demasiado modesto como para pensar en cosas así—. En honor al médico que le salvó la vida.

—P-pero… ¿De veras? —Se emocionó y tuvo que pellizcarse el puente de la nariz para aguantar su lágrima fácil—. Os estoy muy agradecido.

—No, Joseph, quienes te agradecemos todo esto somos mi familia y yo. Este pequeño va a llevar el nombre del mejor hombre que he conocido en mi vida. Así que es un honor ponérselo.

Alexandre abrazó a Joseph, orgulloso de él.

oOo

Después de aquello, ambos volvieron a casa con la tranquilidad de que Beth estaba bastante mejor y el riesgo de que empeorara fuera muy bajo.

Su vecino salió al encuentro de Joseph, cuando estaban acomodando a Perseo, y les tendió una carta que hacía poco que le habían entregado.

—Es para usted, doctor. Del marqués…

—Muchas gracias. ¿Qué le debo?

—Nada, lo ha traído el Sr. Smith, ese profesor larguirucho.

—Bien, quedo muy agradecido.

Alexandre y él subieron a la planta superior para prender la chimenea ya que hacía un poco de frío aunque estuvieran en agosto.

—Es la invitación a un baile en *Wollaton Hall*. Este sábado —expuso Joseph.

—¿E irás?

—Iremos, querrás decir.

—¿Yo?

—¿Te resulta incómodo volver ahora que ya no trabajas para ellos? El marqués ha hecho mucho por ti, qué menos que aceptar su invitación.

—S-sí, por supuesto. Solo he de acostumbrarme a esta nueva normalidad. Supongo que sigo sintiéndome como un sirviente.

—Al único que has de servir es a Hipócrates, como si fuera un *maharajá*.

El gato, al escuchar su nombre, maulló para que le prestaran atención. Alexandre lo espachurró contra él y el felino se escabulló de entre sus brazos.

—Esta mañana ha sido extraña… —confesó el joven—. Lord Henry me ha tratado con mucha diligencia. He recogido las pocas pertenencias que tenía allí, me he despedido de Lord Percy, que se ha echado a llorar, he ido a ver a los caballos y no encontrar allí a mi padre me ha dejado un poco confuso. Todo fue tan rápido que no he podido asimilar su muerte en condiciones.

—No pasa nada, es normal. El duelo tiene sus propias fases.

—¿Y no sentir dolor por esa pérdida? Cuando mi madre murió… Sufrí muchísimo. Y lo único que recibí de mi padre fueron abusos. —Alexandre sintió la mano de Joseph deslizarse por su espalda llena de cicatrices.

—Eso no te hace mala persona. Vuestra relación era tortuosa, teníais la obligación de convivir y te hacía la vida más difícil. No se comportó como un padre debería. Si no sientes dolor por su muerte, no pasa nada.

Joseph recordó las últimas palabras de Tidian y la epifanía que tuvo antes de que se fueran al parto de Beth.

—Me dijiste que no te parecías apenas a tu madre, salvo en el color de ojos, las pecas y los reflejos rojizos en el pelo. Y a tu padre no saliste más que en algún rasgo evidente de la mezcla de razas.

—Sí. Debo parecerme a mis abuelos —reiteró.

—¿Y no sabes nada de ellos? ¿No te contó nada tu padre?

—Poca cosa: que nació en Jamaica, que mi abuela era esclava y mi abuelo un capataz de origen francés. El tío de Lord Henry se trajo a mi padre en el último viaje que hizo a Inglaterra. Eso es todo.

—Tu padre dijo algo antes de morir… Fue: Yo era el marqués. El esclavo era el marqués.

—No lo entiendo.

—Me da que pensar, pero solo lo trataré con Lord Henry si me das permiso.

—Explícate.

Y Joseph, ante el asombro de Alexandre, le contó su teoría.

oOo

El día antes del baile, ambos acudieron a *Wollaton Hall* para tratar un tema importante con Henry. Joseph ya había acudido a hablar con él unas jornadas antes, quedando en que serían convocados en cuanto fuera posible.

Al entrar en la mansión, Richard miró a Alexandre de arriba abajo, como molesto por el cambio de estatus del joven. No verlo vestido con ropa de cochero, sino con un elegante traje de caballero, le suscitó envidia.

—El señor los está esperando en la biblioteca. Síganme.

Al llegar les hizo una reverencia y los dejó solos ante la puerta.

—Richard es un pedante insoportable con ínfulas.

—¿De veras?

—Siempre me miraba con cara de asco, aunque con mi padre sí hizo buenas migas. Solo que sabe muy bien cómo ser solícito con quien le interesa. Lo único que le motiva es ascender todo lo posible…

—Pero no te acusó de nada en el juicio.

—Y sigo sin entender para qué se presentó como testigo.

Joseph frunció el ceño, suspicaz, ya que no había caído en ese detalle. Dejó eso para otro momento y dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta de la biblioteca.

—¡Adelante! —Se escuchó al marqués.

Entraron y este los invitó a sentarse, pero en las butacas, alrededor de una mesita con su tetera y unas pastas. Albert Berry también estaba allí en calidad de abogado. Todos se saludaron.

—¿Qué tal tu nueva vida, Alexandre? —le preguntó Henry.

—Bien, señor.

—No me llames señor, ya no trabajas para mi familia, sino con el doctor.

—Le pido disculpas, es la costumbre, marqués.

—Bien, Dr. Edwards, sopesé sus comentarios y me los tomé muy en serio. De hecho, le pedí al administrador de *Longleat* que me mandara todos los documentos e información que considerara importante. Me llegaron ayer y el Sr. Berry y yo nos pasamos horas leyéndolos.

—¿Y bien?

Henry suspiró y los miró con seriedad.

—Que ahora entiendo las razones de mi padre para que Tidian fuese aceptado como parte del servicio. —Se levantó y fue a por unos cuantos documentos, luego se volvió a sentar y se los tendió directamente a Alexandre, no a Joseph.

—Son todos reales y legales —añadió Albert.

El joven los leyó, asombrado, pasando las páginas, partidas de nacimiento y otros escritos relacionados con su padre.

—¿Soy… Soy realmente un Vane? —preguntó.

—Sí, Alexandre, llevas la sangre de esta familia. Yo podría haberlo negado, esconder esos papeles o lanzarlos a las llamas. Pero no soy ese tipo de persona.

—Sigo sin entenderlo bien, lo siento. —Alexandre estaba demasiado mareado ante aquella noticia.

—Mi tío tenía que haber sido el tercer Marqués de Bath por línea sucesoria pero, tras volver de Jamaica con su hijo Tidian, murió de una enfermedad. Al fallecer mi abuelo años después, mi padre heredó el título y todas las posesiones. Tidian siempre supo que era hijo ilegítimo de mi tío y que todos nosotros éramos sus primos.

—Entonces, ¿somos primos segundos?

—Sí. Y mira esto, por si te queda alguna duda… —Sacó de una cajita un pequeño retrato a color de su tío y se lo mostró a los dos hombres.

—¡Vaya! Salvo por el pelo y los labios, sois iguales —exclamó Joseph.

—Nunca había visto este retrato, así que no lo sospeché. Mi padre siempre fue muy discreto, nunca me contó nada. Se lo llevó a la tumba. Lo cierto es que cuando el doctor me trasladó las últimas palabras de Tidian, yo también imaginé algo, pero no le di más importancia hasta que volvió a surgir el tema.

—Y… ¿Quién fue mi abuela? —quiso saber el joven.

—Me temo que no quedan registros —intervino Albert—. Ignoramos si vivió o murió tras el parto. Pasó hace más de sesenta años, así que sería complicado averiguarlo a estas alturas.

—Claro, solo era una esclava…

—También he de explicarte que, aunque seas un Vane, no tienes derecho legal a heredar títulos o tierras, ya que tu padre fue ilegítimo.

—Lo sé, eso no me importa, yo no quiero nada. De hecho, me gustaría que todo esto quedara entre nosotros… Seguir siendo Alexandre Lambert, sin más.

—Pero puedo darte tierras, una educación y ayudarte con una renta anual —ofreció Henry—. Es lo justo ya que a tu padre se le negó relegándolo a ser parte del servicio. El Sr. Berry hará las gestiones…

—Lo agradezco, pero no —respondió con contundencia.

—Lo entiendo y no insistiré —concluyó el marqués.

—Supongo que mi padre siempre se consideró una especie de heredero legítimo que tenía derecho a ser noble. Pero a la vez sabía que era inferior… Un esclavo con paga.

Henry se levantó de nuevo, apoyándose en el respaldo del sillón.

—Todo esto me hace plantearme mis posesiones en Jamaica y la esclavitud. Me enseñaron que era lo lógico, lo normal… Pero algo dentro de mí se revuelve.

—La esclavitud es horrible, marqués —dijo Alexandre, mirándolo a los ojos—. Pienso en mi abuela, en lo que debió sufrir… Hace sesenta años, sí, pero lo único que ha cambiado es que ya no se pueden comprar personas. La esclavitud, en cambio, prosigue.

—Voy a tomar decisiones al respecto —dijo Henry con gravedad—. Te lo prometo.

oOo

Después de aquello, Joseph y Alexandre fueron a visitar a Lord Percy ya que el niño se había enterado de que estaban en la casa. Mientras el antiguo cochero jugaba con el niño, Joseph paseó junto a Albert, David, Lady Frances y Lady Clemence. Ellas iban detrás y ellos delante a una distancia prudencial.

—Querida… —dijo la marquesa—, ahora que Sir Montagu ya no ha vuelto a visitarte, te has recuperado del todo y no andas tiznada con cenizas…

—¡Ay, Clemence! ¿Tan evidente era? Qué vergüenza.

—Criatura, tu madre no se enteró de nada, pero llevabas una manga del vestido sucia el día en el que caíste extrañamente enferma. Deduzco que el doctor hizo el paripé. Se le da muy bien. —Se puso a reír.

—Saber que Henry le dijo que no a ese hombre espantoso, fue un alivio…

—Henry no le daría tu mano a cualquiera. Sobre todo porque a nosotros nos obligaron a casarnos sin conocernos apenas.

—Pero tú sí amas a mi hermano, esa es la diferencia.

—Al principio no, querida. Al principio solo tenía miedo. No existe, en la historia de este marquesado, nadie que se haya casado por amor mutuo. Ni una sola vez. Sabes muy bien que tu madre no quería a tu padre, que solo fue un arreglo de ambas familias porque se había quedado viudo.

—Soy consciente. Ahora está muy molesta ya que no tengo pretendientes. Daba por hecho que me casaría con Sir Montagu.

—¿Y no hay ningún otro caballero que te agrade? —preguntó con curiosidad, aun a sabiendas de que sí existía tal hombre. Lo tenían delante.

Frances se puso colorada bajo el ala de su sombrerito.

—¿Tengo acaso derecho a sentir amor romántico por un caballero? Soy la hija de una marqués y la hermana de otro marqués…

Clemence la tomó por el brazo y ambas anduvieron así, confidentes.

—¿Quieres que hable con Henry?

—¿De qué?

—Del Sr. Smith —dijo sin dudar.

Frances se detuvo en seco, nerviosa.

—¿Lo sabes?

—Querida, os miráis ambos con ojos de cordero degollado. Pasáis muchas horas en compañía, cierto que con Percy, pero se os nota a la legua. No hay que ser muy perspicaz. Hasta tu madre se ha dado cuenta de eso, me temo. Le dijo a Henry que el Sr. Smith era un mal profesor, pero cuando mi esposo vio todo lo que había aprendido Percy, la despachó rápido. No creo que sea tan descabellado insinuarle, por mi parte, que el profesor es totalmente adecuado para ti.

—¿Lo harías? ¿De veras?

—Sí.

—Oh, Dios mío, muchísimas gracias. —Le dio un sentido abrazo a su cuñada—. Estoy dispuesta a dejar los lujos y vivir con modestia. Pero lamentaría mucho perder a Percy —dijo con angustia—. Mi hermano es lo más preciado que tengo en esta vida.

—No hay que llegar a esos extremos.

—Mira al Sr. Berry, está casado con la hija de los Midleton. Pero ella se vio obligada a elegir… No ha vuelto a ver a sus padres.

—Henry es un hombre justo. Y si se opone —gruñó—, me encargaré de que recapacite.

—David realmente me ama, Clemence. No quiere dinero, no quiere dote, no quiere tierras o posesiones. Y yo tampoco…

—Bien, pues hoy hablaré con mi esposo.

oOo

—¿Se irá mañana entonces? —preguntó Joseph a Albert.

—Sí, mi mujer me ha escrito amenazándome con que me echa mucho de menos. —Empezó a reírse.

—¿Sigue tocando el piano que le regaló el Sr. Lougthy? —indagó Joseph.

—Desde luego. No puede prodigarse mucho por su delicada salud, así que toca sin cesar. Es maravilloso escucharla.

—Alexandre también toca el piano, solo que tiene que seguir practicando. A veces me da unos sustos de muerte con las notas discordantes.

—Es un joven muy valiente y perspicaz. Lo hizo muy bien en el juicio y me siguió el juego rápido.

—Ahora es mi discípulo y voy a enseñarle el oficio de boticario.

—¿Cómo se encuentra la Sra. Anderson? ¿Y su bebé? —David cambió de tema.

—Beth y el pequeño Joseph están muy bien —informó con orgullo.

—No me extraña que le haya puesto su nombre, doctor. Es usted un santo, salvando a todo el mundo —apuntó Albert al recordar cómo había ayudado a su esposa en sus peores momentos de salud, años atrás.

—Solo hago mi trabajo —adujo con las mejillas coloradas.

—Tu trabajo, dices. ¡Pues lo haces muy bien! —David le palmeó la espalda con fuerza—. En especial la parte del teatrillo.

—¡Oh, sí! Eso se me da estupendamente aunque no sea muy ético.

—¿Sabe lo qué hizo hace años, Sr. Smith? —le preguntó Albert—. Fingir, junto a todo el mundo implicado, que un paciente había fallecido para engañar así a la hermana de este y que…

—¡No cuente eso! ¡Me abochorna! —exclamó Joseph echándose a reír a carcajadas.

—¡Eso no me lo habías relatado, amigo! Sr. Berry, quiero conocer toda la historia. Cuéntemela…

Se pusieron a hablar entre ellos, muertos de la risa con aquella anécdota, mientras Joseph observaba a Alexandre jugar con Percy. El joven reía a carcajadas.

Nada pudo hacerle más feliz.

En cambio, alejado de todos ellos, estaba Marcus. Los observó con un rastro de tristeza. Sabía que Joseph y Alexandre habían ido a hablar de algo con Henry. No supo qué sentir porque ya no tuvo celos al verlos juntos. Él mismo lo había estropeado todo y era consciente.

Solo se le ocurrió una cosa para, al menos, contentar a Henry una última vez. Decidió contarle algo que se había guardado para sí y que hubiera ahorrado mucho sufrimiento.

Se dio la vuelta y dejó, por fin, a Joseph Edwards atrás y a Alexandre Lambert en paz.

oOo

David Smith estaba sentado frente al marqués, sudando profusamente, nervioso y aterrorizado. Este lo miraba serio, con las manos sobre la mesa y los dedos entrelazados.

—Mi esposa ha venido a hablar conmigo sobre un asunto que le concierne, Sr. Smith. ¿Sabe cuál?

—S-supongo que se refiere la educación de Lord Percy —tartamudeó—. Si no está contento con…

—No es sobre eso —lo cortó rápido.

—Entonces no sé a qué se refiere.

—Sea un hombre hecho y derecho, dígame la verdad y ni se le ocurra mentirme porque será peor. Últimamente no tengo paciencia.

David tragó saliva y se recolocó en la butaca, irguiéndose. Le costó hablar, pero comenzó:

—Me he enamorado de Lady Frances —se sinceró.

—Bien, entonces lo que me ha contado Clemence es verdad. No di crédito al principio, pero ya veo que mi hermana y usted sienten afecto mutuo, o eso quiero creer por su parte.

—Sin duda, mis sentimientos son sinceros. Y quiero aclarar que… —Detuvo sus palabras cuando el marqués le hizo un gesto con la mano.

—Voy a hablar yo. Solo conteste cuando le pregunte.

—Sí, marqués. —Intentó mantener la cabeza alzada.

—Usted es un Smith y mi hermana una Vane. Usted es un profesor y ella la hija de un marqués. Usted es pobre y ella disfruta de una paga anual de tres mil libras. También cuenta con una suculenta dote, naturalmente. ¿Pretende que crea que se ha enamorado de ella sin más?

—Sí, señor —contestó frunciendo el ceño al ver por dónde iban los tiros de aquella conversación.

—¿Y si la dejo sin paga y sin dote?

—No me interesa su dinero, marqués. —David se sintió muy ofendido.

—¿Y si le prohíbo a mi hermana volver a ver a su familia?

—Entonces sería yo el que no lo permitiría. —De pronto se puso en pie —. Jamás le quitaría la oportunidad de disfrutar de Lord Percy, al que adora con toda su alma.

Henry sacó un fajo de libras de su cajón y se lo tendió a David. Este, al ver tal cantidad de dinero abrió mucho los ojos.

—Es suyo si se va ahora mismo de mi propiedad y no vuelve.

David le dio un manotazo al fajo de billetes y estos se desparramaron por la mesa y el suelo.

—Si quiere echarme, hágalo. Pero le he dicho que no quiero su maldito dinero, marqués. ¡Me siento profundamente insultado! ¡Puede que sea un pobre profesor, pero tengo dignidad! —gritó con ofuscación.

Henry había arqueado las cejas al ver volar los billetes. Sin embargo, no se movió de su asiento y tampoco se lo tuvo en cuenta.

—Sir Montagu me hizo una lista de todo lo que quería a cambio de contraer matrimonio con Frances. Le dije que no, por supuesto. Usted, en cambio, ¿no quiere nada?

—¡Amo a su hermana! ¡Ya está! Es tan simple como eso.

—Siéntese —le ordenó.

David lo hizo de mala gana y se cruzó de brazos. Siempre había sido un hombre tranquilo, pero odiaba que le hicieran de menos o le tomaran por lo que no era.

—¿Y qué tiene que ofrecer a Frances?

—Amor.

—Del amor no se vive.

—No gano mucho, pero puedo mantenerme y casarme, tener hijos, cuidarlos, igual que a mi mujer. Deseo formar una familia.

—Frances siempre ha vivido entre algodones. ¿Por qué cree que querría renunciar a eso?

—La conozco lo suficiente para saber que sus aspiraciones no son ser rica y solterona toda su vida. Ella ama estudiar, es inteligente, adora las matemáticas… Podemos pasarnos horas resolviendo ecuaciones. ¡Y también quiere formar su propia familia! —añadió.

Henry tuvo que taparse la boca para que no se le notara la sonrisa. Al principio, cuando Clemence se lo contó, se enfadó muchísimo porque no le entraba en la cabeza que su hermana contrajera matrimonio con un hombre sin fortuna.

Sin embargo, el David Smith apocado de siempre le había demostrado que sí amaba a su hermana, que no le interesaba el dinero y que tenía dignidad y muchas agallas para gritarle a un marqués.

—Le concedo la mano de mi hermana.

David se quedó estupefacto y petrificado en su asiento.

—Pero solo con una serie de condiciones: que se mantenga su dote, su paga anual y que vivan cerca de Longleat, en una pequeña propiedad que tengo. Así Frances podrá ver a Percy todo lo que guste. No obstante, si la hace infeliz una sola vez, le juro que seré implacable con usted, Sr. Smith.

Tras unos segundos de silencio, David se pronunció al respecto:

—Entonces voy a proceder a pedirle matrimonio. ¿Me puedo retirar?

—Sí.

—Bien, pues que tenga una tarde agradable, marqués y lamento haber sido grosero con usted. Le pido mil disculpas, no soy un hombre violento.

—Lo sé y le disculpo.

David se levantó, le hizo un gesto con la cabeza y salió muy digno de la biblioteca.

Ya fuera se vino abajo y le temblaron las rodillas. Acababa de plantarle cara a su futuro cuñado, pero este había dado su bendición para que Frances y él se casaran.

Se recompuso y echó a correr hacia su alcoba, donde tenía una anillo de oro muy sencillo, con una pequeña perla engarzada. Lo había comprado sin la esperanza de poder casarse con Frances, pero con la ilusión de dárselo en señal de amor, para que le recordara siempre cuando se fueran de Bath.

En el momento que lo deslizara en su dedo anular, serían los más felices del mundo.

28



El sábado por la tarde llegó y el pequeño e íntimo baile dio comienzo. Se permitió a todos los residentes de *Wollaton Hall* participar de la misma cena, vestirse de forma elegante y bailar frente a la orquesta que el Marqués de Bath había contratado.

Hubo mucho que celebrar: que Henry hubiera recobrado la salud, que Alexandre estuviera libre, que pronto volverían a *Longleat* y que Lady Frances y el Sr. Smith se hubiesen prometido.

Pero no todos estaban contentos. Marcus se mantuvo apartado, bebiendo *whisky* escocés, pensativo, distraído, como en otro lugar.

Y Lady Louisa tenía los nervios de punta. Todo le había salido mal, todo. Y ahora su hija se iba a casar con un simple profesor sin un penique. Odió más que nunca a Henry Vane por haber negado a Sir Montagu la mano de Frances y habérsela concedido a aquel larguirucho.

—Querida, ¿no participas del baile? —Clemence se acercó a ella.

—No tengo nada que celebrar.

—¿Es que no te alegras por Frances? No se quedará solterona toda su vida ni tendrá que casarse con un hombre horrible —le dijo con la intención de molestar—. Y tendrás nietos pelirrojos.

—¡Qué ignominia! Niños pelirrojos. Me horroriza solo pensar en ello. Casada con un profesor —escupió con inquina—. Y sé muy bien que tú has mediado. —La señaló con su abanico, luego lo abrió con fuerza y se aventó con él, acalorada.

—Lo confieso, fue gracias a mí —admitió complacida.

—Desde que Henry y tú estáis bien, te has vuelto un incordio mayor.

—Entonces me alegro, querida. Disfruta de esta modesta fiesta y no nos amargues la velada al resto.

Dicho aquello, Clemence se fue para bailar con su esposo, dejándola apartada en una esquina.

Richard se acercó a ella con la intención de pedirle un baile, pero ella le dio la espalda y lo dejó con la palabra en la boca.

Él frunció el ceño, ofendido, y se retiró.

oOo

Frances y David estaban bailando, aunque a él no se le diera muy bien. No obstante, estaba tan emocionado que no le importó demasiado.

—Frances, te amo con todas mis fuerzas —le susurró en tono romántico.

Ella se echó a reír y tuvo que taparse el rostro con su abanico, porque acabaron siendo carcajadas.

—Oh, David, ¿qué diría Newton de eso? ¿Cómo me lo he de tomar?

—¡Tienes razón! Según eso, no te amo, porque la unión de todas las fuerzas es igual a cero.

—¿Pero…?

—Pero si hay aceleración no es igual a cero. ¡Entonces bailemos más rápido! —Dio una vuelta más rápida.

Ambos rieron, cómplices, sin que nadie más pudiera entender sus chanzas.

A Percy también se le había permitido asistir. Era el que más contento estaba, sobre todo porque David iba a ser su cuñado, aunque no entendiera qué significaba. Solo sabía que serían familia y que vivirían muy cerca. Además, ver a su hermana tan guapa y sonriente lo ponía muy feliz. Corrió hacia la nueva pareja y se coló entre ellos mientras danzaban por la estancia.

—¡Quiero bailar con Frances! —exigió.

—Por supuesto, será un honor —aceptó su hermana.

David los dejó divirtiéndose y se fue con Joseph y Alexandre que estaban tomando ponche muy cerca de allí.

—¡Enhorabuena! —exclamó Joseph al verlo—. A veces los sueños se hacen realidad.

—Tú fuiste el instigador de todo esto. Si fuera por mí aún estaría suspirando por Frances en total silencio, muerto en vida.

—¿Le gustó la alianza?

—Dijo que era la joya más bonita que había visto nunca. Gracias por ayudarme a elegir

—Joseph tiene buen gusto —añadió Alexandre.

El médico lo miró con media sonrisa en los labios.

—Ya lo sé.

Alexandre se sonrojó por aquella respuesta tan intencionada. Se bebió su ponche de un trago y decidió pasear por el jardín para tomar el aire.

—Vuelvo en un rato —avisó dejando a Joseph y a David charlando de la futura boda.

Marcus, que había visto al joven salir, dejó la bebida y lo siguió. No tardó mucho en dar con él, pues estaba en la rosaleda del jardín, observando las flores con la intención de llevarse una.

—Alexandre… —musitó pegando un susto al aludido.

—¿Qué quieres? No me molestes más, aprende a seguir adelante. —Se puso a la defensiva.

—Lo siento, solo quería pedirte disculpas por todos los años que…

—¡No las acepto! —respondió alejándose de él—. Solo era un niño de catorce años, ¿te das cuenta? Te aprovechaste del poder que tenías sobre mí y yo acabé siendo dependiente del poco cariño que me dabas. Llegué a pensar que te amaba… Y me aferré a ello. Tú solo me has hecho daño, una y otra vez. Y lo peor de todo fue cuando mataste a Zeus, un ser inocente que no tenía la culpa de nada. Eres un ser humano horrible.

Marcus tragó saliva y, recordándolo en retrospectiva, todo lo que le había dicho Alexandre era cierto. Había abusado de él y también maltratado de muchas formas. Podría haber esperado unos años a que fuera adulto, incluso podría haberle amado de veras, pero lo único que hizo fue ser un egoísta violento.

Alexandre partió el tallo de una rosa y se fue, dejando solo al lord. Este le observó marcharse elegantemente vestido de caballero. Entendió por fin las razones de que Joseph hubiera preferido al joven en vez de a él.

oOo

El doctor había seguido a Marcus al ver que el lord iba tras Alexandre. Aquello lo angustió, por lo que le pidió disculpas a David y salió corriendo al jardín. Aun así, se mantuvo a una distancia prudencial antes de hacer nada. Tuvo miedo de que Marcus perdiera el juicio y le hiciese algo malo.

Sin embargo, el joven puso en su sitio a Marcus y acabó alejándose de él sin haber sufrido ningún daño. Eso alivió a Joseph. Decidió entonces salir de su escondrijo y encararse con el lord.

—No vuelvas a dirigirle la palabra —dijo tajante.

Marcus pegó un respingo y se giró en dirección al médico. Lo miró con una expresión de pena que sorprendió a su interlocutor.

—Todo lo hice mal contigo. Nunca escuché tus deseos, ni presté atención a tus necesidades, incluso te puse en peligro. Siempre miré por mí… Sí, soy una persona horrible, como ha dicho él. Lo lamento mucho.

—Yo tampoco te disculpo —sentenció Joseph—. Hay cosas que son imperdonables. Tendrás que vivir con ello.

Dicho aquello también se fue, dejando allí a Marcus, de pie frente al rosal. El lord nunca se sintió tan solo como en aquel momento.

oOo

Alexandre esperó a Joseph en las escalinatas que daban al jardín. Lo había visto de lejos hablar brevemente con Marcus. Supuso que estaba muy preocupado. Cuando el médico llegó hasta él, ambos se sonrieron. No mentaron al lord en ningún momento pues estaba ya fuera de sus vidas.

—Es para ti… —Alexandre le entregó la rosa roja cuando Joseph se sentó a su lado—. Beth me dijo que te regalara flores… Estuve leyendo sobre su significado en un libro de botánica y creo que la rosa es la que mejor explica lo que siento cuando estoy contigo.

—El amor… —susurró Joseph, tomándola del tallo intentando no pincharse—. Ahora no puedo besarte, pero te prometo que lo haré el resto de nuestra vida juntos.

—Eres un tonto romántico… —Sonrió—. También tengo esto. —Le entregó una bolsita de tela—. Son semillas.

—Pero no me lo digas, deja que lo averigüe yo —se burló mientras abría el saquito. Metió los dedos para saber de qué semillas se trataban, pero entre estas notó un objeto duro y suave. Lo sacó y se encontró con un anillo de plata—. Alex…

—Sé que en público no podemos llevar alianzas. Sin embargo… —Se abrió un poco la camisa y le enseñó la pareja. Lo llevaba colgado de una cadenita muy fina—. Creo que así también simboliza lo mismo.

Joseph, que era de lágrima fácil, se pellizcó el puente de la nariz intentando no llorar, pero fue incapaz. Asintió en silencio, ansioso por abrazar a Alexandre. Guardó el anillo en la bolsita y lo deslizó en uno de sus bolsillos.

—Esta noche lo celebraremos en casa como Dios manda, te lo prometo.

—Eso espero… —Sonrió Alexandre, picaruelo—. Porque Beth también me dijo que te regalara una noche de pasión —susurró.

Joseph pasó del llanto a la risa sin más.

Fue entonces cuando comenzaron a oler raro y ver el humo que salía del ventanal de una de las habitaciones superiores, más concretamente la de los marqueses. Se pusieron en pie y corrieron al interior de la mansión para saber qué estaba pasando.

oOo

Henry le pidió a Richard que se reuniera con él en su alcoba. El mayordomo se extrañó ante aquella petición tan fuera de lo común en una noche como aquella, pero hizo lo que el marqués le solicitó.

En la antesala de la habitación principal, la chimenea estaba prendida y Henry había colocado cerca dos butacas juntas frente a la suya propia.

Cuando el mayordomo entró, su señor le indicó que se sentara en una de esas butacas, la más pegada al calor.

—¿Un té, Richard? —preguntó el marqués con mucha amabilidad.

—Por supuesto… —Fue a servirse a sí mismo, pero Henry se adelantó y vertió el té en una taza de porcelana—. E-es muy amable, señor.

—Bebe tranquilo, hace mucho que nos conocemos y has estado muy pendiente de mí durante todo el tiempo en el que he estado enfermo.

—Ha sido un gran placer, señor —respondió el hombre tras sorber un poco.

—Siempre he confiado en ti, Richard. Por eso quiero que me cuentes la verdad —pidió en tono amable.

—¿A qué se refiere?

—¿Pusiste tú el arsénico y el dinero entre las cosas de Alexandre?

La pregunta fue tan directa, que Richard se quedó estupefacto y mudo al principio. Luego reaccionó.

—¡No, señor!

—Eso no es lo que me contó Louisa.

—¿C-cómo?

—Que eso no es lo que me contó Louisa. Ella fue muy clara a la hora de acusarte, no dudó ni un instante en señalarte como el culpable. Por eso fuiste al juicio a testificar, para que no sospecháramos de ti.

—¡Maldita mujer! —Richard se puso en pie, furioso—. ¿Cómo se ha atrevido a delatarme? ¡Pues ha de saber que ella es la que urdió todo el plan para envenenarlo! Echaba el arsénico en el té y en las comidas. ¡Pero le entró miedo en cuanto su hijo se envenenó por error y entonces paró!

Henry sonrió, satisfecho.

—Gracias por tu aportación, Richard. ¡Y ahora siéntate! —le ordenó con un vozarrón que acongojó al hombre.

El mayordomo se fue sentando de nuevo, lentamente.

—Le juro q-que yo no fui, yo s-solo…

—Marcus te vio salir de la alcoba de Louisa y también presenció cómo os besabais. Me lo dijo anoche. Ser el amante de esa mujer ha sido un error por tu parte, pero te voy a dar la oportunidad de redimirte si me cuentas absolutamente todo.

De pronto llamaron a la puerta de la estancia.

—No abras la boca si quieres salir indemne de esta —le ordenó al mayordomo—. ¡Adelante!

Entraron en la habitación tanto Clemence como Louisa. Esta última, al ver allí a Richard, se quedó confundida.

—Louisa, querida, siéntate en esta butaca —le pidió Clemence. Luego le sirvió un poco de té y la instó a beber para que se tranquilizara.

—¿Qué sucede? —inquirió molesta tras dejar la taza sobre su platito.

—Richard ha confesado —le hizo saber Henry.

La mujer miró al mayordomo con expresión de horror y este la observó con el ceño fruncido.

—No entiendo a qué te refieres, la verdad. ¿Qué es lo que este individuo ha confesado?

—¿Cómo te atreves? —le dijo él perdiendo las formas—. ¡Me prometiste que nos casaríamos!

—¿Pero qué dice este perturbado? ¿Casarme yo con un plebeyo? Un mero sirviente. ¡Es ridículo!

—Marcus os vio. Sois amantes —afirmó la marquesa—. Así que no finjas ahora porque de nada te va a servir.

—También sabemos que inculpasteis a Alexandre para libraros vosotros de intentar asesinarme. ¿Hiciste un trato con Sir Montagu a cambio de que se casara con Frances? ¿O fue mera casualidad? —preguntó Henry.

Louisa se puso en pie e intentó salir, pero Clemence había cerrado con llave y no pudo. Gritó de rabia e impotencia, así que Henry la agarró por la cintura mientras pataleaba y la volvió a sentar en la butaca.

—La pregunta más importante es, ¿por qué has intentado matarme?

—¡Eso es mentira! —chilló rabiosa—. ¡Yo no fui! ¡El veneno lo echaba él! —Señaló a Richard.

—¡No es cierto, yo solo te lo proporcionaba porque pensaba que me querías y nos acabaríamos casando, maldita manipuladora!

Se vio acorralada y empezó a respirar con dificultad.

—¡Contesta! ¿Por qué querías matarme?, ¿qué te he hecho yo?

—¡Porque quería que Percy fuera marqués y recuperar mi estatus! —confesó al fin—. ¡Solo tenías que morirte y luego le haría lo mismo a Marcus! ¡Os aborrezco a ambos! ¡Os odio a todos! —chilló fuera de sí.

Henry la sujetó hasta inmovilizarla de nuevo.

—Pues casi matas a tu propio hijo, maldita loca —sentenció Clemence.

—¡E-eso fue un terrible error! Entonces me detuve, no lo intenté más.

—¡Falsa! —Clemence le propinó un bofetón que dejó a la antigua marquesa totalmente atónita—. ¿Sabéis de qué es este té? De acónito —les informó.

Los dos culpables palidecieron y se miraron aterrorizados.

—Lo llevaba Tidian encima la noche en la que le mataron. Lo encontró el doctor. Además, sabemos que Alexandre escuchó una conversación entre tú y Tidian exigiéndole que consiguiera el veneno —explicó Henry de pie, ante ellos, esperando ver sus reacciones.

Louisa comenzó a tener un ataque de nervios y a ahogarse, y Richard se levantó intentando respirar. Ambos estaban convencidos de que el acónito estaba ya en su sangre y morirían en cuestión de minutos. En el té no había nada, por supuesto.

—¿No deberíamos decírselo ya? —susurró la marquesa a su esposo.

—No —respondió Henry—. Que sufran un rato más las consecuencias de sus actos.

—¡Por tu culpa vamos a morir, maldita loca! —bramó el mayordomo.

Richard, en un ataque de locura, asió a su amante por un brazo y la empujó contra la chimenea, de tal modo que se prendió la tela de seda. No obstante, Richard trastabilló al hacerlo y cayó de lado sobre las llamas.

Comenzó a correr de un lado a otro, gritando aterrorizado, propagando el fuego por toda la alcoba.

—¡Dios Santo! —chilló Clemence.

Henry reaccionó de inmediato y tapó con una manta a Louisa para apagar su vestido prendido. La mujer se desmayó de la impresión y el marqués la levantó en volandas.

Clemence abrió la puerta con la llave y salieron de la estancia. Por Richard ya no podía hacerse nada, seguían escuchándose sus alaridos.

Bajaron de forma apresurada y avisaron a todos del fuego que había comenzado a extenderse muy rápido por la planta superior. Parte de la mansión estaba hecha de madera y había muchas telas, muebles y tapices, así que las llamas encontraron la forma de seguir alimentándose y devorándolo todo a su paso.

La música cesó y todos salieron al jardín, despavoridos. Sin embargo, el que entró fue el doctor para comprobar el estado de Louisa, a la que Henry había tendido sobre un diván.

—Tiene quemaduras, pero no son graves. Será mejor que nos vayamos todos de aquí.

Henry la tomó entre sus brazos de nuevo y escaparon del lugar.

Marcus llegó corriendo al haber visto las llamas desde la rosaleda.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—Richard se ha vuelto loco en cuanto le hemos descubierto y… Todo se me ha ido de las manos… —se lamentó el marqués—. No quería que algo así sucediese.

Su mujer lo abrazó para consolarlo, mientras ambos veían *Wollaton Hall* ser pasto de las llamas. Las plantas superiores ya ardían como si estuvieran en el mismísimo infierno.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —quiso saber Frances al verla sobre el césped, tapada con una manta.

—Solo es un desmayo, no se preocupe —le explicó Joseph—. Deberíamos irnos de la propiedad lo antes posible, alejarnos de la casa.

—¡Los caballos! —exclamó Alexandre, agobiado—. ¡Tenemos que preparar los carruajes cuanto antes!

—¡Espera! ¡No vayas! —Joseph lo amarró con fuerza.

—No puedo hacer eso. ¡Se asustarán y será muy complicado tranquilizarlos! Lo he de hacer ya.

—¡Yo le acompaño, señor! —le dijo el nuevo cochero que habían contratado, un muchacho de edad similar a la de Alexandre.

El doctor los dejó marchar porque las caballerizas se hallaban alejadas de la casa, pero se quedó muy intranquilo. No quería separarse de él en aquella situación.

De pronto se escuchó un grito desgarrador. Había sido Frances al percatarse de que Percy no estaba por ninguna parte.

—¡Percy! ¡Percy! —chilló buscándolo.

Todos se pusieron a ello, pero el niño no apareció.

—¿Quién estaba con él cuando hemos salido? —preguntó Joseph.

—Con Frances y conmigo —respondió David en tono de preocupación.

—¡Puppy! —exclamó la mujer—. ¡Puppy estaba encerrado arriba en su habitación! ¡Se ha ido a por él! —gritó desesperada intentando correr hacia el interior de la mansión ardiendo. David la detuvo y forcejeó con ella hasta que la joven acabó sollozando contra su chaleco.

Joseph, sin pensarlo ni un momento, subió las escalinatas para ir a por el niño y luego la escaleras que daban al primer piso. Se tapó la boca con el antebrazo cuando el humo le hizo toser. Avanzó por el pasillo a pesar del calor que hacía y el fuego que se colaba por cada rincón. Un trozo de madera cayó a su lado. Levantó la cabeza y vio que las vigas ardían con fiereza.

Escuchó los ladridos de Puppy y se dirigió hacia la zona de la cual provenían. Por desgracia no pudo pasar ya que una cortina enorme ardía tambaleándose frente a él. Podía descolgarse en cualquier momento.

Marcus apareció a su lado, tosiendo, y lo empujó hacia atrás para protegerlo con su cuerpo.

—¡Vuelve fuera! —le gritó—. ¡Yo voy a por Percy!

Joseph no tuvo la oportunidad de replicar, pues Marcus se arriesgó a pasar bajo esa cortina desapareciendo de su vista.

Joseph no supo qué hacer, pero empezó a ahogarse por el humo. Se tiró al suelo para arrastrarse por el pasillo y aguantar mejor la respiración, hasta llegar a las escaleras. Las bajó rápidamente y volvió a salir, tosiendo muy fuerte hasta casi ahogarse, llorando por el esfuerzo.

—¿Y Marcus? —preguntó Henry en cuanto Joseph recuperó la respiración—. Intenté ir a por Percy yo también, pero mi hermano me empujó y se adelantó.

—No lo sé, me pidió que volviese y se marchó hacia donde se escuchaban los ladridos. Yo no aguanté más.

Pasaron los minutos sin que supieran nada de los dos hermanos. Frances fue incapaz de detener el llanto, convencida de que su querido niño ya estaba muerto.

Cuando apareció Alexandre con los carruajes, y vio el estado en el que estaba Joseph, lo abrazó contra sí sin importarle nada más.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Percy se fue a por Puppy e intenté dar con ellos, pero no pude. Ahora es Marcus el que está dentro… —Tosió de nuevo y escupió un esputo oscuro.

—Dios Santo… —susurró el joven.

Para sorpresa de todos, Marcus volvió aferrando una manta abultada entre sus brazos. Bajó las escaleras tambaleándose. Su hermano mayor corrió hacia él y sujetó el fardo. En el interior estaba Percy sollozando, con Puppy temblando en su regazo.

Clemence tomó al niño y al perro para alejarlos del humo, acompañada de Frances y David.

Joseph examinó a la criatura y determinó que estaba bien. Lo ayudó a expectorar todo el humo que llevaba dentro hasta que consiguió que respirara en condiciones. El pobre perrillo lloriqueaba lamiendo el rostro tiznado de su amo.

—Ay, Percy… —sollozó Frances—. Qué susto nos has dado.

—No quería que Puppy se muriera… —También lloró de angustia.

—¡Doctor! —lo llamó Henry—. ¡Venga!

Joseph subió las escaleras hasta donde estaban los dos hermanos Vane. Se horrorizó al ver parte del rostro y del torso de Marcus completamente quemados.

—No lo tape, se le pegaría la tela y sería mucho peor.

Marcus respiraba con mucha dificultad y sentía un dolor inimaginable. Gimió sin poder hablar, aferrado a la mano de su hermano, temblando por el punzante sufrimiento.

—¡Necesito paños limpios y húmedos!

—Ya no podemos acceder a las cocinas —se lamentó Henry—. ¡Id al pozo y traed un cubo! —ordenó a voz en grito.

El mozo de cuadras corrió a por el agua y las damas donaron sus chales para que los pudieran mojar y utilizar.

Joseph los aplicó en las zonas de alrededor de las quemaduras, pero poco más pudo hacer.

—Tenemos que llevarlo a mi consulta de inmediato.

—¿Por qué no al hospital? —quiso saber Henry mientras ambos levantaban a Marcus.

—Porque allí hay muchos enfermos y suciedad. Es muy importante que esté lo más alejado posible de todo eso y mi consulta se halla impoluta.

Fue Alexandre el que se subió al carruaje para dirigirlo. Joseph y Henry trasladaron a Marcus hasta el interior, tumbándolo sobre uno de los asientos intentando que la carne quemada no tocase nada.

—¡Que todos se vayan de la propiedad en el otro carruaje o andando! —ordenó Henry antes de partir—. ¡Tened cuidado!

Durante el viaje, Joseph tomó el pulso de Marcus, encontrándolo débil. De hecho ya había perdido el conocimiento.

—Es todo por mi culpa… —susurró Henry con lágrimas en los ojos—. Quise vengarme de Louisa y Richard y…

—No vale la pena lamentarse por eso, marqués. Ya no importa. Ahora lo que tenemos que hacer es intentar salvarle la vida a Marcus.

—¿Se recuperará?

Joseph miró el estado de las quemaduras y cerró los ojos con fuerza. A pesar de todo lo que ese hombre le había hecho, él era médico y no podía dejarlo perecer sin más.

—Haré lo que pueda… —gimió sin la menor esperanza.

oOo

Fue una noche muy dura en la que Joseph tuvo que ir desprendiendo la ropa calcinada del torso de Marcus. Apenas pudo refrescar las heridas, pero intentó aplicar algunos ungüentos, con una pequeña espátula limpia, sobre las peores quemaduras.

Marcus solo estuvo consciente durante unos minutos, en los cuales farfulló algo sobre su hermano pequeño.

—Percy está vivo y bien —le dijo—. Llevará una vida plena y un día se enamorará de una bonita dama, se casará, tendrá hijos… Será el quinto Marqués de Bath. Y te recordará como su tío Marcus, el que le salvó la vida. —Joseph intentó aliviar así su sufrimiento.

Pudo ver en sus ojos el miedo a la muerte. Lo tomó de la mano y se la apretó para que, al menos, no se sintiera solo en aquel momento.

No tardó en perder de nuevo el conocimiento, así que lo único que Joseph pudo hacer fue esperar.

Salió de la estancia y se lavó las manos de nuevo, además de todos sus utensilios. También tomó más telas y vendas limpias para depositarlas junto al cuerpo desvanecido del lord.

Alexandre llamó antes de entrar y Joseph salió a su encuentro.

—Lord Henry necesita saber algo. Está destrozado…

—Vamos.

Ambos acudieron hasta la salita del piano. El marqués estaba sentado frente a la chimenea, justo donde Tidian había muerto, observando las danzarinas llamas.

—Marqués…

Este giró la cabeza hacia Joseph.

—¿Va a morir? No me mienta, se lo ruego.

—No lo sé, esa es la verdad. Estoy haciendo todo lo posible por él. Sin embargo, sus quemaduras son de las más graves. Si sobrevive a esto, su piel tardará mucho en regenerarse y quedará desfigurado, además de ciego del ojo izquierdo.

—Todo es culpa mía —sollozó. Sus hombros anchos se convulsionaron en llanto.

Alexandre se arrodilló a su lado y le pasó el brazo por encima con la intención de darle consuelo. El hombre lo permitió, apoyando la cabeza sobre el que, al fin y al cabo, era su primo segundo.

Allí no importaron los títulos. Al final todos eran humanos.

La vida era una lección en sí misma, llena de consecuencias, de la que se tenía que aprender.

Tan simple y tan complicado como eso.

29



1817

El año sin verano, como se llamó a 1816, dio paso a uno un poco más cálido donde las temperaturas comenzaron a normalizarse. A pesar de ser febrero, en Bath no hizo tanto frío, aunque nevó igualmente.

Alexandre quitó la fina capa de nieve del jardín, apartándola con una pala. Luego entró para recoger el ratón muerto que Hipócrates había dejado en medio del pasillo y lo tiró a un saco para la basura.

Joseph bajó las escaleras en aquel momento, vestido para salir con un grueso abrigo oscuro y botas altas.

—Perseo ya está preparado —le informó con una sonrisa al verlo tan guapo. Claro que él siempre lo percibía así.

Joseph no le dijo nada, simplemente se acercó a él, lo tomó por la nuca y le dio un sentido beso seguido de ósculos más pequeños en la cicatriz de su grueso labio inferior.

—¿Vamos a estar de Luna de miel perpetua? —bromeó Alexandre.

—Sí, siempre, infinitamente. ¿Alguna objeción?

—No, doctor, ninguna. —Le devolvió el beso tomándolo por las mandíbulas—. Su medicina del amor es muy efectiva.

—Tú eres la medicina. —Se echó a reír y se apartó para tomar su sombrero y colocárselo antes de dirigirse hacia la salida.

—¿Estarás bien? —preguntó Alexandre en tono afligido.

Joseph se mantuvo callado unos segundos.

—Sí —afirmó con una sonrisa amarga en los labios.

Después de eso salió a la calle, donde Perseo estaba atado a un poste, esperándolo. Le frotó el hocico y le dio un poco de azúcar, algo que le encantaba al caballo. Se puso los guantes de cuero, lo montó y se despidió de su amante.

Justo en esos instantes apareció el cartero, con su grueso saco de cuero a rebosar. Le entregó una carta a Alexandre que iba dirigida a Joseph. El joven pagó la tarifa y le dio la vuelta para saber quién era el remitente.

Sandrine Thynne

Abrió mucho los ojos. Aquel nombre era el de la hermana de Joseph. Comprobó si este aún estaba cerca, pero ya no se le veía, así que entró en la consulta y depositó la carta sobre su escritorio...

oOo

Joseph se bajó del caballo justo enfrente de la casa que Robert Lougthy tenía en el *Royal Crescent.* Dejó a Perseo atado junto a otros rocines y subió las escaleras para llamar a la puerta.

Le abrió la Sra. Evans, el ama de llaves de la familia Vane, por lo que le tendió su sombrero y el grueso abrigo.

—¿Cómo está hoy? —preguntó Joseph a la mujer, pero en referencia a otra persona.

—Igual, me temo. No ha querido bajar para reunirse con los marqueses. Solo ha permitido que su hermano entrase a verlo.

Joseph suspiró mientras la mujer lo conducía hasta la estancia principal donde todos los demás estaban esperándolo.

—¡Buenos días! —los saludó.

Henry se puso en pie y acudió de inmediato a darle un fuerte apretón de manos.

—Dr. Edwards, muchas gracias por todo. Sin su ayuda…

—Sabe que es mi trabajo y también mi vocación —admitió por fin.

David también se acercó y le dio un sentido abrazo a su amigo.

—Bueno, futuro padre… ¿Qué se siente? —indagó el médico.

—Estoy aterrorizado —admitió el pelirrojo.

Al fondo de la estancia, sentados en el Chéster, se hallaban Lord Percy, Lady Frances, ya encinta, y Lady Clemence. El niño llevaba en su regazo el cachorro de un perrito de pelaje dorado.

Joseph besó las manos de ambas damas en un acto de caballerosidad y respeto.

—Enhorabuena por el embarazo. David me escribió en cuanto supo la buena nueva.

—Gracias, doctor. Si es niño le pondremos su nombre —le informó Frances—. Si es niña, Clemence.

—Dios mío, a este paso voy a llenar el mundo de Josephs —bromeó soltando una carcajada.

—Mire, doctor, tengo un nuevo amiguito. Se llama Goldie —dijo Percy enseñándole el perrillo—. Puppy se murió hace poco, era muy viejito... —gimoteó al recordarlo.

—Y te quiso mucho, muchísimo. No lo olvides jamás. —Joseph se arrodilló frente al niño y acarició al dulce cachorro.

—¿Sabe? Mi madre aún no lo ha visto. Pero me han prometido que iremos a visitarla pronto a Escocia.

—En verano, Percy, recuerda que ahora hace mucho frío —le dijo Lady Clemence.

Tras el terrible incendió que dejó *Wollaton Hall* en ruinas, los Vane volvieron a *Longleat.* Henry, atormentado por todo lo que habían provocado sus decisiones la noche del baile, quiso resarcirse de alguna forma y no denunció a Louisa a las autoridades.

Sin embargo, la mandó a la finca que tenía en la campiña escocesa para mantenerla lejos y controlada con una paga anual básica. Ella no se negó, pues era mejor que hacer trabajos forzados en una cárcel de mujeres. De ese modo también se tapó un escándalo.

David y Frances se casaron en *Longleat* unos meses después, en una ceremonia sencilla y discreta. El resto de la nobleza inglesa había criticado duramente al marqués por permitir un matrimonio tan desigual. No obstante, a este le trajo sin cuidado pues ver a su hermana feliz le resultó mucho más importante.

Los marqueses adoptaron a Percy con la intención de que, en el futuro, fuese un cabeza de familia justo y bueno, alguien muy distinto a su hermano Marcus o a su madre. No dejarían que llevase una vida disoluta, aunque el niño no mostraba una personalidad que les hiciera pensar que podría convertirse en un irresponsable.

—¿Y el Sr. Lougthy? —preguntó Joseph al echarlo en falta.

—Ha salido a ver a su madre, pero no creo que tarde en volver —le informó David.

—La verdad es que es un caballero extraordinario —lo alabó el marqués —. Gracias a él supe qué tipo de individuo deleznable era Sir Montagu. ¡Y lo hizo por pura bondad!

Joseph sonrió para sí. Ni él ni Robert revelaron jamás que la carta la habían redactado entre ambos.

—Sí, mi amigo es una gran persona. —Joseph se sintió orgulloso.

—Fue muy amable al cedernos esta propiedad vacía en cuanto se enteró de la quema de *Wollaton Hall* —añadió Clemence—. Al menos pudimos recomponernos antes de volver a casa.

Justo en esos instantes apareció el aludido, que entró en la estancia helado de frío.

—¡Joseph! —Lo abrazó con fuerza, tanta que al médico le crujieron los huesos. Robert era muy alto y corpulento—. ¿Recibiste la carta que te mandé?

—Sí, la recibí. Pero he preferido esperar a que llegaras para tratarlo en persona.

Robert asintió en silencio y luego se dirigió a sus invitados.

—Muchas gracias por la espera, mi madre les pide disculpas por no poder venir, pero está acatarrada.

—No pasa nada. Sigue haciendo mucho frío —la exculpó el marqués.

—¿Desean algo más? ¿Le pido a la Sra. Evans unas pastas?

—¡Sí! ¡Yo quiero pastas! —Percy levantó la mano.

—Ya la aviso yo, he de subir… —le dijo Joseph.

Después de eso salió del salón e informó al ama de llaves. Acto seguido ascendió las escaleras que daban al cuarto donde Marcus llevaba escondido meses sin querer salir de él.

Llamó a la puerta y entró, como de costumbre.

La alcoba estaba a oscuras. El único espejo había sido tapado con una sábana, y tan solo una vela solitaria iluminaba la zona donde el lord se hallaba sentado. Siempre estaba en la misma butaca, pensativo.

Joseph se acercó a él y lo miró: tenía el lado izquierdo de la cara desfigurada, sin ceja, ni pestañas, ni oreja, incluyendo parte del cráneo

donde ya no le crecía el cabello. Le pasaba lo mismo en la mano, la cual estaba en idénticas condiciones.

Marcus le miró con el único ojo por el que veía y sonrió un poco. Pese al tiempo que había pasado, seguía enamorado del doctor. Simplemente atesoró el sentimiento para sí.

Joseph lo sabía y también lo callaba. Había estado cuidando de Marcus los primeros días hasta conseguir que sus humores se estabilizaran. Cuando fue seguro trasladarlo lo llevaron a aquella habitación y pasó meses yendo cada día para hacerle las curas y darle los medicamentos.

Marcus sufrió mucho dolor y angustia. Más de una vez le rogó a Joseph que terminara con su sufrimiento, pero él ignoró sus peticiones. Poco a poco el dolor se fue y solo quedó el hombre que se sentaba en aquella butaca día tras día, sin nada por lo que luchar.

—¿No harás una excepción esta vez? —indagó el médico.

—No quiero que mis hermanos me vean así. Sobre todo Percy.

—Te recuerdo que le salvaste de una muerte segura. Siempre serás un gran hombre para él.

—No soy un gran hombre, solo un lisiado y una mala persona. Además, ya he hablado de eso con Henry…

—Bien, es tu decisión. Yo no puedo hacer nada más por ti.

—¿Y por qué te empeñas en seguir visitándome?

—Por lástima —dijo Joseph con sinceridad.

—Me dolería si tuviera orgullo. Pero se quemó conmigo —contestó sarcástico—. Tranquilo, no tendrás que seguir haciéndolo, me voy a Jamaica.

Joseph se quedó sorprendido.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Ha sido idea de tu hermano?

—Sí, me lo propuso anoche y acepté. Necesito darle sentido a mi nuevo yo, a mi triste vida de tullido. Henry quiere liberar a los esclavos, ofrecerles una paga por su trabajo. La manumisión[21] conlleva mucho esfuerzo, dinero y responsabilidad. Debe hacerse en la propia colonia y él no puede ir. Ha confiado en mí, así que esta vez no le fallaré. Todo el proceso creará roces con otros esclavistas y con los capataces. Pero eso qué me puede importar…

—Has tomado la decisión correcta, Marcus. Siéntete orgulloso de ello.

Este lo miró y luego bajó la cabeza.

—También me contó la verdad sobre Tidian y Alexandre… Eso ayudó a decidirme.

—¿Puedo pedirte un favor? —Marcus asintió en silencio—. Si alguna vez averiguas algo de la abuela de Alexandre, escríbeme. Aunque solo sea para decirme su nombre…

—¿Servirá de algo? ¿Me perdonará?

—Eso depende de él.

—Haré lo que pueda entonces.

Se quedaron callados durante unos minutos.

—Adiós, Marcus Vane.

—Adiós, Joseph Edwards.

Tras aquella simple despedida, Joseph dejó atrás a aquel hombre que tanto le hizo sufrir, pero que le había presentado a Alexandre.

Las cosas horribles podían llevar a otras muy hermosas.

oOo

Tras quedarse a comer en la propiedad de Robert, este lo acompañó a la salida.

—Sobre lo que te comenté en la carta, ¿has decidido algo? —indagó su amigo.

—Lo he pensado mucho y creo que es… ideal. ¡Me encanta la propuesta! —afirmó con ojos brillantes—. Teníamos pensado mudarnos en un par de años, pero… ¿por qué esperar cuando surge una oportunidad como esta?

—¡Estupendo! Entonces, ¿vendréis en abril? Es cuando el médico de Derby se retira definitivamente.

—Sí, iremos mi ayudante y yo. Además de mi caballo y mi gato —añadió bromeando.

Robert se echó a reír y le palmeó con fuerza con una de sus manazas.

—La casa anexa a la consulta es modesta, pero tiene jardín, cochera…

—Créeme, me convenció lo del jardín, sin lugar a dudas. Tengo muchas patatas que plantar. Y flores, un montón de flores y hierbas medicinales.

—¡Eso está bien! Entonces lo iré preparando todo para cuando lleguéis. Mi mujer y mi cuñada están deseando verte. Y me han dicho que también a

tu ayudante —comentó de forma inocente sin saber que ellas siempre habían sospechado que el buen Dr. Edwards no era como los otros hombres.

—Nos veremos pronto, Robert. —Le tendió la mano sellando así aquel acuerdo.

—Nos veremos pronto.

oOo

Cuando Joseph volvió a la consulta tras resguardar a Perseo, encontró la carta de su hermana sobre la mesa. En toda la década que el médico llevaba expulsado de esa familia, era la primera vez que recibía una misiva de alguno de ellos. Eso le hizo temerse lo peor.

La abrió con cuidado y comenzó a leerla:

Mánchester
4 de febrero de 1817

Querido Joseph,

Te escribo, a petición de nuestro padre, para informarte de que está muy enfermo. Los doctores no le han dado más que unas semanas de vida.

Quiere verte antes de morir por un asunto de suma importancia, por lo que te ruego que acudas a Mánchester para hablar con él.

Sandrine

Joseph tragó saliva y suspiró sin saber qué sentir al respecto. Se quedó pensativo hasta que Alexandre entró por la puerta con una bolsa llena de pan recién hecho.

El médico se levantó y le dio un abrazo fuerte. El joven soltó la bolsa y le devolvió el gesto.

—Mi padre se está muriendo y quiere verme…

—¿Y qué vas a hacer? ¿Irás?

—¿Me acompañarías?

Alexandre asintió sin dudarlo ni un instante.

—Entonces iremos.

oOo

Dejaron a Hipócrates a cargo de Beth y cerraron la consulta por asuntos personales. El viaje se hizo largo y frío debido a las nevadas. Tuvieron que quedarse dos noches en hosterías, aunque pudieron compartir cama al ser dos hombres que viajaban juntos. Nadie sospechó de ellos.

Al llegar a una Mánchester fea y gris, Alexandre sintió una especie de opresión en el pecho y le costó respirar un aire tan viciado.

—Tengo la teoría de que las chimeneas, el hollín, el humo… Fueron los que mataron a Oscar. Pero fui tan estúpido de llevarlo a Edimburgo, donde también había fábricas.

—No lo sabes, Joseph. No te puedes culpar de algo así. Me dijiste que su salud era delicada de nacimiento y no hay pruebas médicas de ello...

—No lo puedo evitar. Perdóname, es que estar aquí me trae muy malos recuerdos…

Llegaron a la casa de los Edwards y llamaron a la puerta. La Sra. Norris les abrió, dejándoles pasar. Miró a Alexandre con cara de pocos amigos y torció el gesto arrugando la nariz.

El chico olió sus ropas, pero solo sintió el humo impregnado en ellas. Luego lo entendió. Se debía a su sangre mezclada.

—No nos dijo que fuera a venir acompañado, Sr. Edwards —le reprochó ella.

—Es mi ayudante —le respondió sin más—. Pero no se preocupe, nos alojamos en un hotel, así que su presencia no le afectará en lo más mínimo.

—Lo están esperando en la salita.

Fue a guiarlos, pero el médico se adelantó.

—Esta era mi casa, sé perfectamente dónde está esa salita. Con permiso.

La quitó de en medio sin tocarla y se dirigió hacia la estancia seguido de Alexandre, que estaba asombrado de la actitud de Joseph. No solía ser tan brusco.

Al abrir la puerta se dio de bruces no solo con Sandrine y su madre, sino también con Frederic. El ambiente se enrareció todavía más.

—Buenos días —se limitó a saludar.

Alexandre, en cambio, hizo un ademán al quitarse el sombrero. Acostumbrado a ser un sirviente le salió de forma natural.

Sin embargo, Joseph no estaba por la labor de comportarse con formalismos estúpidos ante una familia que les había dado la espalda tanto

a él como a Oscar.

Sandrine fue la única que se puso en pie y se acercó.

—Joseph… Gracias por responderme la carta y venir.

—¿Puedo ir a visitar al enfermo? —preguntó de forma directa.

—Sí… Claro. Padre te está esperando…

Salieron los tres y Alexandre se quedó esperando en la entrada de la casa, sentado en una silla bajo la atenta mirada de la Sra. Norris, como si él fuese un delincuente.

Observó a Joseph subir detrás de su hermana y desaparecer en el piso superior.

—Así que su ayudante... Es muy joven… —No fue estúpida y supuso que se trataba del amante de Joseph.

—Mi juventud no me hace menos válido.

—¿Cómo se llama? —inquirió ella intentando sonsacarle información para luego poder advertir a su señora.

—Alexandre Lambert. Y sí, tengo sangre de esclavos, si es lo que se está preguntando. Pero nací libre y trabajé para el cuarto Marqués de Bath.

—¿Necesita refrescarse o quiere que le traiga limonada o té?

—No, gracias —respondió con parquedad—. Estoy bien así.

La Sra. Norris se metió en la salita y lo dejó en paz.

oOo

Joseph miró la figura postrada de su padre. Estaba irreconocible, muy delgado y con una enorme y abultada panza. Supuso entonces que sufría un carcinoma terminal en algún órgano interno, probablemente en el páncreas, estómago o intestinos. En su mesita había láudano y otras mezclas herbales para el dolor.

El Sr. Edwards giró la cabeza y miró a su hijo. Le hizo un gesto para que se sentara en la silla que había al lado de su lecho.

La habitación estaba a oscuras y olía bastante mal. Sandrine se tenía que tapar la nariz y la boca con un pañuelo. Joseph lo encontró todo insalubre. A saber qué médicos incompetentes lo habían estado tratando, aunque eso daba igual porque ese tipo de cáncer era incurable.

—Joseph… Necesito que te hagas cargo de todo —dijo con voz sibilante.

El aludido arqueó las cejas ante aquella petición.

—¿Qué acaba de decir?

—T-tu primo quiere deshacerse de las fábricas, venderlo todo, esta casa también. Lo dilapidará porque tienen muchas deudas, no quedará nada. Y tu madre… Ella…

—A su esposa la puede acoger el Sr. Thynne, que para eso es su yerno.

Sandrine se puso a llorar con desconsuelo, entristecida ante aquella situación.

—Podrás volver a la familia, ser el heredero… ¿No lo entiendes? El valor de todo es enorme… —Le costó respirar—. Serás rico… Solo has de casarte, tener hijos…

Joseph se puso en pie y la silla cayó al suelo haciendo un ruido seco. Su hermana lo tomó del brazo mirándolo con desconsuelo.

—Joseph, mi suegro le vendió todo a padre cuando sus fábricas comenzaron a ir mal… Mi esposo no tiene derecho a nada, nos quedaremos sin nada… P-por eso la urgencia y la gravedad de la situación.

—A cambio de la promesa de que me case y tenga hijos, heredaré todas las propiedades y os salvaré de la ruina. ¿Es eso?

—Sí… —jadeó su padre.

—No —dijo Joseph sin más.

—¡Joseph, por el amor de Dios! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Frederic la tuvo cuando…! —Se calló al no ser capaz de decirlo en voz alta.

—Cuando fue tan amable de no mandarnos a Oscar y a mí al patíbulo.

—No lo digas así…

—Lo digo tal cual es y fue. Nos perdonó la vida y ahora yo he de salvaros a cambio. Lo siento, pero no —se reiteró en su firme decisión.

—Hijo…. —gimió el enfermo alargando el brazo tembloroso.

Joseph lo miró sin acercarse, sin sentir ni una pizca de compasión por un hombre que jamás estuvo orgulloso de él.

—Gracias por haber pagado parte de mis estudios, aunque nunca me diera la enhorabuena por ser el mejor estudiante de mi promoción. Gracias por no denunciarme por sodomía, algo que hubiera sido un escándalo que habría hundido sus negocios. Gracias por haber negado mi existencia durante diez años —dijo—. Se recoge lo que se siembra. En este caso, nada más que tierra yerma.

—¡Joseph! —Su hermana sollozó desesperada—. ¡Entiéndelo! ¡Lo que tú eres está mal! ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

El hombre se dio la vuelta sin ni siquiera despedirse del moribundo, seguido de Sandrine. Cuando ambos llegaron a la entrada, Alexandre se levantó y tanto Frederic como la madre de Joseph acudieron al encuentro del médico.

—¡Por favor, Joseph! —continuó rogándole Sandrine.

—Alex, vámonos —dijo dirigiéndose a la puerta.

Frederic asió a Joseph por el abrigo de forma violenta y fue Alexandre el que se interpuso.

—¡No le toque! —Lo empujó con fuerza.

—¡No se meta! —bramó Frederic.

—Tranquilo, Alex. Deja que yo lo arregle —susurró Joseph para que se tranquilizara. Luego se dirigió hacia su cuñado—. Tu querido hermano aún te quería, te echaba mucho de menos… Me lo decía a menudo. Te escribía, pero no recibía respuesta, hasta que enfermó tanto que fue incapaz de seguir enviando cartas que no llegaban a ninguna parte.

Frederic desvió la mirada.

—Traje su cuerpo hasta aquí con la esperanza de que al menos tú vinieras al entierro. Pero eso no pasó… ¿Has ido alguna vez a ver su tumba?

—No —reconoció.

—Allí sigue, esperándote. Ten la decencia de despedirte de él. Y a todos los demás, lamento vuestras circunstancias actuales, pero yo no puedo salvaros de ellas. Hace diez años que no pertenezco a esta familia. Ya he formado la mía y es la que he de cuidar. No voy a sacrificarla por nada del mundo. Y ahora vámonos, Alex.

Joseph se dirigió hacia la puerta y salió seguido de Alexandre. Se alejaron de aquella casa hasta llegar al hotel. Ya en la habitación, un poco más tranquilo, el médico se echó a llorar con desconsuelo.

Su amor lo abrazó con fuerza, lo sujetó contra su regazo dejando que se desahogase del todo.

—Tú eres mi familia, Alex. Tú lo eres todo para mí.

—Y tú la mía, mi vida.

Se miraron a los ojos, de azul celeste a verde musgo. Como siempre, no hicieron falta palabras para decirse te amo.

—Juntos hasta el final —susurró Joseph antes de besarlo.

—Hasta el final… —Y le devolvió el beso con todo el afecto del mundo…



Epílogo

1850

Era veinte de junio y la joven mujer esperó, como cada año desde que su madre había muerto, a que el caballero de cabellos rubios apareciese. La última vez, por lo que ella le contó, había sido en 1816. No obstante, nunca perdió la esperanza y siempre mantuvo limpia la lápida de Oscar, el hombre que estaba enterrado allí. Así que había seguido con la rutina de su madre como una forma de honrar su memoria.

También tenía guardadas las cinco cartas que el caballero dejó. Cartas de amor hacia Oscar. Cuando tuvo la edad suficiente, su madre se las mostró y le explicó que el afecto se podía dar de muchas formas, también entre dos hombres, aunque fuese clandestino.

Un día le había dicho: cuando yo ya no esté, lleva las cartas cada veinte de junio y si el hombre rubio aparece, devuélveselas. Pídele disculpas por mi atrevimiento y explícale que no quería que algo tan hermoso se perdiese.

Habían pasado cuatro años desde que era ella quien iba a la tumba para arreglarla. Sin embargo, nunca acudía nadie más.

Pero aquella mañana calurosa de junio un hombre de apariencia elegante sí se presentó. Solo que no era rubio, sino de cabellos oscuros y rizados, mulato, alto y esbelto.

Se acercó a él y le observó unos instantes antes de preguntarle. Debía tener más de cincuenta años y pudo apreciar las canas entre sus rizos.

—Disculpe, caballero, ¿conoce al hombre que yace aquí?

—Lo conozco muy bien —dijo él.

—Mi abuelo fue quien lo enterró hace cuarenta años… Mi madre siempre mantuvo su tumba limpia y, cuando se fue con Dios, me encargué yo de seguir ese legado.

—¿Por qué? ¿Acaso su madre lo conocía?

—De un modo diferente, pero sí.

El hombre se puso en pie y la miró sin entender nada.

—¿Cómo es eso posible?

Ella sacó las cartas de un bolsillo de su vestido oscuro y abultado. La moda y el peinado femenino habían cambiado mucho durante el reinado de Su Majestad la reina Victoria.

El hombre abrió una de las epístolas y la leyó. Databa de 1816. No pudo evitar sonreír.

—Lamento mucho que mi madre las sustrajera, solo intentó conservarlas… —dijo ruborizándose—. Me contó que las dejaba un caballero rubio y apuesto. Es así como lo describía.

—No debe preocuparse usted, el caballero rubio y apuesto no podría enfadarse nunca por esto. De hecho, le hará ilusión recuperar algo que cree que ya no existe.

—¿Sigue… vivo? —se atrevió a preguntar.

—Sí, está allí. —Señaló a un hombre mayor, de cabellos completamente blancos y que estaba sentado bajo la sombra de un ciprés—. Me temo que hoy hace mucho calor y ha parado un rato a descansar.

—¡Dios mío! Me siento avergonzada…

—¿Por qué ha traído las cartas justo hoy?

—Le prometí a mi madre hacerlo cada veinte de junio, por si acaso…

—¿Y el contenido de las cartas no la escandaliza?

—No, señor. Me parecen las cartas más románticas y preciosas que he leído en mi vida. Mi madre siempre normalizó ese tipo de afecto y yo no soy Dios para juzgarlo.

—Tenga la amabilidad de venir conmigo, se lo ruego. —Le tendió el brazo y ella lo tomó para acompañarlo hasta el caballero de cabellos canos que, a pesar de la edad, seguía conservando ese deje apuesto.

—Alex, ¿quién esta dama tan bonita? —preguntó levantándose.

Alexandre le tendió a Joseph las cartas y este las sujetó quedando asombrado al reconocerlas. Le temblaron las manos mientras miraba a la mujer.

—Me llamo Jane. Soy la que cuida la tumba de Oscar, como hizo mi madre antes que yo. Mi abuelo fue quien lo enterró… Tal vez le recuerde.

—Dios Santo… De eso hace más de cuarenta años. ¿Y afirma que ella guardó mis cartas?

—Sí señor, las cinco. Siento su atrevimiento, era muy joven cuando lo hizo… Pero las atesoró hasta el día de su muerte y yo las heredé. Ahora se

las devuelvo a usted…

Joseph se volvió a sentar, profundamente emocionado. Deslizó sus dedos por el papel viejo, por encima del lacre rojo…

—Gracias de todo corazón, Sra. Jane. Me ha devuelto algo muy preciado.

—Me alegro mucho. —Ella también se enterneció.

—Joseph, ¿vamos a ver a Oscar? Te lleva esperando mucho tiempo —dijo Alexandre.

El médico se puso en pie y los tres caminaron hasta la tumba. La mujer se despidió de ellos con lágrimas en los ojos pero, antes de irse, los observó a ambos y supo, por cómo se tocaban y se miraban, que estaban juntos y eran felices.

Después de un último vistazo a aquella estampa a la sombra de un ciprés, se fue…

Quedaron Alexandre y Joseph frente a Oscar. El médico rozó la lápida gastada por el paso de la décadas y las inclemencias del tiempo.

—Este es Alex —susurró Joseph—. Perdóname por no habértelo presentado antes, pero la vida nos arrastró de un lado a otro. Sé que eres consciente de que he sido muy feliz y lo sigo siendo…

Joseph miró los ojos verdosos de Alexandre y este a los azules de su pareja. Aquel día ambos llevaban las alianzas puestas, algo que raramente hacían de puertas para fuera en un mundo donde su amor seguía estando mal.

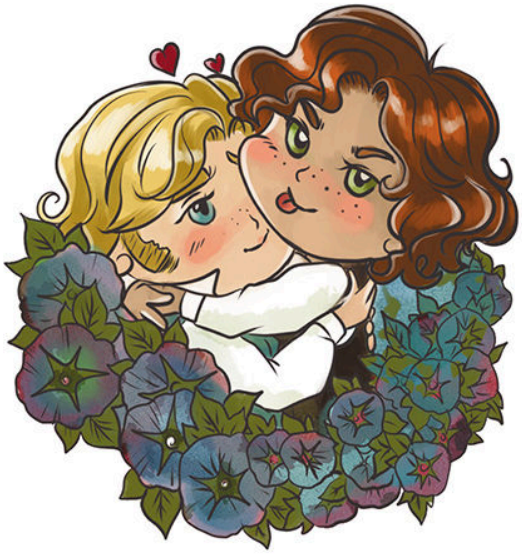
Alexandre lo tomó de la mano y la apretó con fuerza mientras también tocaba la lápida.

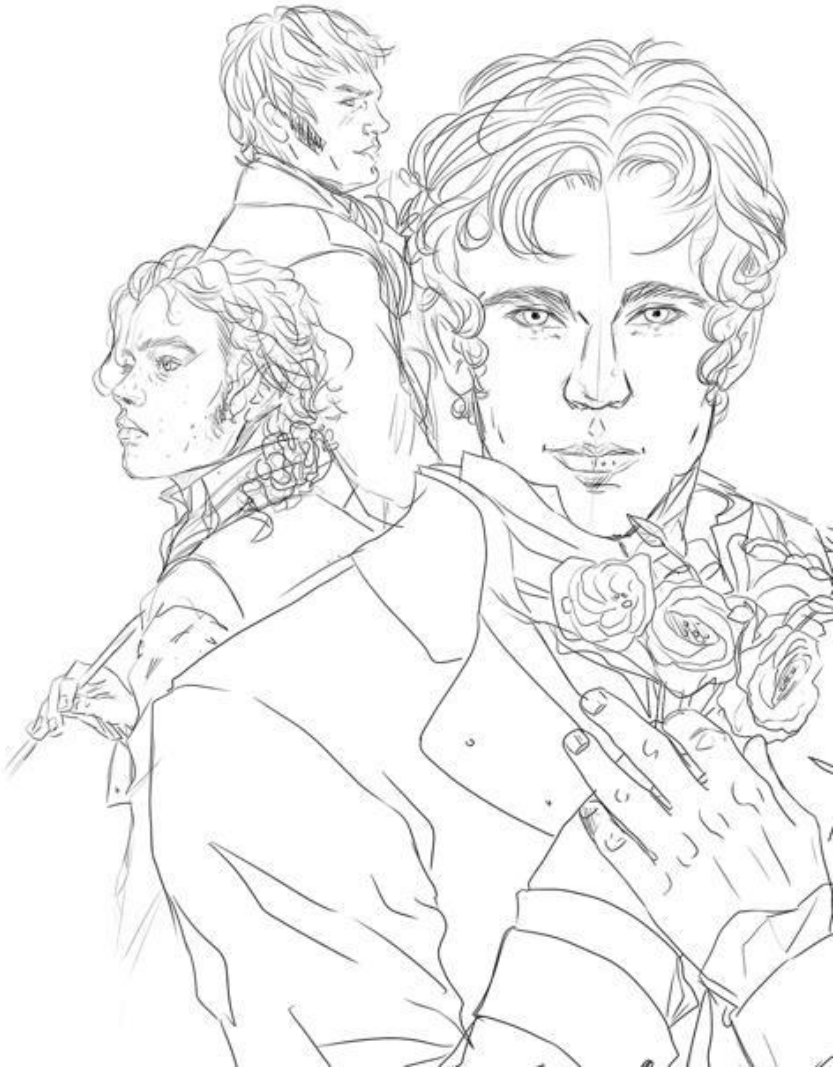
Miraron al cielo azul, las nubes se movieron por el viento y les pareció escuchar *Sonata de una Luna de miel...*

Pero esa vez la tocaba Oscar desde algún lugar, para ellos.

Fin








¿Y si...?

Todas mis obras están disponibles en Amazon

Conoce mis otras novelas Boys Love

Ángeles y Vampiros

Amor Desesperado e Impossible amour

Razas

Susurro de besos

No te escondas

Cowboy. Amante al anochecer

No te enamores

Deseos y Delirios

Un ramen para dos

Reformas en mi corazón

Besos de Sangre

Sexy Geek

Caballeros de Bath

¿Conoces el Floresverso?

Flores de Violet Pavilion integral

Noches de boda

Caballeros de Bath

Romántica hetero

Flores de Violet Pavilion

Noches de boda

El orgullo de Mr. Darcy

Anónima Tentación

Confesiones de amor

Fantasía

La Flor del Mal

Cómo has cambiado mi mundo

Mis redes sociales:

IG: Laura_barcali_art

www.laurabarcaliart.es

No olvides dejar tu puntuación y un comentario en Amazon. Ayuda a seguir creciendo a los autopublicados como yo. Solo es un minuto de tu tiempo. ¡Muchas gracias!

*****

Biografía:

Soy una escritora, ilustradora y diseñadora valenciana. Llevo escribiendo desde los 18 años y soy pionera en la temática LGTBIQ de amor entre hombres, escrita por mujeres, desde hace más de 25 años. Creo mis propias

portadas, maquetación e ilustraciones interiores. Además también me gusta escribir romántica heterosexual y adoro la regencia inglesa, el scifi y la fantasía. En mis obras podrás encontrar todo tipo de personajes y de amores, así como temas relacionados con los problemas mentales para concienciar. Tengo una neurodivergencia (TDAH) y escribir es mi terapia. Actualmente vivo con mi marido en Guadalajara (España) y mis cuatro gatos (en realidad ellos son mis escritores fantasma).

Notas

[←1]

El nombre *Gay Street* no tiene el significado moderno asociado a la palabra «gay» como orientación sexual, sino que significaba algo alegre o festivo y alude a la elegancia y el carácter vibrante de la calle en la época en que fue construida.

[←2]

Una colección de textos médicos que reflejan los principios éticos y prácticos de la medicina de la Antigua Grecia.

[←3]

Carruaje que solía utilizar la nobleza.

[←4]

Arquitectura renacentista en Inglaterra, durante el reinado de la Reina Isabel I. (Finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII).

[←5]

Sala de agua caliente en un baño romano.

[←6]

Piscina hundida en el suelo.

[←7]

Lugares de reunión para hombres homosexuales o de comportamiento afeminado (*mollies*). Estos establecimientos no siempre eran exclusivamente prostíbulos; algunos funcionaban como tabernas, clubes o espacios donde se realizaban bailes y encuentros privados.

[←8]

Carruaje ligero de dos ruedas, tirado por un solo caballo y con una capota plegable.

[←9]

Barry en realidad nació como mujer (hecho real), con el nombre de Margaret Ann Bulkley, pero vivió toda su vida adulta como hombre para poder estudiar y ejercer la medicina en una época en la que las mujeres tenían prohibido hacerlo. Su verdadera identidad solo se descubrió después de su muerte.

[←10]

La tercera novela de Jane Austen, que fue publicada (1814).

[←11]

¼ de penique y por lo tanto la moneda en circulación de menor valor en esa época.

[←12]

Este término se usaba tanto para referirse a hombres homosexuales en general como, en algunos casos, a aquellos que adoptaban expresiones femeninas.

[←13]

Apodos femeninos que a veces se usaban dentro de la subcultura *Molly* para referirse a prostitutos u hombres afeminados.

[←14]

Eran ciudadanos designados temporalmente por los Magistrados para hacer cumplir la ley y hacer redadas o perseguir criminales.

[←15]

El carruaje clásico del médico de ciudad pequeña.

El Partido Conservador.

[←17]

Un tipo de carruaje de dos ruedas que utilizaban los médicos.

[←18]

Bollos típicos ingleses que se toman con el té.

[←19]

Coche de caballos que se rentaba con conductor. Un taxi de la época.

[←20]

Como curiosidad real, James Barry lo consiguió en 1826.

[←21]

Acto legal para liberal a un esclavo.